La luz entre los dos



Lori Inglis Hall

SUMA

Lori Inglis Hall

La luz entre los dos

Traducción de Laura Vidal

SUMA de letras

Para Antony, Arthur y Polly

Porque cada átomo de mí también es tuyo

WALT WHITMAN, *Canto a mí mismo*

Prólogo

La primera vez que separan a los mellizos es al nacer.

Primero nace el niño, berreando, con la cara roja, furioso con el médico. Busca a tientas a la hermana; la madre, Adela, se da cuenta: está perdido sin su gemela. La niña nace poco después, más rosa que roja, y tranquila. La comadrona la deja junto a su hermano, quien le coge la mano y deja de llorar. El silencio repentino hace reír a todos excepto a la madre, que sigue postrada en la cama. Está intentando asimilar lo ocurrido, la transformación, el escozor entre las piernas.

—Caramba, caramba —dice Dominic desde la puerta.

Va hasta la cuna a pesar de que la comadrona intenta echarlo; al fin y al cabo, qué pinta allí el padre. Pone una mano en el pecho de la niña y sonríe. Siempre ha querido tener una hija.

—Tanto la madre como las criaturas están bien —dice el médico mientras guarda sus cosas y sin levantar la vista.

Adela encuentra que sus modales fríos y bruscos desentonan con la experiencia. ¿Cómo puede gestionarse algo tan transformador de manera tan seca? Jamás entenderá a los ingleses y su forma de ser. En Francia sin duda la habrían permitido chillar.

Un fogonazo. Dominic saca la primera fotografía.

La instantánea se enmarca y se cuelga en la habitación donde los mellizos duermen en su cuna cogidos de las manos y con las piernas enroscadas, sin que quepa un resquicio de luz entre los dos. Para la niña, el padre elige el nombre de Tessa, por Tess, de la novela de Thomas Hardy. El nombre del niño se lo deja a su mujer, quien elige Theo, por su padre. Lo pronuncia a la manera francesa, como hacía su padre: *Théo*, con la hache muda. Pero es la única.

Con el tiempo se añaden nuevas fotografías. De los mellizos en el colegio vistiendo las elegantes blazers de la escuela secundaria para alumnos aventajados, donde Theo usa su cerebro y Tessa aprende a llevar una casa, furiosa por la injusticia que esto supone. En otras están trepando a árboles, bañándose en el río, suya es la tierra, la han conquistado. Theo con toga universitaria, Tessa en París con los brazos llenos de libros y sonrisa radiante.

En los prados detrás de la casa en que se criaron, las mieses crecen y menguan al paso de las estaciones.

Los unía un mismo cordón que ahora se bifurca, dos mellizos, dos vidas. Al principio no reparan en el espacio que se ensancha entre ellos. En la luz que se interpone entre los dos.

PRIMERA PARTE

Tessa

París, 1938

1

Tessa está acuclillada al final de la estrecha escalera que lleva a su cuarto, que en las cartas a su hermano siempre llama «buhardilla» solo porque resulta más romántico. Se pasa los dedos por la curva nueva de su vientre y alarga el cuello.

Es un lío verdaderamente monumental. «Desastre» sería una buena forma de describirlo. O, mejor aún, «catástrofe».

En el piso de abajo, la casera habla por teléfono. Por entre los balaústres de la escalera, Tessa distingue la expresión de la cara de madame Vernier mientras se esfuerza por oír la voz que chisporrotea desde el otro lado del Canal, a ochocientos kilómetros de distancia.

—No, no sé cuándo volverá. Sí, le he dado el recado. No, no me ha dejado nada dicho. *Désolée*.

A la casera le cuesta intercalar alguna palabra. Tessa sabe que la voz al otro lado de la línea estará ladrando preguntas, como durante su infancia. Su madre también estará sentada en la escalera de la casa de Cambridge, junto a la pared cubierta de fotografías familiares. La escalera en la que se esconde Tessa tiene empapelado amarillo que en algunas partes está rasgado y levantado, formando pequeñas crestas de ola. Por un ventanuco no mayor que su cabeza ve tejados grises inclinados y, al fondo, la aguja de la gran catedral en su isla.

Siempre había querido vivir en París, la ciudad donde creció su madre.

Le confesó la verdad hace una semana, cuando ya hacer caso omiso de las náuseas y la cintura ensanchada se volvió imposible. Una conversación telefónica absolutamente espantosa; a los pocos minutos de empezada, Tessa se dio cuenta de que una carta habría sido mejor idea. Su madre afirmó estar segura de que Tessa sabría qué hacer, pero lo dijo en voz baja, seguramente porque el padre andaba cerca. Esta mañana le ha llegado una carta que ahora tiene en las manos, escrita en inglés para disuadir a curiosos y repitiendo lo que su madre ya había avanzado por teléfono. «Nos iremos una temporada —escribía su madre—, ya lo estoy organizando». Pero sin dar más detalles, lo que por un momento hizo preguntarse a Tessa si no faltaría una hoja. «Tu padre no debe enterarse —continuaba su madre, y al cabo—: Tampoco Theo».

Pero si Tessa se lo cuenta todo a su hermano, es lo que hacen los mellizos. A continuación se corrige: no, es lo que hacían, porque esto no se lo ha contado. Una ruptura más con el pasado, la primera fue mudarse a París tres años antes… La carta de admisión de la Sorbona sobre la mesa, Theo caminando de un lado a otro de la salita. La discusión acalorada.

—¿Cómo has podido? —había dicho Theo furioso.

Tessa no había sido capaz de mirarlo, no soportaba la desesperación en su voz. Los mellizos nunca habían estado separados más de unos pocos días.

—Pensaba que teníamos un pacto —añadió Theo—. Cambridge. Los dos dijimos que nos quedaríamos. Yo estudiaría Derecho. Tú, Literatura. Dijimos que iríamos juntos.

Tessa había cogido la carta y la había releído, sin dar crédito.

—Yo no lo dije. Lo dijiste tú.

El tiempo, esa gran medicina, cerrará esta brecha entre los dos.

Pero Tessa sabe que esconder un nuevo secreto a su hermano lo cambiará todo. Es imposible que no sea así: si lo deja fuera de esto, es posible que no lo recupere nunca. Cuando Tessa estaba en el colegio una chica de último curso se había quedado embarazada. Por supuesto nadie dijo nada, pero las señales estaban ahí. El aumento de peso, la ausencia repentina, la madre de la chica empujando un cochecito meses después. Todos sabían que la criatura no era suya. Tessa había oído a sus compañeras criticar a la chica, también a su hermano. Recuerda especialmente las palabras de este: «Las chicas como ella llevan ese estigma para siempre. ¡Igual que un mal olor!». Probablemente no había querido ser cruel, pero lo había sido, claro que sí. El comentario aún resulta hiriente, de hecho.

Su madre tiene razón. Theo no puede enterarse. No volvería a mirar a Tessa de la misma manera.

Además, la razón de su marcha a París, de la vida que había elegido, era no tener que compartirla con nadie. La ciudad en sí ha sido una verdadera educación. ¿Le habrá ocurrido lo mismo a Theo, todavía en Cambridge?, se pregunta. Él había puesto unos kilómetros entre sus padres y él. Ella había puesto un mar entero. Y ahí tenía el resultado. Veintidós años ¿y qué había conseguido? Nada, excepto meterse en un lío espantoso.

Su madre está convencida de que no tiene solución. No quiere oír hablar de ese médico que ha encontrado Tessa, del jabón carbólico y el gancho. Es demasiado tarde para eso, dice.

En el pasillo del piso de abajo, madame Vernier se tapa la boca con la mano; su francés brusco da paso a un tono algo más suave.

—Desde luego, nunca dejan de preocuparnos, ¿verdad? Para nosotras siguen siendo pequeños.

Sí, piensa Tessa. Soy una mala hija, lo sé.

Su madre le preguntó quién era el padre y Tessa estuvo a punto de darle una contestación, estuvo a punto de recurrir a la más obvia. Luc ni siquiera lo sabe. No lo entendería.

Luc es una sensación en su piel, es calor.

Tessa habría querido decir: lo quiero, lo quería, de verdad que sí. Hasta que…

Se lleva las manos al vientre y qué extraños son, estos instintos, esta necesidad de proteger algo que no quiere y que nunca ha pedido. Le está cambiando ya el cuerpo, el vientre se le abulta bajo el pecho. «Termina tus estudios —le escribe su madre—. Solo serán unos meses. Por el amor de Dios, escóndelo». Tessa se suelta la barriga, hace un nudo con la tela de la falda porque qué fácil parece de solucionar cuando lo dice su madre, este cataclismo.

Abajo, madame Vernier cuelga el teléfono y Tessa sube despacio las escaleras.

Una deshonra, lo había llamado su madre. Pues sí, piensa Tessa. Es exactamente eso.

Cambridge, 1942

2

Tessa siempre es la más rápida y la más valiente; para ella es cuestión de orgullo (aunque su hermano quizá lo llamaría temeridad). Es la primera en llegar a la copa del roble, desde cuyas ramas más altas se aprecia con claridad la división de la tierra: a un lado tejados; al otro, una gran extensión de verde. Su victoria es simple técnica, porque mientras que Theo asciende poco a poco, un pie, un brazo, otro pie, otro brazo, Tessa trepa con agilidad.

En el porche, abajo, los amigos de sus padres están reunidos alrededor del padre. «Cincuenta —oye decir a uno—, ¡pero si acabas de nacer!». Un grupo de niñas que Tessa conoce del colegio se han quedado en el borde del césped y las oye reír y charlar. Lily es una de ellas. Años atrás fueron uña y carne, pero Tessa ya no recuerda cuándo fue la última vez que hablaron. Lily está casada, tiene hijos, al menos eso sí lo sabe Tessa, lo distintas que se han vuelto sus vidas. Ve con ellas, le ha dicho su madre, pero desde París a Tessa se le ha olvidado cómo se hace eso. Sus amigas del colegio la saludan con la mano y Tessa sonríe y enseguida aparta la vista por miedo a que lo tomen por una invitación, consciente de que su antiguo yo habría corrido a su encuentro llena de chismes y aventuras que contar. La madre está atareada con el almuerzo. Tessa le lee los labios, la mira dirigir y explicar; es posible que el

concepto de bufet les quede grande a sus amistades. Por espacio de un segundo las miradas de ambas se encuentran y su madre guarda silencio, con las manos levantadas en mitad de un gesto.

A Tessa la asombra que su madre sea capaz de mirarla a los ojos.

Theo, cuando por fin aparece a su lado, se está riendo.

—Genio y figura —dice.

—He subido lo más despacio que he podido. —Tessa suprime a duras penas una sonrisa burlona—. Quería darte una oportunidad.

Cada vez que Theo vuelve a casa podría ser la última. Tessa hace listas mentales nada gratas. El último baño, la última subida a los árboles, el último desayuno. La marcha de Theo y el inesperado cambio de papeles la tiene por completo desconcertada. Que esta vez sea Theo quien se va y ella la que se queda.

Lo ve hacer una mueca; sabe que no se rendirá tan fácilmente, su sonrisa y el brillo en sus ojos son reflejo de los suyos.

—El uniforme es un estorbo —dice Theo.

Tessa ríe.

—Estás de permiso. Lo llevas porque quieres.

Azul RAF, casi se confunde con el cielo. Theo, los pájaros y los tejados. Tessa ve el río abajo, de un tono azul pizarra más oscuro visto desde lejos.

Le toca la mano a Theo.

—Te he echado de menos.

No necesitaba decirlo; entre los mellizos existen muchas cosas no expresadas. O existían, porque hubo un tiempo en que Tessa no le habría dejado llegar al árbol. Se habría abalanzado sobre él en cuanto lo hubiera visto cruzar el césped, lo habría abrazado con fuerza. Tessa quiere retroceder en el tiempo, tenderle los brazos,

pero no puede. Theo podría darse cuenta de que se ha vuelto de piedra.

—Maman va a decir que estamos siendo maleducados.

Theo escudriña entre las ramas a los invitados a la fiesta, tratando de recordar nombres. Tessa lo sabe porque antes ha hecho lo mismo, tumbada boca arriba en la hierba. Su nuevo lenguaje corporal aprendido en los cuatro últimos años le ha bastado para mantener a los invitados a una distancia prudencial.

—Nos va a soltar un buen rapapolvo —dice ahora con aspereza.

Theo resopla.

—Un tirón de orejas.

—No se puede ser más infantil. —Tessa imita el acento de su madre, frunciendo los labios y chupando las mejillas.

Theo parece pensativo y Tessa piensa… No, no es propio de él ser mezquino.

—Aunque ha organizado una señora fiesta, ¿no? —dice Theo dándole la razón y Tessa sonríe tanto a su hermano como de satisfacción—. Quiero decir, dadas las circunstancias.

Tessa, que en lo que se refiere a su madre no tiene culpa que expiar, cambia la sonrisa por un ceño fruncido.

—Dirán que es decadente, inapropiada. Disfrutarán de la fiesta, le darán las gracias y al momento siguiente la criticarán.

Theo asiente, solemne.

—El Women's Institute se alzará en armas.

—El Ayuntamiento ya ha convocado una reunión.

En algún lugar del jardín, un hombre suelta una carcajada y Tessa y Theo bajan la mirada.

—En cualquier caso, ¿qué más da si piensa que somos unos maleducados? —dice Tessa porque es lo importante.

Lleva meses sin ver a su hermano. Este se saca un cigarrillo del bolsillo y se lo ofrece, seguido de un mechero de plata.

—Te queda bien, que lo sepas —dice Tessa—. El disfraz.

—La tela es rígida como un tablón. Tengo la sensación de ser de madera. Pero me pareció que debía hacer un esfuerzo por el cumpleaños de papá. No es culpa mía que esté enfadado.

—Ya lo sé.

—Yo en ningún momento dije ser pacifista. Los principios de papá son suyos, no míos.

Tessa no contesta y es peor. Theo aparta la vista y Tessa sabe que ha vuelto al frente, al momento en que anunció que se había alistado. Su padre con los ojos muy abiertos de indignación. «La violencia nunca es la respuesta —había dicho casi escupiendo las palabras—. El odio nunca gana».

Se podía haber ahorrado sus palabras. Theo estaba decidido.

Su madre los llama desde la casa y ven a Michael agitar el brazo desde el jardín. Tessa pone los ojos en blanco y Theo se echa a reír de nuevo, tapándose la boca con la mano para que Michael no lo vea.

—Lo ha invitado maman. O se ha invitado solo… ¿Yo qué sé? Ya lo conoces.

—Lo conozco, sí. Es tan… —Tessa hace una pausa tratando de dar con la palabra adecuada—. Tan engreído —dice por fin.

—Es importante, Tess. Hace un buen trabajo, de eso no hay duda.

—O al menos es lo que quiere que pensemos.

Tessa empieza a bajar del árbol asombrada por la facilidad con que su cuerpo de veintiséis años recuerda los movimientos de la infancia. Empieza a imitar a su hermano. Un pie, una mano, tan lento y metódico, tan Theo. Michael está al pie, es probable que intentando mirar debajo de su falda. Desde su atalaya, Tessa comprueba que ha perdido mucho pelo, que se ha peinado en un intento por tapar el vacío con los mechones que quedan. Añade esta flaqueza —no la calva incipiente, sino el intento por disimularla— a una lista de defectos que lleva dos décadas elaborando. Michael diría que está allí por su viejo amigo Theo, pero no engaña a nadie.

Entonces, un recuerdo. Cada año su padre los hacía esperar en silencio en el jardín trasero a que el canto del ruiseñor rasgara la oscuridad de boca de lobo. Tenía una grabación de la BBC, de una mujer llamada Beatrice Harrison tocando el violonchelo en su jardín y un ruiseñor acompañando su melodía desde la copa de un árbol. Su padre les ponía la grabación durante todo el invierno para «subirles la moral».

Lo que sería estar en el bosque escuchando esa melodía, decían. Y habían hecho un plan. Tessa los ve internarse en el bosque con un quinqué. Los mellizos debían de tener trece, catorce años.

En el recuerdo, Theo se entretiene, susurra con la boca tapada para que solo Michael lo oiga. Michael, que apareció de pronto en el colegio y no se separaba de su hermano, que siempre parecía estar en su casa, pero jamás los invitaba a la suya. («No lo forcéis. No es un sitio que os animaríamos a visitar», dijo su madre, a lo cual su padre replicó: «Mira que eres esnob, Adela»).

La mejor amiga de Tessa estaba allí. Se veían casi cada día, aunque a Lily el mundo natural no la interesaba. Ya tenía cara de

estar aburriéndose.

«¿Y no podemos ir al cine?», había preguntado cuando Tessa le propuso la idea.

Para ir al bosque, Lily se había puesto dos chaquetas de punto y abrigo, a pesar de que la temperatura era suave. No hacía más que mirar el reloj y resoplar.

—Puedes irte a casa, si quieres —dijo Tessa—. Nadie te obliga a estar aquí.

Pero Lily no quería irse y Tessa sabía por qué. Se había fijado en cómo miraba a Theo, en cómo se ruborizaba cada vez que este se dirigía a ella, aunque eso ocurría con poca frecuencia. Theo no había desarrollado aún la pasión por el sexo opuesto que consumía ya a los amigos de ambos, y Tessa lo quería aún más por ello. A su alrededor todo cambiaba, pero Theo seguía inmutable. La constancia de Theo daba para mucho. Tessa la consideraba una virtud infravalorada. No, Theo era una persona adorable que solo tenía tiempo para sus amigos. Y para Tessa, claro. Para Tessa sobre todo. En la jerarquía de los mellizos todo el que no fuera ellos dos resultaba secundario.

Movimiento. Una sombra entre los árboles. Lily gritó. De las ramas de alrededor salieron pájaros volando.

—¡La has hecho buena! —dijo la sombra—. Felicidades, Lily.

—Stephen —dijo Theo apartando a Lily para pasar.

A la luz del quinqué, Tessa vio el rojo en las mejillas de su hermano, una sonrisa que no estaba segura de haberle visto antes.

Con trece años carecía de la palabra para definirla.

Stephen era otra de las almas desvalidas que protegía Theo (Tessa no entendía qué atraía de ellas a su hermano; después de todo era

un chico popular). Un granjero que olía a granja, al menos en opinión de Tessa.

—Lo siento —dijo Lily—. ¿Se puede saber dónde está el dichoso pájaro? ¡Me muero de frío!

Extendieron una manta que habían encontrado los mellizos en el maletero del automóvil de su padre y se tumbaron muy juntos. Primero Stephen, luego Theo, después Tessa, a continuación Lily, que no disimuló que habría preferido estar al lado de Theo sacando el labio inferior y resoplando una vez más. Michael se había escapado a hacer pis y en el silencio oyeron el chorro caer en el suelo del bosque. Cuando salió de entre los árboles, Tessa pensó que se tumbaría en el borde de la manta, junto a Lily. Pero lo que hizo fue plantar la rodilla entre Tessa y Theo, obligándolos a separarse.

Los mellizos se miraron incómodos y dejaron que Michael se instalase entre los dos.

Maldita sea, pensó Tessa. En realidad, los demás no le importaban. Aquello era algo que quería vivir con Theo. Si cerraba los ojos, podría fingir que estaban solos los dos. De manera que eso hizo y los demás desaparecieron en la oscuridad detrás de sus párpados.

—Y ahora a esperar —dijo Stephen con voz ronca antes de apagar las linternas. Apenas podían verse los dedos delante de la cara.

—Joder —susurró Lily y todos rieron con disimulo.

Tessa levantó la cabeza. Incluso en la oscuridad, sabía que Theo la estaría mirando. Cuando se le acostumbró la vista distinguió los ojos de su hermano brillando en la noche. Allí estaban, quería decirle, un año más, una primavera más. Esperaba que Theo lo

comprendiera, sabía que lo haría; supo que lo había hecho cuando asintió con la cabeza. Tessa bajó la suya y se dio cuenta de que Michael la estaba mirando fijamente. Abrió la boca, formó su nombre con los labios: «Tessa». Por un momento se sintió demasiado asombrada para comprender lo que le decía. Huy, no, pensó. Ni de broma.

¿Por qué estaban todos tan obsesionados de pronto? Romance. ¿A qué se debía? Lily antes era interesante. Ahora todo lo que hacía era hablar de chicos, de quién le gustaba a quién y de quiénes habían sido vistos escabulléndose juntos a la salida de clase.

Tessa no tenía intención alguna de escabullirse con Michael.

Michael le cogió la mano y le apretó suavemente los dedos. Tessa la retiró fingiendo que le picaba detrás de la oreja. ¿Durante cuánto tiempo podía rascarse?, se preguntó. ¿Dónde podía guardarse la mano para que no se la cogiera otra vez?

Entonces lo oyeron, alto y claro entre los árboles. El ruiseñor. Ninguno dijo una palabra. Todo lo demás desapareció. El canto derramó octavas en píos y trinos, recreándose en sus altos y bajos.

Theo, Theo, Theo, pensaba Tessa. ¿Me oyes, Theo? ¿A que es mágico?

Tantos cambios, todo está cambiando. Pero la quietud de aquel momento. La calma. Tessa no recuerda una paz así.

En el jardín, Michael tiende una mano a Tessa para ayudarla a bajar, así que esta salta —es la única manera de evitar tocarlo— y aterriza con los dos pies. Michael se mete la mano en el bolsillo para que

Tessa olvide que se la ha ofrecido. Theo no ha aparecido aún, lo que resulta revelador. Tessa sabe que estará escuchando.

—¿Qué tal en el Foreign Office, Tee?

«Tee» es un nombre reservado para las personas que le caen simpáticas a Tessa.

—Maravilloso. Gracias, Michael.

—Tengo entendido que lo estás haciendo muy bien. Por lo que dicen, te estás labrando una reputación.

—Ah, ¿sí? Bueno, supongo. Resulta que tres años en la Sorbona te preparan estupendamente para ser secretaria. La verdad es que no sé por qué no lo incluyen en los folletos informativos. Ni carrera académica ni conocimientos; después de tres años en esta institución venerable, una puede aspirar a llegar a lo más alto como mecanógrafa.

—Ja, ja. O sea, que sigues aburrida.

Tessa vacila, levanta la vista hacia la rama de la que cuelgan las piernas de Theo.

—No tendría que habértelo contado.

—Se te lee en la cara. —Michael la coge del codo y la atrae hacia sí—. Sal a cenar conmigo, Tessa.

Tessa se libera de él. Un único y elegante gesto.

—De verdad que empiezo a pensar que tienes un fetichismo con el rechazo.

La ceja de Michael se eleva a los cielos porque la palabra que ha usado Tessa lo ha excitado.

—Pues resulta que tengo que hablarte de un asunto. Una posible salida a tu situación. Cena conmigo.

Nadie sabe a qué se dedica Michael, solo que su «trabajo de guerra» lo mantiene ocupadísimo y no incluye un uniforme o una insignia que puedan dar pistas. Recibe las preguntas con una sonrisa burlona y un disfrute tan evidente del misterio que lo envuelve que Tessa ha dejado de hacerlas.

Dos golpes secos a su espalda los hacen volverse. Theo no aterriza limpiamente.

—Maman ha sacado la tarta —dice echando a andar hacia la casa.

—¡Theo! —exclama Michael y su sonrisa se hace más ancha. Por primera vez parece sincera—. Qué alegría que hayas podido venir.

Theo no responde. Tessa se gira para seguirlo, pero Michael vuelve a cogerle el brazo. La mira, o más bien la estudia, antes de sacarse un cuadrado de papel del bolsillo y ponérselo en la mano.

—No lo leas aquí; no lo leas delante de Theo. Espera a que todos se hayan ido a la cama y llévatelo a tu cuarto.

Tessa mira el papel en la palma de su mano.

—¿Qué…?

—Oye, no lo estropees haciendo preguntas.

En el porche, Tessa besa a su padre en la mejilla y él le aprieta la mano y le regala una sonrisa cálida, especial para ella.

—Aquí están —dice alguien—. Los mellizos otra vez juntos.

Su madre los está mirando. Saluda a Theo con deliberación, le besa la mejilla y pasa un dedo por su uniforme azul.

—Como siempre, se va derecho a su hermana. No quiere saber nada de su maman —dice y los amigos ríen—. Aunque supongo que debo dar gracias por que al menos se fijen en mí —prosigue, ahora que ha cogido carrerilla—. De pequeños era casi imposible separarlos.

El padre se une. Parece tenso, sentado en la silla de jardín, evita mirar a Theo vestido de uniforme. El pacifismo ha agrandado la brecha entre los dos.

—Adela los llevó al médico cuando tenían cuatro años porque no hablaban. Al menos no a nosotros. Tenían su propio lenguaje. Gruñidos y silbidos, la cosa más rara del mundo. Por supuesto, el médico no le dio importancia. Os recuerdo a los dos sentados en su alfombra, jugando con bloques de construcción. *Théo* ponía unos encima de otros y Tessa disfrutaba tirándolos. El hombre casi ni os miró. Fue una completa pérdida de tiempo. «Los mellizos son así —fue lo que dijo al final—. Siempre en su pequeño mundo propio».

La madre mira a Tessa, pero esta aparta la vista, se niega a darle esa satisfacción.

—Los mellizos se bastan solos, fue lo que el médico dijo. Qué agradable debe de ser tener un pequeño mundo solo tuyo. Cuando nos dejan entrar nos sentimos agradecidos.

Tessa traga saliva. Theo se está rascando la cabeza con expresión perpleja, con Michael sonriendo como un trastornado a su lado, fingiendo que entiende el chiste. Tessa se sienta al piano, encajado detrás de las puertas acristaladas, y toca las primeras notas de *Cumpleaños feliz* a un volumen mucho mayor del que había sido su intención. La nota de Michael le taladra el bolsillo. Se concentra en la tarta: glaseado rosa y menos velas de las necesarias porque maman no ha querido ser cruel.

A pesar de que no son ni las ocho, la madre se retira a la cama con una novela, como todas las noches ahora que no puede llamar por

teléfono a su hermana en Francia, detrás de las líneas enemigas. El padre se encierra en su despacho a trabajar, proyectando largas sombras en las paredes con la luz declinante. La separación se produce a puerta cerrada, la convivencia en el porche era pura fachada.

Los mellizos están en la biblioteca, con sus estantes llenos de filosofía, historia y poesía; «proteína del alma», diría su padre en una de sus curiosas pero originales analogías. La nota de Michael sigue en el bolsillo de Tessa. Theo está tumbado en el suelo, junto al tocadiscos. Sus preferencias han cambiado desde que se alistó: más música popular, menos jazz, y, lo que es peor, ha perdido el gusto por descubrir cosas nuevas a Tessa. Fuman cigarrillos sacados de la pitillera cromada que lleva Theo en el bolsillo, de las Fuerzas Aéreas, no su marca habitual. Theo siempre quiso ser piloto, pero la indignación de su padre, efectiva al menos aquella vez, lo impulsó hacia Cambridge y la carrera de leyes. Tessa sospecha que, en ese sentido, la guerra para él ha sido un regalo, al darle la oportunidad de contravenir por fin los deseos paternos. Theo siempre ha sido el más obediente de los dos.

—¿Qué te ha dado Michael? —pregunta ahora como quien no quiere la cosa, pero a Tessa no la engaña—. Hablo de la nota.

Tessa baja la vista, extiende una mano, cierra el puño, abre los dedos.

—Su número de teléfono —dice evitando mirar a su hermano a los ojos para poder seguir con la mentira—. Ya lo conoces.

Theo da una calada del cigarrillo antes de pasárselo.

—Al menos es coherente. Lleva años enamorado de ti.

Guardan silencio mientras Tessa apoya la cabeza en el hombro de su hermano, pegada a él, brazo con brazo. Es consciente de que se le cierran los ojos y su respiración se vuelve pausada.

—Cuéntame cosas de Londres —dice Theo con tono distraído—. De tu vida.

Tessa se sobresalta. Cuatro años antes, cuando la luz del sol danzaba sobre sábanas amarillas, su madre le había hecho prometer que no diría una palabra a Theo. Pero a veces, en tardes silenciosas, siente ganas de derribar el muro entre los dos y hablarle de su corazón hecho añicos, de cómo sigue hecho añicos y de cómo, si baja la guardia —cosa que rara vez hace—, sigue añorando lo que perdió.

—Todo sigue igual, salvo por las bombas y los escombros. ¿Lo echas de menos? —pregunta con la esperanza de que Theo diga: «Sí, Tess, ¡pero no tanto como te echo de menos a ti!».

—¿A los escombros? Me parece que eso es más bien un gusto adquirido.

Tessa le da un codazo y no puede evitar reír.

—Hablo de Londres, tonto.

Theo tarda en contestar.

—He comprobado que es más fácil no pensar en las cosas que echo de menos.

Tessa quiere pedirle que no se vaya, pero comprueba que sus labios son incapaces de formar las palabras. Cuando se le presentó la oportunidad de vivir en París, ella no se quedó en Inglaterra. Además, tampoco es que Theo tenga elección. Así que hablan de la fiesta de cumpleaños, no tienen ganas de pensar en las otras cosas, en realidad no. Pero Tessa no logra aplacar su ansiedad; es posible

que su padre sobreviva a Theo. Theo ha visto la guerra, ha visto la muerte. Su cerebro no deja de pensar en probabilidades y en el azar.

—¿Qué tal está maman? —pregunta Theo estirando los brazos por encima de la cabeza.

Tessa sabe que está deseando irse a la cama, pero disponen de muy poco tiempo juntos. Cada momento tiene que contar.

—Deprimida. Dice que el mundo es demasiado oscuro, que está perdiendo la esperanza.

—¿Y papá?

—Terminará por perdonarte.

—No hay nada que perdonar.

—Ya lo sé.

Tessa sabe lo que se siente al decepcionar a un progenitor. Conoce ese peso extraño, incómodo en los hombros.

Cuando por fin se dan las buenas noches, Tessa sigue las instrucciones de Michael al pie de la letra. Cómo ha llegado a detestar a ese hombre. ¿Ha sido siempre tan mala persona? No, fue con la edad adulta; se debe a cómo se ha hecho mayor. Tessa se sienta en la cama y desdobla el cuadrado de papel, la promesa que encierra es como una descarga eléctrica. Porque lo cierto es que Tessa habría seguido a Theo a los cielos de haber podido, de no ser por el espacio vacío entre sus piernas, donde quienes mandan parecen pensar que residen la fuerza y el valor de los hombres. Tessa mira la nota.

Diez palabras mecanografiadas: «Oficina de Guerra, jueves a las nueve de la mañana».

3

Ha tomado usted té, señorita Armstrong?

—¿Perdón?

—Té, señorita Armstrong, ¿se lo ha ofrecido la señorita Norman? ¿O prefiere un vaso de agua?

La habitación está pintada de blanco y tiene las paredes desnudas. Si Tessa levanta la vista, atisba el pavimento de la calle, apenas visible por la rendija de un tragaluz. Ha estado en la Oficina de Guerra exactamente seis veces para entregar mensajes. Como en todos los edificios gubernamentales, su aspecto imponente pronto da paso a la decepción que provocan los pasillos asépticos y la iluminación áspera. Es la primera vez que Tessa baja al sótano.

—Le gustará saber que viene usted *fortement recommandée* —dice el hombre, el señor Joyce.

Tessa sonríe porque está en lo cierto, le gusta saberlo, pero el repentino cambio a su segunda lengua la ha desconcertado.

—¿Recomendada para qué?

El señor Joyce se quita las gafas; su cara es solemne, aunque, puesto que hace solo cinco minutos que lo conoce, Tessa no sabe si es su expresión habitual. No puede evitar consultar su reloj, aunque ha telefoneado a la oficina para avisar de que llegaría tarde. Se

pregunta si volverá al Foreign Office o si ya no hay marcha atrás. Sonriendo para sí, piensa: es un comienzo.

—Tengo entendido que su francés es excelente —dice el señor Joyce esta vez solo en francés—. Me encantaría oírlo, si es tan amable.

Tessa hace lo que le pide, aunque no entiende a qué viene este examen, porque sin duda es un examen.

—Mi madre nació en París y en casa siempre hablaba en francés. Además, pasamos casi todos los veranos en casa de mi abuela, en el Loira. Bueno, pasábamos.

El señor Joyce asiente con la cabeza y toma notas.

—¿Y estudió usted en la Sorbona?

—Sí. Literatura.

—¿Cambridge no la seducía? Veo que su padre es catedrático allí.

Tessa niega con la cabeza.

—La verdad es que no. Yo quería un título. No le veía sentido a estudiar tres años y que después me negaran la licenciatura solo por mi sexo.

Sonríe con humildad.

—¿Y a finales de 1938 dejó París para volver a Inglaterra?

Tessa vacila, nerviosa. No piensa en París; no puede.

—Sí —dice al cabo de un instante—. Volví a casa.

—¿No le apetecía quedarse allí?

Tessa niega con la cabeza.

—¿Debido a la situación en Europa?

—Sí —dice confiando en que no se note que miente.

—Qué asunto tan feo, lo de Francia. Nadie esperaba que cayera tan pronto ante los alemanes. ¿Qué opina usted al respecto?

Cuando Tessa tarda en contestar, el señor Joyce carraspea.

—Me pone enferma. Mi hermano me ha contado que hay esvásticas colgando de los edificios de los grandes bulevares.

—Su hermano… Ah, sí, Theo. Veo que mellizo. Qué encantador. Está en la Royal Air Force.

—Acaba de irse al norte de África.

El pensamiento detrás de esta afirmación es que el señor Joyce pueda revelar involuntariamente el paradero exacto de Theo, como si eso fuera a cambiarlo todo, como si así Tessa fuera a estar menos preocupada.

—Sí, bien por él. Todo apunta a que está haciendo un excelente papel.

Tessa se encorva un poco. Le da igual si el señor Joyce se da cuenta.

—Eso he oído.

Pero hay algo más que preocupación. Una punzada de envidia por que a Theo se le permita vivir esa experiencia y a ella no.

—Tiene que estar orgullosísima de él.

Hablar en la lengua materna de su madre es demasiado doloroso. Con un inglés rápido, deliberado, Tessa pregunta:

—Perdone, señor Joyce, ¿pero me van a cambiar de destino?

Él responde con otra andanada e insistiendo en el francés.

—¿Cómo describiría sus ideas políticas, señorita Armstrong? Veo que es usted una afiliada bastante activa al partido laborista.

Tessa da un respingo, sorprendida.

—Pues… sí, lo soy.

—Por influencia de su padre, imagino.

—Bueno, no sé si…, lo que quiero decir es que tengo capacidad de formarme mis propias… —Tessa asiente con la cabeza—. Sí.

—¿Se considera de izquierdas?

—Me considero socialista.

—En la universidad se definió como marxista.

Tessa se queda sin respiración.

—¿Perdón?

—¿No escribió un trabajo bastante notable en el que describía la educación como un mecanismo empleado por las élites dirigentes, y aquí cito textualmente, para crear una fuerza laboral futura que sea sumisa…?

—No creo que lo expresara de forma tan simplista, pero…

—… reforzando y legitimando por tanto la desigualdad de clase.

—¿Cómo sabe eso?

Se le ocurre que puede estar quedándose sin trabajo, en lugar de ir a obtener uno nuevo.

—Parece que levantó mucho polvo. —El señor Joyce deja su pluma—. ¿Diría usted que sus ideas políticas han evolucionado desde entonces?

Tessa sonríe con tristeza.

—Diría más bien que se han reafirmado. Pero tenga la seguridad, señor Joyce, de que amo mi país. Por eso quiero que sea un lugar más justo y equitativo.

Mira con añoranza el trozo de acera al otro lado del tragaluz. Es como estar de nuevo ante el señor Harris, el jefe de estudios del colegio. En su despacho, que solo visitaban los sospechosos de los delitos más atroces, tales como robo o plagio. O marxismo.

—Pero ¿qué entiende exactamente por un país más justo? ¿Cuál es la medida?

—Un lugar en el que todos tengan acceso a los privilegios reservados a una minoría solo por haber nacido donde han nacido. Un país que trabaja en beneficio de los débiles y los pobres, no solo de los afortunados que están en la cima de la pirámide.

—¿Como usted?

—Como usted, señor Joyce. A mí, por ser mujer, no se me permite ni siquiera acercarme a esa cima.

El señor Joyce se pone colorado y Tessa siente una satisfacción fugaz.

—Pero usted estudió en una buena universidad, señorita Armstrong. Tiene una licenciatura. Disfruta de privilegios gracias a que su padre trabaja duro y usa su brillante cerebro.

—Algo que puede hacer porque, como estudiante becado, recibió una gran formación. Pero eso no debería ser caridad, sino un derecho.

El señor Joyce no responde. Tessa oye el tictac de un reloj, los timbrazos de un teléfono. Oye pisadas arriba, en la calle, la continua procesión de personas yendo a trabajar.

—¿Estaría dispuesta a unirse a la lucha? —pregunta el señor Joyce.

—Creí que ya lo había hecho.

Tessa piensa en las muchas horas pasadas delante de su máquina de escribir. En el ploc ploc de las teclas multiplicado por cincuenta en la oficina.

—Estoy intentando saber si comparte las ideas pacifistas de su padre.

—Diría que simpatizo con ellas. Las opciones pacíficas siempre deberían explorarse a fondo. Es de sentido común, ¿no? Pero ya lo hemos hecho, ¿verdad? ¿Y a dónde nos ha llevado?

—Su hermano se juega la vida cada vez que se sube a un avión.

—Sí.

—Muchos dirían que es un héroe.

—Me…, sí. Es muy valiente.

—Y usted, de tener la oportunidad, ¿se jugaría la vida por su país en este momento de necesidad?

Tessa lo mira, sorprendida.

—Sí, claro. Por supuesto. Pero quizá quiera explicarme de qué se trata, señor Joyce —dice porque no se le ocurre un cambio de destino que implique poner su vida en peligro. Guardia antiaérea, quizá. Operadora de reflector, que debe permanecer en su puesto llueva lo que llueva del cielo. Claro que para un trabajo así no la habrían enviado a la Oficina de Guerra.

—Ahora tiene que ir a Lillywhites —dice el señor Joyce en inglés sucinto.

Así que la entrevista se ha terminado, piensa Tessa.

—Ya llego tarde a trabajar, señor Joyce.

—Pero es que ahora trabaja para nosotros, señorita Armstrong, y hay que tomarle medidas para el uniforme. La estarán esperando.

—¿El uniforme?

—Sí, para el Cuerpo de Voluntarias de Primeros Auxilios.

—¿El FANY?

Tessa nota una punzada de decepción en el estómago. ¿Para esto la han llamado? Las voluntarias del FANY son conductoras y

mecánicas. Y chicas de la alta sociedad, cosa que ella desde luego no es.

—Hemos comprobado que es útil tener un puesto oficial dentro de la jerarquía —dice el señor Joyce, pero sin añadir nada más.

Desde que volvió de Francia, Tessa vive en el cuarto de invitados de la casa de su tía, en el barrio de Bloomsbury.

—Te ha llegado un telegrama —dice Violet cuando ve a Tessa en la entrada—. ¿Has madrugado o es que vuelves ahora?

—Ninguna de las dos cosas. —Tessa se sirve una tostada con mantequilla del plato de Violet. El telegrama está apoyado en el salero en el centro de la mesa, pero en cuanto lo ve se obliga a mirar a otro lado. Los telegramas nunca traen buenas noticias—. ¿Puedo tomar un huevo?

—Sí, siempre que te lo prepares tú. ¿Te divertiste anoche?

—Me quedé a dormir en casa de una amiga. No quería despertarte.

—Qué barbaridad, cómo eres de considerada. Pues que sepas que yo también salí.

—No me digas, ¿con cuál de ellos? —Su tía sonríe beatífica y no contesta—. De verdad es que no sé cómo no te haces un lío. Tu agenda de citas debe de ser un monumento a la organización.

Violet cambia de tema.

—Ha telefoneado tu madre para saber qué tal va todo. Le he dicho que casi no te veo.

A Tessa le da un vuelco el corazón, porque se supone que vive con la tía Violet para no meterse en líos. Claro que la noche anterior los

líos la encontraron a ella en forma de un aviador llamado Colton, nombre absurdo donde los haya, o eso le parece a Tessa ahora que es por la mañana. Aún nota su tacto en la piel, su olor en las fosas nasales. La sensación, a pesar de no ser más que un recuerdo, la hace dar un respingo, pero su tía no parece enterarse. En cuanto salga, Tessa se dará un baño. Se va a restregar la piel hasta tenerla roja, hasta deshacerse del recuerdo de él, de ello.

Siempre tiene la esperanza de que el sexo sea como era con Luc. A menudo se parece más a un castigo.

—Dio por hecho que me refería a que trabajas demasiado —dice Violet—. No te preocupes, no la saqué de su error.

—Es que resulta que trabajo mucho. ¿Ha habido noticias de Theo?

Tiene los ojos fijos en el telegrama. Los telegramas pueden significar muerte.

—Dímelo tú, que recibes cartas suyas. ¿No vas a llegar tarde?

Tessa niega con la cabeza.

—Tengo el día libre.

—¿Otro? Creía que estando en guerra no había días libres. —Violet señala el telegrama sin abrir con un gesto de la cabeza—. La chica dijo que era urgente.

En el sobre aparece escrito «CONFIDENCIAL». Tessa lo coge y cierra los ojos un instante. Dos tensos hilos recorren su cuerpo: uno la une a Theo, el otro a sus padres. En los últimos años ha tratado de romper los dos. Pero no, no es Theo, no es el fin del mundo, esta vez no. Hay una dirección en letras de imprenta negras. Orchard Court, la fecha de hoy y una hora, las 14.00.

Orchard Court es un edificio alto y bastante anodino de ladrillo amarillo y estuco blanco. Dentro, paredes de mármol adornadas con espejos. Por un instante Tessa está en todas partes, multiplicada por cinco, por diez, todas sus versiones con idéntica expresión nerviosa. La envían a un apartamento en la segunda planta, el cual, desde la entrada, parece tan lujoso como el resto. Alfombras mullidas y paredes de mármol negro, perfume floral en el aire. En la sala de espera, un hombre sale deprisa de detrás de una mesa y le estrecha la mano.

—Soy Ronald Stenwick, ¿cómo está usted? —dice en lo que el padre de Tessa llamaría «entonación monocorde de colegio privado». Aunque Tessa no ha dicho palabra, añade—: De momento no contestaremos preguntas y procuraremos, señorita Armstrong, no hacer demasiadas.

Ahora que está aquí, Tessa no puede evitar sospechar que todo resulta un poco exagerado para el FANY, que, por lo que sabe, consiste en poco más que un puñado de jóvenes aristócratas haciendo de chóferes de generales de división de clase alta. Así que esto debe de ser otra cosa, su intuición no la engañaba. Un falso FANY. Algo que requiere una coartada. Se le tensan los hombros y piensa: un secreto. Siente un cosquilleo nervioso en el estómago.

Stenwick señala una silla.

—Gracias —dice Tessa y se sienta.

—¿Qué tal fue su reunión con el señor Joyce? —dice Stenwick abriendo una carpeta de cartulina color caqui—. Tengo entendido que defendió usted sus ideas políticas con vehemencia.

Una punzada de alarma.

—Así saben que digo lo que pienso.

Quizá es el apartamento de él, piensa Tessa, siempre curiosa. Pero no, no tiene pinta de espacio vivido. No se ven desechos de vida cotidiana por ninguna parte.

—¿Y se siente capacitada para trabajar con personas que no tengan sus fuertes convicciones, que (y lo digo solo por poner un ejemplo) puedan compartir su objetivo, pero no sus motivaciones? —Le tiemblan las aletas de la nariz—. Lo que quiero decir es que es posible que tenga que trabajar con comunistas.

Tessa asiente con la cabeza.

—Me imagino que el deseo de liberar al mundo del fascismo es algo que compartimos todos.

—Hay personas que pueden albergar motivos más personales.

—Sí.

Stenwick levanta la vista de su carpeta.

—Señorita Armstrong, lo que le estamos pidiendo va más allá de cualquier noción convencional de hacer la guerra. Se trata, como habrá adivinado, de una misión de la que no puedo garantizarle que volverá.

Tessa apoya despacio las palmas de las manos en las rodillas. Bueno, piensa, por fin.

—¿Ya puedo hacer preguntas? —dice.

Stenwick frunce el ceño.

—De acuerdo.

—¿De dónde puedo no volver?

—De Francia, señorita Armstrong.

Tessa respira hondo. Siente el corazón atravesado por las heridas del pasado.

—Domina usted la lengua —continúa Stenwick—. Al parecer la habla como una nativa. Conoce bien el país y creo que no tendrá problemas en integrarse. Pero que le quede claro: si el enemigo la descubre, es del todo posible que lo pague con su vida.

Esta conversación es una barbaridad; a decir verdad, resulta ridícula, parecen dos niños pequeños jugando a la guerra.

—¿Qué tendría que hacer exactamente? —pregunta Tessa aturdida.

—Operaciones Especiales. Sabotaje, para que nos entendamos. Una fuerza desestabilizadora bajo las narices mismas del enemigo. Pero, en fin, los pormenores se los dará la señorita Jones.

El aturdimiento se disipa. Tessa nota una descarga de excitación que le recorre la columna vertebral, pero quizá no es eso, quizá es miedo. Miedo sería lo sensato, piensa. Miedo sería esperable como respuesta a esas palabras extraordinarias.

—¿La señorita Jones? —pregunta.

—Sí, debe de estar preguntándose por dónde andamos.

Stenwick se pone de pie y se abotona la chaqueta. Tessa lo sigue por la puerta hasta otra habitación, algo más destartalada. Detrás de una mesa hay una mujer un poco más joven que su madre. Le alarga la mano y dice en un acento marcado que hace pensar a Tessa en el imperio y en la reina Mary:

—Qué tal, soy Emmeline Jones.

—Bueno, pues yo las dejo —dice Stenwick y se marcha antes de que a ninguna le dé tiempo a objetar.

—Es mucho que asimilar, supongo —observa la señorita Jones. Tiene una tetera preparada en una bandejita blanca—. ¿Leche o azúcar?

Tessa pide leche y se sienta con los ojos fijos aún en la puerta recién cerrada.

—El señor Stenwick me ha preguntado si estoy dispuesta a ir a Francia.

La señorita Jones asiente y le da una taza de té.

—Pero ¿cómo? Francia lleva más de un año ocupada. París está atestada de alemanes.

La señorita Jones mira a Tessa a los ojos.

—La guerra son muchas cosas, señorita Armstrong. Durante el pasado año nuestra organización, la Dirección de Operaciones Especiales, ha estado librando una batalla secreta en Europa. Agentes especialmente entrenados colaboran con los grupos locales de la Resistencia en áreas ocupadas para sabotear operaciones alemanas… con notable éxito, he de decir.

Tessa necesita un instante para comprender del todo.

—¿Y qué es lo que quieren que haga yo? —pregunta, incrédula.

—Nos gustaría que hiciera de enlace entre distintas partes de una red de agentes nuestros y de la Resistencia francesa, llevando mensajes y otras cosas, al mando de nuestro cuartel general en Baker Street. Es un trabajo peligroso, estará usted tremendamente expuesta y necesitará actuar bajo presión, pero creemos que tiene usted capacidad de sobra para desempeñarlo. Los informes de la Foreign Office sobre usted son excelentes, señorita Armstrong. Es usted una joven inteligente, que es lo que la organización necesita. —La señorita Jones espera unos instantes antes de añadir—: Además, Francia es importante para usted.

Tessa asiente con la cabeza. Quizá quieren a personas endurecidas por la pérdida, piensa.

—Tengo a seres queridos allí —dice simplemente.

Claro que su situación no tiene nada de simple. Su corazón está en Francia. Hecho añicos igual que un cristal.

—Le estamos pidiendo mucho.

Tessa se pone recta. Saca fuerzas de flaqueza.

—No tengo miedo, si es lo que está intentando preguntarme.

—El miedo no tiene nada de malo, señorita Armstrong. ¿Le preocupa mentir a su familia? Me temo que deberá hacerlo.

—No, eso no… —Tessa se interrumpe—. A Theo, supongo. Mi hermano.

Pero lleva mintiéndole desde que dejó París. La vergüenza que le produce su engaño la desborda.

—¿Están muy unidos? —pregunta la señorita Jones malinterpretando la expresión de Tessa.

Es un bálsamo, el malentendido.

—Sí, mucho. Somos mellizos.

—¿Y tendrá usted que darle explicaciones sobre su supuesto traslado al FANY? Quizá no debería verlo como un engaño, sino como ocultarle toda la verdad del asunto hasta más adelante.

Tessa posa la taza de té sobre la mesa. Al momento, sin dejar de mirarla a los ojos, la señorita Jones la coloca encima de un platillo y limpia el pequeño cerco húmedo que ha quedado en la mesa con un pañuelo que se saca del bolsillo del pecho de su blazer.

—Si acepto, ¿qué pasará?

La señorita Jones sonríe. No es una sonrisa ni agradable ni fría, más bien la imitación de alguien sonriendo, como si lo hubiera visto en una ocasión y recordara cómo se hace.

—Hará instrucción. Me temo que no será fácil. Está pensada para ponerla a prueba, para asegurarnos por completo de que es usted la elección adecuada…

Tessa deja de escuchar. Quizá es que es incapaz de asimilar más cosas ahora mismo. Por la ventana enmarcada por dos gruesas cortinas de brocado ve el techo de un autobús que pasa. La vida prosigue con total normalidad a solo unos metros de ella; la suya en cambio se ha alterado de forma inextricable. Pero no, piensa, eso ya ha ocurrido; la alteración se produjo en el pasado, esto no es más que una nueva capa de cambio.

Lo único que puede hacer, decide, por tanto, es avanzar. Quería ser como Theo, contribuir al esfuerzo bélico. Bien, piensa, pues ahora tienes la oportunidad. Llovida del cielo.

Además, ella ya no es la persona de antes. Nunca lo será.

4

Tessa desliza el dedo por el frío metal negro. Ha tenido ya un arma en la mano, años atrás, cuando Theo hizo amistades nuevas en la universidad. Fines de semana cazando en heredades de amigos y bailes con mujeres llamadas Lettice y Eugenie. A veces, cuando Tessa estaba en casa, lo acompañaba. Por curiosidad, decía, y era cierto. Igual que mirar una pecera. Una noche durante una cena recitó un pasaje del *Manifiesto comunista* en lugar de bendecir la mesa y Theo afirmó haberse «muerto de vergüenza» adoptando el tono de voz, el desdén de los demás, como propios.

Aquellas armas no eran como esta, pero la sensación es idéntica. El poder, pues no hay duda de que se trata de eso, llega en forma de pistolita y de ametralladora que le hace daño en el brazo cada vez que la dispara.

—Apunte —dice el instructor—. Apunte al pecho, la zona más amplia, aunque un tiro en la cabeza es más clemente, si hay ocasión. Recuerde que los monstruos son ellos, no nosotros.

Tessa dispara y da en el blanco a la primera.

—Bien hecho —dice el instructor, incapaz de disimular su sorpresa.

Esa tarde llueve. Tessa está en el bosque, el agua le cala el mono caqui y la tela empapada se le pega al cuerpo. Tiene la sensación de que nunca entrará en calor.

Al otro lado de un camino alfombrado de montones de ramas y rocas la otra agente en formación, Inès, está tratando de captar su atención. Pone cara de angustia y mueve los labios como diciendo: «Me quiero ir a casa», y Tessa le responde con una mueca cómica, exagerada. Qué distinto de aquella mañana, cuando habían bromeado diciendo que tenían «¡clase de educación física esta tarde!», porque esto no se parece en nada a un juego de patio de colegio. Una vez fuera del bosque, Tessa e Inès tienen que cruzar un estrecho puente colgante sobre un río y trepar por un muro que hay al otro lado, todo ello sin que el instructor las declare «capturadas». Tessa no puede evitar volver la cabeza para buscarlos, sean quienes sean, siguiendo su rastro por el bosque.

—¿Dónde coño nos van a mandar? ¿A los Pirineos? —susurra Inès furiosa.

Tessa tiene el estómago revuelto.

—Intenta no mirar abajo —susurra.

—Un pie delante del otro —dice Inès.

—Eso es. Sigue.

Esa noche, en la residencia, las mujeres se apiñan delante de la chimenea y beben ginebra de contrabando.

—Los instructores aquí son más simpáticos —dice Brigitte—. En Wanborough todos parecían sentirse insultados por la mera idea de tener que adiestrar a mujeres.

—¿Os acordáis de aquel que ni nos miraba a los ojos? —pregunta Tessa.

—Por lo menos estos no se piensan que hemos venido solo a buscar marido —dice Inès.

Fleur, que es al menos diez años mayor que el resto, tiene una risa estruendosa.

—Ni se les pasa por la cabeza que algunas de las que sí tenemos marido podemos estar deseando dejarlos en casa.

Inès sonríe con picardía.

—Pero, si estuviéramos interesadas, he oído que la sección de los Balcanes es *la crème de la crème* en cuanto a belleza e inteligencia.

En Beaulieu están prohibidos los nombres. Inès no es Inès. Brigitte se llama de otra manera. Tessa, en este mundo, es Marianne, una persona nueva sin ataduras, sin obligaciones. Sin raíces. Su tía y sus padres creen que está haciendo un curso de formación para el FANY, que va a ser conductora, traductora o tal vez ambas cosas. Tessa ha procurado no dar detalles, a pesar del empeño de su madre en cuestionar cada uno de sus movimientos. En sus cartas a Theo no le ha dicho una sola palabra.

Brigitte saca un paquete de galletas Rich Tea del bolsillo de su bata y lo hace circular.

—Desde luego es mejor que el cuerpo de secretarias —dice Tessa cogiendo ávida una galleta.

—Yo también era mecanógrafa —dice Inès.

—Yo trabajaba en una tienda —dice Brigitte.

—Yo era la mujer de un borracho —dice Fleur.

Abren mucho los ojos. Esto está tan prohibido como la ginebra. Las mujeres forman un grupo variopinto, son todas francesas, medio francesas o con un conocimiento del idioma francés inusualmente bueno. Mestizas, la mayoría, piensa Tessa. Inès creció con un padre en el cuerpo diplomático. Brigitte, al igual que Tessa, tiene un progenitor francés. Fleur escapó de la Francia ocupada colándose de

polizona en un barco. No dejan de aflorar pequeños detalles; saben, por ejemplo, que Tessa es melliza. Pero podrían decir cualquier cosa y no habría forma de comprobar si es cierta.

—Me han dicho que una vez aprendemos a saltar en paracaídas la cosa se pone interesante —comenta Inès con ojos brillantes—. Nos mandan en un simulacro de misión a una ciudad que no conocemos. Y será como estar solas, pero en realidad estarán espiándonos todo el tiempo para ver cómo nos desenvolvemos.

Tessa levanta las cejas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Alguien que debería tener la boca cerrada —dice Fleur.

—O con mucha imaginación —dice Brigitte.

—Por lo visto te emborrachan para ver qué secretos revelas —dice Inès y Brigitte finge escupir su ginebra.

—Y por la noche te escuchan por si hablas en sueños. Porque ¿qué pintamos en la Rive Gauche si luego cantamos *Dios salve al Rey* en cuanto llega la medianoche?

La margen izquierda. Tessa da un trago de ginebra y, cuando le quema la garganta, otro más.

Cuando se termina la botella se van a la cama, a ese espacio entre lo que ha sido y lo que será. Tessa tarda mucho en dormirse, oscila entre los nervios y la excitación. Aparentar una cosa y ser otra en realidad no es nada nuevo; pero jamás se le había pasado por la cabeza que esta habilidad pudiera tener valor.

Dormita, se gira hacia la ventana, que enmarca una luna brillante. Tiene demasiadas cosas en la cabeza para retener un único pensamiento; la agitación le impide detenerse en cómo se siente

respecto a todo. Respecto a Theo, a la instrucción, a París, a los diez dedos de las manos y diez de los pies, ese recuerdo abrasador.

«Parece divertida».

La asalta un nuevo recuerdo: una librería en la rue de l'Odéon, un gentío que se esfuerza por oír lo que dice un hombre sentado en una pequeña butaca tapizada de cuero. Se aferra a este recuerdo. Esta Tessa, la Tessa de antes, consideraba un genio al autor Ephra Laurent. Había hecho una exposición sobre su obra en una clase en la Sorbona y escandalizado a sus profesores, para quienes los autores como Laurent iban demasiado lejos. Demasiado modernos para ser decentes, demasiado distintos para resultar aceptables. Tessa le había mandado sus libros a Theo, quien no tenía nada que decir al respecto, claro que Theo temía el cambio, siempre lo había hecho, si no, no sería su hermano. Pero ahora que Tessa estaba cara a cara con el autor, porque era la impresión que daba aquella lectura, la importancia de Laurent se estaba transformando rápidamente en su poco deseable prima hermana: la arrogancia. Este pensamiento debió de hacerle sonreír, porque el hombre que estaba a su lado se había inclinado hacia ella y había susurrado:

—Parece divertida.

Cuando Tessa giró la cabeza, la sorprendió descubrir que la voz pertenecía al pintor Luc Langlois. Había visto su obra en una galería de Cork Street, lienzos de audaces secuencias oníricas, faros en desiertos y castillos flotando en anchos mares. Había leído semblanzas suyas en revistas, visto el retrato que le hizo Lee Miller. Tessa se obligó a apartar la vista.

—He pasado la noche despierta leyendo su libro. No podía dejarlo. Tenía la sensación de que no sería la misma persona cuando lo

terminara, y es una de esas pocas obras literarias con ese poder. Pero no sé si sigo pensando igual.

—¿Por qué?

—Es tan… pomposo.

—Es un gran escritor.

—Sí, y lo está estropeando con su personalidad.

Luc reprimió una carcajada. Varias personas se volvieron y los mandaron callar.

—Será recordado por sus palabras y eso es lo importante. Lo único que le interesa a él.

Tessa frunció el ceño.

—No le corresponde a él decidir cómo es recordado.

Cuando Luc la invitó a una celebración en su apartamento, Tessa aceptó. Cuando resultó que la fiesta era en honor de Ephra Laurent y que el pintor y él eran buenos amigos, Tessa se sintió tan avergonzada que pensó que tendría que dejar la fiesta y quizá también París.

—Ephra, esta es Tessa —dijo Luc antes de que le diera tiempo a huir—. Te considera demasiado engreído para ser buen escritor.

Tessa clavó el zapato en el suelo de madera con salpicaduras de pintura. Pero no lo negó. Ephra Laurent fingió reflexionar sobre sus palabras mientras se acariciaba la sombra negra de barba en el mentón. Incluso la barba es un simulacro, pensó Tessa, un atisbo en lugar de un todo.

—Quiere que sea humilde —dijo Ephra a Luc con aire de seguridad.

—Tengo voz propia —dijo Tessa.

Ephra le puso las manos en la cintura. No la soltó a pesar de notar su tensión. Le clavó las uñas en la cintura, asegurándose de que Tessa sentía su poder. A continuación se arrodilló y le hundió la cara en la entrepierna.

—Creo en mi propia grandeza —dijo echando atrás la cabeza para mirarla a los ojos.

Tessa tensó la mandíbula.

—Ya lo veo.

La gente se echó a reír. Luc la miraba, meneando la cabeza y diciendo solo con los labios: «No le hagas ni caso».

—Pero eso me ha hecho monstruoso. ¡Perdóname! —gritó Ephra.

Pero no era serio, era teatro. Al cabo de un rato, después de desnudar su alma, reconocido su ego y una vez su público empezaba a cansarse, soltó a Tessa. No soy más que un payaso, declaró enseñando los dientes en una sonrisa tensa, ancha. No hay que tomarme en serio, añadió, pero Tessa reparó en el destello afilado en su mirada.

No olvidaría nunca la sensación de sus uñas en la piel.

La despierta el roce de algo sólido y frío.

—*Laisse-moi tranquille* —murmura.

Vuelve el frío. Metal en la frente. A continuación, una voz.

—*Oben! Oben!*

La luna está en el centro de la ventana, redonda y blanca. Tessa coge su bata del poste de la cama y dice:

—*Je me lève.*

—*Komm mit mir.*

El dueño de la voz, la más pobre imitación del acento alemán que ha oído jamás Tessa, la coge del codo y la saca de la habitación. Oye a Inès darse la vuelta, oye el susurrado: «*Pas encore*». El hombre empuja a Tessa a una silla de metal frío, que le hace daño en el hombro, y ella se queja y mira acusadora al instructor antes de inspeccionar su alrededor. Han vestido la habitación desnudándola. Paredes blancas, una mesa y dos sillas, el haz de una lámpara Anglepoise dirigido a la cara de Tessa.

—Sabemos quién eres —dice el hombre en inglés.

—*Je suis Marianne Bonaly* —contesta Tessa.

—Sabemos que eres una agente inglesa. Tienes un acento pésimo.

—*C'est drôle*, lo mismo estaba pensando yo de ti.

El hombre da un puñetazo en la mesa a pocos centímetros de la mano de Tessa. Están en una hermosa heredad en la campiña inglesa que no se parece lo más mínimo a una cárcel de la Gestapo, por lo que a Tessa le está costando trabajo tomarse en serio al hombre.

—Lo sabemos todo. No tiene sentido resistir, solo te perjudicará a ti y a tus amigos. Nos darás los nombres de tus co-conspiradores. No creo que te interese conocer las consecuencias de no colaborar.

—¿Para qué necesitáis sus nombres si ya lo sabéis todo? —pregunta Tessa porque ya sabe cómo va esto, tiene la rutina interiorizada. Por mucho que se esfuercen, es imposible que estos simulacros de interrogatorios parezcan reales.

Además, es un buen tipo este muchacho, cuando no se disfraza de agente de la Gestapo.

El desayuno se hace en la «casa francesa», en la que las agentes en formación tienen que adoptar costumbres francesas y comportarse lo más naturalmente posible en un entorno extranjero. El edificio llama la atención por su modernidad, con delgadas chimeneas y ventanas con marcos de acero laminado. Tessa está devorando bollos y café con Inès y Fleur. Parpadea y son unas vacaciones, piensa. Solo hay un parpadeo entre la realidad y esto.

—Qué mala suerte tuviste con el huno de medianoche. Debes de gustarle; te ha interrogado más veces que al resto de nosotras juntas —dice Inès.

Los reclutas hablan exclusivamente en francés. Es curioso cómo ayuda a ponerse en situación; una capa de camuflaje añadida al nombre falso y la comida francesa, a las etiquetas en francés cosidas a sus ropas. Fleur considera su deber enmendar los errores de pronunciación «que los ingleses no sabéis o no queréis corregir».

Tessa corre unos centímetros su silla para hacer sitio a los recién llegados. Jean, con su mata de pelo blanquísima y cara redonda, recibe el apodo de «la Luna». Victor es un hombre algo hosco con cara de estar siempre nervioso. Victor, piensa Tessa, es inglés y Jean sin duda francés, porque Fleur trabajó con él antes de escapar.

—Tenéis pinta de haber descansado esta noche —dice Jean saludándolas una a una con una inclinación de cabeza.

—La verdad es que no —contesta Inès—. No os imagináis lo que tenemos que soportar por las noches. Simulacros, trucos sucios, interrogatorios…

—Pues allí será peor —replica Victor—. Aquí no pueden trataros con dureza.

—Yo no pienso abrir la boca, me hagan lo que me hagan —dice Tessa.

—Es imposible saber cómo se va a reaccionar en una situación así —rebate Fleur.

—Por si sirve de algo, sabed que si os capturan lo más probable es que terminéis muertas. Así que para el caso es mejor mantener la boca cerrada —dice Victor partiendo un cruasán y mojando un trozo en la mermelada de fresa.

Es inglés fijo, piensa Tessa.

—Gracias por los ánimos —dice Inès.

Después de la primera clase del día, se asigna a Tessa y a Fleur hacer cajas con materiales para fabricar explosivos plásticos. Tessa tiene asignaturas con nombres tan extraordinarios como «Asesinato» o «Incendio premeditado», además de su favorita: «Códigos, cifrados y tintas invisibles». (Un día de estos piensa desconcertar a Theo con sus nuevas destrezas).

—Te voy a contar un chisme —dice Fleur—. ¿Sabías que Jean y yo teníamos que haber salido de Francia juntos? —Tessa niega con la cabeza—. Pero no apareció. Al parecer necesitaba más tiempo para resolver asuntos pendientes con su familia. Dos semanas después se presentó para el adiestramiento como si tal cosa.

Tessa sella una caja y empieza otra. No quiere ser cómplice de secretos.

—Quince días es mucho tiempo cuando te has declarado subversivo, por muy secreto que sea. La gente rumorea. Te vigilan todo el rato.

Fleur habla muy despacio y escogiendo bien las palabras mientras tamborilea con los dedos la caja metálica que ha dejado de llenar.

—No le habrían permitido llegar hasta aquí si no estuvieran seguros.

Toc, toc, los dedos de Fleur contra el metal.

—¿Sabías que Roland Stenwick trabajó en Francia? Para una editorial en el sur.

—No lo sabía, no.

—Nuestra luna, Jean, era su mano derecha. Son amigos desde hace años. La cuestión es que solo nos cuentan lo que quieren. Por muchas promesas que nos hagan en estas aulas, no te olvides nunca de que estás sola.

Han pasado dos semanas y Tessa está cruzando el césped del aeródromo de la RAF con el estómago revuelto. Ha saltado desde una cuerda colgada del techo del gimnasio y desde una torre de metal, aterrizando en un montón de colchones viejos. Ha ensayado el salto a través de un agujero rectangular practicado en el fuselaje de un aeroplano Whitley estático con cuidado de no cortarse la nariz con los bordes afilados, un accidente tan habitual que se le llama «tocar la campana». Ha aprendido a encoger las piernas, a cómo no hay que prepararse para un impacto, y cómo rodar por el suelo al aterrizar.

Hoy le toca saltar en paracaídas de un avión.

Inès está repartiendo cigarrillos.

—Ya me he fumado una cajetilla esta mañana. Parezco una chimenea. ¿No pueden darse más prisa, joder?

—Estarán comprobando que no hay nada roto —dice Victor en tono seco—. Estos aviones tienen más años que yo.

—¿Estás bien, Marianne? —pregunta Inès—. Te veo un poco verde.

Es curioso. Hasta ahora Tessa nunca ha tenido miedo a las alturas. Hacia el final de la instrucción tendrá que saltar de un avión una y otra vez hasta completar cuatro saltos de entrenamiento. Sueña que su paracaídas no se abre. Sueña que se precipita en una caída interminable, con el suelo cada vez más lejos, aunque quizá no es ella la del sueño. Quizá es Theo.

Jean, que está intentando esconder su rebelde pelo blanco bajo una gorra de aviador de cuero, le da un codazo suave. Las palabras de advertencia de Fleur resuenan en los oídos de Tessa.

—El avión no volará demasiado alto —dice Jean—. Tiene que volar bajo para evitar ser detectado. Tocarás tierra en diez, puede que quince segundos y habrá pasado todo.

—Tocar tierra… —repite Tessa con un hilo de voz cuando él se vuelve hacia los demás.

El instructor los conduce a un avión cuadrado de gran tamaño pintado con gruesas bandas verdes. Detrás de un panel de cristal, Tessa ve al piloto comprobar los mandos. No es Theo, por supuesto que no es Theo, pero cada vez que ve un uniforme azul siente una chispa de esperanza, aunque sabe que su hermano está a miles de kilómetros de allí. ¿Qué le diría si nos cruzáramos en un hangar?, se pregunta, disfrutando de poder pensar en algo que no sean caídas en picado y aterrizajes catastróficos. ¿Cómo podría explicarle mi presencia aquí? Es una intrusa en el mundo de Theo.

El instructor los manda callar y explica la maniobra, les enseña a abrir la escotilla del fuselaje y se asegura de que han comprobado

sus paracaídas. Mientras toman asiento, los propulsores a ambos lados de la cabina se encienden y el avión avanza.

—Ay, Dios mío —susurra Tessa.

Alguien le aprieta la mano y levanta la vista, sorprendida, a Jean, que tiene los ojos fijos en el suelo al otro lado de la ventanilla.

«La cuestión es que solo nos cuentan lo que quieren», había dicho Fleur.

—No es más que un salto de entrenamiento —dice Jean.

Tessa sonríe, pero retira la mano y se la pone en el regazo. Mira el suelo que se aleja, la gente del aeródromo que mengua hasta desaparecer. El vuelo es movido, las turbulencias los hacen saltar sobre el fino acolchado de los asientos.

No quiero hacerlo, piensa.

—¡Hora de saltar! —dice el instructor haciendo una señal al piloto, después de lo que le parece a Tessa un mero instante.

Se abre la escotilla en el suelo del avión. Todos se desabrochan los cinturones y forman una fila.

—Tú —dice el instructor señalando a Victor—. ¡Salta!

Victor sonríe y salta. Por la escotilla abierta y durante unos segundos antes de que Victor abra su paracaídas, Tessa ve una nube color blanco sedoso estallar sobre su cabeza. Nota la bilis subirle por la garganta, siente las piernas debilitarse como si estuvieran huecas. Me he quedado sin huesos, quiere decir. Lo siento, qué inoportuno.

Inès es la siguiente en saltar, susurrando un Padrenuestro, después Jean.

—¡Tú! —grita el instructor señalando a Tessa—. ¡Te toca!

Pero Tessa no puede. Sus piernas de gelatina no obedecen y, por feroz que resulte el instructor con sus rugidos de «¡Vamos, salta!»,

la voz dentro de su cabeza que la advierte de una muerte segura es más sonora y persuasiva.

—Es que no puedo —dice.

El hombre pone los ojos en blanco, cierra la escotilla de golpe y señala los asientos vacíos.

—¡Siéntate! —grita—. Ponte el cinturón. ¡Ya!

Tessa se muerde el labio, decidida a no llorar. Tanto trabajo, piensa, para esto.

—¿Puedo intentarlo otra vez? —pregunta al instructor, pero este no contesta.

De vuelta al acantonamiento, en un hermoso edificio de ladrillo rojo con pavos reales paseando por un ancho césped, Tessa se alegra de haber llegado antes que los demás. Se encierra en un cuarto de baño, se quita la gorra de aviador y mueve la cabeza para soltarse el pelo. «Idiota», susurra. Y, a continuación, en una voz tan baja que apenas suena: «Joder». Pega las manos a la pared y deja caer la cabeza en un intento por poner en orden sus pensamientos. Se negará a irse a casa, piensa. Está empezando a comprender lo mucho que desea volver a Francia. Allí tiene a seres queridos, le dijo a la señorita Jones.

Sobreponte, se ordena. Piensa en Luc, trabajando en su estudio. Ella acaba de volver de clase y él se gira al oír la puerta y sonríe. Fue una expresión tan espontánea, aquella sonrisa, porque Tessa lo había sorprendido volviendo temprano a casa y no le dio tiempo a disimular lo feliz que estaba de verla. A continuación piensa en Theo, porque Theo es capaz de sacarla de cualquier estado de

ánimo a base de humor. Theo le diría que se tranquilizara. Theo sabría lo que hacer.

Se enfrenta a los demás a la hora de la cena, pastel de pollo y verduras servidos en lo que hasta hace poco debió de ser un comedor grandioso, pero ahora está amueblado con hileras de mesas de metal plegables e incómodas sillas. Victor es el primero en hacer acto de presencia, deja la bandeja en la mesa y se sienta con las manos detrás de la cabeza a estudiar la expresión de Tessa.

—¿Te mandan a casa? —pregunta.

Tessa se encoge de hombros.

—No lo sé.

—Es una lástima. Tienes madera de agente de enlace.

Llegan Jean e Inès, esta última con expresión incómoda. Le coge la mano a Tessa y se la aprieta.

—En cierto sentido, no te falta razón. Es una manera muy poco natural de llegar a ninguna parte. Si los humanos estuviéramos destinados a volar, Dios nos habría dado alas, ¿o no?

Victor asiente con la cabeza.

—La verdad es que es absurdo tener miedo a saltar cuando lo que puede estar esperándote en el suelo va a ser lo que te mate. A ver, a un mal salto se puede sobrevivir. Pero ¿a una ametralladora?

Menea la cabeza y traza una línea en su garganta.

Inès se pone pálida y empuja su bandeja diciendo:

—Por el amor de Dios.

—Nunca he tenido vértigo. No entiendo a qué ha venido eso. —Tessa se encoge de hombros—. Claro que nunca me había subido a un avión, ni siquiera con mi hermano.

—*Ton frère?* —dice Jean.

Coge la pimienta y espolvorea su pastel con ella hasta que una capa de negro tapa su plato.

Tessa mira a su alrededor para asegurarse de que nadie la escucha.

—Es piloto.

—No he oído nada —dice Victor con la boca llena.

Jean está sonriendo.

—¿Tu hermano es piloto? —pregunta.

Tessa asiente.

—Sí, pero, a ver… No está aquí, si es lo que estás pensando. No va a poder darme ánimos. Está… en otro sitio.

—Pero ha hecho este adiestramiento, *oui*?

A Tessa le viene una imagen a la cabeza. De Theo, cayendo en picado.

Jean sigue sonriendo.

—Así que es mejor que tú. Él es capaz de hacerlo, pero tú no. ¿Es lo que estás diciendo?

—No estoy diciendo nada de eso.

Ve a Jean y a Victor intercambiar una mirada.

—Es porque es un hombre —apunta Victor—. Creo que estamos más capacitados para esta clase de cosas.

—Es por nuestra constitución —dice Jean asintiendo con la cabeza —. *Notre caractère*. Nuestra fortaleza mental.

—Podría hablarse de supremacía física y mental del varón —añade Victor.

—Sé lo que intentáis hacer —dice Tessa.

Fleur se equivocaba respecto a Jean, piensa. Fleur tiene que estar equivocada.

—Entonces, estás de acuerdo en que los hombres son mejores paracaidistas que las mujeres, *oui?* —insiste Jean—. Al fin y al cabo, a la mayoría nos han entrenado para ello. Quiero decir que los mandamases confían tan poco en las mujeres paracaidistas que ni siquiera os conceden Alas. Opinan que no merecéis una insignia.

—Hay muchas mujeres que han hecho esta instrucción.

Jean asiente con expresión de comprender.

—Entiendo. Así que eres una decepción para el sexo femenino, ¿no?

Tessa no puede evitar una mueca, y se la ve tan horrorizada que todos ríen.

—Me parece que no tienes elección —dice Victor—. Vas a tener que demostrarnos que estamos equivocados.

Al día siguiente, Tessa salta del Whitley a la primera.

5

Sentada a la puerta de la casa de la tía Violet hay una anomalía. Tiene una cara igual a la suya, solo que más delgada y con la mandíbula más cuadrada; pero son los mismos ojos, el mismo color de pelo, recogido cuidadosamente debajo de una gorra de plato azul.

—¡Theo! —grita Tessa y tira la maleta al suelo para abrazarlo—. ¿Qué haces aquí? Dios, cómo te he echado de menos.

Al parecer Theo no puede hablar. Está mirando la anomalía de Tessa, el uniforme caqui del FANY, porque por supuesto esta no le ha dicho una palabra. Imagina las preguntas que se agolpan en la cabeza de Theo: ¿le pregunto por el uniforme o por la maleta? ¿Me he perdido una carta? Pero lo que dice, quizá porque no logra decidirse, es:

—Esperar a que alguien me abra. Tengo un día de permiso antes de ir a mi nuevo destino en Sussex.

—En África hacía demasiado calor, ¿no?

Tessa sonríe y confía en parecer despreocupada. No está preparada para esto. Sus mentiras aún no le suenan naturales.

Theo ríe.

—Más o menos. ¿Qué llevas puesto?

Tessa se mira y finge sorpresa.

—¿Qué ha pasado con el Foreign Office?

Hay un matiz en la voz de Theo que Tessa conoce muy bien. Va a seguir insistiendo y no se va a creer lo que le cuente. Suena de lo menos plausible, ella misma es consciente. Tessa aparta a su hermano y mete la llave en la puerta. Las mentiras solo funcionarán si no lo mira.

—Me apetecía un cambio, nada más. ¿Dónde está la tía Vi?

—Y yo qué sé. ¿Cómo diablos lo voy a saber? Pero, Tess, ¿qué haces tú en el FANY?

Tessa entra en la cocina y pone el hervidor en el fuego mientras piensa en lo poco que ha cambiado la casa de su tía. Sigue prácticamente igual que cuando eran pequeños y por un instante envidia la capacidad de su tía de aferrarse a un momento en el tiempo y no soltarlo.

—Medias de seda y debutantes —dice Theo.

—¿De qué hablas?

—Del FANY. No te pega nada, odias a las debutantes. ¿O es que has abrazado la lucha de clases y quieres derribar el *ancien régime* desde dentro?

A Tessa le brillan los ojos por la mentira.

—Muy buena idea. ¿Té?

Theo está allí y al mismo tiempo dentro de su cabeza, con ocho años, devorando la tarta de chocolate de la tía Violet en esa misma mesa de cocina. A los trece, enfurruñado porque sus padres los habían dejado allí, aunque en realidad les encantaba. ¿No era todo más fácil entonces, quiere preguntarle, y no te gustaría poder volver atrás? Se han sentado a esta mesa todos los años de su vida y Tessa cree que esta es la primera vez que Theo lo hace mientras intenta

descifrarla. Tessa puede cerrarse en banda, pero Theo en cambio no tiene ese talento. Entonces silba el hervidor y la sobresalta, la saca de sus ensoñaciones. Desenrosca la tapa de una lata de hojas de té que desprende un olor mohoso y amaderado. Echa varias hojas en la tetera, añade el agua y la remueve. La tía Violet diría: déjalo que se haga, ten paciencia, pero a Tessa nunca le ha gustado esperar.

Sirve dos tazas, añade leche y se sienta.

—Venga, cuéntamelo todo.

—¿Todo?

—Con pelos y señales. ¿A cuántas personas has matado desde la última vez que te vi?

Theo se revuelve en su asiento. Si Tessa encuentra una costra, necesita hurgar en ella, incluso si está en la piel de otra persona.

—No piloto bombarderos. No masacro poblaciones. Es más bien eliminación selectiva —dice Theo en voz baja y grave.

Tessa sonríe, complacida de ver esta parte del carácter de Theo que rara vez muestra.

—Suena muy frío y muy aséptico —dice.

Theo coge una manzana de un frutero que hay en el centro de la mesa y empieza a pelarla con su navaja en un único y pulcro tirabuzón. Esa navaja se la compró a Theo su padre en un mercado. Qué celosa se había puesto Tessa. «¿Para qué quieres tú una navaja?», le había preguntado Theo con aspecto complacido por que su padre lo hubiera favorecido a él cuando normalmente solo tenía ojos para Tessa. Porque, por supuesto, ¿para qué quería una chica un cuchillo más que para tenerlo en el cajón de su cocina?

—Más bien es una cuestión de «o nosotros o ellos» —replica Theo.

—No lo estropees. Me encantas frío y aséptico. No eres un asesino en masa, sino un francotirador. ¿Cuánto te acercas? ¿Puedes ver sus corazones negrísimos latiendo bajo sus cruces de hierro y sus esvásticas?

Theo se pasa una mano por el pelo.

—Por Dios, Tess. —Tiene razón, ha ido demasiado lejos—. ¿Qué es todo eso?

Theo señala la gorra de plato de Tessa que está en la mesa, entre los dos.

Tessa nota que se le tensan los hombros.

—Ya te lo he dicho. Un cambio.

—¿No te habrás hecho conductora?

—Conduzco perfectamente.

Theo ríe.

—Mis nervios y aquella oveja muerta dirían otra cosa.

Tessa lo fulmina con la mirada.

—Traduzco, cosas así. Quiero contribuir, igual que haces tú. Escribir a máquina y ordenar papeles no me parecía suficiente —dice.

—No se parece a lo que hago yo, no exactamente.

—Pues muchas gracias.

—Pero es que el FANY…

—No sé por qué lo dices con ese tono de voz.

—Claro que lo sabes. —Theo sonríe al ver que Tess empieza a vacilar un poco—. Si quisieras ver un poco de acción, te habrías unido a la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina. El FANY no es más que un invento para mantener entretenidas a las chicas de la alta

sociedad mientras esperan a que vuelvan los hombres casaderos de la guerra. Lo sabe todo el mundo.

—Eso es una generalización de lo más indignante y clasista.

—No me digas. Y yo que creía que te estaba citando.

Theo le da un trozo de manzana y se queda el resto.

—¿Esto no tendrá nada que ver con Michael?

Tessa se asegura de que Theo la vea poner los ojos en blanco.

—Para tu información, he sido reclutada por mis altas habilidades lingüísticas…

—¿Que no eran de utilidad para el Foreign Office?

—Que el Foreign Office no parecía interesado en aprovechar.

Tessa se levanta, sirve más té y pone más agua al fuego. Nota la mirada suspicaz de Theo en la nuca.

Más tarde esa noche, la tía Violet cocina un cordero que le ha proporcionado, explica con un guiño, «un contacto».

—El verdulero, el panadero y ahora el señor Tims, el carnicero, están completamente enamorados de ella —dice Tessa.

Theo devora la cena a un ritmo que en circunstancias normales les parecería de mala educación pero que en las actuales pasan por alto. Violet y Tessa lo miran hipnotizadas.

—¿Qué os dan de comer en la base? —pregunta Tessa.

—Si es que os dan de comer —dice Violet.

Theo no entra en detalles. Es por el viaje, explica, por estar relajado, qué bien sienta una comida como Dios manda.

—Es muy amable por tu parte cuidar así de mi hermana, porque tienes muy buen aspecto, Tee. Te veo… —Se recuesta en el respaldo de la silla y la mira a la cara. Parece sorprendido—. Te veo feliz.

Tessa aparta la vista, emocionada de pronto. No quiere explotar la burbuja y estropear ni un segundo del tiempo de que dispone para estar con su hermano.

—Es la mejor huésped que he tenido —dice la tía Violet—. Jamás está en casa. ¿Cuándo te marchas otra vez, querida?

—Estoy esperando destino —responde Tessa mordiéndose el labio inferior.

—¿Quiere decir eso que igual no te quedas en Londres?

Es como una picazón que Theo no alcanza a rascar, piensa Tessa. Se concentra en el bocado de cordero en su tenedor.

—Vamos donde nos necesitan. De eso se trata, supongo. La única certidumbre es la incertidumbre.

—Madre mía, pareces un manual de instrucción.

Tessa sabe que Theo está pensando: venga ya, Tess, qué es todo esto, di la verdad.

—Bueno, pues eso quiere decir que me lo sé, ¿no?

Lo lleva a un pub. Eso tampoco se lo esperaba Theo y Tessa disfruta viendo cómo el cerebro de su hermano reúne piezas del rompecabezas e intenta encajarlas. En The Crown hay mucho ruido, a ese volumen que reduce las conversaciones a un lenguaje básico, perfecto para quienes quieren guardar secretos. El pub es una masa de cuerpos. Los aviadores saludan con la cabeza y sostienen la mirada a Theo un momento de más, porque ahora los unen vínculos terribles que jamás existirán entre los mellizos. Pero quizá esto ya no es así, piensa Tessa, porque no tiene ni idea de qué futuro la espera a ella, ya no. Tessa sabe que su hermano ha visto la muerte y

temido que la suya le sobrevenga en cualquier momento, mientras que ella no. Claro que Theo nunca sabrá lo que es ver cambiar tu cuerpo y ser consciente de que estás creando, alimentando una nueva vida. Es la interrupción de un hilo que una vez creyó los uniría durante todas sus vidas y por un momento se siente consternada por esta pérdida, por lo que tuvieron y creyó que tendrían siempre. Entonces Theo la mira y Tessa se pregunta si él también la siente, la pérdida, y su irrevocabilidad.

—Te voy a presentar a mis amigos —dice enseguida y lo conduce a una sala del fondo donde hay menos ruido.

Se han requisado y juntado varias mesas. Colton, el aviador americano, está allí y cuando ve acercarse a Tessa su expresión cambia; ella ve placer, lo que la revuelve un poco, y desconcierto cuando repara en Theo cogido de su brazo.

—Descansa, Colton, es mi hermano —dice con tono remilgado.

Hay apretones de manos sudorosas y besos. Muchachas del Foreign Office, americanos encontrados a saber dónde.

—¿Este, en serio? —le susurra Theo al oído.

—Considéralo una obra de caridad. Cada día puede ser el último, para mí, pero sobre todo para él. —Tessa se tapa la boca con la mano—. Dios mío, Theo, perdona.

Es sorprendente cómo se las arregla siempre para decir la peor cosa posible. Theo frunce el ceño.

—Yo no lo pienso. Además, forma parte de ello, ¿no? El peligro.

O sea, que sí piensa en ello, se dice Tessa. Te conozco, Theo. Sé cómo funciona tu cabeza.

Colton le pasa a Tessa un brazo por la cintura y la posesividad del gesto la irrita.

—Delante de mi hermano no —susurra.

Colton se aleja en dirección a la gente volviendo la cabeza con expresión triste. El placer que da decepcionar a alguien que la desea le pone a Tessa la carne de gallina. La hace sentir poderosa, algo que antes no le ocurría.

—Si quieres estar con tu novio, no me importa —dice Theo.

—¿Cómo que no? Yo me pondría furiosa si pasaras la velada en que podemos estar juntos con otra persona. Además, no es mi novio.

—Pero ¿quiere serlo?

—Lo que quiera da igual —dice Tessa en un tono más cortante del que habría sido su intención. Cambia abruptamente de tema porque sabe que Theo ha captado el tono y la está mirando con curiosidad —. ¿Hay mujeres en tu base?

Theo se apoya en la pared, la pregunta no le interesa. Tessa sabe que contesta solo por complacerla.

—Unas pocas, pero son prácticamente colegialas. ¿Por qué? ¿Te preocupa que me sienta solo?

Por supuesto no la ha entendido. La línea divisoria que supone el género no significa nada para los del equipo ganador.

—Quiero decir si hay mujeres trabajando en tu base.

—Ah, eso. Pues algunas, supongo. No nos relacionamos demasiado. Al menos yo no.

Más tarde, mientras caminan en el aire fresco de la noche de Belgravia a Bloomsbury, Tessa le cuenta que a menudo se quedaba en la cama cuando sonaban las sirenas antiaéreas. No porque quisiera morir, era más bien una aceptación resignada de la situación. Son cosas distintas, dice.

Theo la mira de forma extraña, frunciendo y desfrunciendo los labios, una y otra vez, como si no encontrara las palabras.

—Algunos de los hombres del escuadrón —dice por fin— están fatal. La guerra te afecta a la cabeza. No es todo heroísmo. No es como sale en las noticias. —Duda un momento—. Es infernal. Solo que la palabra «infernal» tampoco lo describe. Creo que no hay palabras para esta experiencia y me preocupa…

Tessa espera unos segundos para hablar.

—¿Qué te preocupa? —dice por fin.

—Ser otra persona cuando todo esto termine. Lo que me está haciendo.

Están en una plaza ajardinada, pulcras hileras de plantas y robles, triángulos de césped, pero el nuevo mundo está allí, desbaratando la sensación de orden. Sacos de arena. Un refugio. Un reflector, sin operador y apagado. Theo se sienta en un banco y hace un gesto a Tessa para que lo acompañe. Hace fresco, es una noche despejada con cielo color carbón.

Tessa apoya la cabeza en su hombro.

—Los seres humanos resisten muy bien la adversidad.

Theo suspira.

—Como tú en París.

—¿Qué quieres decir exactamente?

Aunque no le ve la cara, sabe que Theo la está mirando.

—Te fuiste siendo una persona y volviste convertida en otra.

Tessa no contesta y Theo le aprieta la mano.

—¿Por eso te alistaste? —pregunta Tessa en voz baja—. ¿Porque se me olvidó contestar a unas pocas cartas hace muchos años? No

lo hiciste para vengarte, ¿verdad? Porque no podría vivir con algo así, Theo.

Theo se separa de ella y la mira.

—No me puedo creer que pienses eso.

—Tengo la sensación de que nunca me has perdonado del todo por irme.

—Tess… —Theo menea la cabeza—. Eso no es verdad en absoluto. Por supuesto que te he perdonado. Todo eso ha quedado atrás. Me encantaba ir a visitarte a París igual que me encantaba que vinieras a Cambridge. Esos momentos son de mis recuerdos más preciados.

Tessa no puede evitar sonreír.

—También para mí. Igual que tus cartas.

—Debimos de gastar el equivalente a un bosque entero en papel. Escucha, me alisté porque era lo correcto. Igual que ir a la Sorbona era lo correcto para ti…, aunque en su momento me doliera. Y me dolió. Sabes que así fue, pero lo superamos. Pasamos página. Y luego, en tu último año en París, pareciste cambiar otra vez y sigo sin saber por qué. No entiendo cómo son las cosas desde entonces. Me refiero a entre nosotros. ¿Fue la distancia? ¿Terminó por pasarnos factura vivir separados?

Tessa tiene la mirada fija en un cuadrado de hierba en la que aún son visibles unos restos de semillas, un regalo adelantado para los pájaros. Un festín para las ratas.

—No sé de qué me hablas.

—Lo dices porque crees que lo disimulas, que eres una gran actriz, y estoy seguro de que a mucha gente la engañas. El problema es que yo te conozco mejor que nadie. Y, escucha, querías escapar de ser parte de una pareja, de acuerdo, lo entiendo, aunque

yo no me siento así. Nunca lo he hecho. Pero estás distinta. Lo estás. Te has vuelto reservada y a veces resultas fría, cosa que antes nunca eras, y frágil. Sí, estás frágil. No sé si es por algo que he hecho y que por eso no quisiste verme ese último verano…

—Theo, eso fue hace cuatro años.

Es incapaz de mirarlo a la cara.

—… O si es que te pasó algo, algo que te hizo desgraciada. Porque eras desgraciada, Tess, aunque nadie decía nada, aunque tú no decías nada…

—No sé qué más decirte. Maman quería unas últimas vacaciones, por eso pasamos el verano en el extranjero. Todos sabíamos que iba a haber guerra. Era nuestra última oportunidad y la aprovechamos. Nos aferramos a ella. Siento haber sido un desastre con las cartas. Siento que maman no te invitara, pero estabas ocupado con tus estudios y tus clases particulares y no queríamos interferir en nada de ello.

Theo resopla.

—El veraneo madre e hija mano a mano es lo menos creíble de todo. Nunca habéis podido estar juntas tanto tiempo sin gritaros.

—Mira, ya sé que unirme al FANY no se puede ni comparar con tus admirables y valerosas gestas, pero…

—No estoy hablando de eso. No conviertas esto en lo que no es.

Tessa se echa a llorar. Busca un pañuelo en sus bolsillos, pero Theo se adelanta y le da el suyo.

—La gente cambia. Son cosas que pasan.

—No sin una buena razón —dice Theo con firmeza.

—Además, tú también tienes secretos.

Theo se eriza. Tessa sabe que teme lo que pueda decir a continuación, lo que pueda preguntar. Sabe que está hablando de su amigo Stephen. La otra vida de Theo, de la que este es incapaz de hablar.

Tessa mira a su hermano a los ojos mientras la luz entre los dos cambia.

—Theo… —dice, pero se interrumpe. Nunca lo entenderá. «Las chicas como ella…». Recuerda sus palabras. No las ha olvidado. Su madre tenía razón, es mejor así, aunque duela, aunque siempre se interponga entre los dos.

Tal y como dijo su madre años atrás en París: lo hecho, hecho está.

6

El coche sale de Londres y Tessa está con la nariz pegada al cristal deseosa de memorizarlo todo por si es la última vez que lo ve. Aparenta calma, es la viva imagen de la serenidad, de hecho, aunque las miradas de reojo de la señorita Jones dan a entender que esto en sí es motivo de alarma. La calma, por supuesto, es una mentira, otra más que sumar a la colección. Tessa tiene el estómago lleno de mariposas porque dentro de pocas horas estará en Francia. Dentro de pocas horas puede estar muerta. En el cielo, el blanco de la luna resalta contra el azul. En cuanto abandonan la periferia, los setos se llenan de rosas silvestres. Tessa aspira este aire tan inglés; su esplendor es como una suerte de despedida.

—He visto a mi hermano en Londres. Estaba de permiso. Es curioso cómo se alinean a veces los astros, ¿verdad?

Piensa en su despedida de Theo, en lo fuerte que se había abrazado a él.

—¿Qué tal estaba? —La señorita Jones es cordial, pero no le quita ojo a Tessa.

—Bien, gracias. Tiene nuevo destino, aunque eso usted probablemente ya lo sabe. No le conté nada de esto, si es lo que la preocupa.

Por el espejo retrovisor, Tessa ve al conductor mirarla un instante antes de concentrarse de nuevo en la carretera.

—No, pero sería comprensible que lo hubiera hecho. Algunas de las chicas lo hacen, también los chicos. Es la persona con la que tiene la relación más íntima.

Tessa mira de nuevo por la ventana. Fuera, el sol lo tiñe todo de un blanco dorado.

—¿Está bien, Tessa?

—Lo estoy, gracias.

—Sería normal que no fuera así, que lo sepa.

Tessa sonríe al oír esto.

—¿Preferiría que fuera un manojo de nervios? —pregunta.

—Pues esperaba algo de nervios, sí, como mínimo.

—Quizá es que soy mejor actriz de lo que usted esperaba.

Solo deseo huir de mí misma, quiere decir Tessa. Pero no puede; daría lugar a toda clase de preguntas. La señorita Jones es casi peor que Theo, siempre metiendo la nariz en los asuntos de los demás. Solo deseo escapar de mi pasado, piensa. Borrar los últimos cuatro años. Hacer mi contribución a la causa. Claro que no se trata solo del peso del pasado, sino del aquí y ahora. Son las mariposas en el estómago y pensar que mañana será muy distinto de hoy.

—Theo dijo algo interesante. Dijo que el peligro forma parte de lo que hace. Una parte atractiva. Dijo que no piensa en la muerte.

—Y usted, ¿piensa en ella?

—¿En la muerte de Theo? Continuamente. No imagino nada peor.

—Me refería a la suya.

Tessa vacila.

—Ninguno somos invencibles, señorita Jones.

El granero en el aeródromo de Tempsford de la RAF es un rectángulo limpio como el dibujo de un niño, todo tablillas y tejas rojas. Los demás ya han llegado, hay dos coches aparcados formando un ángulo extraño en el camino de grava. Tessa coge su maleta llena de ropa perteneciente a la persona que es ahora —Marianne, no Tessa, ya no— y entra detrás de la señorita Jones. Una mujer le estrecha la mano. Adrienne; Tessa sabe que el nombre también es falso. Un hombre de mediana edad y calva incipiente está sentado en silencio en un rincón del granero sujetando una taza de té con las dos manos. Por el acento de ambos Tessa sabe que el hombre es francés y la mujer no. Moldea sus pensamientos a su segunda lengua y se pregunta si la voz dentro de su cabeza sonará distinta en voz alta.

En la mesa hay fiambre y quesos. Se sirven, aunque Tessa no cree que nadie pueda tener hambre. Llaman a la puerta, tres golpes secos, tan iguales y limpios que Tessa está segura de que la mano pertenece a un militar. Y sí, la cabeza que asoma a la puerta está unida a un cuerpo con el uniforme azul de la RAF.

—Permítanme que les presente al jefe de escuadrón Bridgham —dice la señorita Jones mientras Bridgham se sienta y se sirve un plato de comida.

—Hace un día excelente —comenta Bridgham y todos asienten con la cabeza.

Qué raro es oír a alguien hablar inglés en este entorno después de meses de solo francés. Tessa lo encuentra tan absurdo que quiere reír, pero su risa no sería recibida como le gustaría, es decir, con ligereza. El peligro ha dejado de ser un conjunto abstracto de instrucciones escritas en una pizarra en una mansión campestre de

Buckinghamshire; acecha a solo una hora de allí y todos se comportan como si estuvieran en una reunión social. Cuando terminan de comer, el jefe de escuadrón Bridgham los hace sentarse en sillas de metal rodeados de los significantes de la guerra: el teléfono negro, igual que el del padre de Tessa, pero conectado a un encriptador. Un mapa de Francia con banderitas rojas clavadas y Bridgham señalando varios puntos cuando empieza su presentación.

—Acabamos de tener noticias de la Oficina de Meteorología y les agradará saber que las condiciones para el lanzamiento son óptimas —anuncia.

A Tessa se le encoge el estómago. Quiere apretar la mano temblorosa de Adrienne. La mujer se esfuerza mucho por disimular el temblor, sujetándosela con la otra mano, pellizcándose la piel como si quisiera obligarla a comportarse bien.

Bridgham les enseña una fotografía de la zona de aterrizaje, una explanada verde en medio de un bosque.

—Qué pequeña —dice Tessa.

—Lo es, y tendrán un margen muy pequeño para saltar —dice Bridgham—. El lugar está a poco más de tres kilómetros al sudeste de la ciudad de Poitiers y su red de transportes. Ahora parece que está muy oscuro, pero los asombrará lo rápido que se acostumbran sus ojos. Y me atrevo a decir que la falta de luz no les impedirá localizar la botella de whisky que les hemos dejado en el fuselaje para que la compartan.

El grupo entero ríe, pero las sonrisas no se reflejan en los ojos. Al momento la señorita Jones se pone de pie y agradece a Bridgham su presentación. Se vuelve hacia el grupo.

—Antes de despedirnos, quiero decirles lo valientes y extraordinarios que creo que son todos por aceptar esta misión, y agradecerles el coraje y la tenacidad que han demostrado hasta ahora. Cada uno tiene sus razones para estar aquí, pero sé que todos, sin excepción, quieren que su país, ya se trate de Gran Bretaña o de Francia, sea libre.

Les hacen salir de la habitación antes de que la señorita Jones los llame uno a uno. Tessa es la primera. Esta vez la señorita Jones le habla en francés, comprueba todos los artículos que hay en la maleta abierta, las etiquetas, los botones, la novela metida entre blusas y medias.

—Háble me de usted —dice—. ¿Cómo se llama?

—Marianne Bonaly —contesta Tessa.

—¿De dónde es?

—Nací en París y estudié aquí… en la Sorbona.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy buscando trabajo. Estoy preparada para ir donde haga falta.

—Ah. ¿No está casada?

—Lo estuve…, lo estoy. Está prisionero en un campo de trabajo en Alemania.

—Estará preocupadísima.

—Pues claro. Antes me escribía…, pero llevo mucho tiempo sin noticias.

—Siga.

—Antes de la guerra era secretaria de un abogado en la ciudad, pero ahora… —Tessa respira hondo—. Ahora hago lo que sea necesario para sobrevivir.

La señorita Jones cierra la maleta.

—Bien. Pero trate de no contestar preguntas que no le han hecho. En Francia la gente es muy reservada. No dé información innecesaria.

Tessa asiente.

—Un grupo de miembros locales de la Resistencia la estará esperando en Francia. Le darán de cenar y una cama en la que pasar la noche. Después estará sola y tendrá que establecer comunicación con su red sobre el terreno cuanto antes. Su contacto es un hombre llamado Basile. ¿Ha memorizado la información de cómo localizarlo?

Tessa traga saliva y asiente de nuevo.

—Basile le dará instrucciones sobre su próximo cometido. Tessa, es el momento de separarnos. He seguido sus progresos y quiero que sepa lo orgullosa que estoy de usted. Ha hecho una gran instrucción e impresionado muy favorablemente a personas en puestos de responsabilidad.

Tessa, incapaz de reprimir el orgullo que le producen estas alabanzas, se saca unos sobres rojos del bolsillo.

—Son cartas para mis padres y para Theo.

La señorita Jones las coge.

—Las iremos enviando en intervalos plausibles. Imagino que podrá mandar alguna que otra carta desde el terreno y las haremos llegar a su familia.

—¿Qué sentido tiene, si no puedo decirles dónde estoy o lo que estoy haciendo?

—Desde luego que no, pero puede estar fuera una larga temporada. Algunos agentes afirman que mantener el contacto con

su hogar los ayuda. Y siempre puede comentar las noticias, cómo avanza la guerra. Eso le dará un toque más realista a la correspondencia.

No queda más que estrecharse la mano. Tessa se pone el mono de aviador y se alisa la ropa debajo para estar presentable cuando llegue el momento. Lleva una pistola al cinto por si necesita defenderse. Pero ¿sería capaz de apretar el gatillo?, se ha preguntado. ¿Podría quitar la vida a alguien? Se atusa el pelo bajo la gorra de cuero de aviador y añade otra capa de rojo a sus labios. Vomita los nervios en la taza del retrete con la esperanza de que nadie la oiga a través de las paredes de yeso de crin carcomidas. Una vieja camioneta Ford los lleva hasta la pista de despegue, donde un bombardero Halifax con el tren de aterrizaje pintado de negro brilla a la luz de la luna. Agolpados junto a la escalerilla de frío metal del avión, todos hacen comentarios sobre la luna. Es su amuleto de la suerte, dicen, un rayo de esperanza.

Bridgham les explica cómo va a ser el despegue y les indica dónde guardar el equipaje. Menciona nuevamente el whisky y todos ríen tensos. Darán un trago antes de que el avión remonte el vuelo. Bridgham les estrecha la mano, lo mismo que la señorita Jones, y suben a bordo. De pronto son incapaces de mirarse a los ojos. Esto es real. Tessa se obliga a respirar despacio notando el peso del paracaídas en la espalda. Los motores se encienden con un rugido y se mueven, el aeroplano avanza y coge velocidad. Dicen adiós a la señorita Jones con la mano por las ventanillas mientras el avión sube por el aire con tales sacudidas que Tessa tiene la sensación de ir a partirse en dos. Piensa: ¿cómo puede algo tan estruendoso, tan pesado, sobrevolar un país sin ser visto?

Bridgham tenía razón sobre lo de acostumbrarse a la oscuridad. De pronto se perfilan detalles. Bridgham y el copiloto son visibles en la penumbra; también los mandos del avión, las lucecitas rojas y las palancas. El navegador estudiando mapas. Nadie habla, no tiene mucho sentido con el ruido de los motores, de modo que se pasan el whisky en silencio. Beber no ayuda a Tessa, solo acentúa el pánico que se está apoderando de ella. Es como si tuviera un cinematógrafo bajo los párpados que proyectara la misma escena imaginada una y otra vez: una caída a plomo con el suelo yendo a su encuentro. Se le cubre la frente de gotitas de sudor sobre las gafas demasiado apretadas. Le tiemblan las manos y confía en que los demás no se den cuenta.

Pasan minutos, horas. En el resplandor de la luna Tessa distingue los campos de Francia abajo, las curvas del Loira. Guiña los ojos en la oscuridad para mirar a los demás, pero ninguno parece conmovido, ninguno parece destrozado como se siente ella. Corazón, mente, determinación. Mira una vez más por la ventanilla y piensa en París. Piensa en la luz moteada en las sábanas de lino de su abuela, en los ratos con Luc en su estudio, cuando cada momento era como un sueño. A continuación Bridgham les habla con su voz grave y calmada y los otros se rebullen en sus incómodos asientos, se desabrochan los cinturones de seguridad y se colocan los bultos a la espalda. Tessa nota la bilis subirle por la garganta. Dos hileras de luces iluminan el suelo. El avión desciende y Tessa percibe cómo reduce su velocidad. Entonces se abre la escotilla y abajo están el suelo y las luces, dos filas de personas guiándolos. Primero van las cajas, suministros, armamento y cartas de casa para los que hicieron este viaje antes que ella. Las cajas caen, los paracaídas blancos se

abren y desaparecen en la oscuridad. Se enciende el piloto verde indicando que ha llegado la hora de saltar.

—Adelante —dice Bridgham por la radio.

Salta Adrienne, seguida del hombre con calvicie.

—Adelante —le dice Bridgham a Tessa.

Esta sabe lo que debe hacer, pero sus pies se niegan a moverse. Tiene la cabeza llena de visiones del suelo subiendo a devorarla mientras cae. Otra vez no, piensa. Otra vez no, por favor.

—¡Vamos! —grita Bridgham.

Lo he hecho, piensa Tessa. Sé que puedo hacerlo. Cuatro saltos, cuatro aterrizajes. ¿Por qué me está pasando otra vez? Quizá el suelo sea cola de pegar. Quizá el suelo la salve.

—Demasiado tarde, no salte —dice Bridgham.

El piloto verde se apaga y se enciende el rojo. Resulta que es lo que necesitaba Tessa para sobreponerse a las imágenes tras sus párpados, a las trémulas visiones de muerte. Salta por la escotilla. Bridgham grita, la radio chisporrotea.

—¡No, no! ¡Está fuera de zona!

Su cuerpo vuela. Le entra aire frío en la boca, la nariz, los oídos y, aunque quisiera gritar, no podría. Los puntos de luz quedan a su espalda, los bultos de seda de los otros paracaídas son como lechuzas mudas y blancas.

Tessa pulsa el botón de su paracaídas y este se despliega y tira de ella. A continuación, con un ruido atronador, el suelo a sus pies explota y se incendia.

7

Se queda enganchada en las ramas tendidas de un haya, su peso tensa las gruesas correas del paracaídas y la tela se le clava en los brazos. Las ramas atraviesan la seda con un fuerte desgarrón que en el repentino silencio del bosque retumba igual que un trueno. Entonces su cerebro empieza a procesar. Los estallidos de luz, el repiqueteo ensordecedor de las ametralladoras.

Tessa consigue apoyar un pie y después el otro en el árbol de manera que las correas del paracaídas no tengan que soportar todo su peso. Tira de las cuerdas para intentar soltar el paracaídas de las ramas, pero está muy enredado. Algo caliente le baja por la cara. Cuando le llega a los labios reconoce el sabor metálico de la sangre, pero no le duele nada. Trata de controlar la respiración. Tranquilízate, piensa. Que no te entre el pánico. Pero el pánico le está entrando. Haciendo un esfuerzo, saca los brazos del paracaídas y lo deja colgado del árbol, sacudido por el viento, que infla la seda hasta darle aspecto de enorme manga blanca. Dónde está su agilidad, piensa, por qué de pronto parece su hermano, con sus movimientos de una mano después de otra, un pie después de otro, tan lentos, tan pausados, cuando sabe que no dispone de tiempo. Hay voces en la linde del bosque. La luz de un reflector.

Lo primero es lo primero, decían durante la instrucción, solo semanas atrás, aunque ahora parece una vida entera. Quítate el mono de aviador. Entierra el arma. Intenta parecer lo más normal posible lo más rápido posible. Intenta parecer uno de ellos, porque eres uno de ellos.

Tessa aterriza en el suelo con un ruido sordo. Puede ver la luna, que sigue brillando con fuerza. Piensa en Bridgham en el Halifax, camino de Londres. ¿Lo sabrá?, se pregunta. ¿Habrá visto las explosiones, oído las ametralladoras? «Está fuera de zona», le había gritado. Puede que Tessa no tenga ni idea de dónde se encuentra, pero al menos está viva. Oye el ruido amortiguado de un animal, oye pisadas. Tessa echa a correr. ¿Por qué pisan sus pies el suelo con tanta fuerza, por qué le late el corazón como si fuera un tambor? No te pongas histérica, se repite. Tranquilízate.

Tessa sigue corriendo con los dedos tensados alrededor del frío metal de su pistola. Lo está haciendo todo mal. No ha adoptado un aspecto normal, no ha escondido el paracaídas. Lo encontrarán, sabrán que está allí, han tenido que verla caer del cielo. Sigue, piensa. Quiere decirlo en voz alta, necesita oír el sonido de su voz para saber que está allí, que está de verdad en Francia. ¡Francia! Sus pies pisan un camino de grava y frenan en seco. La entrada a una casa con las luces apagadas. Un perro empieza a ladrar. Es perfecto, pero demasiado obvio. Será el primer sitio en que busquen.

El bosque continúa. El suave crujido de detritus, ramas y hojas bajo sus pies. Piensa en los mapas que estudiaron durante el adiestramiento e intenta situar el bosque, recordar dónde está la carretera, y dónde es probable que esté congregado el enemigo. El

enemigo, piensa. Nada encaja, tiene los sentidos alterados por el silencio, el salto, la oscuridad. El miedo. Se le ocurre que está corriendo en línea recta, lo que es una equivocación, así que abandona el camino abierto por ciervos y otras criaturas y se interna en los espacios angostos entre árboles. No da crédito a que no la hayan cogido aún; deben de tener vehículos y perros; ella en cambio no tiene nada. Empieza a subirle un dolor desde los pies, le sube por las venas hasta diseminarse por todo el cuerpo. Lo nota en los pulmones, en la respiración jadeante. Tessa se para, se recuesta contra un roble con el tronco ceñido de hiedra. ¿Qué sostiene qué?, piensa. ¿La hiedra al roble o al revés?

Hay demasiado silencio. ¿Es posible que con las luces y las ametralladoras no hayan reparado en ella? Parece demasiado bonito para ser verdad. Trata de recuperar el aliento y sigue corriendo. Piensa: no te pongas histérica. Piensa: Dios mío, Dios mío, Dios mío. Los árboles son más gruesos en esta parte del bosque, a sus ojos les cuesta acostumbrarse a la oscuridad. Oye ruido de agua. Baja el ritmo, camina con los brazos extendidos para que las ramas no le arañen la cara. Oye un búho, el viento en los árboles, el suave crujido de movimiento, el lenguaje del bosque.

El agua es un arroyo, la luna tiene dos caras, la del cielo y la reflejada en el agua. ¿Por qué no han venido? Las raíces de un roble se han liberado de la tierra y se ensortijan sobre el río igual que patas de araña sucias de barro y plantas. Tessa baja por el terraplén y gatea hasta el espacio bajo las raíces. Si se sienta con las piernas pegadas al pecho, el agua le moja los zapatos pero no alcanza sus ropas. Qué frío hace. Por primera vez da gracias de llevar el mono, aunque sabe que debería quitárselo. Si la encontraran ahora, podría

ser una fugitiva. O una paisana que ha salido a pasear y se ha perdido y gracias a Dios que han venido ustedes. Imagina una escena, la zona de aterrizaje cubierta de provisiones y más cosas, quienes iban con ella en el avión, el comité de recepción con sus reflectores, y parpadea para ahuyentarla porque es demasiado que asimilar. Sin duda están muertos. Es imposible que hayan sobrevivido a un ataque así. Los alemanes tendrán su maleta. Repasa mentalmente su contenido: ropa con las etiquetas correctas, medias, ropa interior, dinero y libros. Nada con su nombre, nada que pueda delatarla excepto que hay una maleta de más. Lleva sus papeles en el bolsillo. Tiene algo de dinero. Tiene la pistola.

Una voz atraviesa la oscuridad; luego otra, y otra más. Acento alemán. Palabras alemanas. Tessa da un respingo, no puede evitarlo. Encoge brazos y piernas, trata de hacerse lo más pequeña posible y se tapa la boca con las manos para no gritar. Su pistola tiene solo seis balas. ¿La matarán directamente?, se pregunta. ¿Es eso lo que les habrá ocurrido a los demás, a Adrienne, al hombre sin nombre, a los que esperaban en tierra?

Cuando Tessa abre los ojos, ve la suave luz de un nuevo día. El agua sigue lamiéndole las botas, pero ahora tiene color, es gris plateada, como en casa. Tessa y Theo acostumbraban a bañarse en el Cam cada mañana. El agua en su piel igual que hielo, sensaciones que se agolpaban. Recuerda a su hermano nadando, las ondas que se expandían desde su cuerpo. Ojalá estuviéramos allí ahora, piensa, y nada de esto hubiera pasado. Dice su nombre en silencio: «Theo».

Tarda un momento en comprender que no la han descubierto a pesar de los motores, las armas y los perros. Y sin embargo no experimenta alivio, no está tranquila porque por el latido irregular y acelerado de su corazón y la sensación de falta de aliento en el pozo somero de su pecho sabe que el alivio sería una insensatez. Pueden estar vigilándola ahora mismo, sonriendo con crueldad mientras esperan a que salga. Tarda un momento más en comprender que cuando las pisadas y las linternas desaparecieron había cerrado los ojos y así se habían quedado. Soy una tonta, una tonta con suerte, piensa, porque en ningún momento durante su formación sus instructores habían recomendado dormir como estrategia. Reúne las escasas fuerzas y la valentía que le quedan —para Tessa son la misma cosa— y sale a gatas de su escondrijo, asombrada por lo distinto que es el bosque diurno del nocturno. Horas antes tenía la sensación de estar en un bosque interminable, espeso y medieval, morada de lobos y ciervos salvajes. A la luz del día ve que los árboles más alejados del arroyo no son tan viejos y no están cuidados, los robles y las hayas son delgados y débiles. Haces de luz brillante sugieren espacios abiertos. Tessa coge agua con las manos y se lava la cara, elimina sangre y tierra. Recorre con los dedos un corte alargado en la mejilla. Difícil de explicar y no tiene maquillaje con que disimularlo. Se quita la gorra de cuero y se pasa los dedos por el pelo hasta devolverle su forma. Se quita el mono y lo mete junto con la gorra debajo de las raíces como patas de araña, esconde la pistola en la tela, tal y como le han enseñado. Es habitual que registren a mujeres francesas que van por ahí solas y no suelen llevar armas. Tessa necesita parecer lo más normal posible. Sus ropas, una americana, una chaqueta de punto y un vestido de

algodón, están arrugadas, pero resultarán pasables si consigue plancharlas un poco con las manos. No tiene sombrero, lo que se le hace raro y puede atraer la atención, pero quizá su juventud sea una disculpa. Dirá que olvidó ponérselo. Dirá que le parecía que hacía demasiado calor.

Tessa se adentra entre los árboles hasta que encuentra el estrecho sendero trazado por ciervos. Mira a un lado y a otro. La lógica dice que la estarán esperando, pero no se le ocurre otra forma de escapar. Las hojas son verdes y nuevas, el bosque está hendido por la promesa de esperanza, pero todo lo que Tessa puede sentir son oleadas de nervios. Las cosas no están yendo como se suponía. Nada está yendo según el plan.

Al final llega a una carretera. El bosque queda a su espalda, los campos frente a ella; la carretera los divide. El campo parece demasiado tranquilo; ahora que es de día, deberían de estar por todas partes. Tessa toma una decisión. Gira a la derecha por ningún motivo especial, a sus ojos no hay diferencia entre una dirección u otra. El aire es fresco, a pesar del sol, y se cierra mejor la americana. Lleva caminando diez minutos cuando aparece un coche y reduce su marcha al llegar a ella. Tessa nota los nervios, o quizá es solo bilis, subirle desde el estómago.

Un hombre con barba entreverada de gris baja la ventanilla.

—¿Se ha perdido? —pregunta.

—Estoy intentando llegar a la ciudad —contesta Tessa insegura de su acento francés—. Un hombre me ha robado mis cosas. Me tiró al suelo y me he hecho una herida en la cara.

Está brindando respuestas a preguntas que el hombre no le ha hecho.

—No debería andar por aquí. —El hombre se acaricia la barba mientras la mira de arriba abajo—. Los alemanes están por todas partes.

Tessa mira hacia la carretera y a continuación hacia el bosque.

—Puedo llevarla a la estación más próxima —dice el hombre.

Es una elección a la que se enfrentará cada día, cae en la cuenta Tessa. Confiar o no en desconocidos, en personas que podrían ser muy bien uno de «ellos». Mira a los ojos del hombre y a continuación a la parte trasera de su coche, donde duerme un perro labrador, ajeno a su presencia al otro lado de la ventanilla. Sobre los asientos hay extendida una manta verde, una caja vacía, nada que le dé pistas. Fiarse de su instinto, después de una noche sin dormir apenas, le parece en sí mismo un riesgo.

Se balancea adelante y atrás, antes de subir al coche.

—¿A dónde va usted? —pregunta.

—Al mercado —dice el hombre—. Aunque no hay gran cosa que comprar.

El paisaje por la ventanilla cambia de tierra cultivable a alguna casa aislada, chata y cuadrada, hasta que aparecen los tejados de una población. Parece estar formándose una multitud, y Tessa está a punto de preguntar al hombre qué pasa cuando ve el puesto de control. Es de la policía francesa, no el ejército alemán.

—Vaya por Dios —dice el hombre. Tiene arrugada la piel alrededor de los ojos—. ¿Lleva sus papeles?

—Por supuesto —responde Tessa, pero en tono demasiado alegre, porque en una situación así no tiene sentido parecer tranquila. Se saca del bolsillo la prueba de la existencia de Marianne rogando en silencio por que no le tiemblen las manos. En el puesto de control, la

policía está interrogando y registrando a personas, así como sus bolsas y sus vehículos.

La policía francesa tiene fama de colaborar con las fuerzas de ocupación. Lo explicaron durante la instrucción, que la policía entregaba de buen grado autocares llenos de judíos para su deportación.

El hombre sigue mirando a Tessa con los ojos entornados, leyéndole el pensamiento.

—Antes eran malos, pero ahora ¿quién sabe? Creo que la policía está tan harta de los alemanes como el resto de nosotros.

Un agente se acerca al coche y toca en la ventanilla con los nudillos.

—Documentación, por favor —dice.

El conductor le da sus papeles y a continuación los de Tessa por la ventanilla bajada.

El agente los escruta.

—¿Van juntos? —pregunta.

Tessa quiere decir que sí, pero, antes de que le dé tiempo a reunir valor, su acompañante dice:

—No. La he recogido a poco más de un kilómetro de aquí. Le han robado.

El agente mira a Tessa.

—Espere aquí, por favor —indica y hace una seña a un compañero para que se acerque.

—Lo siento —dice el hombre.

—No pasa nada. No me va a pasar nada —responde Tessa.

Gira la cara hasta que consigue ahuyentar el pánico de sus ojos porque nadie debe saber lo asustada que está. Ni siquiera el hombre

del coche.

Otro agente se acerca y abre la portezuela de Tessa.

—Acompáñenos, por favor —dice.

Coge del brazo a Tessa y tira de ella; su colega hace lo mismo con el hombre de barba.

—No, espere. Pare. ¿Qué ha hecho él? ¿Qué he hecho yo? —dice Tessa. Tiene la cabeza girada y la conducen hacia la portezuela abierta de un coche de policía. No ve qué ocurre con el hombre, ni con su perro, que ya no está dormido, sino aullando en la parte de atrás del coche.

8

Tessa es conducida varios kilómetros hasta lo que parece una ciudad pequeña. Sus ojos cartografían el trayecto por la ventanilla del coche, la forma en que las carreteras se bifurcan y convergen, los bosques, el relieve del terreno. Allí una casa, aquí un granero. El coche se detiene delante de una construcción moderna, de piedra gris y líneas marcadas que desentona con el resto de edificios, históricos e indiferenciados.

—Perdón, ¿se puede saber qué he hecho? —pregunta asombrada por lo tranquila que le sale la voz cuando por dentro está muerta de miedo.

Le han quitado sus papeles. Tessa mira al cielo, desde el cual no hace ni veinticuatro horas que ha caído. Quizá la cena del hangar resulte ser la última. Los hombres de los asientos delanteros no contestan a su pregunta. Abren la portezuela y sacan a Tessa del coche. Consigue echar un vistazo a su alrededor antes de que la obliguen a bajar la cabeza y atisba un bar con el nombre, «Chez Émile», pintado en gruesas letras rojas encima de la puerta. Conoce este nombre, lo tiene memorizado como lugar seguro, al final resulta que todas esas horas de adiestramiento han servido de algo.

Se pregunta cómo interpretarán la escena las personas que hay en la calle y cuántas veces la habrán presenciado. ¿Habrán dejado

de prestar atención? La conducen por el estrecho vestíbulo de entrada al edificio, con perchas a uno de los lados llenas de abrigos y chaquetas. Las sillas dispuestas a lo largo de la otra pared están todas ocupadas, pero nadie levanta la vista.

El joven agente en la recepción examina sus papeles y anota su nombre falso en un libro de registro.

—¿Por qué estoy aquí? —dice Tessa tratando de parecer más irritada que asustada, pero ni el agente de recepción ni el que la sujeta por el brazo reaccionan. La llevan a un despacho pintado de verde con una mesa en el centro y archivadores en una de las paredes. En un rincón una bandera tricolor francesa cuelga de un mástil, pero no está sola. La acompaña el estandarte del Führer con su rojo furioso y su esvástica negra. La verdad es una bofetada. Esta ya no es la Francia que conoce; el país que amó; ha sido robado. Tessa no consigue apartar los ojos de ese rincón.

Se sienta en la silla metálica del centro de la habitación y entrelaza las manos en el regazo rogando por que dejen de temblarle. Inspecciona la mesa, sus ojos se detienen en la fotografía de una mujer y dos niños, rubios. De facciones perfectas. Qué bien encajarán en este mundo nuevo, piensa Tessa. Una libreta, cerrada. Una estilográfica dorada. No puede evitar imaginar lo que van a hacerle. Le viene a la cabeza un recuerdo de infancia: un granjero arrastrando a su perro al patio y pegándole un tiro por haber atacado a sus ovejas.

Entonces se abre la puerta. Es otro gendarme, joven y entusiasta, Tessa lo ve en sus ojos. Demasiado joven, sin duda, para estar casado con la mujer de la fotografía, para ser el padre de esos hijos. Quizá sean su madre, sus hermanos.

Se sienta en la mesa y mira a Tessa.

—Los alemanes la están buscando —dice.

Tessa frunce los labios.

—¿Han encontrado mis cosas?

—¿Cómo dice?

—Me tiraron al suelo y me robaron. Mire… —Tessa se lleva el dedo al corte de la cara—. Estoy dispuesta a testificar contra el hombre que me lo hizo. Dudo haber sido su primera víctima.

Con qué facilidad le ha salido. El hombre se limita a mirarla.

—Qué insultante —dice.

—No me siento insultada, solo enfadada. A nadie le gusta que le roben.

—Claro, claro. A nadie le gusta que le engañen tampoco, ¿no le parece?

—¿Perdón?

El gendarme está sonriendo.

—Adelante, cuénteme su historia.

—¿Cómo que mi historia?

—Sí. —Se pone a leer un papel que resulta ser la documentación de Tessa—. Marianne Bonaly, *qui est-elle*?

Esto no se parece en nada al simulacro de interrogatorio del huno de medianoche.

Cuando Tessa presenta a Marianne, tratando de no equivocarse en la información que ha memorizado y procurando que suene natural, el hombre ríe; es un sonido hueco y cruel.

Tessa traga saliva.

—Sí, nos encanta oír estos cuentos. ¿Se cree que no sabemos quién es usted?

Tessa traga saliva.

—Claro que saben quién soy. Tiene usted mis papeles.

El hombre cierra ambos puños y sus nudillos se vuelven blancos y a continuación rojos.

—Las personas como usted… me irritan. Me ponen furioso, de hecho. ¿Quién es usted para decirle a una nación lo que está bien? Qué arrogancia. Qué presunción. ¿Quién se cree que es?

—Ya le he dicho quién soy. Me llamo Marianne…

El gendarme pega un puñetazo en la mesa y Tessa da un respingo.

—No. Un hombre, dos mujeres, pero solo se encontró una en el lugar de aterrizaje. Una caja de munición. Los alemanes les dan las gracias, por cierto. Estoy seguro de que le darán buen uso. ¿Qué más? Ah, sí, cristales para la transmisión de radio. ¿Quizá sepa usted a quién iban destinados?

Tessa pestañea.

—No sé de qué…

El golpe la coge por sorpresa. Levantado, con los pies bien plantados en el suelo, el gendarme le pega con todo el brazo y la tira al suelo. El dolor tarda un momento en aparecer. Tessa se lleva las manos a la cara, la sangre le mana de la nariz y le baja por los dedos. Ha gritado, pero es como si el grito procediera de otra persona. Piensa en las personas de la entrada, se pregunta si se habrán sobresaltado siquiera al oírla.

—Es usted un monstruo —escupe a través de la sangre cuando el gendarme rodea la mesa.

Cuando le da una patada en el vientre, por su mirada Tessa comprende que está disfrutando. Stenwick la avisó de que podía

pagar la misión con su vida, pero no está preparada para fracasar tan pronto.

Piensa en su hermano mientras se concentra en respirar. Theo nunca la perdonará por ocultarle esto.

—Ya puedes empezar a cantar —dice el gendarme, después de cogerla del brazo y obligarla a sentarse en la silla.

—De acuerdo —contesta Tessa—. De acuerdo. Me llamo Marianne Bonaly. Nací en…

Le pega de nuevo, pero esta vez Tessa se ha propuesto seguir erguida. Se abre la puerta. Es un agente de más edad, el marido de la mujer de la fotografía, Tessa está segura.

El gendarme de más edad mira a su colega y a Tessa alternativamente. Se fija en la mancha de sangre en el suelo.

—Por el amor de Dios —dice—. Es mi despacho.

El gendarme joven parece de mal humor, pero Tessa no sabe si es porque se está cuestionando su autoridad o porque se le ha terminado la diversión.

—Si quieres hacer eso, llévatela a otro sitio —dice el gendarme mayor. Se encoge de hombros con indiferencia y ordena a Tessa—: Vaya a limpiarse.

Tessa cruza el recibidor, la recepción y se dirige al cuarto de baño que le indican. Hay personas por allí, pero repara en lo decididas que están a no fijarse en ella. Se examina la cara en el espejo. Le sangra la nariz. Las lágrimas trazan una línea en la mancha roja. Ahora llevo máscara, piensa, la mancha de sangre la vuelve irreconocible. Cierra con fuerza los ojos e intenta recordar lo aprendido durante la instrucción. Lo primero es comprobar si hay peligro, buscar una salida. Tessa abre los ojos y exhala despacio,

mira su pecho hincharse y hundirse en el espejo. Pestañea para ahuyentar las últimas lágrimas y empuja el ventanuco rectangular, que no cede. Coge agua del grifo y se la lleva a la cara, se presiona la mejilla con los dedos y una mueca de dolor. Cuando termina, sale al vestíbulo, a las personas de las sillas metálicas. ¿Son paisanos que han venido a poner denuncias?, se pregunta. ¿O son también sospechosos? No, no hay nadie vigilándolos, nadie les hace caso. La puerta del despacho está cerrada. El gendarme de la entrada es distinto del que la recibió; menudo recibimiento, por cierto. Este no ha visto nunca a Tessa, al menos que ella sepa, y basta esa pequeña duda para que idee un plan.

Coge un abrigo de un gancho de la pared y se lo pone. Espera un grito, una mano en el hombro, pero no llegan. Coge una boina color vino y se cubre el pelo con ella, y a continuación, como quien no quiere la cosa, empuja la puerta principal de la gendarmería y sale. Al momento está en las escaleras de entrada, ante una ciudad que no conoce. En ocasiones los ojos son armas, el vistazo apresurado a la calle cuando la sacaron del coche. Ahora, gracias a esa mirada subrepticia, puede salir de la gendarmería y echar a andar como si supiera a dónde va.

Oye su propia respiración, superficial y jadeante. Nota húmedos los labios. La hemorragia nasal la señala; el corte en la mejilla también. Es lo que recordará la gente si les preguntan. ¿Han visto a una mujer con aspecto extraño? Sí, había una con la cara cubierta de sangre. Claro que la gente sangra por la nariz. Tampoco es una enfermedad rara. Me sangra la nariz y punto, piensa. Cuando se pasa la mano por la cara, da un respingo de dolor. Si es una hemorragia y no una herida, entonces lo lógico sería que no le

doliera. No le duele, decide, y cada palabra está marcada por una determinación creciente. Las contusiones no tardarán en aparecer.

Ahí está el bar que vio desde el coche a pesar de la mano que la obligaba a pegar la cabeza al pecho. Es, piensa, asombroso todo lo que puede detectar el ojo humano incluso en circunstancias adversas.

La gente mira, pero finge que no lo hace, a estas alturas es experta en simular desinterés. No llamar la atención es la primera regla de la vida bajo la ocupación. Tessa intenta disimular el miedo en su cara y la tensión en su cuerpo, porque sabe que en cualquier momento una mano puede cogerle el brazo y devolverla a un destino casi seguro. *Un destino casi seguro.*

Nota un nudo en la garganta y se lo traga, agradece esta habilidad adquirida en los últimos cuatro años. ¿Ha sido realmente consciente del peligro hasta ahora? No, decide, consternada por su propia ingenuidad. Piensa de nuevo en el granjero y su perro, porque así es como lo hacen, ¿verdad? Un tiro en la nuca, limpio y rápido. Se pregunta, incapaz de atajar el pensamiento: ¿se siente algo cuando la bala penetra o la muerte es instantánea? Pero ¿qué es un instante sino un momento, un fragmento, aunque breve, de tiempo? Piensa: Dios mío, Dios mío, Dios mío. A pesar de las advertencias de la señorita Jones y sus instructores, a pesar de los continuos recordatorios de lo que estaban a punto de emprender, Tessa comprende ahora que había supuesto que no le pasaría nada. Porque a pesar de todo lo sucedido en el pasado, ha seguido adelante, se ha limitado a seguir adelante y dejado atrás los restos del naufragio.

Tessa sigue andando.

Mientras cruza la calle añade detalles a su mapa rudimentario y trata de concentrarse. Sigue andando, piensa. La gendarmería queda a su espalda con sus peldaños de gruesa piedra. Un fresno con las ramas desnudas araña una ventana con barrotes. A la izquierda hay un callejón que conduce a Dios sabe dónde, y, a la derecha, uno que no conduce a ninguna parte. Cubos de basura, cajas y una alambrada alta.

Durante la instrucción les enseñaron a esperar lo inesperado. Tessa se toca con suavidad la cara con las yemas de los dedos y confía en que no haya empezado aún a hinchársele la cara, se sube el cuello de su abrigo robado para tapársela en la medida de lo posible. Cómo disfrutan pegando algunos hombres, en especial si es a una mujer. A su izquierda, una madre joven mete prisa a unos niños en la acera. Un *tabac*, una *boucherie*, una *pâtisserie,* una ciudad francesa es una ciudad francesa es una ciudad francesa. Un hombre mayor con joroba, tiene pinta de ser doloroso, pero el pensamiento dura apenas un segundo porque detrás de los ojos serenos de Tessa se agolpan demasiados pensamientos. Sus ojos pueden parecer demasiado calmados con una hemorragia nasal así, de manera que añade una nota de dolor que puedan leer en su mirada y en su postura.

La puerta de Chez Émile pesa mucho. Al apoyarse contra ella para empujarla unos centímetros le duele todo el cuerpo, pero no pasa nada, podría interpretarse como un escalofrío provocado por la brisa. Dos hombres están sentados lo más lejos el uno del otro que permite la barra con la cabeza inclinada sobre sendos periódicos. El encargado —¿Émile?— no dice nada, pero mira a Tessa a los ojos. Es la pregunta tácita. ¿Amigo o enemigo? Le ha bastado un día de

moverse sigilosa detrás de las líneas enemigas para saber que una mirada lo dice todo.

—Perdón, me sangra muchísimo la nariz. ¿Podría usar su cuarto de baño? —pregunta.

El encargado abre la trampilla de la barra de madera. En estantes polvorientos hay vasos apilados hasta el techo. Letreros metálicos cuelgan entre cajetillas de tabaco, café y aperitivos. Un vaso roto contra la barra del bar podría ser un arma. Un cuchillo de cortar limones. Café hirviendo en una cafetera. Tessa cruza detrás de la barra como si fuera lo más normal del mundo y qué poco le cuesta desplazar el cuerpo por este espacio. Es casi como si formara parte de aquel lugar tanto como los muebles o el polvo de las estanterías y entra en la trastienda como si conociera el camino. A la izquierda hay una mesa llena de papeles. En el sucio suelo, una caja con toallas húmedas y manteles. Telarañas por todas partes, se le pegan a las mangas del abrigo al pasar. Otra puerta abierta, a continuación, luz del día, prados. A su derecha una bicicleta, no en muy buen estado, pero servirá. Tiene un cesto, qué alegría, aunque Tessa no tiene nada que meter en él.

Le tocan en el hombro. El encargado le pone un pañuelo y unos francos en la mano. Un cuadrado de papel, una dirección, instrucciones someras. «Dese prisa», dice y su cara trasluce tanta preocupación que Tessa tiene ganas de decirle: estaré bien, no se preocupe, pero no puede porque lo lógico es temer lo peor.

Al momento siguiente está pedaleando en dirección sur, atravesando el bosque. Seguirá el curso del río, no puede arriesgarse a ir por la carretera. Estarán descubriendo lo que ha hecho, que se ha escapado. Sabe que es inevitable que vengan más.

Por mar, aire, cruzando los campos, por caminos y aldeas. Su vida anterior es un sueño que cada día parece más irreal. Theo, maman y padre, que no están al tanto de nada más que de la mentira. Se pregunta, quizá por primera vez, si volverá algún día a casa.

9

Sus padres son el sistema métrico por el que mide a todos los adultos. Es decir, su primera reacción ante Agnès Roue es compararla con su madre. Agnès es más joven y no tiene la elegancia de su madre, viste de manera más práctica, con pantalones y chaleco, que en cualquier caso son más apropiados dadas las circunstancias. Tessa se ha puesto a pensar en estas cosas para distraerse de las risitas de un niño detrás de la puerta del dormitorio y del escozor que le provoca el trapo empapado en yodo en la mejilla.

—Enseguida se lo podrá quitar —dice Agnès desde los fogones, donde está calentando un guiso.

Huele de maravilla, pero Tessa tiene tanta hambre que podrían ser gachas aguadas y las devoraría igual.

Agnès sirve el estofado en un tazón y se lo da a Tessa.

—Es increíble lo que se puede crear con nada —dice.

—Me siento mal comiéndome su comida.

Tessa solo lleva encima el dinero que le dio Émile. A no ser que Agnès sea una actriz consumada, alguien tuvo que advertirla de la llegada de Tessa porque la recibió con un cálido abrazo y la hizo pasar enseguida.

Agnès se enciende un cigarrillo y estudia a Tessa mientras engulle la comida.

—Es usted buena, que lo sepa. Mejor que algunos que hemos visto por aquí.

Tessa niega con la cabeza.

—No sé de qué me habla —dice, lo que hace reír a la mujer.

Agnès sirve un líquido amarillo de una botella sin etiqueta en un vasito y lo empuja por la mesa.

—Tómese esto. Le calmará el dolor.

Huele fuerte y acre.

Agnès da una calada profunda a su cigarrillo.

—¿Le había pegado antes un hombre así?

—No —dice Tessa.

—Entonces tiene suerte. Estará recuperada en pocos días.

Tessa mira a su alrededor para comprobar que nadie las oye, aunque en el pequeño apartamento no hay nadie a excepción de la criatura que ríe en el dormitorio. Los hechos: no tiene papeles, ni dinero, pero sí a la Gestapo pisándole los talones, probablemente. Sus únicas opciones son confiar en Agnès o seguir sola, sin nada. Es evidente que el benévolo encargado de Chez Émile confía en Agnès y es curioso que eso signifique algo para Tessa, dado que el hombre es un desconocido.

—Lo único que hice fue salir de allí andando —dice Tessa—. Los alemanes estuvieron buscándome toda la noche y la policía me dejó escapar.

—Suena a que tenía un amigo.

Tessa piensa. ¿El agente de más edad? ¿El gendarme de la entrada?

—Debo ponerme en contacto con mi enlace. Él me dirá qué hacer.

—Tiene la bicicleta, pero yo esperaría a que se me fueran las contusiones. E igual debería dormir algo.

Tessa deja caer los hombros, es un movimiento casi automático, como si hubiera perdido el control de las partes de su cuerpo.

—Tienen mis papeles —dice.

Le gustaría que Agnès le sirviera otro vaso del líquido amarillo. Ha desdibujado la escena de manera muy agradable.

—Entonces habrá que conseguirle otros. Llevará unos días. Diremos que es mi prima y que ha venido a ayudarme con la niña. Aunque necesitará un nombre. —Coge un mechón de Tessa y le da un pequeño tirón—. Y tiene que cambiar de aspecto. La Gestapo habrá repartido su fotografía por todas partes. —Al ver la expresión horrorizada de Tessa, Agnès ríe—. Vuelve a crecer, o eso dicen.

—*Au revoir*, Marianne —dice Tessa.

Oyen llanto en la habitación. Agnès desaparece y vuelve con una criatura de meses de pelo oscuro a la cadera.

—Esta es Eliana, aunque ahora la llamamos Elaine —dice Agnès.

—¿Qué tiempo tiene?

Tessa es incapaz de mirar a la niña.

—Poco más de un año. ¿Quiere cogerla?

—No…, no, gracias. Ahora mismo no. ¿Dónde está…? Espero que no le importe que se lo pregunte. ¿Dónde está su padre?

Agnès resopla.

—No es mía. Sus padres vivían en París.

—¿Y dónde están ahora?

—A saber. Desaparecieron de un día para otro. Por suerte, Elaine entonces estaba con una prima. Se llevaron a todos, grandes y

pequeños.

La niña tiene mejillas que son círculos rosa. Ojos verdes debajo de largas pestañas.

Tessa tiene la boca seca.

—¿Estaban sus padres en la Resistencia?

Agnès niega con la cabeza.

—Eran judíos. Sus vecinos estaban deseando perderlos de vista. ¿Está segura de que no quiere cogerla?

Tessa niega con la cabeza. Las piernas de la niña son como dos rosquillas, una encima de la otra. El pelo le cae en gruesos tirabuzones.

—Seguro que no es verdad —dice—. Me refiero a lo de los vecinos.

—Cómo se nota que no es de aquí. Los franceses han convertido denunciar a sus vecinos en un auténtico arte. A veces me pregunto qué es lo que quiero para Elaine. Justicia o venganza.

Tessa empuja su silla y se pone de pie. El ruido sobresalta a Agnès y a la niña, quien bebe con avidez de un biberón, mordiendo la tetina de goma con sus escasos dientes de leche.

—Creo que me voy a acostar —dice con brusquedad—. Muchas gracias por la comida. Estaba deliciosa.

Se lleva el abrigo robado a una habitación al fondo y corre una cortina a modo de puerta. Se pone una combinación de nailon que le ha dejado Agnès y se mete bajo las sábanas de la estrecha cama. No sirve de nada. El sueño, cuando llega, es agitado. No va a poder descansar, decide su mente inconsciente. Los sueños se forman alrededor de los recuerdos del parto, el dolor y la piel rasgada.

A la mañana siguiente, Marianne queda reducida a mechones de pelo castaño en el suelo.

—No está tan mal —dice Agnès, lo que no anima demasiado a Tessa—. Te pareces un poco a Louise Brooks.

Tessa ríe, aunque sin ganas.

—Así no tendré que preocuparme por llamar la atención.

Agnès la está mirando con los ojos entornados.

—Si tuviéramos algo de tinte, pero… —Levanta los brazos y suspira—. Esta vida.

Lo siente como una pérdida. Ridícula, pero una pérdida al fin y al cabo. Como si su identidad estuviera dentro del montón de pelo cortado. Es una desintegración, ver cómo se descomponen su feminidad, su identidad. Ahora sí que soy otra persona, piensa, pero siente desazón. Cuando tiene el pelo seco y el corte y las magulladuras tapadas con maquillaje, Agnès le saca una fotografía con una cámara que parece una antigualla y desaparece. La niña no está por ninguna parte. Parece rotar por una serie de casas del pueblo durante el día; una colección de mujeres, siempre mujeres, la traen y la llevan. Tessa piensa que debería ofrecerse a cuidarla, pero es imposible, conoce sus límites. De manera que limpia el apartamento y prepara comida para esta mujer a la que no conoce, que puede o no ser quien dice ser, que puede presentarse en cualquier momento con la Gestapo y embolsarse una recompensa que la sustente hasta que termine la guerra.

Tessa quiere seguir camino, pero no puede hacerlo sin instrucciones y no puede ir a ninguna parte sin papeles. En la tercera noche, mientras Agnès acuesta a la niña en su cuna, Tessa

sirve una cena frugal a base de queso, jamón y pan. En la mesa hay una pila de cupones de racionamiento.

—Hoy en la carnicería había una mujer de lo más irritante —dice Agnès en el tono susurrado que emplea siempre que la niña acaba de dormirse—. Me ha visto con Elaine, y, aunque no nos conocemos de nada, no ha tenido reparos en comentar lo poco que nos parecemos. Que si ha heredado la nariz de su padre, ha dicho. La nariz. Entiendes por dónde iba, ¿verdad? Debería haber sacado a Elaine de aquí cuando tuve ocasión. Hay redes…, es factible, aunque difícil. Ahora los alemanes están por todos lados. Fue una estupidez por mi parte pensar que podría hacerla pasar por mi hija.

—¿Para qué quieres todos estos cupones?

Agnès sonríe sombría.

—También tengo tabaco, mira. —Saca una caja de debajo del fregadero—. Me temo que no te puedo dar.

Tessa nota cómo se le encienden las mejillas.

—No, no… Solo…

—¡Ja! He visto cómo se te iluminaban los ojos. —Agnès se sirve un vaso de vino mientras sonríe. Le acerca la botella a Tessa por encima de la mesa—. Es para los que se han quedado aquí. Hay muchas mujeres con muchas bocas que alimentar y apenas medios para hacerlo. Los hombres ya no están. Se han evaporado. Las mujeres tenemos que velar las unas por las otras, ¿entiendes? Porque nadie más lo va a hacer. Desde luego no el gobierno de Vichy ni los alemanes.

Esto no lo enseñan en la instrucción. Allí la Resistencia equivale a sabotaje, no a red de apoyo.

—¿De dónde sacas los cupones? —pregunta Tessa.

Agnès agita la mano.

—Con determinación se puede conseguir casi cualquier cosa.

—¿Y los tenderos te dan raciones extra?

—En absoluto. Eso interferiría con su mercado negro. Verás, algunos nos morimos de hambre y a otros les va de maravilla. Así que tienes que pedírselo de forma que no puedan decir que no.

—¿Y cómo se hace eso? —pregunta Tessa en voz baja porque no está segura de querer saberlo.

—No pidiéndolo.

Más tarde, Tessa ayuda a Agnès a dividir los cupones equitativamente para una red de mujeres cuyos maridos han «desaparecido» por una variedad de razones.

—¿Estás casada, Agnès? —pregunta, aunque conoce ya la respuesta. Ha visto fotografías en cajones y armarios.

—Sí —contesta Agnès sin levantar la vista.

—¿Está prisionero?

—Estuvo en un campo no demasiado lejos de aquí, pero lo han trasladado.

—¿A dónde?

—No estoy segura. A algún punto del este, creo. Hace mucho que no tengo noticias de él.

Tessa desearía que Agnès se quedara unos cuantos cupones para Elaine y para ella, pero sabe que no lo va a hacer. Quiere irse de aquí con la tranquilidad de que las dos estarán bien, pero lo más probable es que no sea así.

—¿Qué hacías antes de la guerra? —pregunta.

Agnès se encoge de hombros.

—Lo mismo que ahora. Trabajo social.

—Cuidas de los demás.

La mujer ríe. En la áspera luz eléctrica, parece cansadísima.

—La diferencia es que antes me lo pagaban —dice en voz baja.

Al quinto día los hematomas de Tessa casi no se le notan y puede salir del apartamento. Agnès la maquilla con una pasta beis espesa para tapar lo que queda. Es como si tuviera una capa de cera en la cara. La hace sentirse una persona nueva, y tal vez lo sea. Sus papeles dicen que se llama Isabelle. Se pregunta cómo será de larga su colección de alias cuando todo esto haya terminado.

Cruza la campiña en la bicicleta de Émile siguiendo una ruta que le ha marcado Agnès. Sin controles, sin gente, sin nadie que se pregunte qué pinta Louise Brooks pedaleando por el valle del Loira. Ve su reflejo en los escaparates de las tiendas, con el pelo justo a la altura de la barbilla. ¿Quién es esta persona que copia cada uno de sus movimientos? Se pregunta qué pensaría Theo si la viera ahora, si estaría orgulloso u horrorizado. Ojalá admirado. Su madre diría probablemente que Tessa está haciendo lo que mejor se le da, buscar problemas, entrometerse en lugar de estarse quieta. Tessa es la hija conflictiva, mientras que Theo no da una preocupación y qué fácil ha sido siempre para su madre categorizar así a sus hijos. Tessa aprieta el manillar de la bicicleta. Tiene la esperanza de que su padre, pacifista, sí la entienda.

Le resulta sencillo encontrar el buzón muerto, un pequeño hotel en una ciudad cercana donde puede dejar un mensaje a su contacto. Fuera hay un grupo de niños discutiendo por una comba para saltar: me toca a mí, no, a mí. Una niñita tira de la cuerda con

una cara de indignación tal que Tessa se para y sonríe, si bien sabe que debería salir de allí cuanto antes. La niña tendrá unos cinco años, o sea, la misma edad, pelo oscuro, aunque por supuesto mucho más largo que la imagen que conserva Tessa en la cabeza. Alguien, supone que su madre, le ha cepillado el pelo y se lo ha sujetado con un lazo verde. Tessa sacude la cabeza y los hombros para ahuyentar el pensamiento. ¿Te reconocería?, se pregunta. ¿Te reconocería si te viera?

Deja su nota a la mujer de la recepción, quien la acepta y la mete en una casilla sin mirarla y sin mirar tampoco a Tessa. Cuando sale a la luz del día, respira el aire fresco y los ve. Alemanes, un convoy lleno de ellos. Es una sensación extraña, como si se le enfriara la sangre, y una oleada de odio e indignación la recorre. ¿Dónde van, piensa, con sus tanques y sus coches blindados, si la batalla más reñida es en el cielo? La gente se arremolina en las aceras, parece que una escena así sigue constituyendo una novedad. Tessa quiere absorber cada detalle tangible: la forma de los cascos, el corte de los uniformes, el sonido de las ruedas de los carros de combate y las pisadas de las botas de cuero en el suelo de tierra.

Al día siguiente, después de otra noche alojada con Agnès, vuelve y espera en el lugar y a la hora indicados, una iglesia en ruinas a las afueras del pueblo. La vio la mañana anterior y decidió que era un lugar de encuentro de enamorados, que en su cabeza equivale a lo que ha estado buscando. Un sitio para una asignación clandestina. Había dicho a las dos de la tarde, pero cuando su contacto —un agente del que solo sabe que se llama Basile— no llega, a Tessa le entran dudas. ¿Acaso escribió a las tres? Las rosas silvestres ahogan muchas de las tumbas más antiguas, la hiedra ha conquistado el

resto. Le recuerda a los setos de Sussex, al último viaje con la señorita Jones. La manecilla corta de su reloj se acerca a las tres, la sensación de temor se le instala en el estómago. Entrecruza los dedos, mira a su alrededor tratando de parecer tranquila. Está haciendo lo que se supone que debe hacer, pero nada va bien.

A las tres y media decide marcharse, tras concluir que la ausencia de Basile puede sugerir algo siniestro. Retira su bicicleta del viejo chopo donde la dejó apoyada y la empuja por la maleza hacia una verja de hierro en un muro alto de ladrillo. Más tarde se preguntará, con el recuerdo partido en dos por la conmoción, si escuchó el crujido de una pisada antes de que la mano enguantada le tapara la boca, o si sintió primero la mano. La bicicleta va por un lado y ella por otro. La empujan contra el muro y su cara choca con el mortero lleno de piedras y trozos de cristal.

—Cuando recibí tu carta pensé en no venir —le susurra al oído una voz en inglés—. Pero luego pensé: no, quiero mirar a la cara a la persona que nos ha traicionado. Quiero mirarte a los ojos y comprobar si hay asomo de culpa en ellos.

Tessa trata de decir algo, pero solo sirve para que él se pegue más a ella y el ladrillo le arañe la frente.

—Quería ver si traías a los alemanes contigo… y así asegurarme. ¿Están aquí, Marianne? ¿Los tienes escondidos en los arbustos, esperando para saltar? Me da igual que me cojan, merece la pena con tal de poder explicarte lo que has hecho.

La suelta un poco y la obliga a darse la vuelta, de manera que están frente a frente. Debe de tener cuarenta y tantos años, mejillas surcadas de vasos sanguíneos, algo de por sí revelador, pero que viene acompañado de un aliento a whisky. Tessa procura respirar por

la boca. Esta vez está decidida a hacer las cosas bien, incluso si él no.

—*Quel temps fait-il?* —pregunta confiando en que el hombre detecte el filo acerado en su voz, confiando en que el pánico no lo enmascare.

El hombre da un paso atrás riendo, pero sin sonreír.

—De acuerdo. Si es lo que quieres… Hay humedad. Esta noche habrá tormenta. —Las palabras salen de su boca en un tono áspero y neutro. Se palpa el bolsillo del abrigo—. Si fuera tú, no echaría a correr.

—Aquí no hay nadie —dice Tessa más rápido de lo que habría querido, y negándose a abandonar el francés—. No he venido con nadie, si es lo que te preocupa…

—Están muertos. Todos.

Él se aferra al inglés con la misma obstinación.

Tessa se queda sin respiración, a pesar de que era algo que se había temido.

—¿La brigada de paracaidistas? ¿Los demás? —pregunta.

Trata de detener las imágenes, pero es demasiado tarde, las regiones más sombrías de su cerebro están ganando la partida. Las manos temblorosas de Adrienne en el aeródromo antes de volar a Francia, el ruido de las ametralladoras.

Debería haber sido yo, piensa. Cierra los ojos, pero Adrienne sigue allí, en la oscuridad.

—Todos. Tantas buenas personas. Y teníamos a uno de los nuestros en el terreno, en la brigada de recepción. También muerto. —Basile se tropieza y tarda un momento en recobrar el equilibrio. Tessa se pregunta cuánto habrá bebido para decidir que esta misión

suicida, si es que creía de verdad que iba a entregarlo a los alemanes, era una buena idea—. Un tipo de pelo blanco llamado Jean —dice.

Tessa da un paso atrás.

—La Luna —susurra.

Baja la cabeza y apoya las manos en las rodillas para no caerse. Tiene ganas de vomitar.

—¿Lo conocías?

A Tessa no se le va de la cabeza la imagen de Jean mordiendo un bollo con las comisuras de la boca manchadas de mermelada de fresa. Su mata de pelo blanco y su cara grande y redonda. Su mano estrechando la suya durante el vuelo. Su amabilidad. Entonces recuerda las sospechas de Fleur mientras guardaban cajas durante la formación. Que Jean escapó de Francia semanas después de cuando debía… Bueno, ya no hay razón para preocuparse. Basile empieza a caminar de un lado a otro con una mano posada sobre la pistola que lleva en el bolsillo…, si es que es un arma; hasta ahora no ha dado prueba de ello. La verja está a medio metro de Tessa. Si se olvida de la bicicleta, tal vez logre escapar.

—Están muertos. Todos. Menos tú. Me he estado preguntando… He venido hasta aquí solo para preguntártelo. ¿Cuándo cambiaste de bando? ¿Y por qué? ¿O es que siempre has estado en el lado enemigo?

Tessa da un paso hacia la verja, centímetros, piensa, pero es demasiado tarde, es demasiada distancia. La mano de Basile está de nuevo dentro de su bolsillo.

—No me he cambiado de bando y no le he dicho nada a nadie —insiste—. Aterricé donde no era, eso es todo. Es la única razón por la

que sigo viva.

—Patrañas. Estuviste en la *gendarmerie*. Se oyen cosas, que lo sepas. Hay ojos en todas partes. ¿Por qué no te mataron como a los demás? ¿Es que pensaron que tenías más que ofrecer?

Tropieza de nuevo, esta vez en dirección a Tessa. Esta permite que sus cuerpos se toquen antes de girarse y empujarlo con todas sus fuerzas contra el muro de ladrillo. Antes de que a Basile le dé tiempo a reaccionar, Tessa le mete la mano en el bolsillo del abrigo y le quita la pistola. Recuerda su adiestramiento y levanta el arma hasta tenerla a la altura del abdomen y cerca del cuerpo y se ancla en el suelo con las piernas abiertas a la altura de las caderas.

Basile echa la cabeza atrás y suelta una carcajada.

—Empieza la fiesta —dice. A continuación, se recuesta contra la pared y comienza a llorar—: Mírate. Con todo lo que ha pasado y lo tranquila que estás. Pareces de piedra.

—Esto no es estar tranquila —dice Tessa.

Siempre la sorprende descubrir cómo la perciben los demás. El corazón se le sale del pecho.

Se acuclilla en la hierba y espanta una mariposa azul, que revolotea cerca de la cara de Basile, quien no parece darse cuenta.

—Haz el favor de controlarte —le susurra y levanta una mano cuando Basile abre la boca para hablar—. Y, por el amor de Dios, deja de parlotear en inglés o nos van a detener a los dos. *En français, oui?* Sí, me detuvieron la mañana después de saltar, y me escapé.

—Ya, ¿y cómo lo hiciste? —pregunta Basile en francés sorprendiendo a Tessa con su obediencia.

—Ni idea. Tuve suerte, principalmente. Alguien debió de ayudarme, pero no sé quién. Igual uno de los gendarmes.

Basile ríe.

—No te lo crees ni tú…

—Un hombre en un bar me dio una dirección y desde entonces vivo ahí. No he dicho nada a nadie. Aunque quisiera, no habría tenido ocasión. Todo ha sido muy rápido.

Basile gira la cabeza y vomita en la hierba. Tessa se pregunta: ¿este es el ejército de Ronald Stenwick? Va a derrocar el Eje del mal desde dentro a base de borracheras. El aliento de Basile le revuelve el estómago.

—No hay nadie esperando, la Gestapo no acecha entre los arbustos —dice ella—. Estamos solos, así que deja el numerito, haz el favor.

Basile se saca una petaca del bolsillo del abrigo y da un sorbo.

—Parece que no te has enterado —replica—. Es curioso. Lo lógico es que tus amigos nazis estuvieran presumiendo como locos.

—¿De qué no me he enterado?

—De que se ha ido todo a la mierda. Detenciones en masa. Las redes se han desintegrado. París está perdida. Resumiendo, que en Londres quieren que vuelvas. Hay un vuelo el próximo…

—No. Acabo de llegar. No he…

No ha conseguido nada, piensa. ¿Qué sentido tiene no morir, como todos los demás, para a continuación rendirse? Theo no se ha rendido, piensa cerrando el puño. Theo no volvería a casa.

—Son las órdenes. Tengo que asegurarme de que te subes a un avión.

Tessa saca la mandíbula. Tantos meses de formación. La ruptura con todo lo anterior.

—No pienso irme. Me niego.

Basile se encoge de hombros.

—Como quieras. A mí me da igual.

—¿Y tú qué? ¿También te mandan a casa?

—Huy, no, yo soy afortunado. Tengo que quedarme y reconstruir. Londres no parece darse cuenta de la frecuencia con que encontramos a los alemanes esperándonos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que en Londres hay un puto topo. Que estamos vendidos. Claro que no hay manera de convencerlos.

—Si tú te quedas, ¿por qué yo no? Necesitarás un enlace…

—No.

—No puedes hacerlo todo solo. Además… Oye, siento ser tan brusca, pero mi francés resulta bastante más convincente que el tuyo…

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me fío de ti. Aunque tienes razón en lo de que tu francés es bueno. ¿Qué me dices del alemán?

Tessa mira a Basile a los ojos.

—No soy una traidora.

—Pues claro que no, buena chica. Da lo mismo. —Le da un papel cuadrado—. Los datos de tu vuelo. Memorízalos y destrúyelo. Si por mí fuera, te dejaría aquí, pero ¿qué quieres que te diga? A los que son como yo no les hacen caso. —Se pone de pie tambaleándose y

se sacude la hierba del abrigo—. Eso me lo llevo —dice alargando el brazo para coger su arma.

Aun aturdida por la acusación, Tessa se la entrega de mala gana.

—No pienso irme —dice sacando el mentón igual que la niña pequeña recuperando su comba a la puerta del hotel.

—Tú misma.

Tessa se alarma un poco.

—Pero ¿qué hago? ¿Dónde voy?

Basile se encoge de hombros.

—Ese no es mi problema. Por lo que a mí respecta, querida, estás sola.

Se marcha y deja a Tessa en el cementerio. Theo. Para ahuyentar el pánico, pensará en Theo. Necesita su voz, pero no oye nada. Trinos de pájaros e insectos, el silencio inquietante de la soledad. Con todo el esfuerzo que dedicó a no pensar en él, ahora daría cualquier cosa por deshacerlo.

10

Está en un tren con dirección sur.

Lo organizó Agnès. Tessa estaba nerviosísima. No es el peligro, no es sentirse excluida, sino pensar que puedan arrebatarle esta oportunidad, porque es lo único que tiene. No puede volver a la nada. Se niega a volver al cuerpo de secretarias. Agnès ha resuelto muchos problemas, incluida la pequeña Eliana, y Tessa no será el último.

—Hay un hombre —le dice—. Es de los nuestros. Vas a ir a verlo.

Tessa admira la determinación con la que habla Agnès siempre. No hay matices. Esto es lo que va a pasar y así es como lo vamos a hacer.

—No puedo, no se fiarán de mí —dice Tessa.

—Pero de mí sí. Le diré que no eres una traidora.

Tessa no puede evitar meter el dedo en la llaga.

—Pero en realidad no lo sabes.

Quizá eso es lo peor de todo, el peligro en que está poniendo a Agnès. Cada día que sigue en el apartamento, el riesgo aumenta.

Agnès se toca la cabeza con un dedo.

—Mi instinto nunca falla. Ve a ver a este hombre, él sabrá qué hacer contigo. Creo que agradecerá la ayuda. Dejaré que sea él quien se ponga en contacto primero y así lo sabrás, ¿te parece?

Sabrás si te quiere. —Agnès saca un lápiz y apunta una dirección en un trozo de papel—. Tendrás que memorizarla, no la lleves encima. Habrá una habitación para ti, aunque deberás ganártela.

—¿Cómo sabes que me aceptarán?

—Porque es lo que hacen. Dar refugio a personas que lo necesitan. —Agnès está ocupada clasificando cupones, recogiendo las cosas del desayuno y rechazando a Tessa cuando se ofrece a ayudar—. No les he dicho quién eres, me refiero a tu identidad. Saben que eres de la Resistencia, de los nuestros. Pero no se interpondrán en tu camino…; de hecho, no creo ni que te hagan preguntas. Porque la Resistencia también es eso, ¿entiendes? Cada uno hacemos nuestro papel y los papeles pueden ser muy distintos. Pero todos nos oponemos a esta ocupación asesina.

Así que Tessa está en un tren. El carrusel gira de nuevo. Antes era Marianne, hoy Isabelle. Tessa flota como una interferencia eléctrica entre ambas. Le enseña sus papeles a un joven agente de las SS de piel pálida resaltada por la chaqueta gris, tratando de ocultar cualquier signo de vacilación en sus gestos y temiéndose resultar demasiado enérgica, demasiado ansiosa. Sabe cómo sonreír y sostener la mirada una décima de segundo más de lo habitual. Así espolea su interés, lo distrae de su cometido y de su deber de sospechar, tal y como era su intención. Cuando Tessa quiere darse cuenta, el agente le está llevando la maleta llena de ropa de Agnès, comprobando el billete comprado con dinero de Agnès y asegurándose de que está instalada en su asiento.

Pega la nariz al cristal. Quiere empaparse de este paisaje. La ayuda a ahuyentar el pánico.

El tren está entrando en una estación, pero no es la suya aún. Mira a los viajeros apearse y caminar por el andén entre soldados y esvásticas con la vista fija en el suelo. Francia está tan callada, esa es la principal diferencia entre antes y después: ya nadie habla. Las conversaciones que van más allá de lo necesario —¿Cuánto cuesta este pan? ¿Les queda mantequilla?— se mantienen a salvo, detrás de puertas cerradas. Tessa está atenta a niños de la mano de sus madres; estudia sus caras porque ella está allí, en algún lugar de Francia. ¿Qué le diría si la viera?, se pregunta. Y ella, ¿me creería?

Si se encontrara a Luc, ¿sería capaz de no gritar su nombre? Se ordena parar, sobreponerse, porque solo quedan tres pueblos («¡Cuéntalos!», le ha dicho Agnès) para llegar a su destino.

Lo del destino es un concepto abstracto. Allí no hay nada. El andén es una franja de cemento en un terraplén. No hay edificios y tampoco se ve ninguno en el horizonte. Ni soldados, ni viajeros caminando con la vista fija en el suelo con la esperanza de que hoy no les pase nada. En el andén hay un hombre con una gorra calada y una chaqueta negra. No está mirando al suelo; de hecho, sostiene la vista a Tessa de una forma que esta sabe a estas alturas que es bastante peligrosa. El hombre tiene rizos oscuros que se escapan de la gorra, piel aceitunada y por el cuello abierto de la camisa le asoman mechones de vello moreno. Tessa es consciente de ruborizarse mientras se acerca a él. Su belleza la conmociona.

De cerca, ve que sus ojos son color avellana con un destello de verde.

Por el amor de Dios, piensa.

El hombre saluda con una inclinación de cabeza y echa a andar hacia un Citroën mal aparcado a un lado de la carretera, que tiene más de camino de tierra. Abre el maletero y se sienta detrás del volante. Tessa deja la maleta en el maletero y lo cierra con más fuerza de la que había sido su intención. Es increíble, piensa, la frecuencia con la que tiene que confiar a ciegas. Reprime una carcajada, una sonrisa —porque es ridículo y la ridiculez es más fácil de asimilar que el miedo o el peligro—, mientras se sube al coche con este guapo desconocido, que podría ser cualquiera. No recuerda cuándo fue la última vez que se rio, y se da cuenta de que está exhausta, agotada de ser otra persona. Y solo lleva en Francia algo más de una semana.

—Me llamo Isabelle —dice.

El hombre la mira por el rabillo del ojo; la piel de las comisuras de su boca se tensa y se relaja cuando frunce los labios, como si le diera vueltas a algo en la cabeza.

—Bienvenida —contesta al cabo de unos instantes con un atisbo de sonrisa tan fugaz que Tessa no está segura de no haberla imaginado.

Enfilan un camino serpenteante que se adentra en un valle y parece una espiral que se despliega. El paisaje es verde, exuberante y vivo. Los campos de cultivo están formados por anchas franjas de hortalizas y girasoles, promesa de verano. La granja, cuando llegan, es pequeña. Una casa de piedra dorada y tosca y un granero de madera de roble, con establos y pocilgas dispuestas alrededor de un patio. Le recuerda a Tessa a una granja cerca de la casa de sus padres, pero con el aspecto que debía de tener cincuenta años atrás, antes de que las máquinas reemplazaran a los hombres y a los

caballos percherones. Hay un carro inclinado bajo el peso de la paja. Los polluelos corretean entre sus piernas, asustados y curiosos a la vez. En la cocina de techo bajo y vigas vistas, una mujer mayor sirve pan y queso a un hombre con pelo gris rebelde y una joven que no parece mayor de quince años, pero debe de serlo, a juzgar por su vientre de embarazada.

Ninguno levanta la vista. El conductor coge una rebanada de pan de una fuente y empieza a untarla con un encurtido marrón y espeso.

—Soy Isabelle —dice Tessa al cabo de un instante.

La mujer deja de servir y la mira de arriba abajo. Por su expresión queda claro que el veredicto no es favorable.

—Llámame madame Delon. Él es monsieur Delon. —El hombre mayor no levanta la vista—. Esta es Claudine, la única hija que me queda en casa —Claudine sonríe débilmente—, y por supuesto ya conoces a Gabriel, nuestro bracero.

—La verdad es que no —dice Tessa sintiéndose algo tímida—. Hola, Gabriel. Gracias por traerme.

El hombre asiente con la cabeza y levanta una mano. Sostiene la mirada a Tessa durante unos instantes y esta nota otra vez calor en las mejillas.

—Come algo y después nos pondremos a trabajar —dice madame Delon—. Vas a tener mucha faena aquí.

Tessa está muerta de hambre. Se refrena para no escandalizar a sus nuevos anfitriones, pero en realidad tiene ganas de comerse su ración y robarles la suya también. Sobre la mesa hay hierbas puestas a secar colgadas de un cordel marrón, pero no son como las que Tessa está acostumbrada a ver en la cocina de la tía Violet.

—¿Qué son? —pregunta pellizcando un capullo amarillo.

—*La tanaisie* —dice con sequedad madame Delon. Está comiendo y recogiendo la cocina al mismo tiempo.

—Ahuyenta a las moscas —añade Claudine.

Después del almuerzo, a Tessa le dan un delantal y le dicen que haga la colada. Parece una tarea sencilla, pero pronto entiende por qué tanto su madre como la tía Violet la delegan en un servicio de lavandería externo. Madame Delon, visiblemente irritada por tener que explicar el proceso, le quita el envoltorio a una barra de jabón de tajo (cuya elaboración Tessa comprende enseguida que también le corresponderá a ella) y se lo explica.

—Claudine ha estado zurciendo, así que eso que te quitas. Hoy lo pones todo a remojo y tendrás que levantarte antes de que amanezca para lavar.

—¿Mañana? ¿O sea, que se tarda dos días?

Madame Delon sonríe.

—Eso si te das prisa.

Tessa se pone manos a la obra, sumerge cada prenda, sábanas, ropa exterior e interior en una tina llena de agua jabonosa templada con irritación creciente. ¿Qué contribución al esfuerzo de la guerra es esta? De haber querido trabajar en una lavandería, se habría quedado en casa. Se pregunta si estas personas saben que se puede pagar a alguien para que haga estas tareas y enseguida comprende que sí, que por eso está ella allí. Sueña despierta con prácticas de tiro y operaciones encubiertas, intercambio de mensajes entre redes de la Resistencia, poner bombas, sueña con la aventura que había imaginado.

A última hora de la tarde, cuando la reclaman en la cocina, tiene un molesto dolor de cabeza. Huele a carne asada. Siguiendo instrucciones hastiadas de madame Delon, Tessa se pone a cortar cebollas, zanahorias y apio con que acompañar la carne de buey. Claudine está trabajando una masa, el vientre le tiembla con cada golpe que da en la tabla de madera. Tessa no deja de verlo a pesar de que procura mirar a otra parte. Ve su propia imagen en un espejo junto a la puerta. Tiene la piel roja y llena de manchas, el pelo pegado al cráneo. Le pide a madame Delon un pañuelo para la cabeza, y esta le da uno de mala gana; cuando Tessa se anuda la tela de algodón detrás de la cabeza tiene la sensación de alejarse un paso más de su antiguo yo. A pesar del sudor, a pesar de la piel agrietada y dolorida de las manos y de su irritación previa, tiene que admitir que la sensación es grata.

Aparece Gabriel en la puerta. Cuando ve a Tessa inspeccionar una olla de carne asada, sonríe.

—Es como si siempre hubieras estado aquí —comenta mientras se sienta a la mesa—. Nadie adivinaría que acabas de llegar.

—¿Quieres decir que ya parezco un mueble más?

Es la primera vez que lo ve reír, y se sorprende por cómo se le transforma la cara. Su expresión se ilumina cuando ríe. Por el amor de Dios, piensa de nuevo Tessa. Gabriel viene de los campos y le brilla la piel de sudor.

—Ahora podrá ocuparse ella de Hélène —le dice Gabriel a Claudine.

En la cara de esta aparece una sonrisa ancha, sincera.

—¿Te importa? La verdad es que me duele todo el cuerpo.

Tessa duda.

—¿Quién es Hélène? —pregunta suspicaz.

—La vaca, por supuesto —responde Gabriel con una sonrisa de suficiencia que pone furiosa a Tessa—. Pero ya has trabajado antes en una granja, ¿no? Es lo que dijeron los Delon. Una moza de cocina crecida en una granja, con buenas manos. Así que no tendrás problema, ¿verdad?

Tessa sonríe tensa porque, cosa curiosa, su adiestramiento no ha incluido el cuidado de animales. Quizá es todo una broma de Agnès. O quizá dijo lo que consideró necesario para garantizar a Tessa un lugar donde quedarse, una coartada.

—Por supuesto. Claro que sí. Lo que sea por ayudar —le contesta a Claudine.

—Qué magnánima —dice Gabriel.

Tessa pone los brazos en jarras.

—Dicen que el sarcasmo es la expresión más pobre de ingenio.

A Gabriel le brillan los ojos.

—Una criada que cita a Oscar Wilde. ¿Qué será lo siguiente? ¿Baudelaire en la colada? Literatura y tareas domésticas. Caramba, caramba, qué afortunados somos.

—El placer es mío, te lo aseguro —dice Tessa sonriendo con dulzura.

Un bracero que conoce a Wilde y a Baudelaire, piensa. Qué curioso. Tessa y Gabriel se miran un instante, pero ninguno añade nada.

Claudine los mira a ambos con los ojos entornados.

—¿Se puede saber de qué habláis?

Cuando Gabriel se va a lavarse, Tessa pregunta:

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

No sabe por qué de repente necesita entender cuál es la relación entre los habitantes de la granja.

—¿Cómo? ¿Gabriel y yo? Me parece que no. A ver, no es que no se me haya pasado por la cabeza, solo hay que mirarlo, *magnifique, non?* Pero no, no estamos juntos. —Claudine se señala la barriga—. No es el padre.

Tessa niega con la cabeza y comprueba sorprendida que siente cierto alivio.

—Disculpa, no pretendía husmear.

—Ahora te preguntarás dónde está el padre.

—No. De verdad que no. No es asunto mío.

—Pues claro que te lo preguntas. La respuesta es que no lo sé. Es posible que en Alemania, o al menos eso quiere que piense.

—Igual que mi marido, entonces —dice Tessa, pero esta vez la mentira le parece un insulto—. Lo siento.

—Sí, bueno. Lo mismo te digo. —Claudine sigue aporreando la masa en la tabla—. No estamos casados. Creo que mis padres tienen la esperanza de que no vuelva. Sería más fácil de explicar, ¿no te parece?

Tessa sonríe, aunque no tiene ganas. Por fin se permite mirar el vientre embarazado de Claudine.

—No te falta mucho —dice casi para sí.

Después de cenar madame Delon le pide a Gabriel que enseñe a Tessa su habitación. La maleta de esta sigue junto a la puerta, con el abrigo que robó en la *gendarmerie* hecho un ovillo encima.

—Recuerda, tienes que levantarte al alba —dice madame Delon.

Tessa intenta sonreír, pero comprueba que le es imposible. Se pregunta si sigue siendo una agente de enlace, si conserva su trabajo, porque no lo sabrá hasta que alguien —la misteriosa persona a quien se refirió Agnès— se ponga en contacto con ella. Y quizá no lo haga, quizá tenga instrucciones de cortar toda relación con ella, y se pasará lo que queda de guerra siendo Isabelle, la lavandera.

Para su sorpresa, Gabriel sale de la casa y se dirige al granero. Fuera la temperatura es agradable y una ancha luna resplandece en lo alto. Es la noche perfecta para una entrega aérea, piensa Tessa, y se le llena la cabeza de un torrente de imágenes. Las luces brillantes, el rugido de las ametralladoras.

—¿Estás bien? —pregunta Gabriel y la amabilidad en su voz es una sorpresa más. Ella se limita a asentir con la cabeza.

Un rincón del granero ha sido convertido en un pequeño cuarto de baño, con retrete, lavabo y bañera detrás de delgadas paredes de madera. El otro extremo está lleno de paja amontonada, pero entre ambas cosas hay dos camas estrechas.

Gabriel señala una y a continuación la otra.

—Esta es la mía y esa la tuya.

Corre una cortina raída que cuelga de un raíl entre las dos.

—Y esta tiene que estar siempre echada. No te hagas ilusiones.

Tessa pone los ojos en blanco.

—Intentaré resistir la tentación.

No conoce a Gabriel. Hasta donde ella sabe, podría ser un colaboracionista. No os fieis de nadie, les decían durante la instrucción.

Mira la silueta de Gabriel desde el otro lado de la cortina cuando se desviste; su camisa se convierte en ondulaciones de los brazos, los pantalones dan paso a unas piernas delgadas pero musculosas. Mientras se enfunda el camisón de Agnès, Tessa se pregunta si él también la estará mirando.

Las vigas del granero están ennegrecidas y marcadas por el paso del tiempo. Hay símbolos, círculos y triángulos grabados en la madera; amuletos para protegerlos del mal. Hace calor y Tessa no puede dormir. La respiración de Gabriel se vuelve lenta y acompasada, atraviesa la delgada cortina; el calor adicional de otro cuerpo flota y envuelve a Tessa. Dormir en la misma habitación con otra persona la hace recordar la instrucción, las mujeres del barracón. Una vez abierto el baúl de los recuerdos, sus pensamientos retroceden hasta Luc. Se recuerda tumbada en la cama de Luc, un lugar que nunca quería dejar, un sentimiento desconocido hasta entonces. El chasquido del gramófono, el chirrido de la aguja, Charles Trenet llenando el estudio. Luc apoyando la cabeza en la mano y diciendo que quiere pintarla.

«¿Qué parte de mí tienes intención de capturar en tu pintura? —había preguntado Tessa—. ¿Mis labios, mi cuello, mis pechos?».

Porque Luc pertenecía a un grupo de artistas famosos por reducir a las mujeres a partes del cuerpo. Y ahora Tessa desea con todas sus fuerzas meterse en la cama de Gabriel solo para poder tocarle el pecho, a pesar de que sabe que eso la hará sentirse asqueada, como le ocurre ahora siempre. Asco no por él, por Gabriel, sino por lo que su madre llamaba «el acto» en aquellas conversaciones incómodas, espantosas cuando salió todo a la luz. Gabriel parece buen chico, un chico excelente, de hecho, aunque Tessa ha reparado

en el destello de furia en sus ojos. Claro que ella también estaría furiosa de haber vivido lo que han vivido los franceses. Entonces se acuerda: ella está furiosa, lleva años estándolo. París y la guerra que vino después, las intolerables limitaciones que entraña ser mujer. No se acaba nunca. Es un torrente rojo escarlata que la recorre.

11

Ha pasado más de un mes y no ha tenido noticias de nadie. Tessa considera escribir a Agnès, pero es demasiado peligroso. Podría tratar de buscar ella misma la red, pero no puede arriesgarse a llamar la atención. ¿Qué está pasando? Es como vivir atrapada en un vacío. De manera que se convierte en Isabelle, alguien que ayuda en la casa y en la granja cocinando, horneando, limpiando, asombrada por cómo tareas tan humildes engullen días enteros. Por interminable que le resulte, el trabajo también es una bendición por el simple hecho de que le impide mirar en su interior. Por primera vez en su vida, no tiene tiempo.

Ha conseguido encontrar en el pueblo unos cuantos vestidos ligeros y económicos más apropiados para el clima meridional, y cada noche lava uno en el fregadero y lo tiende a secar delante del granero. Se envuelve la melena corta en un pañuelo o usa un sombrero de paja de ala ancha para que el sol no le dé en la cara. La mayor parte de los días madame Delon la manda a trabajar al huerto, a arrancar la maleza entre las hileras ordenadas de repollos, coliflores y remolachas. Un polluelo de golondrina acostumbra a posarse en lo alto de una escalera de mano para pedir comida antes de alejarse trazando grandes arcos con las alas sobre el granero. Su parcela favorita está rodeada por una cerca baja de madera de

avellano tejida. Gabriel la llama «el jardín de las brujas». Allí es donde madame Delon cultiva las hierbas y las flores que después seca al fuego y en la mesa de la cocina para preparar bálsamos y emplastos que al parecer curan cualquier dolencia. Consuelda mezclada con agua para abonar la tierra. Caléndula para afecciones de la piel. Hay matricaria para la fiebre y los dolores de cabeza, camomila calmante que se infusiona en agua caliente y se bebe a sorbos de una taza. Tessa comprende que esta no es una familia que acostumbre a llamar al médico, ¿y por qué va a hacerlo cuando la tierra ofrece sus propios remedios?

Una mañana monsieur Delon está atareado con una cámara fotográfica, piezas de la cual están repartidas por la mesa en la que Tessa intenta servir el desayuno: pan y queso hechos en la granja.

—¡Menudo desorden! —dice madame Delon desde la cabecera de la mesa agitando los brazos mientras espera el café, que en estos tiempos de escasez se prepara con bellotas.

Tessa está cortando rebanadas lo más delgadas posible de pan y queso porque todo tiene que durar más, cundir más. Gabriel está detrás de ella tratando de coger su taza preferida del estante. Bailan una danza extraña, Gabriel hacia un lado y Tessa hacia el contrario hasta que terminan por sincronizarse. Por un momento Tessa queda atrapada entre el cuerpo de Gabriel y la superficie de madera. No es una situación que la agrade y de inmediato sus ojos empiezan a trazar una ruta de escape. Necesita saber que hay una, porque en una ocasión no fue así y aquella experiencia tiñe todo lo ocurrido desde entonces. Claro que ahora no está alarmada, no se le ha acelerado la respiración, no nota la tensión en la frente en forma de

sudor. Levanta la vista y se encuentra con la mirada de Gabriel, quien se apresura a sonreír.

—Perdón —dice.

A Tessa se le encienden las mejillas.

—No, no. Ha sido culpa mía.

Gabriel se aleja con un carraspeo, una arruga en el ceño, los dedos en el pelo. Tessa coge el cuchillo del pan y lo deja en la tabla de cortar mientras trata de recordar lo que estaba haciendo.

Gabriel se sienta y mira escéptico la cámara desmembrada delante de él. Monsieur Delon se da cuenta.

—Sé dónde va cada pieza —dice con tono indignado.

Gabriel levanta las manos como si se rindiera.

—Yo no he dicho nada.

—*Le désordre!* —repite madame Delon desde la cabecera de la mesa.

Tessa ha terminado y dispone los exiguos alimentos en la mesa.

—¿Venderán película para estos trastos? —pregunta refiriéndose a la cámara.

—Este trasto —dice monsieur Delon, ofendido— es una pieza ejemplar de ingeniería que me durará toda la vida.

—Espero que haya hecho testamento ya, entonces —murmura Gabriel.

Monsieur Delon finge no oírlo.

—Tengo película. Ahora necesito averiguar qué le pasa.

—No entiendo el interés por inmortalizar esta época —dice madame Delon—. Yo no creo que quiera recordarla.

Es un gran día en la granja, uno que Tessa se ha preocupado de evitar desde su llegada. Ha estado aprendiendo a hacer la colada,

que es ardua, cuidando el huerto, haciendo recados para Claudine sabedora de lo desagradable que puede ser un embarazo con tanto calor. No ha tenido mucho tiempo para nada más. Madame Delon ha aceptado sus excusas con magnanimidad, pero eso se acabó, dice con los brazos en jarras. «Hasta aquí hemos llegado». Así que Tessa está a la entrada de un viejo establo. Hélène, la vaca, camina por el suelo de piedra tosca, un espacio tan pequeño que prácticamente se mueve en círculos.

—La estás poniendo nerviosa quedándote en la puerta. —Gabriel cruza el patio hacia ella.

Tessa se pone una mano sobre los ojos a modo de visera y repasa mentalmente la escasa información que ha reunido sobre Gabriel en estas cinco semanas. Creció cerca de allí, asegura, aunque su acento dice otra cosa. En ocasiones habla de una hermana que emigró. Entrada la noche sale del granero cuando cree que Tessa duerme y no vuelve hasta horas después.

Tessa sueña despierta con Gabriel y así consigue que el tiempo pase más deprisa y fluya agradablemente. En ocasiones lo sorprende mirándola. En ocasiones Gabriel le sostiene la mirada.

Pero podría ser cualquiera, piensa. No puedo fiarme de nadie.

—No tienes ni idea de cómo se ordeña una vaca, ¿verdad?

Gabriel no se molesta en disimular lo mucho que está disfrutando de lo que viene a continuación.

—Muy bien, lo reconozco. Nunca he ordeñado una vaca.

Para demostrar lo perdida que se siente y por si quedara alguna duda, Tessa levanta los brazos al aire y sobresalta a Hélène, que suelta un largo mugido dejando clara su posición.

Gabriel le da unas palmaditas en el flanco trasero.

—Ea, ea —le dice con un tono suave y paciente. Se vuelve hacia Tessa—. No tenías por qué ocultarlo. Ni que fuera un requisito para haber crecido en el campo.

Ante su condescendencia Tessa cruza los brazos delante del pecho.

—¿Me vas a ayudar o no? —pregunta.

—Sí. Puesto que me lo pides de esa manera tan encantadora, será un verdadero placer.

Gabriel coge el ronzal de Hélène con una mano y le rasca detrás de la oreja con la otra. El animal se calma inmediatamente.

—Primero tienes que atarla a esa viga baja. Confía en mí, te facilitará mucho la vida. Tienes que estar callada y tranquila para que ella lo esté también. ¿Ves?

Tessa asiente con la cabeza.

—¡Madre mía, qué seria te pones cuando te concentras! —exclama Gabriel riendo—. No te quedes detrás de ella…, a nuestra Hélène le gusta dar coces. Normalmente no habría que explicar algo así, pero contigo no estoy tan seguro.

Tessa se muerde el labio, conteniendo la rabia.

—Gracias.

—Venga, ahora puedes. Ya está más contenta. Dale unas palmaditas en el flanco, para que sepa que estás ahí.

—Hola, Hélène… —dice Tessa acariciando el costado del animal.

—Has traído un cubo con agua y jabón, bien —dice Gabriel—. Siéntate en esa banqueta. No pongas esa cara de susto, no te voy a dejar sola. Sigue hablándole mientras le limpias *le pis*.

Tessa levanta inmediatamente la cabeza. ¿Cómo que limpiarle *le pis*? Tessa no conoce esa palabra francesa, *pis*. Que no se te note,

se ordena mentalmente. Examina la vaca, su piel lustrosa, sus ojos relucientes, el hocico rosado, las más rosadas aún…

Tessa señala la ubre reluciente, llena a rebosar.

—La ubre, sí. ¿Para qué crees que te ha dado el agua madame Delon?

Pis. Ubre. No lo olvides, se dice Tessa.

—Creí que era por si se me caía algo de leche.

Gabriel cierra un momento los ojos.

—No interesa que caiga paja o porquería en la leche. Después de todo nos la bebemos. Además, restregar con suavidad ayuda a la leche a salir.

Tessa lava la ubre y la seca con un trapo limpio. Si me viera Theo ahora mismo, piensa, y el pensamiento la hace sonreír.

—¿Qué pasa?

Tessa menea la cabeza porque no puede expresarlo en palabras. Echar de menos a Theo es un dolor para el que el huerto de madame Delon no tiene cura.

—Pon cuidado en no hacerle daño. Si es así, te lo hará saber.

Tessa termina de secar la ubre, que es suave y gomosa, un poco como un bistec muy magro. Decide que tiene lógica.

Gabriel se arrodilla a su lado, coge una de las tetas de Hélène con una mano y empieza a tirar de ella rítmicamente.

—Me estoy asegurando de que sale la porquería que pueda haber. Porque no queremos que se mezcle con la leche. Tranquila, Hélène. Sigue acariciándola, anda.

Tessa pasa la mano por el sorprendentemente suave pelo de la vaca.

—A veces no necesitamos más.

Cuando levanta la vista, Gabriel la está mirado.

—¿Contacto humano? —pregunta.

—Consuelo.

Gabriel parece reflexionar y asiente con la cabeza.

—¿Tienes el cubo de ordeñar?

Tessa lo coloca debajo de la vaca.

—Sentada en la banqueta, encájate el cubo entre las piernas.

—¿Perdón?

—Para que no lo tire de una patada.

Gabriel le coge una mano y le cierra los dedos alrededor de la teta. El roce de su piel sobresalta a Tessa. Se pregunta si se habrá dado cuenta de cómo le ha cambiado la respiración.

—Estruja con suavidad y tira con el pulgar y el índice. No tienes que apretar mucho, pero sí mantener una presión constante para que la leche no vuelva a la ubre.

Para felicidad de Tessa, el líquido blanco dorado empieza a caer en el cubo.

—*Voilà* —dice Gabriel.

—¿Y ahora qué hago?

—Continúa hasta que las ubres estén vacías. Tendrías que ser capaz de verlo.

—¡Gabriel, estoy ordeñando una vaca!

Gabriel le da unas palmaditas en el hombro, pero por el rabillo del ojo Tessa ve que está meneando la cabeza y mordiéndose el labio para no reír.

La euforia no le dura mucho. Tarda tanto en ordeñar a Hélène que se retrasa en el resto de las tareas. Baja al pueblo en bicicleta antes de que termine el mercado de la mañana con la lista que le ha dado madame Delon.

Los ojos de Tessa detectan a dos enemigos, el uniforme gris de las SS y el azul oscuro de la policía de Vichy, aunque el verdadero peligro está en los que se esconden detrás de ropas de paisano. Cuando baja de la bicicleta, un revuelo en la plaza le hace volver la cabeza. Están sacando a un hombre a la fuerza de su puesto del mercado; se retuerce para librarse de las manos que lo meten en un coche negro. Se parece a cualquier otro hombre y a ninguno, unos cincuenta años, pelo cano, espalda algo encorvada; en circunstancias normales no llamaría la atención. Una mujer grita: «¡Dejadlo en paz, dejadnos en paz!», y los hombres van hasta ella y la apresan también, la arrastran de las muñecas mientras grita y se araña las rodillas en las baldosas del pavimento. Todos se detienen los lentos segundos necesarios para asimilar el incidente, y a continuación reanudan sus compras como si no hubiera pasado nada. Nadie quiere parecer interesado o preocupado —o, peor, enfadado— porque ya ves dónde te lleva. Nadie se mira a los ojos tampoco, porque se corre el riesgo de admitir la verdad de lo ocurrido, a saber: que han sido testigos de algo y no han hecho nada por impedirlo.

También Tessa aparta la vista, pero entonces una figura joven al otro lado de la plaza llama su atención. Una niña, de no más de cinco años, con el pelo recogido en dos coletas tirantes. Tessa se da cuenta de que se ha equivocado, hay una persona que se niega a fingir que no ha pasado nada. La niña mira el coche que se aleja y a

continuación a una mujer que Tessa supone que es su madre. Tessa piensa: sí, tienes razón, somos unos cobardes, pero quizá el instinto de conservación es la única elección sensata. Piensa: pelo rubio. La niña nació con el pelo oscuro de su padre, de su probable padre, pero quizá eso no quiere decir nada, quizá nada es estático ni está escrito a fuego.

Cambia huevos y hortalizas de la granja por carne y otros lujos, según la nueva economía de trueque y de necesidad. Entra en la farmacia para comprar sosa cáustica con que hacer jabón. Monsieur Bernard, el boticario, coge un frasco marrón de un estante, pero antes de dejarlo en el mostrador saca de debajo de este un paquetito envuelto en papel marrón. Coloca el frasco encima y recita el precio, como si no hubiera nada raro. Y, puesto que no hay nada raro, Tessa se limita a pagar y a guardarse el frasco y el paquete en su cesto. El corazón le late a mil por hora.

De vuelta a casa, se encuentra con un control. Cómo no, brotan por todas partes como la mala hierba. Tessa espera en silencio con el corazón acelerado en una fila de personas que aguardan autorización para salir del pueblo, familiarizadas ya con el procedimiento. No hables, no sea que termines siendo interrogado. No hables, no vayas a implicar a otra persona de la fila, incluso si solo has dicho hola. Tessa adopta una expresión seria porque se trata de la Milice, la policía militar francesa, y no de los alemanes. La Milice tiene reputación de despiadada, de más cruel incluso que las fuerzas de ocupación. Coquetear no le servirá aquí como le sirvió con el soldado alemán del tren al sur. El paquetito de monsieur Bernard está en el fondo de su cesta. Considera guardárselo en la cinturilla de la falda —es tan pequeño que cabría—, pero qué

sentido tiene cuando un oficial joven está cacheando a todo el que cruza esta línea de demarcación imaginaria. Lo único que puede hacer Tessa es cruzar los dedos. Se pregunta cómo la verán los que la rodean, si adivinarán su miedo, si sabrán que oculta algo.

Por fin le llega el turno. El agente la mira a la cara y sus papeles alternativamente.

—¿Qué lleva ahí? —dice con la vista puesta en el cesto de la bicicleta.

—Ingredientes para hacer jabón, algo de comida. —Siente que va a vomitar en cualquier momento.

El agente pasa los dedos por los bultos de la cesta y se detiene en el paquetito. Por un momento, el tiempo se detiene. Se acabó, piensa Tessa. Es el fin.

—De acuerdo, puede seguir —dice el oficial con un gesto de indiferencia devolviéndole los papeles.

Tessa sonríe, pero no demasiado, no lo bastante para que el hombre lea el alivio en su expresión. Se sube a la bicicleta y se aleja lo más rápido que puede. No se vuelve.

Ya en el granero, esconde el paquete debajo de su delgado colchón. Cuando está remetiendo la ropa de cama, entra Gabriel.

—¿Qué haces? —pregunta.

—La cama.

Gabriel la mira interrogante.

—Pero si llevas horas levantada.

Tessa se vuelve y sonríe.

—Tienes razón. Nunca seré una buena esposa.

Cuando Tessa vuelve a la cocina, porque es posible que no sea una esposa, pero desde luego tiene las mismas tareas, ve que

encima de la mesa hay un sobre blanco dirigido a «Isabelle». Claudine está troceando un repollo de gran tamaño. Tessa ha aprendido a disimular la tensión que siente en su cuerpo cada vez que está en presencia de la joven embarazada. Los recuerdos que le despierta. Si la familia repara en ella, confía en que la confundan con deferencia. De una criada hacia sus superiores.

—Ha llegado hace una hora —dice Claudine señalando el sobre con la cabeza—. No tiene sello. Alguien ha debido de dejarla directamente en el buzón.

Claudine sospecha algo.

—¿De quién es?

Tessa se ha fijado en que Gabriel es observador, pero que su rostro nunca da pistas sobre su mundo interior, sobre dónde guarda la información que recoge o lo que hace con ella. Ahora coge una manzana del frutero y el crujido que hacen sus dientes al morder se intercala con los golpes del cuchillo de Claudine. Se sienta y empieza a juguetear con la cámara de monsieur Delon.

—Será de mi hermano —dice Tessa.

Pero Gabriel no se va a creer algo así.

—¿Entregada en mano? —pregunta.

—Tiene novio, Gabriel. —Claudine dice esto como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Lo tienes? —pregunta Gabriel.

Tessa no levanta la vista.

—¿Y tú?

—¿Novio? Pues la verdad es que no.

Es hora, decide Tessa, de hacer saber a Gabriel, el omnipresente observador, hasta qué punto lo tiene calado.

—Si lo tuviera, y no estoy diciendo que sea así, ¿cuándo lo vería? ¿Mientras restriego sábanas? ¿Quizá en una cita rápida en el establo de Hélène?

La atmósfera se enrarece. Claudine piensa un momento y se encoge de hombros. Tessa se vuelve hacia Gabriel y lo mira a los ojos.

—No. Tendría que escaparme por las noches, ¿verdad, Gabriel?

Este no dice nada, pero Tessa ve cómo se le tensa la mandíbula. Se guarda la carta en el fondo del bolsillo de la falda, lo más profundo que puede. La leerá más tarde, cuando no haya público.

La carta es un mapa que solo alguien que viva en la granja podría descifrar. La conduce a un granero separado de los edificios principales por cuatro prados y un jardín de árboles frutales. El granero tiene aspecto de haber sido usado en otro tiempo como taller, con bancos carcomidos a lo largo de una pared y morsas sin cerrar ni usar. Fuera hay un aserradero abandonado, con la carcasa de una sierra de dos mangos aún apoyada contra la madera con la hoja roma y oxidada. El granero alberga ahora estantes con cajas de manzanas, restos de la cosecha del año anterior, y barriles de conservas. A Tessa en ocasiones la envían allí a quitar el envoltorio de papel marrón a las manzanas, por lo que tiene una excusa para ausentarse de la granja.

En una esquina de la nota hay un dibujo de un pequeño reloj de sol cuya sombra le indica la hora a la que debe llegar. Tessa es puntual y agradece que el sol de la tarde ilumine los rincones

oscuros. Le gustaría llevar un arma y calcula las posibilidades de un largo serrucho que hay apoyado contra la pared.

Ella lo ve antes, y prefiere que así sea, pero de espaldas. Ha entrado por la puerta del fondo del granero, tapada por un manto de rosas silvestres y zarzas. Esta persona, con pelo gris y hombros cuadrados, probablemente desconoce la existencia de la puerta trasera, lo que constituye un descuido por su parte, una falta de preparación que no favorece a los nervios que nota Tessa en el estómago. Pero hay algo en esos hombros cuadrados, en ese pelo, que le despierta un recuerdo, le devuelve imágenes enterradas tiempo atrás en su subconsciente.

—¿Victor? —dice.

No lo ha visto desde la instrucción. Su repentina presencia la hace pensar en Inès y en las otras mujeres con las que compartía dormitorio, Brigitte y Fleur. ¿Estarán con él? ¿Están en Francia? Se pregunta: ¿están vivas?

Victor se gira con una mano en el cinto. Puede que yo no vaya armada, piensa Tessa, pero él sí. Victor se endereza, recupera la compostura. Tessa comprende que se avergüenza de haber sido sorprendido con la guardia baja.

—*Quel temps fait-il?* —pregunta Victor.

Tessa sonríe. No era su intención, pero no puede evitarlo porque es la primera vez que algo sale tal y como debería.

—*Il fait humide.* Esta noche habrá tormenta.

Es lo que Basile debería haberle preguntado para que así Tessa supiera quién era. Luego resultó ser ella la que hizo la pregunta. Así es como se suponía que debía contestar. Victor solo puede saberlo si se lo ha dicho la señorita Jones, en Inglaterra.

Piensa en Victor durante la instrucción, en sus comentarios sarcásticos, su seriedad. La había advertido de que el enemigo podía ser duro con ella si la descubrían, que la instrucción no los preparaba en ese sentido. Quiere decirle que tenía razón.

Victor se recuesta contra un banco de trabajo carcomido y la mira de arriba abajo. Tessa se deja pasar revista en silencio.

—*Ça va?* Tienes buen aspecto —dice Victor.

—Sí, me gustó lo del reloj de sol. Bonito detalle.

—En Londres casi les da una apoplejía por tu culpa.

Tessa se pone tensa.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es el veredicto?

—Ya sabes cómo son, todo el mundo merece una segunda oportunidad. Nada es tan malo nunca como parece. Las redes de París han caído, ¿lo sabías? Porque por Londres no has podido enterarte. Claro que todos esos lanzamientos en paracaídas que salieron mal…, madre mía, eso sí lo sabes, ¿no? Quizá fue mala suerte después de todo.

De manera que está al tanto. Las acusaciones de Basile han circulado. Tessa se pregunta si Victor la cree capaz de algo así. Claro que en realidad no la conoce de nada. Ni siquiera sabe su nombre. Unas cuantas semanas de adiestramiento fingiendo ser otras personas, ensayando mentiras. ¿Por qué motivo iba a confiar en ella?

Victor se enciende un cigarrillo, un resplandor rojo en la penumbra.

—Supongo que la pregunta es: ¿te mereces otra oportunidad?

—No he agotado la primera. No… —Tessa se interrumpe y se retuerce los dedos—. ¿De verdad están todos muertos? ¿La brigada

entera? Me refiero a los demás. A Jean. —Junta las manos a la espalda y se pellizca la piel de una muñeca todo lo fuerte que puede pensando en Jean—. La Luna.

Victor se encoge de hombros.

—Solo sé lo que me cuentan.

Su despreocupación envalentona a Tessa.

—No he traicionado a nadie.

—Ya, pero si lo hubieras hecho no lo dirías, ¿verdad? Aun así, yo sigo vivo. Quizá quieras hacerme una pequeña señal para avisarme. Un guiño, o un codazo.

—Victor…

Es exasperante. No tiene forma de probar su inocencia. Solo palabras.

—Lo cierto es que no tengo elección —dice Victor—. Nos estamos quedando sin nadie y Dios sabe que necesito un enlace. La anterior no duró mucho, aunque se esforzó, pobrecita mía.

Con qué facilidad habla Victor de la pérdida de una colega. Tessa se pregunta si habrá sido siempre así o si se trata de un comportamiento aprendido, resultado de los tiempos que corren.

—Lo siento —dice. Y quiere añadir: «¿Inès ya no está? ¿Tampoco Brigitte ni Fleur?». Pero no lo hace porque saberlo no la ayudará.

—Sí, yo también. Además, trabajaba bien. ¿Tienes algo para mí?

Tessa asiente con la cabeza y le da el paquetito de monsieur Bernard.

—Has hecho una cosa bien, entonces.

—¿Qué es?

—Cristales, para el radiotransmisor de Alain. Es de los nuestros, llegó en el mismo avión que yo. Lo conocerás el próximo día.

—Se supone que no debo. Se supone que tengo que mantenerme lejos del resto de la red.

—Sí, bueno. Nada funciona como se suponía que iba a funcionar, por si no te has dado cuenta. Vas a tener que montar un buzón muerto para que pueda comunicarme contigo. No puedo seguir dejando notas en la puta puerta.

—Empezaba a preguntarme qué hacía aquí. Parezco una lavandera más que una…

—Sabes para qué estamos aquí…, sembrar el caos, etcétera. ¿Puedo confiar en ti, Isabelle? Ese es tu nombre ahora, ¿verdad?

Tessa menea la cabeza.

—No puedes confiar en mí igual que yo no puedo confiar en ti.

Victor parece exhausto. Tiene arrugas que no estaban allí tres meses antes.

—Veo que algo has aprendido —murmura.

—Sí. —Tessa vacila—. Entonces ¿lo de las redes de París es verdad?

Si una persona es la suma de sus experiencias, y ella probablemente lo es, entonces lo que recorre todo ahora mismo es el horror, una sensación que no cree que pueda ya nunca ahuyentar de sus ojos o de la tensión en sus hombros.

Victor abre la puerta del granero, mira hacia un lado y luego al otro. Dice, con tono de desdén:

—Por lo visto se dedicaban a ir a los cafés y hablar *en anglais*. No hagas eso, ¿de acuerdo? —Su expresión es severa—. Tendrás más noticias mías. Mientras tanto, intenta que no muera nadie por tu culpa.

12

Victor es un constructor de imperios. Están sentados en el granero, ahora llamado «cuartel general». Alain, el operador de radio de Victor, está en el rincón, el único rincón seco, enviando un mensaje a Londres en código morse. Tessa imagina el mensaje llegando al cuarto de comunicaciones de Baker Street. ¿Provocará un torbellino de actividad o a estas alturas están ya tan saturados que la repetición elimina toda intriga de los puntos y las rayas?

Tienen que estar callados. Alain insiste en que de otro modo no se puede concentrar; y deben tener cuidado. El granero está aislado, pero es una época del año de mucha actividad. Cerca de allí, hombres arrancan los frutos de la tierra, faenan hasta después de anochecido con faroles amarillos que puntúan los campos. Cualquiera podría delatar al grupo, no pueden confiar en que los braceros hagan la vista gorda. Tienen que estar siempre preparados para salir corriendo. No bajar nunca la guardia. «No fiarnos de nadie», repite Victor. A lo lejos oyen el rugido de un tractor, una voz apremiante gritando instrucciones; pegan la espalda a las paredes para no ser vistos y, una vez pasa el tractor, el suspiro de alivio es audible. La cosecha es una época de mucha tensión. Esa mañana en la granja durante el desayuno ha habido una discusión porque Gabriel ha anunciado que tenía que ausentarse una hora por la

tarde. Tessa sabe que eso no se hace, que la cosecha es un sacrificio obligado de tiempo y energía, sin condiciones ni objeciones. Ella se ausenta lo menos posible, saca un momento de aquí, media hora de allá. Las noches suelen ser más propicias. Sus instrucciones, que sigue al pie de la letra porque madame Delon es muy severa, son cocinar comidas sustanciosas, espesos potajes hechos de verduras y legumbres. Comida para seguir adelante.

Dónde irá Gabriel, se pregunta. Con quién se reunirá.

Victor es incapaz de estarse quieto, a pesar de la necesidad de guardar silencio. Construir imperios, comprende Tessa, requiere empeño. Su tarea es formar grupos de resistencia local. Un ejército clandestino que desbarate tanto el funcionamiento de las fuerzas de ocupación como la preparación de una defensa contra la invasión aliada que todos suponen que se va a producir. Tessa imagina a Theo sobrevolando en su avión, se pregunta si sabe ya lo que ha hecho. En ocasiones lo ve en una habitación oscura, con el cuerpo rojo incandescente, pero no es más que una pesadilla, un temor, no una premonición. En momentos así se apodera de ella un sentimiento de desaliento y también de desesperación. Quiere a su hermano allí, a su lado. Quiere saber que está a salvo, lo imagina abriendo cartas llenas de mentiras. ¿Es más caritativo por su parte, se pregunta, dejar que crea que todo va bien? Odia la idea de que Theo ignore si está viva o muerta.

Hoy le toca hacer guardia. Los alemanes pueden detectar los radiotransmisores, y aunque Alain transmitirá durante menos de un minuto, son vulnerables. Es una insensatez haberse reunido todos, pero hoy es un día distinto de los demás. Esta noche recibirán suministros en paracaídas. El avión transporta una carga tan frágil

que debe aterrizar, descargar y despegar otra vez inmediatamente. Victor repasa los números una y otra vez, calcula las manos que se necesitan, los riesgos y el margen de error. Los riesgos equivalen a muerte, los errores pueden equivaler a la muerte. Quiere que la operación se complete en seis minutos.

Alain guarda su radiotransmisor Marconi después de enviar las últimas coordenadas. Lleva el equipo escondido en una maleta de piel que guarda en un compartimento secreto del maletero de su coche. Es pesado de transportar y muy peligroso de tener. Las fuerzas de ocupación pueden interceptar las transmisiones, por eso debe hacerlas cortas y cambiar de lugar constantemente. Alain está orgullosísimo de los tres meses que lleva en su puesto.

—¿Cómo saben en Baker Street que la comunicación es tuya? —pregunta Tessa—. ¿Qué impide a los alemanes capturarte y suplantarte? De esa manera tendrían acceso a todo, ¿no? Información, agentes, municiones, todo directo a sus manos.

—Oh, Dios mío, tienes razón. —Alain pone los ojos en blanco, pero está bromeando. A estas alturas hay confianza suficiente entre ellos para tomarse las descortesías con humor—. Pues, aunque no te lo creas, está todo pensado. Siempre incluyo una comprobación de seguridad, una frase que solo conocemos Baker Street y yo al principio de la transmisión para que sepan que soy yo. Si me capturan, Dios no lo quiera, tengo una segunda frase, una falsa, para dar a los alemanes. En cuanto Baker Street reciba la frase falsa, sabrá que me han cogido y que la red se ha roto.

—Dios no lo quiera —repite Tessa.

Tanto Alain como ella se han opuesto a esta reunión tan insensata, especialmente cuando la entrega aérea está tan próxima,

pero Victor ha insistido en afinar los planes para la noche. Tessa se ha formado una idea del carácter de Victor a partir de los detalles que este deja traslucir. Es excelente para la letra pequeña, pero también obsesivo. Disecciona los problemas hasta explorar todas las soluciones posibles. Es obstinado y siempre cree llevar la razón, cosa que suele ocurrir. Es lo que el padre de Tessa llamaría una persona seria.

Alain interviene, dice que deberían irse y Tessa se da cuenta del esfuerzo que tiene que hacer Victor para no repasar el plan una vez más.

—Antes de que te vayas, necesito que me hagas un recado. No tardarás, pero es importante —le dice Victor a Tessa.

La envía a una casa en ruinas no lejos de allí y le indica lo que debe decir al llegar. A Tessa se le encienden las alarmas. Expresa sus reservas.

—Está tan cerca de la carretera que tendré que pasar por ella. ¿Y si me ven?

Alain ya se ha ido, no tiene tiempo para despedidas. Ha aparcado el coche en un bosquecillo algo alejado del granero.

—Pues les das esquinazo. Sé que sabes hacerlo. Escucha, no te enviaría si no fuera importante. Es algo que tiene que irse a Inglaterra esta noche en el avión. No pesa.

No quiere explicarle cuál es el plan después de esta noche, pero Tessa ha reparado en sus mejillas hundidas y sus ojeras.

—Victor, ¿va todo bien? —pregunta, aunque sabe que entretenerse es peligroso.

—Sí. Deberías irte ya.

Victor apoya la cabeza en las manos y no la levanta hasta que Tessa no se ha ido.

Va dando un rodeo a pesar de que dispone de poco tiempo, sale y entra de senderos, atraviesa el bosque, coge un ramo de flores silvestres por si necesita una explicación a su presencia allí. Cuando vuelva a la granja le esperará una buena regañina. A pesar de las excusas con que justifica Tessa sus ausencias —ha ido a coger lavanda para aromatizar el jabón, a recoger hortalizas, a echar el correo—, madame Delon puede ser severa. ¿Necesita una mañana entera para fregar los suelos? Los quiere limpios en la mitad de tiempo. Tessa no quiere ni imaginar lo que le tendrá hoy reservado.

Las flores la devuelven al jardín de su madre, a la suave pendiente hasta las aguas plateadas del Cam. Los mellizos son unos niños jugando en el agua, Tessa cogida de la mano de Theo, polen e insectos flotando en el aire. La añoranza de su hermano es una fuerza viva. A Tessa le tiemblan las rodillas, el corazón se le desboca y necesita apearse un momento de la bicicleta y esperar a que se le pase.

Decide dejar la bicicleta escondida detrás de un grueso espino moteado de frutos maduros y abrirse paso por entre las zarzas, pisando aro y hiedra. En realidad, no es un mal sitio para una reunión, a pesar de la cercanía de la carretera. La naturaleza ha vallado la casa de verde. Tessa traza un círculo para acercarse por la parte de atrás, lejos de la carretera. Hay poco tráfico por la zona, pero el campo está lleno de hombres faenando.

Hay un hombre junto a la casa. Su forma lo delata, la silueta de espaldas anchas pero alta y delgada. Mira a su alrededor, claramente nervioso, sin rastro de esa calma falsa que Tessa ha trabajado tanto para dominar.

—¿Gabriel? —susurra.

Este se endereza y pone los hombros rectos.

—Hola —dice con la voz llena de pánico y de sorpresa. Tessa guarda silencio mientras él se esfuerza por buscar una excusa—. Estoy echando un vistazo a esta casa. Pensando en dejar la granja. No es que me importe vivir en un granero y tú no haces nada de ruido al dormir…, no sé si te lo habían dicho alguna vez. Pero es que…

Es un esqueleto de casa. Una silueta, igual que Gabriel en las sombras. Tiene paredes, pero no tejado. El empapelado se despega de los tabiques de barrotillo y yeso que se han reventado y escupen crin de caballo en lo que queda de suelo.

No hay tiempo para esperar a que Gabriel caiga en la cuenta por sí solo.

—¿Va a llover hoy? —pregunta Tessa.

En cualquier otra circunstancia la expresión de Gabriel le resultaría cómica: ojos muy abiertos, boca de par en par. Tarda lo que parece un minuto entero en sobreponerse y contestar:

—Hasta la noche no creo.

A continuación, añade:

—Madre mía. ¿Tú?

Tessa contesta:

—Tú.

Lo dice en una voz tan suave que se sorprende, no esperaba sentir esta ternura. Gabriel no es el enemigo. Gabriel es uno de los suyos. Su cabeza se llena de posibilidades. La forma de su cuerpo al otro lado de la cortina raída. El roce de su mano en la suya en el establo de ordeñar. Las reprime porque no disponen de tiempo.

—¿Tienes algo para mí?

Gabriel se tapa la boca con la mano.

—Si es que lo sabía. ¿Cómo ha podido ser tan tonta?

La esperanza de Tessa se arruga y desvanece. Tessa mira a su alrededor porque es lo que hace siempre.

—¿Quién? ¿Madame Delon?

Gabriel no contesta.

—Agnès —dice Tessa.

Agnès dijo que ya había enviado a alguien con los Delon, alguien que necesitaba refugio. Tessa había supuesto que se refería a Victor, pero ahora comprende que era Gabriel. Gabriel está en la Resistencia. Gabriel debe de ser la razón de que Agnès supiera que Victor estaba organizando un grupo de resistencia.

—¿Te mandó ella aquí? —pregunta Gabriel.

—Sí.

Gabriel tarda un momento en contestar.

—No debería asumir riesgos así, no con las vidas de otros. Dar refugio a una persona ya es peligroso, pero ¿a dos? Los alemanes matarán a los Delon si nos descubren.

—Tal vez consideran que el riesgo merece la pena. Después de todo, luchamos por lo mismo.

A Gabriel le tiemblan los labios.

—Los Delon ya han hecho mucho.

Tessa nunca habría pensado que gran parte de la Resistencia, lejos de las bombas y de las ametralladoras, pudiera ser una actividad silenciosa. Y sin embargo igual de importante.

—Demasiado —añade Gabriel.

—No sé qué habría sido de mí sin ellos.

A Gabriel parece costarle encontrar las palabras, pero su expresión es más calmada.

—Pensar que todo este tiempo hemos estado viviendo bajo el mismo techo y trabajando juntos.

—Sí, trabajando juntos. —Tessa dice esto casi sin respiración.

—*Pour la France* —dice Gabriel con énfasis.

Le pone a Tessa una mano en el hombro y sonríe de una manera que esta no ha visto antes; es una sonrisa franca, desinhibida y, sí, aliviada. A Tessa se le encienden las mejillas y odia pensar que él lo esté viendo, que le lea los pensamientos mientras piensa en su sonrisa, en las ganas que tiene de que le regale otra.

Recupera la compostura. El instinto, tal y como dijo Agnès, nunca la engaña. Tenía razón antes; este no es buen lugar de encuentro. Puede parecer escondido, pero no lo es. Las voces, las sombras viajan más lejos de lo que se cree.

—Dame lo que tienes y vámonos de aquí —dice—. Pásame un brazo por los hombros y caminaremos juntos. Si nos ve alguien pensará que somos novios.

Del bolsillo de su chaqueta Gabriel saca un fajo de papeles sujetos con un cordel que Tessa reconoce de la cocina de la granja. Se lo guarda en la cinturilla de la falda y se recoloca la blusa para disimular el bulto. Nota que Gabriel la está mirando a pesar de que el blanco de su vientre solo es visible durante un instante fugaz. Sus

ojos se encuentran y ninguno baja la mirada. Tessa experimenta una sensación en la piel, un viejo sentimiento que no es desagradable. La sorprende lo natural que resulta. La historia de Gabriel va saliendo con cuentagotas. Vacila, teme que alguien pueda estar escuchando. Durante una ocupación hasta los árboles oyen.

—Era periodista en París —dice—. De izquierdas, así que te puedes imaginar lo popular que me hice enseguida para nuestros amigos invasores. Cuando cayó Francia monté una pequeña imprenta con algunos amigos. Poesía, editoriales, la clase de publicaciones que enseguida prohibieron.

—Eres escritor —dice Tessa.

—Sí, ¿por? Espera, no me lo digas, no te gustan los escritores. —Da un codazo amistoso a Tessa. La descarga eléctrica se produce de nuevo—. Te he visto mirando las novelas de la librería del piso de arriba. Con la nariz metida en Flaubert, oliéndolo.

La imita con las palmas a ambos lados de la nariz e inhalando profundamente.

Tessa ríe, avergonzada. También madame Delon la sorprendió mirando los libros.

«No tienes tiempo para eso», dijo, y, al comprender que era cierto, Tessa tuvo ganas de llorar.

—¿Te crees que no me daba cuenta de lo mucho que me mirabas? —dice levantando las cejas para restar intensidad a la pregunta.

—Pues claro que te miraba. No me creía tu historia. Apareces un día de buenas a primeras, una misteriosa criada que cita a Oscar Wilde, pero desconoce los rudimentos de la colada. Evidentemente había algo más.

Sí, vale, por eso me mirabas, piensa Tessa.

—No necesariamente —dice.

—Claro que yo llegué más o menos de la misma manera. Es como funcionan estas cosas.

Callan un momento.

—Háblame de tu periódico —dice Tessa, pero lo que está diciendo en realidad es: háblame de ti.

Gabriel niega con la cabeza, azorado, lo que a Tessa le resulta absolutamente adorable. Quiere cerrar el pico, contenerse porque cualquiera podría estar escuchando. No tienen tiempo para esto.

—Sé que debería estar orgulloso, pero nuestro trabajo estaba lleno de indignación. Nos mostrábamos tal y como éramos.

—Erais sinceros.

—Solo publicamos tres números, pero eran una llamada a las armas. Lo llamamos *Résistance*. Sí, ya lo sé, qué poca imaginación. Un amigo consiguió introducir un ejemplar en Inglaterra, aunque allí es casi tan difícil publicar como aquí, por el racionamiento del papel.

Tessa cae en la cuenta con un respingo. Compró *Résistance* en una librería de Londres.

—Luego, nos…, los alemanes nos encontraron y se fue todo al garete. Creo que alguien se fue de la lengua. Algunos escapamos, otros no tuvieron tanta suerte. Ahora escribo de noche, poemas sobre todo, sobre la importancia de resistir. Tengo una máquina de escribir en los establos. Ahí voy cuando me escapo. No a ver a una mujer, ni nada parecido.

—¿Y Agnès te ayudó a venir hasta aquí?

La expresión de Gabriel se suaviza momentáneamente.

—Agnès me ayudó, sí.

Deben de ser amantes, piensa Tessa. El sol le hace daño en la cara.

—¿Te llamas Gabriel de verdad? —pregunta.

—Sí. ¿Eres inglesa?

Tessa vacila y niega con la cabeza, sorprendida por su propia mentira. «Nunca reveléis vuestra identidad», les decían durante la instrucción. Además, ¿por qué piensa Gabriel que es inglesa? ¿La delata su acento? ¿Y si otras personas se han dado cuenta, las personas del mercado por ejemplo, o los jornaleros que vienen a ayudar en los campos, que quizá tampoco sean quienes dicen ser?

Es difícil fiarse de nadie cuando todos fingen ser lo que no son.

Es ya de noche cuando Gabriel vuelve de los campos. Camina sin hacer ruido por el suelo de madera y se encierra en el baño para lavarse el sudor de la piel. Tessa cierra fuerte los ojos hasta que está al otro lado de la cortina. El tiempo apremia, pero necesita esperar hasta oír la respiración acompasada que le diga que está dormido. Se ha acostado vestida de negro de pies a cabeza. Gracias a un dinero que le ha dado Victor ha podido ampliar su exiguo vestuario: Isabelle viste de colores claros para las tareas domésticas y de negro para las de sabotaje.

En cuanto sale de la cama, la cortina se descorre.

—Voy contigo —dice Gabriel.

—No. —Tessa niega con firmeza con la cabeza—. Tú mismo lo has dicho, es demasiado peligroso. Además, ya haces bastante. —Se levanta el jersey y toca el pasquín, que lleva encajado en la cinturilla de la falda.

—Por Dios, ¿a quién le importa la puta poesía?

—No digas eso. Un poema es una forma profunda de protesta; dura para siempre.

Se ha fijado en que, cuando algo divierte a Gabriel, arruga las comisuras de la boca y se resiste a sonreír.

—Es algo que me dijo mi padre. Es pacifista. Lo siento, Gabriel, pero tengo que irme.

Gabriel la coge del brazo y la retiene. Ese contacto la estremece.

—Los dos sabemos que los alemanes llegarán hasta aquí tarde o temprano. Los pueblos de alrededor, las poblaciones ya están diezmadas. Han entrado en este país casi sin encontrar oposición. Por favor, déjame ir contigo. Necesito ser útil.

De acuerdo, pero le hace llevar el farol, que pesa mucho y siempre le golpea las piernas dejándole un rastro de moratones cuando termina la noche. Al menos las entregas son pocas y están espaciadas, por lo que los cardenales desaparecen antes de volver a usar el farol. Luego resulta que no necesitan farol porque la luna, redonda y blanca, basta. Tessa va delante y Gabriel la sigue. Cada vez que se adelanta demasiado, estira el brazo para retenerla.

—¿Qué es verdad? —pregunta en un susurro—. ¿El nombre, la procedencia, lo del marido en prisión?

—No deberíamos hablar —dice Tessa, pero a continuación no puede evitar añadir—: No estoy casada.

—Disculpa mi curiosidad, pero eso de que participes en hacer llegar mi pasquín a Inglaterra es toda una hazaña en los tiempos que corren, con las fronteras cerradas y el país ocupado. Es una cosa que sé de ti. La RAF va a lanzar miles de ejemplares sobre Francia, eso también lo sé.

Están llegando al claro y hay sombras que se mueven detrás de los árboles y por el sotobosque. Tessa se lleva un dedo a los labios, contenta de que el interrogatorio de Gabriel se termine. Hay huellas de pisadas, sombras oscuras contra la luz de luna. Silencio, a excepción de los ruidos del bosque; lechuzas en las ramas, pequeños correteos y, en el aire, el perfume dulce y pegajoso del pino. Como medida de protección, Tessa ignora los nombres de los integrantes del grupo de Victor. Eso significa que, si la detienen y la torturan, no podrá delatarlos. No puede reprimir un escalofrío.

Aparece Victor a su lado.

—¿Quién es este? —dice de Gabriel antes de susurrar, furioso—: Hay un plan, Isabelle. Un plan.

—Pues resulta que es el autor. —Tessa se saca el pasquín de la cinturilla de la falda y se lo pone a Victor en el pecho—. Quiere ayudar. Creo que sus palabras exactas fueron: «Por Dios, ¿a quién le importa la puta poesía?».

No necesita ver la cara de indignación de Gabriel, le basta imaginarla.

Victor da un paso hacia Gabriel y lo mira de arriba abajo sin disimulo.

—De acuerdo. Por Dios. Sigue a Isabelle y haz el favor de no joderla.

Entonces lo oyen, un ruido en el cielo, un zumbido que se convierte en rugido. Victor los dirige a sus puestos con gestos exagerados. Encienden sus faroles. Tessa siente la tensión en el aire, la electricidad del miedo. Podría haber alguien en el bosque vigilándolos. Podrían estar rodeados por el enemigo esperando para saltar sobre ellos. Entonces aparece el avión, tan cerca que su fuerza

casi la derriba. Debe de ser toda una hazaña, piensa, aterrizar un avión con las luces apagadas en un claro de bosque ayudado únicamente por dos filas de personas sosteniendo quinqués. Los hombres de la cabina de mando hacen que parezca sencillo. No puede evitar mirar por si Theo es uno de ellos. Pero Theo no pilota Lysanders. Y, por lo que ella sabe, Theo podría estar muerto.

Le basta con pensarlo. Las imágenes llenan sus pensamientos, son las peores posibles. Theo entre los restos de su avión ensangrentado y roto. Ojos vidriosos mirando a la nada.

La vida sin su hermano no es vida.

—Venga, Isabelle —susurra Gabriel sacándola de su ensoñación.

Se ponen a trabajar, es un grupo en el que hay tanto adolescentes como personas de mediana edad, todos reclutados de los pueblos vecinos. Tessa no sabe cómo ha conseguido Victor ganarse su confianza. Quizá sería más apropiado llamarlo ejército; después de todo, corren casi el mismo peligro de muerte que cualquier soldado. Victor susurra instrucciones y cargan cajas pequeñas del avión en carretillas, que transportan por el suelo irregular del bosque hasta una camioneta. Todos trabajan en silencio y sin dejar de mirar hacia el bosque porque cualquier momento podría ser el último. Tessa recuerda la noche de su llegada, el ruido ensordecedor de la violencia, las ametralladoras, los estallidos de luz.

—Con cuidado, despacio —no deja de repetir Victor.

Está mirando su reloj, llevando la cuenta de los seis minutos de que disponen.

Hay personas a bordo del avión que ahora se deshacen a toda prisa de sus monos de aviador, que caen sobre los asientos. Tessa está ayudando a Gabriel a cargar una caja en una carretilla cuando

alguien la sujeta del brazo con firmeza. Se da la vuelta y bajo la luz de la luna hay otra luna más, plateada, una melena blanquísima.

—Jean —dice con una punzada de alarma en el pecho.

—No esperaba volver a verte. —Jean sonríe de oreja a oreja. Tessa recuerda ahora la forma en que deja al descubierto los dientes —. ¡Pero lo conseguiste! ¡Saltaste!

—Creía que estabas muerto.

Está recordando la advertencia de Fleur meses atrás, y la amabilidad de Jean durante el curso de paracaidismo. Ahora mismo son muchos los pensamientos que compiten por la luz.

—Pero no lo estoy, y tú tampoco. *Nous sommes pareils*. —Jean le pone las manos en los hombros un momento. A continuación desaparece en la oscuridad. El motor de la camioneta escondida arranca y todos echan cuerpo a tierra porque cuando oyen rugir el motor piensan que están sentenciados. Han pasado los seis minutos de Victor. Entrega el pasquín de Gabriel a los pilotos. Gabriel coge la mano a Tessa y ella se la aprieta porque sí importan, sus palabras, su protesta. El Lysander da la vuelta, los pilotos se despiden con una inclinación de cabeza del grupo que vuelve a formar dos filas con los faroles en alto.

Cuando el avión despega, Tessa se dice que algo ha salido bien, algo se ha logrado, pero tiene otra sensación añadida, un peso en el estómago. Mira hacia el bosque, al lugar donde Jean se perdió en la oscuridad. Jean, que debería estar muerto. Jean, que sobrevivió a la emboscada la noche que saltaron a Francia, a pesar de estar atrapado en el ojo del huracán.

—¿Quién era ese hombre? —dice Gabriel en el camino de vuelta a la granja—. El que te conocía.

—Un fantasma —responde Tessa.

13

Entre tarea y tarea en la granja, Tessa enseña a Gabriel a empuñar y disparar un subfusil STEN MK2. Qué extraordinario es poseer esta habilidad, impensable solo un año antes. No por primera vez, Tessa se pregunta por las mujeres con las que hizo instrucción, por su paradero. ¿Están a salvo, están vivas?

He aquí el gran plan de Victor. Su ejército está listo y a la espera, armado gracias a la última entrega aérea y adiestrado —más o menos— por él y Tessa. Esta ejerce su autoridad, corrige la posición de los brazos de Gabriel y le endereza la espalda mientras disfruta del tacto de su piel en los dedos.

—Ante la duda, dispara dos tiros seguidos al pecho. Es el área más amplia, ¿entiendes? Pero si te crees capaz, apunta a la cabeza. Eficaz, limpio y rápido. Los monstruos son ellos, no nosotros.

Gabriel baja su arma.

—¿Estos conocimientos he de atribuirlos también a tu origen rural?

El plan tiene dos partes; el objetivo es una planta de armamento de gran tamaño a las afueras de una ciudad vecina que envía sus artefactos de destrucción al norte, en preparación contra la invasión aliada. Tessa y su grupo destruirán los cables telefónicos de modo que los vigilantes de la fábrica no puedan pedir ayuda.

Un día, en el granero en ruinas, Tessa pregunta a Victor:

—¿Se puede saber cómo piensas introducir los explosivos en la fábrica?

Victor está absorto en un plano. La pregunta no basta para distraerlo de su tarea.

—Con un trabajador —murmura.

Tessa ve demasiadas señales de alarma en este plan para aceptarlo alegremente.

—¿Cómo sabemos que es de fiar? —pregunta.

—Porque soy yo —contesta Victor.

—¿Tú?

—Llevo unos cuantos meses trabajando allí.

Sigue sin mirar a Tessa y esta ahora sabe por qué.

—¿Haciendo qué exactamente?

—En la cadena de producción.

Victor ha estado ensamblando las bombas que usa el enemigo. Ha construido las armas destinadas a Theo. Tessa piensa en los hilos que salen de Victor hasta ella, Alain, Gabriel, los Delon, el resto de resistentes. Toda la red está en peligro.

Victor debe de leerle el pensamiento porque sonríe. Se supone que debe tranquilizarla, pero Tessa se da cuenta del esfuerzo que está haciendo.

—Merece la pena arriesgarse.

Tessa tiene los brazos cruzados delante del pecho.

—Deberías haberlo consultado —dice.

—Lo he hecho. Solo que no contigo.

Los explosivos tienen un temporizador y estallarán de noche, para proteger a los trabajadores franceses.

Tessa adopta un tono despreocupado en un intento por disimular su inquietud.

—¿Lo consultaste con Jean? —dice.

Por el rabillo del ojo ve que Alain y Gabriel han dejado lo que estaban haciendo y prestan atención a la conversación.

—Ya estás otra vez con Jean. Desde que llegó no hablas de otra cosa.

—Eso no es verdad, Victor.

—Cuando, hasta donde yo veo, Jean siempre se ha portado bien contigo. Incluso podría decirse que estás aquí por él. —Victor mira a Tessa con dureza—. Pero, oye, estate tranquila. Jean no participa en esta operación.

Tessa no puede ocultar su alivio.

—Creo que no deberías decirle nada.

—¿Por qué? —preguntan Victor y Gabriel a la vez.

Tessa pasea la vista por el granero. Mira a Victor, a Gabriel y a Alain. De nuevo nota el peso muerto de la certidumbre en el estómago.

—Pues porque ya lo sabe demasiada gente, nada más —dice.

—¿Qué te pasa con ese tipo? Con Jean. Desde que llegó estás rarísima.

Gabriel y Tessa vuelven cruzando los campos. Gabriel se agacha para cortar una flor de aciano y por un momento Tessa piensa que se la va a ofrecer, pero entonces se la pone en el ojal de la chaqueta.

Lo mira por el rabillo del ojo.

—¿Cómo que rarísima?

—Vale, más rara que de costumbre.

—No me fío de él.

—Eso ya lo veo —dice Gabriel—. Te estoy preguntando por qué.

—Debería estar muerto. Murió en un salto que salió mal, dijeron. No entiendo por qué no murió y las explicaciones plausibles a que sobreviviera no pintan nada bien para el resto de nosotros.

—Supongo que no vas a contarme lo que pasó.

—Supongo que no.

¿Cómo podría reunir pruebas para fundamentar sus recelos de Jean? Si ha hecho un trato con los alemanes para escapar —o quizá era un traidor desde el principio, Fleur desde luego lo sospechaba—, tiene que haber pruebas en alguna parte. Comunicaciones, tal vez. Tiene que haber otras personas implicadas. Pero Jean es listo y Tessa no conoce a nadie en el circuito excepto a Victor y a Alain, que opinan que sus temores son absurdos. Basile, quizá, solo que no tiene forma de ponerse en contacto con él y ni siquiera sabe si está vivo. Podría escribir una carta a la señorita Jones a Londres —hay maneras y vías para hacer algo así— si no fuera porque Jean, quien parece haberse arrogado a sí mismo esta tarea, tendrá probablemente instrucciones de revisar toda la correspondencia.

Ya en la granja, Tessa se entrega a sus tareas de hacer pan y preparar la cena. Gabriel se sienta en la mesa de la cocina a afilar cuchillos y herramientas. La puerta se abre de golpe, aparece monsieur Delon con su cámara fotográfica reparada y la levanta triunfal.

—¡Funciona! —dice antes de ver a Gabriel en la mesa—. ¿Dónde estabas? —pregunta con los ojos entrecerrados.

—Aquí, haciendo lo que me encargó —responde Gabriel señalando el montón de metal brillante delante de él.

Tessa está aporreando una masa sobre un tablero y se le llena la cara de harina. Da un respingo de sorpresa y a continuación estornuda, se limpia la nariz con la mano y vuelve a estornudar porque tiene los dedos enharinados. Gabriel no puede dejar de reír, en cambio monsieur Delon solo parece aburrido.

—Creo que hay que capturar este momento —dice Gabriel tratando de recuperar el aliento—. Creo que nos vendrá bien a todos recordar esta extraordinaria lección de cómo no hacer pan.

Monsieur Delon asiente con la cabeza y le da la cámara a Gabriel, a pesar de las objeciones de Tessa. Gabriel se coloca la cámara a la altura de la cintura y mira por el objetivo.

—Por favor, no lo hagas —dice Tessa.

Pero Gabriel sigue riendo y su risa es contagiosa, de pronto a Tessa le cuesta trabajo concentrarse en la masa, los chasquidos de la cámara le encienden las mejillas. Se pregunta si Gabriel las verá debajo de la capa de harina.

Gabriel deja de reír, de hecho, está bastante serio, con los ojos aún en el objetivo de la cámara. La imagen de Tessa riendo se refleja y refracta en la distancia que los separa.

—¿Qué pasa? —pregunta Tessa mientras se retira tímidamente un mechón de pelo de la cara.

Gabriel levanta la vista.

—Mira que eres payasa —dice, pero está sonriendo y sus palabras desprenden tal afecto que Tessa suelta la masa sorprendida y levanta otra nube de harina.

Más tarde, mientras se visten con sus ropas más oscuras, Gabriel la llama desde su lado de la cortina. Está arrodillado en el suelo y mirando el contenido de un baúl que ha sacado de debajo de su cama. Tessa siente decepción una vez más, y una vez más su decepción la sorprende, pero aún no está preparada para tirar de ese hilo. Lo cierto es que a menudo se distrae de su multitud de tareas preguntándose en qué estará pensando Gabriel mientras trabaja en los campos. Pero está prohibido, debe guardar las distancias. No está aquí para eso.

—He pensado compartir contigo mi alijo secreto —dice Gabriel con varios libros en la mano.

Tessa se arrodilla y coge un ejemplar de *Adiós a las armas*.

—Seguro que conoces a Hemingway.

Gabriel parece complacido.

—Pues la verdad es que coincidí con él en España. Los dos éramos corresponsales de guerra. *Des collègues*, en cierto sentido.

—Pero ¿por qué escondes los libros debajo de la cama?

—No sé. Para disimular, supongo.

—¿Porque los braceros no leen? Gabriel, no te creía tan esnob.

Gabriel le da un pequeño codazo que le produce a Tessa una descarga eléctrica.

—No se trata tanto de mis percepciones como de las de los demás. Soy muy consciente de que el trabajo de granja es lo que me salva de ser enviado a Alemania como mano de obra esclava, igual que la mayoría de los hombres de mi edad. ¿Cómo van a engordar las fuerzas de ocupación con los productos de nuestra tierra si no hay nadie que recolecte la comida y se la ponga en la mesa?

Es entonces cuando Tessa ve el libro. Lo coge del montón y pasa un dedo por la cubierta color verde oscuro con las letras dadaístas negras que tan bien conoce.

—Ah, una admiradora de Ephra Laurent —dice Gabriel.

—En absoluto —dice Tessa pero no suelta el libro inmediatamente. Piensa en Luc defendiendo a su amigo el día que se conocieron. «Es un gran escritor». Siente un frío gélido por dentro—. Era amigo de alguien que conocí en París.

Recuerda las uñas de Ephra clavadas en su piel.

Se pregunta cuántas veces dijo no. Cincuenta, tal vez; cien.

Tessa devuelve el libro al baúl y le baja la tapa.

—Tengo que volver al trabajo y tú también.

Lo dice deprisa, antes de que a Gabriel le dé tiempo a preguntar nada.

Van hasta el bosque en el coche de monsieur Delon y luego siguen a pie, con el farol encendido hasta que sus ojos se acostumbran a la oscuridad. No hay controles; de hecho, las carreteras están desiertas. Suerte o falacia, piensa Tessa, porque podría ser una trampa. Por la tarde Victor les ha dejado una señal, una rosa en el buzón, para que sepan que ha colocado ya los explosivos en la fábrica de armamento. Alain le dijo a Tessa que Victor había planeado introducirlos en su fiambrera, una baguette rellena de una masilla explosiva, pero no ha habido manera de que Victor lo corrobore.

Tessa enseña a Gabriel a caminar en la oscuridad, con pasos más anchos y rodillas relajadas, primero punta y después talón, dejando

que se acostumbre a avanzar sin ver. Seis meses antes, atravesando los bosques de Wanborough Manor en la oscuridad espesa como melaza, Tessa había aprendido a orientarse con la luna, a dejar la menor huella posible. Esta noche no es clara, un banco de nubes distorsiona la luz de las estrellas; es una noche perfecta para el sabotaje, pero peligrosa para ir a pie. Y sin embargo es asombrosa la velocidad a la que se acostumbran sus ojos, a la que distinguen la línea del bosque, un sendero horadado por zorros o ciervos entre los árboles. La negrura conecta a Tessa con Theo. Le recuerda a aquellas seis cortas semanas de cada año siendo adolescentes en que se internaban en el bosque bajo cercano a su casa para escuchar a los ruiseñores, sentados en silencio en la tierra húmeda mientras los árboles estallaban en un canto dorado. Por un momento se abandona al consuelo que le proporciona este recuerdo.

Al fin, salen de los árboles con las armas al hombro. Esta vez, si los capturan, lucharán y sin duda perderán, pero el plan es llevarse con ellos a la mayor cantidad de enemigos posible. La segunda parte de esta oración está implícita: «antes de morir». Quizá es demasiado extraña, o abstracta para contemplarla, o demasiado horrible. Victor y los demás ya están allí, agazapados. Abajo, en el valle, la fábrica de armas casi parece una población, con las raíces esparcidas. Tres edificios grandes en el centro rodeados de construcciones más pequeñas y cabañas. La explosión, si funciona, afectará solo una pequeña superficie. Pequeña pero crucial, dice Victor. No podrán detener la producción de la fábrica, pero sí trastocar su funcionamiento.

Se colocan en sus puestos y esperan; los ojos de Victor brillan en la penumbra. Tessa comprende que está en su elemento, y quizá ella

también. ¿Será así como se siente Theo en su avión? No es solo hacer algo, también la sensación de recuperar el control, aunque sea un poco. Es el poder. Están borrachos de él, llenos de excitación. Les hace olvidarse de sí mismos, hablar demasiado cuando no deberían hablar en absoluto. Gabriel les hace callar con una consigna susurrada: «Por Francia».

Victor hace una seña a Tessa para que se reúna con él detrás de una aulaga y empiezan a pegar espoletas y detonadores a la masilla explosiva. Gabriel tiene los ojos como platos. Es cuestión de tiempo, piensa Tessa. La verdad, o al menos algo que se le parece, flota entre los dos.

—Vamos, vamos —susurra Victor y todos se ponen en marcha. Hay que cortar los cables telefónicos por varios sitios antes de volar los postes. Gabriel trepa por el más cercano mientras Victor conduce a dos grupos valle abajo. Tessa se cuelga el arma a la espalda y se agacha para colocar explosivo en la base del poste.

Entonces, a lo lejos, una detonación. El cielo se tiñe de naranja, hay un hongo blanco suspendido sobre el centro de la planta de armamento. El ruido llega con retardo, rasga el valle y viaja hacia ellos.

—Dios mío —dice Gabriel antes de bajar al suelo.

Tessa prende la espoleta y ambos echan a correr, el crujido de sus pisadas es el único sonido aparte del tenue ulular de un búho salido de entre las nubes. Entonces empiezan, nuevas explosiones, los postes de teléfonos se desploman detrás de ellos. No pueden pararse a admirar su obra ni siquiera un segundo, aunque vibran de alegría, sonríen por primera vez en mucho tiempo. Sin embargo, hay

que volver al coche, las carreteras siguen desiertas, pero ha empezado la cuenta atrás. Saben que el enemigo va a venir.

Gabriel aparca a cierta distancia de la granja para no despertar a nadie. Su brazo está tocando el de Tessa y, cuando lo retira, ella nota la ausencia. En el coche reina el silencio, pero un rugido llena el hueco entre los dos, el espacio para respirar. Si Tessa se mueve unos centímetros a la derecha, él estará allí. Si levanta una mano, él se la cogerá. Sabe eso y sabe también lo que vendrá luego.

Entran en el granero sin hacer ruido y Gabriel no enciende el quinqué hasta que no han cerrado la puerta.

—Ha sido increíble —dice con las mejillas encendidas.

Acto seguido se va detrás de la cortina y la lámpara ilumina su silueta. Tessa tamborilea con los dedos la estructura de hierro de su cama, incapaz de tener ni las manos ni las piernas quietas, temblando. La noche no ha terminado, de eso está segura. Todo se despliega ante ella. Tomar el control de nuevo es adictivo, enciende algo en su interior que envía una corriente eléctrica hasta el último rincón de su cuerpo. Es una sensación que reconoce, desea y saluda como se saluda a un viejo amigo, porque hace ya tiempo que no la tenía.

Descorre la cortina y las arandelas tintinean al trabarse en un saliente del metal; Gabriel está de pie medio desnudo. Tessa va hasta él, lee en sus ojos que esto es lo que quiere. Qué bien encajan, la frente de ella bajo el mentón de él, el aliento y a continuación los labios de él en la piel de ella. Tessa le baja la camisa y le acaricia el pecho, los brazos, cada parte del cuerpo que queda al descubierto. Gabriel le saca el jersey por la cabeza y siguen hasta que no les queda nada, los pantalones, la ropa interior, todo al

suelo. Tessa se sorprende al comprobar lo mucho que ha echado de menos esta sensación. Coge la mano de Gabriel y se la coloca entre las piernas para que sepa lo mucho que lo desea. Es importante para ella que lo sepa.

Por primera vez en mucho tiempo, Tessa sabe perfectamente lo que quiere.

14

Al día siguiente durante el almuerzo se enteran de las represalias. Es una escena dividida en dos planos. Debajo de la mesa, ante la sola mirada del perro, hay dos conjuntos de dedos entrelazados. Encima de la mesa no se atreven a mirarse a los ojos. Si se cae un cubierto al suelo, se termina el juego.

Monsieur Delon es quien les habla del pobre Bertrand, un bracero de la granja vecina que Tessa está convencida de que forma parte del ejército de Victor.

—Se lo llevaron a rastras de su casa antes de que saliera el sol —dice monsieur Delon. Está intentando llenar su pipa, pero el tabaco se le cae en la mesa y lo coge con la mano e intenta meterlo en la cazoleta con dos dedos, un gesto que repite varias veces—. Se llevaron a su mujer y a sus hijos, arrancaron la puerta de cuajo para que lo viera todo el mundo. Cabrones.

Victor ya está en el granero caminando de un lado a otro. Alain está en un rincón con el transmisor pegado al pecho. Si los cogen, las pruebas estarán allí con ellos, esperando.

—Bertrand, Camille, Amory, Pascal —dice Victor.

Se quita la gorra y la tira al suelo.

—También Nathalie —dice Alain con expresión consternada—. La recluté yo.

—Los conozco —dice Gabriel—. Bertrand y Nathalie ni siquiera estaban anoche.

—¿Estuvieron en la última entrega? —pregunta Tessa.

Cuando Gabriel asiente con la cabeza, comprende lo que ha pasado. Estaban en la entrega, *lo mismo que Jean*.

Debería haber hecho algo, piensa. No debería haber dudado de mí misma. ¿Por qué no había escrito a la señorita Jones a Londres? ¿Por qué no había buscado una manera?

Victor también lo sabe, pero no está dispuesto a reconocerlo. Recoge su gorra y señala con ella a Tessa, a Alain y a Gabriel.

—Nosotros también estábamos y seguimos libres. Además, no ha sido solo a nosotros. Están deteniendo a gente en todo el distrito. A diez personas por lo menos en las últimas dos semanas.

—Hay un topo —dice Alain—. Alguien se ha pasado al otro bando.

Victor se muerde el labio.

—Eso no lo sabemos.

—Claro que sí. La gente ha empezado a hablar de tu amigo Jean. Isabelle tenía razón al preocuparse por él —replica Alain. Tessa apoya la cabeza en las manos. Tiene náuseas—. No sabía lo de anoche, ¿verdad? Eso nos dijiste. Pero estuvo en la entrega aérea con Bertrand y Nathalie.

Tessa y Gabriel se miran. Su intimidad está irritando a Victor. Tessa se da cuenta por cómo los observa y clava el tacón en la tierra.

—¿Qué más dicen? —pregunta Gabriel.

—Que Jean no es de fiar. Que las personas que se reúnen con él terminan detenidas. Que él en cambio escapa milagrosamente.

Victor señala a Tessa.

—Ella también se ha salvado. Puede ser la traidora.

—¡Victor! —exclama Tessa, ofendida.

Victor es incapaz de mirarla a los ojos mientras sigue acusándola.

—Es plausible, ¿no? La cuestión es que Londres se fía de él. Lo han comprobado.

Esto es nuevo.

—¿Le han investigado? —pregunta Tessa.

—Le hicieron volver. Hubo una investigación. Había… acusaciones contra él. Se supone que no teníamos que saberlo. —Menea la cabeza—. Deberíamos estar hablando de la entrega.

—Victor, por el amor de Dios —dice Alain.

—Hay que abortar la entrega, ¿no? —pregunta Gabriel—. Es demasiado peligroso.

—Y la ha organizado Jean —añade Tessa.

—Necesitamos suministros, necesitamos dinero. —Victor se está poniendo la chaqueta, no tiene tiempo para esto, para ellos. Sigue hablando como si nada—. Parece que mañana habrá buena luna. Alain mandará un mensaje a Londres para confirmar.

—¿Y quién esperas que reciba la entrega? —pregunta Alain con tono pacífico. Conoce a Victor, sabe cómo tratarlo—. Todos están aterrorizados.

Victor apoya la cabeza en el marco de la puerta. Ha adelgazado, Tessa lo sabe por sus pómulos afilados.

—Lo haré yo mismo, si hace falta —dice—. Tú manda el mensaje.

Después de mirar a un lado y a otro echa a andar por el camino.

—Ese hombre es un suicida —comenta Gabriel.

Pero Tessa conoce la presión a la que debe de estar sometido Victor.

—Obedece órdenes.

—Deberíamos estar inactivos un tiempo —insiste Gabriel—. Para que los alemanes piensen que hemos tirado la toalla.

—Hay que cancelar la entrega aérea —afirma Tessa—. Es una trampa. Diga lo que diga Victor, tenemos que advertir a Londres sobre Jean. ¿Cómo ha podido?

Está furiosa. Siente una cólera ardiente, incontrolable.

—¿Quién? ¿Victor? —dice Gabriel.

—No, Jean. ¿Cómo ha podido traicionarnos? ¿Cómo ha sido capaz…? —Quiere gritar—. Hay personas muertas por su culpa.

Alain asiente con expresión sombría.

Gabriel le pone una mano en el hombro a Tessa.

—No lo sabemos con seguridad.

—Pero tiene lógica, ¿no? Tenemos que advertir a Londres. Tenemos que mandarles un mensaje.

—Pero, si los alemanes nos están escuchando —dice Alain—, sabrán que lo hemos descubierto y en menos de una hora estaremos detenidos.

Tessa mira a un hombre y a continuación al otro.

—Pues entonces más vale hacerlo cuanto antes.

Gabriel se asegura de que fuera está todo tranquilo mientras Alain monta el transmisor.

—Tiene que ser algo que solo Londres entienda —dice Tessa—. Algo que los alemanes no puedan interpretar inmediatamente ni siquiera si han descifrado nuestro código. —Junta las manos—. Diles que hay mala luna. —Y, cuando ve la cara de perplejidad de Gabriel, añade—: Era el apodo de Jean durante el adiestramiento.

—¿Luna?

—Sí, por el pelo blanco y la cara grande y redon…

—Entiendo —dice Gabriel—. Qué original. Bien hecho.

—¿No es demasiado obvio? —pregunta Alain.

—No sé, puede. Mándalo en latín, que los alemanes se esfuercen un poco —dice Tessa.

—Quizá no es lo bastante obvio —señala Gabriel—. Igual Londres piensa que estáis hablando del tiempo.

—Pero entonces es posible que cancelen la entrega —dice Alain—. Sea como sea, salimos ganando.

Tessa cada vez tiene más claro el plan.

—Por eso es perfecto. Basta con que una persona entienda el verdadero significado del mensaje y sé que lo hará.

Alain sonríe tenso.

—La señorita Jones. —Se pone los auriculares—. Deberíais iros, no sea que anden cerca. Yo voy a intentar transmitir varias veces a lo largo del día. Así se darán cuenta de que algo no va bien.

—¿Deberíamos irnos? —pregunta Tessa mientras vuelven a la granja —. Estamos poniendo a los Delon en peligro siguiendo aquí.

—Deberíamos irnos —dice Gabriel.

Pero no lo hacen inmediatamente. La granja está tranquila. Monsieur Delon faena en los campos de abajo y la dueña de la casa ha salido.

—Vámonos juntos —propone Gabriel—. Podemos cruzar a España por los Pirineos.

—Es más seguro si vamos por separado —indica Tessa.

—Ya, pero no quiero hacer eso.

Hay un ruido, un gemido tenue, procedente de los establos. Al principio creen que es un animal, pero cuando se repite, esta vez más fuerte, Gabriel mira en un establo y luego en otro.

—Ven corriendo —le dice a Tessa.

Claudine está apoyada contra la pared, con la cara roja y las mejillas cubiertas de sudor. Respira de forma extraña. En pequeños jadeos.

—Ay, Dios —exclama Gabriel.

—Va a nacer el niño y estaba sola —explica Claudine—. Os he buscado por todas partes. —Solloza—. Quiero a maman. Que venga ahora mismo.

—Nos tienes a nosotros, no te preocupes. —Gabriel se vuelve a mirar a Tessa—. ¿Crees que podemos llevarla a la casa?

Pero Tessa no contesta. Tiene la vista fija en Claudine.

—¡Isabelle! —dice Gabriel.

Claudine gime más fuerte. Tessa se pregunta si cuando empiece el parto la oirán en los campos.

—¡Isabelle, por el amor de Dios! —grita Gabriel.

Tessa menea la cabeza. Se pellizca un brazo porque no puede ponerse a pensar en el pasado, ahora no.

—Ayúdala a agacharse en el suelo —susurra—. A cuatro patas.

A ella la obligaron a tumbarse boca arriba y le había resultado incómodo, antinatural. Había empeorado el dolor.

Con esfuerzo, Gabriel consigue cambiar de postura a Claudine.

—Toallas, paños —lo apremia Tessa—. Y agua caliente.

Gabriel sale corriendo y lo oye armar ruido en la lavandería, abriendo y cerrando armarios de golpe.

—Isabelle, tengo miedo —dice Claudine a cuatro patas en uno de los benditos respiros entre contracciones.

Tessa le levanta las faldas, le masajea la espalda deseando que alguien hubiera hecho lo mismo por ella cuatro años antes.

—¿Tienes ganas de empujar?

Claudine la está mirando con ojos como platos. Asiente con la cabeza.

—Bien, no te aguantes. El niño quiere nacer. Necesito que reúnas fuerzas y empujes todo lo que puedas cuando llegue el siguiente dolor. No contengas la respiración, ¿de acuerdo?

Claudine asiente de nuevo y suelta un fuerte rugido a la vez que tensa todo el cuerpo. Tessa sujeta la cabeza del niño, rosa, viscosa y caliente. Ve una naricilla, dos orejas, ojos muy cerrados. Oye un ruido a su espalda y, cuando gira la cabeza, ve a Gabriel en la puerta con un cubo de agua y toallas al hombro.

—Gabriel, ponle una toalla debajo, ¿quieres? —Cuando Gabriel no reacciona, insiste—: ¡Gabriel!

Gabriel presta atención y pone una toalla en el suelo y se queda con la otra.

—Un empujón más y creo que lo tenemos —dice Tessa.

Claudine jadea, tiene la cara roja y está empapada en sudor. Ruge una vez más y expulsa al niño a las manos de Tessa antes de desplomarse en el suelo. Tratando de que no le tiemble el pulso, Tessa le da la criatura a Gabriel, que tiene la toalla preparada.

—No hace ruido —dice Claudine con un sollozo.

—Es un niño —susurra Gabriel.

—Creo que hay que darle unos cachetes —dice Tessa.

Da palmadas al niño en las nalgas, una, dos, tres veces. Casi inmediatamente empieza a berrear.

Tessa deja de correr cuando llega al río. Es más estrecho que el Cam, pero más azul, más tentador. Theo la retaría a meterse. Theo le diría que no fuera tonta.

No seas tonta, se dice a sí misma en ausencia de Theo.

Hace mucho tiempo que no se permite sucumbir a él. Pero el dolor es demasiado grande, el peso del pasado resulta demasiado abrumador y está exhausta, agotada por estos últimos meses en Francia.

Cae de rodillas, clava las uñas en la tierra seca y llora por todo lo que le ha sido arrebatado. Su hija, la niña a la que llamó Béatrice, pero solo en su cabeza, porque su madre le dijo que no era apropiado si iba a pertenecer a otra familia y Tessa había firmado ya los papeles cuando rompió aguas.

Gabriel la encuentra junto al río, le saca los dedos de la tierra y la rodea con sus brazos. No hace una sola pregunta. No dice una sola palabra.

Esa noche se sientan alrededor de la radio con los demás en una calma aparente, pero cada ruido procedente del patio les hace tensar los hombros. No se han ido, no han huido tal y como habían acordado. Una última tarea, una última hora de trabajo da paso a otra, y a otra más. Ambos saben que cada vez corren más peligro.

Madame Delon insiste en abrir una botella de vino para celebrar el nacimiento de su nieto. No hace más que apretar la mano a Tessa y abrazar a Gabriel, los besa en la mejilla en agradecimiento.

Como cada noche, monsieur Delon sintoniza Radio Londres en la Francia libre y todos corean: «¡Aquí Londres, los franceses hablan a los franceses!». Pero esta noche a Tessa y a Gabriel no les salen las palabras.

Claudine está junto al aparato de radio con el pequeñín dormido sobre su pecho. Nadie dice nada cuando Tessa rechaza cogerlo en brazos, pero ella percibe el desconcierto, la ruptura respecto a lo esperado.

El locutor de la radio carraspea.

—A continuación damos paso a los mensajes personales —dice.

Así es como empieza cada retrasmisión, con una retahíla de frases sin sentido, mensajes en clave para los resistentes enviados desde Londres. A Tessa le enseñaron a descifrarlos durante su adiestramiento, cada red recibe un cifrado específico con el que identificar los mensajes dirigidos a sus miembros. En ocasiones los alemanes interceptan la emisora (una noche, con un concierto de Chaikovski que Tessa encontró muy agradable). Esta noche hay varios mensajes en clave.

—«Louis tiene los brazos largos», «El gato está en la salita», y, a continuación, «Alphonse ha telefoneado a su madre y va todo bien».

Algo pasa. Es un mensaje dirigido a ellos, pero las palabras no encajan. Son instrucciones de seguir adelante con la operación, no de abortarla.

Tessa respira hondo. Gabriel se sienta más recto.

—Estoy cansada —dice Tessa.

—Yo también —contesta Gabriel.

—Supongo que sabéis que no engañáis a nadie, tortolitos —bromea Claudine mientras se van.

Ya en el granero, Tessa camina de un lado a otro sobre los gruesos y gastados tablones del suelo.

—La señorita Jones no debe de haber entendido bien. Ha sido una tontería mandar un mensaje tan abstracto.

—Eso, o no te han creído.

—Igual es que Alain no consiguió enviar los otros mensajes. ¿Y si le han interceptado? Pueden estar viniendo hacia aquí ahora mismo.

—Eso, o no te han creído.

La magnitud de la situación es abrumadora. Tessa es incapaz de estarse quieta, se agarra los dedos, los retuerce, los flexiona.

—Victor y los demás van a ir al bosque a recibir la entrega.

—Sí.

—Hay que avisarlos.

—Isabelle, tenemos que irnos de aquí.

—¡No podemos abandonarlos! Van de cabeza a una trampa. Si no hacemos algo, los matarán.

Gabriel se pone de pie y camina a su lado.

—A no ser que Victor tenga razón, cosa que no sabemos. Instinto y sospechas, no tenemos más.

Tessa se sienta. Abre la puerta unos centímetros a la verdad.

—Gabriel, cuando salté en paracaídas… —ve las explosiones, oye el estruendo, por un momento le cuesta encontrar las palabras— todo salió mal. Los alemanes nos estaban esperando. Había tal estrépito que al principio no sabía qué estaba pasando. Mataron a todos, fue una masacre, pero Jean se las arregló para escapar.

Gabriel se cruza de brazos. Tessa sabe que se está concentrando en su respiración, en no perder la calma.

—¿Y tú? —pregunta.

—Salté demasiado tarde. Dudé… Me entró el pánico y eso me salvó.

—Supongo que no puedes ser perfecta en todo. ¿Y luego qué?

Tessa le cuenta lo ocurrido en la *gendarmerie*.

—Por eso ninguno termina de fiarse de mí. Creen que los traicioné para que me soltaran.

—¿Y fue así?

—¡Pues claro que no! Antes muerta que ayudar a los fascistas.

Gabriel mira el cielo oscurecido al otro lado de la ventana, la línea rosa que separa el rojo incandescente del gris.

—¿Lo sabía Agnès? —pregunta.

—Sí. Todo.

Gabriel asiente con la cabeza.

—¿Eres francesa o inglesa?

—¿Acaso importa?

—No, supongo que no.

—Jean nos traicionó, estoy segura. ¿Qué más pruebas necesitamos? Cada vez que participa en una misión, hay detenidos, muertos. Gabriel, los alemanes van a estar esperándolos. Los van a matar.

—Ya lo sé. —Gabriel se pasa la mano por la boca—. Dios bendito.

Salen más temprano que de costumbre, con ropas demasiado oscuras para el cielo cambiante. Hay niebla, una bruma sube del

suelo y sus siluetas entran y salen del fondo gris. Claudine canta al niño en su habitación, un sonido suave y tenue que los acompaña hasta el bosque. Tessa se concentra en lo que tiene por delante. Piensa en las clases de tiro, en la bala que atravesó la cabeza del muñeco. En lo sencillo que pareció.

Ya en el bosque, las oyen. Pisadas de bota en la maleza. Se agachan detrás de un haya, agradecen el grosor de su tronco. Tessa contiene la respiración porque le parece que hace demasiado ruido, los pulmones que inhalan y exhalan, el aire que entra y sale por entre sus labios. Es una galerna que asola una llanura. Gabriel la mira con ojos abiertos y asustados, mueve los labios diciendo algo, una advertencia, pero el miedo distorsiona las palabras y Tessa no extrae significado alguno. Ve el uniforme gris antes de la cara del soldado. Es joven. ¿Es el final?, se pregunta. ¿Acaba todo aquí? Mira los dedos del soldado tensarse y a continuación doblarse alrededor del fusil. «¿Qué se siente al matar a alguien?», le había preguntado a su hermano hace mucho tiempo, en otro año, en otra vida. Desde donde está, Gabriel no puede ver al soldado.

Tessa no quiere hacerlo. Es una sorpresa, dado lo mucho que se juega, dada la certeza de que es lo correcto. ¿Será capaz?

«Son ellos o yo», había contestado su hermano.

Es un movimiento rápido. Sacar la pistola, apretar y soltar. El impacto en el cráneo del hombre… No, no va a ser tan generosa consigo misma. Del muchacho. El tiempo se detiene, la sangre mana de la herida. El sonido de la bala atravesando el hueso reverbera a su alrededor.

El niño soldado cae de bruces.

—Dios mío —susurra Tessa.

«No pienso en ello», había dicho Theo.

—No voy a pensar en ello —susurra.

Pero sabe que lo hará. Al final todo aflora.

Acaba de matar a alguien. Ha matado a un niño. Le tiembla la mano. El temblor se extiende a los brazos y le baja por el pecho. Nunca olvidará ese sonido, lo sabe desde ya. No deja de oírlo en su cabeza. Quizá Theo mintió; quizá es imposible ahuyentar ese horror, el sonido de una bala entrando en un cráneo humano. Quizá Theo es igual de fracasado que ella.

Gabriel se agacha junto al soldado caído.

—Tenemos que avisar a los demás —murmura Tessa. Se tapa los oídos como si así pudiera evitar revivir la escena en su cerebro—. Gabriel —dice y este se pone de pie y la coge del brazo—, ¿qué he hecho?

Las palabras murmuradas de Gabriel pisan las suyas.

—El bosque está plagado de alemanes. Tenemos que salir de aquí.

—Pero los demás…

—Dalos por perdidos. Capturados, muertos.

Tessa menea la cabeza.

—¿Qué he hecho? —repite, esta vez para sí misma.

Gabriel la coge por los brazos y la zarandea.

—No está solo, ¿entiendes? Estaba vigilando el perímetro del bosque. Habrá otros haciendo lo mismo. Y habrá más en el bosque, en el cual acabas de disparar un tiro que se ha oído con toda claridad. Ya que nos hemos tomado la molestia de deshacernos de este hombre…

—Niño —dice Tessa.

—… de este *soldado enemigo*, lo que sin duda nos ha salvado de ser capturados, y es posible que de la muerte, no vamos a quedarnos a esperar a sus amigos, ¿de acuerdo?

Tessa asiente. Mira hacia el bosque, donde Victor y los demás estarán escondidos, esperando la entrega. Rodeados de alemanes atentos a una señal para atacar.

—Corre —dice.

15

En los muchos años transcurridos desde su última visita, la casa de su abuela ha ganado tanto como ha perdido. El abandono está en todas partes, en los postigos cerrados y en la maleza que les llega hasta las rodillas. Tessa indica a Gabriel que deje el coche en la parte trasera, donde no puedan verlo, aunque la casa está al final de un camino. Tessa lleva en Francia el tiempo suficiente para saber que cualquier cambio es una señal que puede atraer ojos y oídos.

Dentro de su cabeza la bala resquebraja el cráneo del muchacho. El suelo se tiñe de sangre.

Huyeron de la granja justo antes de medianoche con las carreteras vacías. ¿Dónde están los alemanes?, no dejaba de preguntar Tessa. ¿Dónde están los controles? La preocupaba no tener combustible suficiente, pero Gabriel le explicó que monsieur Delon almacenaba unos cuantos bidones en previsión de algo así. «¿En previsión de una huida en plena noche?», había preguntado Tessa y Gabriel había asentido con la cabeza.

Tardaron seis horas en llegar a la casa de su abuela, seis horas de contener la respiración.

He matado a una persona, pensaba Tessa una y otra vez. Estaba viva y ya no lo está.

El miedo les había quitado las ganas de hablar y se encogían en sus asientos cada vez que se cruzaban con otro vehículo. Quizá así llamaban más la atención, quizá conducir sin faros los señalaba, pero no se atrevían a correr ese riesgo. Cuando llegaron a la casa sin encontrarse ningún obstáculo, estaban atónitos.

El pasado ancla a Tessa a esta tierra; nota las ataduras cerrarse alrededor de sus pies, porque no ha estado aquí desde que ocurrió. Es el único lugar en que estuvieron juntas.

—¿Así que esta es la casa de tu abuela? —pregunta Gabriel mientras Tessa busca la llave debajo de macetas cubiertas de telarañas en un parterre lleno de maleza.

—Lo fue. Ahora es de mi madre y mi tía.

Gabriel está inspeccionando el lugar con una mano sobre los ojos a modo de visera.

—¿Dónde están?

—Mi madre en casa. Mi tía vive en París.

Los dedos de Tessa tocan la gruesa llave de metal y la levanta en el aire con gesto triunfal.

—¿Y el resto de tu familia?

No responde inmediatamente, porque siempre necesita un momento cuando tiene que hablar de Theo. Dónde está, se pregunta automáticamente. Es como un tic. ¿Está vivo?

—Mi padre en casa. Mi hermano no lo sé. Está en la RAF.

Gabriel asiente con una sonrisa.

—Lo sabía, sabía que eras inglesa.

—De eso nada. Además, soy las dos cosas. Mestiza.

Gabriel la ayuda a levantarse, apretándole la mano porque aún no han verbalizado lo asustados que están. Una cosa es conocer tu

destino y otra plantarle cara. Tessa apoya un instante la cabeza en el pecho de Gabriel, este la abraza y todo se aquieta. Hay insectos zumbando en la hierba y el jardín se despierta al nuevo día.

Incluso con la llave metida, la puerta no cede. Tessa la empuja con todo el cuerpo, trata de imitar a su abuela, de recordar la manera en que posicionaba el cuerpo para animar a la puerta a abrirse. Cuando por fin se mueve, araña el suelo de baldosa, un chirrido desagradable que les hace dar un respingo. En este lugar todo reverbera. La casa huele a humedad, a vacío. Gabriel saca una cerilla del bolsillo y la enciende. En el suelo hay excrementos de ratón, en los armarios hay excrementos de murciélago. Tessa quiere subir al piso de arriba y sentarse donde ocurrió, pero hay tareas más urgentes. No se atreven a abrir los postigos, de manera que explora la despensa a la luz de una vela. Hay tarros de alubias y lentejas secas, latas de verduras en salmuera. Afuera hay un país asolado por la escasez y sin embargo nadie ha descubierto el botín de su abuela. La asombra que no lo hayan saqueado. Entendería perfectamente un acto desesperado como ese.

Son los estertores del verano, pero prepara una sopa consistente en la cazuela de hierro de su abuela. Los tazones para sopa que hicieron los mellizos con trozos de arcilla un verano llevan sus nombres escritos en esmalte azul. Está a punto de servir sopa en el tazón de Theo, pero comprueba que es incapaz, así que lo lava y lo devuelve al fondo del armario, lo reserva para Theo, que está vivo, tiene que estarlo. Si hubiera ocurrido lo peor, lo sabría, de eso está segura. Mientras cocina, Gabriel explora, saca libros de los estantes, les quita el polvo y lee en voz alta en francés e inglés. Cada

revelación abre un poco más la ventana. Cómo desea Tessa bañar a Gabriel en luz.

Gabriel coge una fotografía con marco de plata dorada: Tessa y Theo, maman y papá. Tessa tiene que hacer esfuerzos para no gritar. Venía preparada para combatir sus propios recuerdos, pero no para esto, y el corazón le da un vuelco. Le quita la fotografía a Gabriel y acaricia la cara de Theo. Ha pasado mucho tiempo, piensa.

—Estás muy cambiada —observa Gabriel.

Tessa piensa en la niña de la fotografía, en la persona que fue una vez. En la diferencia entre aquello y lo que es ahora. Una persona violada por otra. La madre de alguien. Oye el disparo mientras el cráneo del muchacho se rompe en dos.

—Tienes los ojos de tu hermano —añade Gabriel.

—Somos mellizos. Se llama Theo —explica Tessa.

Un centímetro más de luz.

Se comen la sopa sentados a la mesa de la cocina.

—No podemos quedarnos aquí —dice Gabriel en voz baja y con tono tenso y apremiante—. Deberíamos cruzar a España.

—¿Por qué? ¿Los fascistas de allí son más simpáticos?

Gabriel le tira la servilleta arrugada a la cabeza.

—Conozco España. Podemos cruzar a Portugal y, de ahí, ¿quién sabe? Podríamos intentar llegar a Inglaterra. O ir a Estados Unidos.

Tessa no levanta la vista.

—¿Juntos?

¿Imagina sitio para Gabriel en su futuro? Comprueba para su sorpresa que así es, que quiere esto.

—Ojalá —dice Gabriel.

—Tengo que contactar con Londres. Contarles lo que ha pasado.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

—Si Alain escapó, escribirá un mensaje. Le…

Gabriel frunce el ceño.

—Eso si escapó.

Se van a la cama con el estómago lleno. Tessa abre el armario de la ropa blanca y ahí está, la sábana amarilla, protegida de la luz moteada. Saca una sábana distinta y una manta, cierra la puerta, y se vuelve hacia Gabriel.

—Ahí no —dice al ver la mano de Gabriel en el pomo de una puerta.

Lo lleva al dormitorio de su abuela, con el bote con plumas, el cuaderno y el tintero preparados sobre el escritorio. Su ropa está en el armario porque nadie tuvo valor para introducir cambios en una casa que había permanecido inalterable. Tessa saca un camisón de un cajón y se lo mete por la cabeza. Seda contra piel, es como entrar en el mar cuando hace un calor sofocante. Acaricia la tela, recuerda haber hecho lo mismo de niña; su abuela siempre le había parecido el colmo de la elegancia. Estaría consternada, piensa, al ver lo ocurrido con su país.

Tessa cree que van a dormir, pero no es así, al menos no al principio y quizá es el lugar propicio en que contener sus miedos, en el calor de sus cuerpos, los dedos de ella en el pelo de él, los labios de él en los de ella.

A continuación duermen diez horas seguidas. Es una hazaña asombrosa, inconcebible, piensa Tessa, dado que el tiempo se les acaba y que lo inevitable está a la vuelta de la esquina. El sol de finales de la tarde trae consigo un momento para recordar. Puede ser su última oportunidad y Tessa hace inventario, esas ingratas

listas mentales. Gabriel duerme con el pelo sobre los ojos. Quiere retirárselo por si acaso, solo por si acaso. Por si acaso es la última vez que tiene ocasión de hacerlo. Desearía disponer de más tiempo. Si es que acabo de despertar, piensa.

Se terminan la sopa de finales de verano sentados en el suelo debajo de una ventana con el postigo echado porque temen que sus sombras resulten visibles desde la carretera. No hacen más que mirar el reloj, como si tuvieran una cita con la Gestapo.

—No nos han seguido —dice Gabriel y Tessa se pregunta si lo dice para tranquilizarla a ella o a sí mismo—. Nadie sabe que estamos aquí.

—Nadie.

—Ojalá te hubiera conocido —añade Gabriel mientras le sirve más vino. Tessa nunca le ha visto tan feliz como cuando abrió la puerta de la bodega aún bien surtida de su abuela—. Me refiero a la persona de la fotografía, con tu familia.

Tessa apoya la cabeza en su hombro, inspira su olor confiando en que no se dé cuenta.

—Si te soy sincera, no sé dónde termina una y empieza la otra.

—¿Estás unida a tu hermano?

—¿Lo dices porque somos mellizos? No siempre ocurre, pero sí, estábamos unidos.

—No lo digas en pasado, todavía no nos hemos muerto.

—Nosotros no, pero es posible que Theo sí. —Tessa aparta la vista. Qué terrible es dar voz a este pensamiento.

Gabriel está decidido a llegar a España. Tessa tiene ganas de seguirle la corriente y piensa en lo agradable que es cerrar los ojos a la realidad.

—Hay partes de nosotros que nos ocultamos mi hermano y yo —dice.

—Eso forma parte de hacerse mayor, ¿no? Vale, siguiente pregunta.

—Desde luego, se nota que eres periodista.

Tessa pone los ojos en blanco, pero se está riendo, no puede evitarlo. Se da cuenta de que necesita distraerse tanto como Gabriel.

—Siguiente pregunta… No pongas esa cara; es buena. ¿Has estado enamorada alguna vez?

Tessa piensa en su corazón como una losa atada al cuello.

—¿Y tú? —dice.

Gabriel rehúye su mirada.

—Conocí a una mujer en París.

—¿Agnès Roue?

Tessa piensa en la mujer del pequeño apartamento, con una criatura a la cadera y solucionándole todos sus problemas.

Gabriel da un respingo.

—¿Qué? ¡No! ¿Creías…? —Se echa a reír y se pasa una mano por el pelo—. Agnès es mi hermana.

—Agnès es tu hermana —repite Tessa.

Gabriel no se lo había contado; solo le había revelado lo imprescindible. Se pregunta cuándo decidió confiar en ella, cuando dejó atrás la sospecha.

—Hablo de una mujer llamada Caroline.

Qué placer sentir celos de una desconocida. Lo ha echado de menos, con sus cosas buenas y malas.

—¿Qué pasó? —pregunta.

Gabriel le explica que al principio fueron felices, luego no tanto y por fin se distanciaron.

—Pasa mucho, creo yo. No tengo ni idea de dónde está ahora, aunque confío en que se encuentre bien. ¿Qué me dices de ti?

Tessa da un trago de vino.

—Hubo alguien en París, sí. Estuve viviendo allí un tiempo.

—¿Y fue un gran amor?

Tessa asiente con la cabeza.

—¿Qué pasó?

—Siguiente pregunta.

Gabriel ríe.

—Entiendo. Vaya, vaya. De acuerdo: ¿por qué estás aquí? ¿Por qué haces esto?

—¿Y tú?

—Por si no lo sabes, contestar a una pregunta con otra pregunta es bastante irritante para el entrevistador. Yo estoy aquí porque quiero recuperar mi país y porque me opongo enérgicamente al autoritarismo. ¿Y tú?

—Pues, al igual que tú, soy una persona extremadamente noble —dice Tessa sarcástica y Gabriel ríe—. Tenía un trabajo en Londres, pero no era suficiente. No me lo parecía. Tenía que hacer más. —Respira hondo. Al final todo sale a relucir—. Pero la verdad siempre es más complicada, ¿no? Siempre está la razón más elevada y luego un montón de pequeñas y egoístas excusas flotando debajo. No me parecía justo que mi hermano contribuyera de una forma que me

estaba vetada a mí…, esa es una. Y luego… —Menea la cabeza—. No sé cómo describirte lo que han sido para mí estos últimos años. Una lenta aniquilación de los sentidos. Como si me estuviera quedando sin voz y no lograra recuperarla.

Gabriel se sienta más recto. Hace ademán de cogerle la mano, pero Tessa lo rechaza.

—Vine aquí para expiar mi comportamiento. Tengo que hacerlo bien para volver a ser yo. Estoy harta de vivir entumecida. De ser una persona hiriente, insensible, sin capacidad para la ternura. Sin dulzura. De verdad que no sabes lo agradable que es sentir miedo. Sé que suena disparatado. —Mira a Gabriel—. Y sentir otras cosas también. De verdad que creía que nunca volvería a hacerlo.

A continuación se muerde el labio y lo dice en voz alta por primera vez:

—Gabriel, tuve una hija y la di en adopción.

A la mañana siguiente se despierta temprano. Gabriel duerme tan profundamente que Tessa se pregunta cómo era capaz de levantarse con las gallinas para atender las tareas de la granja. Han planeado ir hasta la frontera, aunque Tessa no sabe si deberían esperar unos días a que se calmen las aguas.

Tessa se lleva los zapatos a la cocina para no despertarlo, quiere que duerma todo lo que pueda ahora, en la calma que precede a la tormenta. Pero no se los pone para salir al jardín, quiere notar la hierba húmeda bajo los pies. No son ni las seis y el sol no está lo bastante alto para derretir el rocío. Distingue los contornos del jardín que plantó su abuela, pero están desdibujados, todo está crecido y

asilvestrado, con intrusos traídos por el viento. El estanque donde antes podían hundir las manos y atrapar ranas y tritones crestados tiene ahora un color negro amenazador. Theo está por todas partes. Hay dos imágenes del jardín, la real y la de su cabeza. Tessa se pregunta otra vez dónde estará su hermano y mira instintivamente al cielo. Hunde una mano bajo la superficie del agua. Ahí está, el vínculo tangible. Theo, si me vieras ahora, piensa. Theo sabría cómo llegar hasta España, pero encontraría la manera de hacerlo como es debido, de manera «oficial». Le gustan las reglas y el orden y por eso lo desconcierta tanto ser quien es, en el fondo. Por eso no pudo contarle lo de la niña. Su desaprobación, su decepción son cosas que le resultan insoportables.

—¿Tessa?

Tessa saca la mano del agua creando ondas en la superficie oscura. Se pone de pie y se alisa la parte delantera del vestido. He aquí otro fantasma cruzando el jardín.

—Madame Daunay, qué grata sorpresa —dice a la vieja amiga de su abuela, su vecina de al lado, tratando de que no le tiemble la voz. Su presencia inesperada la ha alterado. Tendrán que irse de allí enseguida, ahora lo sabe. Ningún sitio es seguro, ni siquiera el santuario de su abuela.

La anciana da un paso adelante y se retuerce las manos.

—Tu madre me pidió que echara un vistazo a la casa de vez en cuando —dice.

Tessa sonríe, pero es consciente de que es una sonrisa demasiado animada, demasiado ancha.

—No lo sabía. He venido a pasar unos días desde París con mi marido. No sé si le ha dicho mi madre que ahora vivo allí. Queríamos

echar un ojo a la casa también, aunque se nota que la ha cuidado muy bien.

—¿Tu marido? —pregunta madame Daunay, suspicaz.

Tessa zurce los agujeros en su historia. Hazla corta, se dice. Hazla creíble.

—Mi marido tiene un trabajo bastante importante en París, así que está todo bien. Este viaje no es ningún secreto.

Suena desesperado, piensa.

La mujer se acerca un poco más y Tessa ve la mezcla de arrepentimiento y desafío en sus ojos. ¿Qué ha hecho? Ay, Dios mío, ¿cómo ha podido? Sin duda a estas alturas madame Daunay sabe lo que significa hacer esa llamada telefónica.

—Nos conocemos de toda la vida —murmura Tessa.

—No sabía que eras tú —dice la anciana, suplicante.

Tessa retrocede un paso hacia la casa, y otro más, y otro hasta que echa a correr por la hierba. Oye movimiento en el camino, crujir de neumáticos sobre la grava. El corazón le martillea en el pecho. Abre la puerta de golpe, pero, antes de que le dé tiempo a decir su nombre, ve a Gabriel junto a la ventana. Tiene la escopeta en la mano y expresión desesperada. Mueve los labios como si dijera: «Se acabó». Tessa se pone los zapatos y se sitúa a su lado, ve lo mismo que él. Tres…, no, cuatro, ahí hay otro, automóviles en el patio; máquinas negras, relucientes, pensadas para impresionar. Voy a morir, piensa. Nos van a matar. Es lo que hacen con las personas como ella, con la Resistencia, con los espías. Hay diez hombres en el patio, unos con gruesos uniformes grises y otros vestidos con un uniforme que Tessa no ha visto nunca. Abrigos largos de cuero negro.

Gabriel mira a los hombres, a continuación su pistola y de nuevo a los hombres. Tessa le coge la mano y se la aprieta. Al menos nos tenemos el uno al otro, piensa, al menos ha habido algo más, algo bueno, estos meses pasados. Qué sensación tan extraña y apática, saber que vas a morir. No tienen dónde ir, no hay salida. Gabriel deja su arma en un estante alto porque qué sentido tiene cuando salta a la vista que es el fin.

Siguen de la mano hasta que los separan.

Luchan el uno por el otro, alargan los brazos buscando un último roce.

Madame Daunay está en el patio, todavía retorciéndose las manos. Tiene ojos desorbitados y contritos.

—Tessa —dice y Tessa nota la mirada de Gabriel porque, a pesar de los secretos revelados, a pesar de la sangre, no le ha dicho su verdadero nombre.

—Lo siento —le susurra.

Meten a Gabriel en un coche y a Tessa en otro.

Voy a morir, piensa de nuevo y alarga el cuello para ver a Gabriel una última vez. Gabriel, que podría haber sido un gran amor. Podría haber sido alguien a quien conociera durante el resto de su vida. Y lo es, piensa, puesto que se acaba el tiempo, es el fin del amor y de todas sus posibilidades.

—Las reglas son las reglas —dice madame Daunay antes de que se cierren las portezuelas.

16

El viaje dura tres horas, durante las que el convoy efectúa una parada. Tessa supone que es porque la Gestapo no quiere que ninguno de los dos se haga pis en sus elegantes automóviles. Se acuclilla mientras uno de los hombres le sujeta con fuerza el brazo y arruga la nariz con expresión de asco.

No le ofrecen nada de comer ni de beber. Los hombres tampoco le dirigen la palabra a pesar de que ella pregunta varias veces por qué la han detenido y a dónde la llevan.

—Es indignante que maltraten así a una mujer —escupe sintiéndose valiente, asustada y todo lo que hay entre medias.

Por supuesto sabe a dónde van. A París, después de tantos años. No ha vuelto desde que su madre se la llevó de allí para esconderla detrás de los gruesos muros de piedra de la casa de su abuela.

Por la ventanilla del coche, Tessa comprueba que la ciudad entera, desde la *banlieue* hasta los grandes bulevares, está forrada de palabras en alemán y revestida de la bandera del Führer, tal y como había dicho Theo.

¿Tendrá una muerte limpia, como la del niño soldado? Una muerte rápida es una bendición. Intenta leer las caras de los hombres, pero son inescrutables.

Recorrer la avenue Foch le despierta un recuerdo. Tessa y Theo pasearon una vez juntos por esta calle riendo, probablemente después de que Theo le contara alguna discusión con sus amigos de la universidad, que, al menos en opinión de Tessa, a menudo parecían desconcertados por el mundo que los rodeaba.

Su cuerpo es impulsado bruscamente a la izquierda cuando el coche vira para entrar en un patio a toda velocidad. Cuando se abre la portezuela, Tessa clava los dedos en el asiento de cuero hasta que tiran de ella.

—¡No! —chilla espantando a los pájaros de los alféizares—. *Lâchez-moi!*

—Por favor, este comportamiento es innecesario —dice un hombre que está en la puerta en un inglés brusco con acento teutón.

Se encuentra cara a cara con Gabriel, quien se retuerce tratando de liberarse de los dos hombres que lo sujetan. Le está diciendo algo en silencio, pero Tessa solo ve el cardenal morado que empieza a formársele debajo del ojo y el hecho de que, a diferencia de ella, lleva las manos esposadas a la espalda. Pero está vivo, piensa. Aún está vivo. Los conducen por una gran escalinata hasta la quinta planta y el ascenso se hace interminable puesto que se resisten clavando los tacones en el suelo. Tessa observa que la planta está dividida en muchas habitaciones pequeñas. En la pared del pasillo hay un diagrama con lo que parece ser un árbol genealógico, con ramas que unen nombres y títulos. Solo que no es un árbol genealógico, sino un organigrama exhaustivo de la Dirección de Operaciones Especiales de Baker Street. Por el rabillo del ojo, Tessa lee los nombres de Ronald Stenwick, Emmeline Jones, las academias de instrucción en las que se formó.

La meten a empujones en una habitación y cierran la puerta con llave. Hay una cama y un ventanuco con barrotes que da a un pequeño patio. Ocupantes anteriores han grabado nombres y fechas en las paredes de escayola. Hay un Lucien, un Brian, una Diana. Imposible no preguntarse dónde estarán ahora. Puesto que no se le ocurre qué otra cosa puede hacer, Tessa se sienta en la dura cama, pone las manos en el regazo e intenta recobrar el aliento. Su cerebro es un tren despendolado, se acabó, se acabó, se acabó.

Después de alrededor de una hora contemplando los peores desenlaces posibles a la situación en que se encuentra, Tessa es conducida a un amplio despacho en el piso de abajo, con arañas doradas que cuelgan de prístinas molduras del techo. Uno de los hombres del patio la está esperando en la puerta. Es bajo y fornido, y le recuerda al fotógrafo Man Ray, aunque no se le ocurre un insulto peor a que te comparen con un nazi.

—¡Bienvenida, bienvenida! —dice el hombre en un inglés con marcado acento y le tiende una mano que Tessa no acepta—. Soy el coronel Hans König —se presenta, a pesar de que no lleva uniforme. Da un paso atrás y le hace un gesto a Tessa para que entre—. Es una reunión, ¿sí?

La vista es más agradable aquí, desde los ventanales sin barrotes: nubes blancas y los tejados de París. Victor y Alain están sentados muy rectos en una mesa redonda llena de exquisiteces francesas, pasteles de crema y *macarons*. En el centro hay una cafetera humeante. Quizá es una fiesta. Prisioneros, es probable que pronto condenados a muerte, tomando el té con el alto mando nazi. La fiesta más extraña a la que ha asistido jamás Tessa.

Victor la mira furioso, una vena violácea le late en la sien.

—Aunque creo que se llamaban por otros nombres. Refrésqueme la memoria, Paul.

El hombre que Tessa conoce por el nombre de Victor dice de mala gana:

—Victor y Alain.

Tessa no recuerda haberle oído hablar nunca en inglés, y tiene un marcado acento del sudeste. Habla en francés, piensa, y trata de comunicárselo con la mirada. No te rindas.

König da una palmada en la mesa.

—Ah, ¡sí! Victor y Alain.

A Tessa le tiemblan las piernas y tiene la boca seca, aunque, puesto que no tiene intención de hablar, quizá dé igual.

—A usted la conocían como Isabelle. Qué agradable es poder quitarse por fin las máscaras y conocerse. —König hace una señal con la cabeza a Tessa y su expresión cambia instantáneamente. Ahora es severa—. Siéntese, haga el favor.

Tessa obedece y el militar le sirve una taza de café y le ofrece la fuente con pasteles. Cuando Tessa no reacciona, deja las dos cosas delante de ella.

—Por si cambia de opinión —dice de nuevo en tono amable—. Bien. Tessa, he oído hablar de usted. Sé de su pequeña aventura en la *gendarmerie*. Tengo entendido que conoce a Agnès Roue, ¿sí? Estoy deseando hablarle de ella.

Tessa fija la vista al frente. Si no mira a nadie a los ojos es posible que no reparen en lo asustada que está, sobre todo después de oír el nombre de Agnès.

König sigue hablando a pesar de su silencio.

—Pero a través de sus propias palabras es como me he hecho una idea de su personalidad. —Se saca una carta del bolsillo y empieza a leer. Es una carta a Theo que Tessa le envió usando uno de los contactos de Jean, o al menos eso creyó en su momento. Qué doloroso es oír sus palabras en voz alta, qué forzada suena la mentira, las veladas inventadas en Londres, las charlas con los amigos, qué poco plausible le resulta. Trata de que no se le note en la cara porque está decidida a ser Isabelle, no Tessa.

Pero entonces Alain chasquea los dedos y deshace el engaño.

—Tienen copias de las cartas que escribimos a nuestras familias. De casi todas las que mandé —dice en inglés con acento.

Así que por lo menos eres francés, piensa Tessa.

Esto no es simple mala suerte. Algo ha salido rematadamente mal. Es evidente que saben quién es ella y qué hace allí.

Tessa es consciente de que tiene que tomar una decisión. ¿Seguir con la mentira, sabiendo que es probable que enfurezca a König, o dejar de disimular? No va a contarles nada, está decidida a no ceder y, sin embargo, ¿qué es lo que podría contarles si parecen conocer ya cada detalle de la operación?

—¿Dónde está el hombre que venía conmigo? —pregunta en inglés. Qué raro se le hace después de tanto tiempo.

—Por fin habla —dice König.

Antes de que le dé tiempo a contestar a la pregunta de Tessa, aunque ella está convencida de que no iba a hacerlo, llaman a la puerta.

—Es el doctor Katz —informa König.

Ninguno mira al hombre, que lleva gafas de cristales gruesos y no saluda a nadie, ni siquiera a König.

—Hemos estado jugando un poco, ¿verdad, caballeros? —König sonríe a todos los que están en la mesa—. Remi, ¿por qué no se lo explicas a Tessa?

El hombre que Tessa conoce como Alain se está comiendo un *éclair* de chocolate. Lo deja, mira a Tessa con elocuencia y dice:

—Es muy sencillo. El coronel König me pidió que enviara un mensaje a Londres por radio y eso hice.

Por qué está tan tranquilo, se pregunta Tessa. ¿Qué ha pasado aquí? En cambio, Victor tiembla de furia.

König junta las manos.

—El doctor Katz ha probado a enviar mensajes desde el transmisor de ustedes con… —se encoge de hombros en un gesto de despreocupación— bastante éxito, debo decir. ¿Está de acuerdo, Katz?

El otro hombre menea la cabeza.

—Qué poco cuidadosos son ustedes con los cifrados de seguridad.

—Verá, Tessa —dice König—. Es la primera vez que conseguimos enviar un mensaje a Londres a través del operador inglés mismo.

—Londres pensará que el mensaje lo enviamos nosotros —interviene con amargura el hombre que Tessa conoce como Victor—. Y, cuando contesten, pensarán que nos están contestando a nosotros, pero estarán dándoles información a ellos. —Hace una seña con la cabeza a König y a Katz—. Sabrán cuándo son las entregas, quiénes son los agentes. Sabrán qué aprovisionamiento tenemos. El enemigo lo sabrá todo y será información obtenida directamente de la fuente.

—Es un buen plan, ¿no? —dice König.

Es en este momento cuando Tessa recuerda la conversación que mantuvo con Alain en el granero. Sobre la comprobación de seguridad verdadera y la falsa. Si Londres recibe la verdadera en una transmisión, sabrán que se trata de su agente, pero si reciben la falsa, sabrán que el agente no es de fiar. Ahora entiende la mirada cómplice de Alain. Esto no los salvará, es demasiado tarde para eso, pero al menos alertará a Londres de la situación.

—Les gustará saber que Londres ya ha contestado —anuncia König.

Los tres guardan silencio. Victor se mira las manos. Alain continúa devorando un pastel.

—Doctor Katz, por favor, lea el mensaje de Londres.

El doctor Katz asiente, se saca un papel del bolsillo y carraspea.

—Parece que has olvidado la clave de seguridad, querido muchacho —dice—. Por favor, ten más cuidado en el futuro.

Alain se queda muy quieto, con lo que queda del *éclair* suspendido a un par de centímetros de su boca. Victor cierra los ojos. Es tan poco plausible —tantas horas de clase, los recordatorios constantes sobre la seguridad— que Tessa tarda unos instantes en comprender lo que ha ocurrido. Baker Street, desoyendo sus propias normas, ha informado a los alemanes del uso de una clave de seguridad por parte de Alain.

—*Ça y est* —dice Alain dejando el *éclair* en el plato y juntando las manos.

Mira a Tessa y hace el gesto de cortarse el cuello con el dedo.

Victor da un puñetazo en la mesa que los sobresalta a todos.

—Estábamos vendidos en cuanto se lo contamos a ella. —Está tan furioso que se le quiebra la voz—. ¿Cómo has podido? ¿Te pagaron?

¿Qué precio pusiste a nuestras cabezas?

König despide a Katz y los mira uno a uno. Ya no sonríe.

—Gabriel y tú fuisteis los únicos que faltasteis a la entrega —dice Victor condenándolos a los dos de un plumazo—. Alain vino a advertirnos, pero vosotros ¿dónde estabais?

—Eso no fue así —dice Tessa asombrada de que no le tiemble la voz.

No tiene nada que añadir.

Pero König parece más interesado ahora, se balancea atrás y adelante en su silla igual que un niño nervioso. Da una palmada con las manos y uno de los dos guardas apostados al otro lado de la puerta la abre.

—Estos caballeros ya se marchan —dice König.

Los guardas obligan a levantarse a Victor y a Alain. Alain sonríe a Tessa, pero es una sonrisa débil y, por cómo mira a uno y otro lado del pasillo, Tessa sabe que se está preguntando si este es el fin. Se pregunta qué le harán para obligarlo a revelar la clave de seguridad y si dará resultado.

Victor se separa del guarda y señala a Tessa con el dedo.

—Nos has matado —dice furioso—. Puede que no hayas apretado el gatillo, pero nos has matado. Traidora.

Y se lo llevan.

—Que quede claro, no tiene ningún sentido insistir en los alias ni en las identidades falsas —dice König—. A estas alturas ya debería haberlo comprendido. ¿Le apetece un pastel?

—No tengo ningún interés en jugar a este juego, sea cual sea.

—Ah, ¿no? —König se encoge de hombros—. Es una pena desperdiciarlos. Los compré especialmente para usted, para su

encuentro con sus amigos.

—Podría haberles dicho que no soy ninguna traidora.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Creo que puede serles útil saber que han sido traicionados por todos lados.

—¿Cómo es que tiene mi carta a Theo?

—Me parece que quiere usted mucho a su hermano, ¿sí? Qué difícil debe de ser mentir a un ser querido. Y, respecto a cómo llegó a mis manos la carta, creo que ya lo sabe. Creo que intentó usted alertar a Londres, y, a pesar de lo que diga Victor, creo que también trató de advertir a sus amigos aquella noche en el bosque.

Tessa cierra los ojos. Ver confirmadas sus sospechas no le produce ninguna satisfacción, ahora no.

—Jean —dice.

König vuelve a asentir.

—Un hombre de lo más colaborador.

—¿Dónde está mi amigo?

König se recuesta en el respaldo de su silla. Tessa se da cuenta de que está recabando cada detalle, sopesando si puede serle de utilidad.

—Veo que le importa ese hombre —dice, y, cuando Tessa no contesta, añade—: Tessa, quiero ayudarla, pero para eso tiene que ayudarme usted a mí.

—Usted no quiere ayudarme.

König parece decepcionado.

—Pues claro que sí, y pronto comprobará lo bien que tratamos a los agentes que colaboran, una vez entienden que debe ser una relación de reciprocidad. Muchos nos han sido de gran utilidad.

Tessa tiene ganas de vomitar.

—Entonces han traicionado a su país.

—Es posible. O quizá los ha traicionado su país a ellos. Luchar por la propia vida no es ninguna deshonra, sobre todo cuando te han fallado tanto como a usted. —Señala el papel que leyó el doctor Katz —. Quiero ayudarlos a usted y a su amigo, de verdad que sí. Somos todos soldados, su uniforme es algo distinto, eso es todo. Lo respeto. Si me ayuda, le juro que me aseguraré de que usted y su amigo son tratados como prisioneros de guerra, con toda la protección que esa posición comporta. —Cuando Tessa sigue sin hablar, König ladea la cabeza y añade—: Nadie quiere hacerle daño, Tessa. Para empezar, tengo hijas de su misma edad. Sería incapaz.

Tessa piensa un momento y replica:

—No sé si eso habla bien ni de su sexo ni de su credo, coronel. —König resopla y levanta las manos—. No, me alegro de que me lo haya contado —continúa—. Me alegro porque, si no tuviera usted hijas, yo no sería más que una mujer para usted y entonces estaría en un apuro, ¿verdad? Es sabido lo mucho que les gustan las jerarquías a ustedes los nazis.

—Tessa, usted ya está en un apuro —dice König con expresión ensombrecida.

Se ha accionado un resorte y el estado de ánimo ha cambiado. Tessa se maravilla de lo fácil que ha sido sacarlo de quicio.

La devuelven a su celda, pero no antes de que König prometa hablar con ella al día siguiente, y al otro, «hasta que confíe en mí».

Tessa se pregunta quién estará detrás de las otras puertas cerradas de la planta. ¿Las mujeres con las que hizo la instrucción?

Jamás hablarán. Pero, al recordar el detallado «árbol genealógico», ¿acaso importa? Es evidente que muchos han hablado ya.

Y, además, ¿puede considerarse traición que los agentes revelen lo que saben? Quizá König tiene razón; quizá los traicionados son los propios agentes. Los británicos, sus superiores, han condenado a sus propios hombres y mujeres mediante lo que parece una completa y absoluta incompetencia.

¿Qué haría yo, se pregunta, con tal de salvar la vida? ¿Hasta dónde llegaría?

El instinto de supervivencia es algo asombroso.

Desde su celda Tessa ve el patio. Un hombre —no es Gabriel ni nadie que conozca— está cara a la pared. Tessa está tan concentrada en sus hombros encorvados, en el blanco de sus orejas, que al principio no detecta la presencia de un segundo hombre. Entonces la escena se viene abajo, se desmorona igual que un castillo de naipes y Tessa está tan pendiente de los detalles de la escena que se le olvida respirar. Un detalle es el temblor de las manos del primer hombre. El uniforme gris tormenta del segundo hombre es otro, lo mismo que la pistola que lleva en la mano. Tessa quiere apartarse de la ventana, pero comprueba que es incapaz. Un instinto morboso se ha despertado dentro de ella. Qué naturales resultan, una acción, luego otra. El hombre de uniforme obliga al hombre tembloroso a arrodillarse, le pone la pistola en la base del cráneo y dispara. Una explosión de rojo y gris salpica la pared encalada. El hombre del suelo se inclina hacia delante, su cabeza se desliza por la pared hasta que su cuerpo es un guiñapo. Un sonido flota en el aire; no es solo el disparo, sino también un grito que, cosa extraña, ha salido de la garganta de Tessa. La mancha de

sangre en la pared adopta la forma de una ostra. Lo recordaré siempre, piensa Tessa, también el sonido, y la intensidad del rojo.

Algo se mueve en el patio. König, con su pelo negro centelleando al sol, sale de entre las sombras y la mira. Está sonriendo.

SEGUNDA PARTE

Nueve meses después

Theo

Normandía, 5-6 de junio de 1944

17

Armstrong —dice una voz, un susurro—. Theo…

Theo abre los ojos, los cierra, los abre otra vez. Está oscuro, aún como boca de lobo al otro lado de las delgadas ventanas del barracón, y los ojos de Barnes en la cama contigua son dos fanales. Hay tanto calor en su mirada que Theo quiere tender una mano para ver si Barnes se la coge. En su imaginación lo hace, en su imaginación los dos entrelazan los dedos y guardan silencio porque no hace falta hablar; sus miradas lo dicen todo. Barnes tiene un pelo rubio rojizo que se le riza sobre la frente cuando no lo lleva retirado debajo de la gorra. Su piel clara es suave como la mantequilla…, Theo está convencido. Ha pensado mucho en ella.

Entonces cae en la cuenta. Hoy es el día. Es ahora, por fin va a suceder. El escuadrón se acostó nada más cenar para intentar arañar unas pocas horas de preciado sueño. Theo mira su reloj. Son casi las diez. Ha logrado dormir dos horas.

—Ya lo sé —dice Barnes—. Durante un segundo a mí también se me ha olvidado. Vendrán de un momento a otro a gritar que nos preparemos.

Theo traga saliva. Barnes sigue mirándolo, pero su sonrisa es ahora tensa, forzada.

—Armstrong —repite.

—Dime, Barnes.

—No sé si… Igual es una tontería. No sé si debería…

Theo se apoya en un codo y vuelve la cabeza para ver si hay alguien escuchándolos. Pero el resto de los hombres parece dormir, sus ronquidos son un zumbido de fondo para los ruidos procedentes del exterior. El chirrido lento y molesto de los hangares abriéndose, los portazos. Las conversaciones distantes de las tripulaciones de tierra mientras hacen sus preparativos.

—Por favor, dilo —le pide Theo en la voz más baja de que es capaz. Existe desde hace meses una corriente eléctrica entre los dos. Es lo que le hace despertarse por las mañanas—. Quiero que lo digas.

—Es que no quiero que te hagas ilusiones.

Theo niega con la cabeza.

—Sé cómo funciona.

No es la primera vez que vivo algo así, piensa.

—Quería preguntarte… si…

—¿Sí?

—Pues si… ¿crees que nos darán un desayuno especial antes de irnos? ¿O las raciones son igual de míseras con independencia del día?

Theo se tumba de espaldas para que Barnes no le vea la cara. Ríe, aunque es consciente de lo forzado que resulta.

—Yo no creo que pueda comer nada —contesta—. Nos pongan lo que nos pongan.

Es el día más importante de la guerra.

Es lo que dicen los hombres una hora después, mientras suben a los aviones. Estas son sus palabras: «Llegó el momento, muchachos,

aquí estamos, lo hemos conseguido». Es el día más importante de la guerra y ellos van a formar parte de él. Si alguno está nervioso, cosa muy probable, no lo manifiesta en voz alta. Nadie quiere estropear el ambiente mostrando su miedo, aunque Theo supone que todos lo sienten, el latido sordo detrás de los ojos brillantes y las palmadas en la espalda. Barnes toca el brazo de Theo. ¿Le digo algo?, se pregunta este. Está todo ahí, ¿no?, en el roce de Barnes. Los dos hombres hablan a menudo y con franqueza, sobre todo. Se buscan mutuamente. Duermen en literas contiguas y Barnes es la última persona que ve Theo cada día. Cinco tablones de suelo separan sus catres; lo sabe porque los ha contado. Hay miradas que salvan esa distancia, miradas que se prolongan. En una ocasión Barnes dejó que sus dedos rozaran el dorso de la mano de Theo sin retirarlos de inmediato.

Debería decir algo, piensa Theo.

Claro que también puede estar imaginándolo, y se trata de una esperanza, no de una realidad; de un deseo, no de la verdad. Porque hay deseo, anhelo, ardiendo en su interior. Pero no, el riesgo es demasiado grande. Riesgo de rechazo, de exposición, de vergüenza. Es una distracción de la tarea que tienen entre manos, cuya magnitud es casi inconcebible. El escuadrón lleva meses sin salir de la base para que no puedan revelar por accidente ningún detalle de la operación, del plan. No ha habido permisos, ni llamadas telefónicas ni cartas. Theo existe en una burbuja de uniformes azules almidonados en la que no hay un antes ni un afuera, solo esto. La posibilidad de un futuro, la expectación, la espera, la espera, la espera.

De modo que si Barnes lo rechaza no tendrá dónde ir, no podrá escapar, a no ser que Barnes lo denuncie y en ese caso donde irá es a prisión. Por tanto, Theo no ha dicho nada y se ha dedicado a follar con un ingeniero. La diferencia es que fue el ingeniero de tierra quien lo abordó a él. El riesgo le pareció casi asumible.

Pero ahora, aquí, en este día oscuro y aún sin estrenar, ha llegado el momento, porque es poco probable que haya otro. Meses de incursiones aéreas, objetivos múltiples repartidos por la costa norte de Francia, y ahora esto. El día más grande de la guerra. Cobertura aérea, pero esta vez los planeadores a los que acompaña Theo van cargados de hombres, no de bombas. Es liberación desde el cielo, una misión para asegurar las carreteras detrás de las playas de Normandía antes de la invasión propiamente dicha.

Una hora después del desayuno nocturno, el escuadrón ha recibido instrucciones y está en la pista de despegue, esperando para salir.

—Barnes —dice Theo—. Richard.

Barnes asiente con la cabeza. ¿Hay algo en esa sonrisa?, se pregunta Theo. ¿Una admisión? ¿Está ahí de verdad o es que él quiere verla?

—Nos vemos al otro lado —dice Barnes con ese acento cambiante que Theo no ha sido capaz de identificar.

Theo sonríe tenso, sabedor de que el momento ha pasado, de que le falta valor.

Basta ya, se ordena. Son todo imaginaciones tuyas.

Pero ¿y si no lo son?

—No faltes —dice porque decir adiós podría traer mala suerte.

En sus pensamientos el escuadrón ya vuela entre nubes, pero aquí en el aeródromo hay personas que van de un lado a otro, tripulaciones de tierra y de aire. La tensión y el nerviosismo son palpables. Theo los nota crecer también dentro de él. Para esto se han estado preparando.

Se sube a su Spitfire después de una última ojeada a la base que ha sido su hogar durante los últimos meses. Mira a los otros hombres subirse a sus aviones y planeadores, los pilotos, la última tanda de paracaidistas. Algunos no han cumplido los veinte años; son niños, no hombres. Theo, a sus veintiocho años, está considerado el veterano de su escuadrón.

La mayoría de los pilotos que hicieron la instrucción con él están muertos. Apenas duraron un mes. Disparados, volados en pedazos, masacrados. Theo ha visto un final detrás de otro detrás de otro.

«Los seres humanos se crecen ante la adversidad», le había dicho Tessa en una ocasión. Theo no está seguro de que sea cierto. Conoce bien la fragilidad del ser humano, la ha visto hecha añicos, mutilada, vidas alteradas para siempre. Él no es la misma persona de antes. Ha cambiado, está cambiando a una velocidad que lo deja sin respiración. Estas experiencias, los finales que ha presenciado… No, se reconviene Theo, las muertes. Ha visto la muerte. No es un victoriano estirado que necesita sinónimos para describir las experiencias humanas más profundas. Theo ha visto la muerte y lo está vaciando por dentro, la persona que era está siendo reemplazada por la indignación, por el odio y por una necesidad inexplicable y abrumadora de permitir que hombres hagan con él lo que quieran y siempre que quieran. El peligro forma parte de ello. El peligro es lo que hace latir su corazón. Por eso sabe que sigue vivo,

porque por dentro no es de piedra. Una vida, dos vidas, hasta llegar a siete. El caso es que ahí sigue. Nos vemos al otro lado, le dice a nadie en particular.

Delante de él, al otro lado del cristal de la cabina de mando, un banco de nubes lo baña todo, la tierra, el cielo, de color gris. Si alarga el cuello, que lleva envuelto en una bufanda de lana color vino —regalo de su madre, cuyo talento para la calceta es imposible de alabar—, Theo distingue a duras penas las crestas blancas de las olas abajo. En ocasiones imagina delfines trazando grandes arcos u obliga a su cerebro a esforzarse y una ballena, una gran bestia negra con piel que reluce en la débil luz, emerge de las profundidades grises del Canal. El aire frío de la cabina de mandos le hiere la piel. Agradece la bufanda tosca y aún más los calcetines gruesos. Barnes se había burlado muchísimo de ellos en la base.

«¿Los has heredado de tu abuela?», había preguntado tocando el pie a Theo con la punta de uno de los suyos.

Un roce fugaz puede abarcar el espectro entero de las emociones humanas.

Theo limita sus pensamientos a las ballenas, los calcetines y las crestas blancas. El resto los ahuyenta. Se acerca la medianoche, pero el cielo, la luna y el sol aún no se han enterado. Su escuadrón confía en pillar por sorpresa también al enemigo. Vaya, lo ha dicho. El enemigo. El miedo ya aletea en su estómago.

La batalla de Inglaterra. El Norte de África y ahora esto.

La liberación de Francia.

Theo está recibiendo oxígeno a bocanadas. Ajusta un poco la válvula, vuela más bajo, siguiendo órdenes, fuera del alcance del radar enemigo. El viento sacude el avión —aunque lleva cuatro años pilotándolo, la ligereza del Spitfire no deja de asombrarlo— pero lo corrige con el timón, no oye nada que no sea el ruido del motor. La desorientación es siempre un peligro; puede asaltarte de improviso si no tienes cuidado. En una ocasión Theo estuvo casi cinco minutos preguntándose por qué le estallaba la cabeza y le atronaban los oídos antes de comprender que estaba volando cabeza abajo. Mantiene la vista en los instrumentos de vuelo y el espeso banco de nubes grises. Las lanchas de desembarco pronto zarparán para cruzar el Canal llenas hasta los topes de hombres de todas las edades. Imagina el zarandeo y las sacudidas de la marea. El cabeceo de los cascos metálicos verdes. Para algunos será la primera vez que salen de Inglaterra. Madre mía. Pobres cabrones.

—¿Theo?

—¿Tessa?

Se le tensan los hombros. Sus manos se paralizan en plena maniobra. En respuesta, la radio chisporrotea y Theo se sonroja. ¿Lo habrán oído? De ser así, se burlarán de él sin piedad más tarde. Ya le parece oírlos. «Huy huy huy, ¿quién es Tessa?». Pero no, nada, silencio y aire frío. Tessa no está allí. Por supuesto que no está. Es un recuerdo, nada más, una realidad anhelada. Antes oía su voz en su cabeza continuamente. Dejó de hacerlo cuando Tessa se marchó a Francia, como si hubiera cortado el hilo que los unía. ¿Cómo lo hizo?, se pregunta Theo, ¿y por qué tiene ella ese poder y él no? Delante de él parpadea una luz, un destello, otro más. Sí, Francia. ¿Y qué es ese sonido bajo sus costillas? ¿Puede ser su corazón

latiendo, la emoción de estar en un país que siempre ha considerado un hogar lejos de su hogar? En los últimos meses lo ha visitado con regularidad para atacar almacenes, ferrocarriles, pero esta vez es distinta. Bajo este avión, decenas de miles de hombres pronto saltarán a las olas. *Esta vez es la definitiva.* Tierra, el garabato oscuro del perfil de la costa. ¿Son esas las siluetas de las playas? ¿O se ha dejado llevar otra vez por la imaginación? Abre la válvula al máximo y gana altura, manteniendo una velocidad de manual: 185 millas por hora.

Los primeros disparos de una batería antiaérea de la playa rasgan el aire. Theo vira a la izquierda para evitarlos. «¡Mierda!», grita, y, a continuación: «¡Joder!». Lo asombra su lenguaje en el cielo, el torrente soez que brota de sus labios. A Tessa le encantaría, piensa. Tessa reiría y se uniría a él. Ahora tiene frío. Su respiración es jadeante, superficial bajo el grueso mono de aviador. Las nubes son una bendición. El enemigo podrá oírlo, pero no verlo.

Theo sobrevuela la línea que separa la tierra del mar. Ahí está Barnes. Su avión, igual que el de Theo, está recién pintado a rayas negras y blancas. Barnes también es veterano, está allí desde el principio. No son muchos los que tienen el aguante ni la suerte, pero Theo es adicto a la adrenalina de volar. No puede estar sin ella y tampoco quiere intentarlo. Cualquier día puede ser el último; es una euforia extraña pero poderosa.

Formas entran y salen del gris. Aviones británicos, los alemanes que se acercan. Aparece uno enemigo en el alerón de Barnes. Theo tarda un instante en comprender lo que ocurre.

—¡Barnes! —grita por la radio, justo a tiempo.

Barnes hace un rizo hacia atrás y coge por sorpresa al avión enemigo. Ahora vuela detrás de él y desaparece en una nube de humo negro cuando dispara una lluvia de fuego al otro avión. El caza baja trazando espirales y desaparece en las aguas del Canal.

—¡Sí! —grita Theo dando puñetazos al aire—. ¡Así se hace, maldita sea!

Junto a él vuelan planeadores, esas bestias silenciosas y extrañas. Paracaidistas camino de sus zonas de lanzamiento. Cómo debe de ser precipitarse a lo desconocido. Dios bendito. Theo se estremece sin poder evitarlo, aunque quizá es de frío. Traza otro círculo, pero nada. ¿Dónde está el enemigo? ¿De verdad lo han cogido por sorpresa? Ha tenido innumerables sueños con este combate aéreo —lleva meses casi sin dormir— ¿y ahora se reduce a eso?

—Los hemos sorprendido —ruge por la radio.

Como a muchos otros, esta orden de ataque lo había desconcertado, al haber hecho tan mal tiempo los días inmediatamente anteriores. Pero no, qué idea genial; al parecer los alemanes están igual de perplejos.

El fragor del combate llega a sus oídos. Accionando con suavidad el timón, se desplaza de nuevo hacia la izquierda. Se le ha acelerado el corazón. Theo se siente casi feliz. Mar, playa, verde, vuela hacia el verde, pulsa el gatillo y dispara una andanada a una batería antiaérea. Por el aire suben llamas negras, después anaranjadas y por fin rojo intenso.

«¿Piensas alguna vez en las personas que has matado?», le preguntó Tessa una vez.

El ojo de Theo detecta movimiento. Una aeronave enemiga, un SKG 10. Da la vuelta, pero es demasiado tarde para intervenir. No ve

el Dakota ni el planeador hasta que están en llamas. Theo guiña los ojos y busca la insignia redonda en el avión. Ahí está. Es británico, sin duda.

—Mierda —dice en voz baja—. Mierda, mierda, mierda.

El planeador se tiñe de naranja, después de rojo. Se desintegra, se hace pedazos en el aire y las distintas partes caen al mar.

Niños, piensa Theo. Los paracaidistas. El piloto. El navegante.

Un disparo certero de su ametralladora derriba el caza alemán. Theo da la vuelta. Ahora hace calor, el frío ha desaparecido, las gotas de sudor se multiplican en su frente. El enemigo está sobrepasado en el aire; resulta obvio incluso con la escasa visibilidad del amanecer. Theo desciende y apunta su ametralladora más allá de la playa; tiene que derribar todo lo que pueda mientras los paracaidistas llegan a sus zonas de lanzamiento. Barnes vuelve a estar a su derecha. Sabe que es él, distingue las marcas de su avión.

Si salimos vivos de esta, piensa, te diré lo que siento por ti.

¿Lo ha gafado? ¿Condena a Barnes esta promesa que Theo se hace a sí mismo? Porque segundos más tarde el avión de Barnes está en llamas. Theo no ve el impacto, pero lo nota. Su avión da sacudidas, la explosión lo zarandea y tarda un momento en recuperar el control de los mandos.

—¡Dios bendito! —grita—. Barnes. Dios bendito. —Mira el avión, o lo que queda de él, precipitarse hacia la playa—. ¡Salta, Barnes, por el amor de Dios, salta! —grita sabiendo que no sirve de nada, que Barnes ya no puede oírlo.

El cielo está lleno de balas y aviones que entran y salen de la nube. Theo no distingue ningún paracaídas. Desea desesperadamente ver un paracaídas salir del avión que cae en

picado. Claro que ¿de qué le serviría a Barnes caer directamente en zona enemiga?

No hay ningún paracaídas. Solo llamas y los restos de un avión que explotan al alcanzar la playa. Quizá ha salido, piensa Theo. Quizá no lo he visto. Es totalmente posible que no lo haya visto.

Entonces, por el rabillo del ojo detecta un destello antes de que el impacto haga entrar en barrena su avión. Una vez más no ha visto el caza enemigo. Estaba demasiado ocupado pensando en el Dakota, en los muchachos. En Barnes. Siete vidas, ocho, nueve, diez. Está cayendo en picado. Hoy es el día, piensa. La adrenalina le acelera el pulso. Theo vuelve la cabeza y ve la cola de su Spitfire arrancada de cuajo, esquirlas de metal negro calcinado.

«¡Me han derribado!», grita como si alguien pudiera hacer algo. Con el estruendo de la batalla a su alrededor, es probable que ni lo oigan. Abajo. Es donde va a terminar, lo quiera o no. Consigue recuperar algo parecido al control y maniobra para alejarse todo lo que puede del mar. Las imágenes se repiten. Hombres engullidos por las llamas, primero color negro, luego naranja, a continuación rojo. Los contornos afilados de la vida en la tierra se hacen cada vez más nítidos. Theo ve carreteras que serpentean desde la playa en dirección a los primeros signos de normalidad francesa, más allá de los búnkeres y de las alambradas. Casas pintadas de rojo y crema. Vallas de jardín. Una granja, tal vez, con un huerto de gran tamaño, hileras ordenadas de alcachofas.

Piensa en Barnes, en la pérdida. Piensa en su hermana, en la extrañeza que le produjo su gorra entre los dos, sobre la mesa de la cocina de la tía Vi. Nunca lo sabré, piensa. Nunca sabré qué se traía entre manos. Nunca sabré lo que ocurrió hace todos esos años.

¿Cómo seguirá ella adelante, cuando él no esté?

18

Una voz susurra:

—Está volviendo en sí.

El día más importante de la guerra. Theo hace ademán de tomar los mandos de su avión, pero sus dedos solo tocan aire. Recuerda una luz parpadeante, un destello, otro. A treinta mil pies debajo de él, decenas de miles de hombres en lanchas de desembarco se preparan contra la embestida de las olas. Los recuerdos llegan de color naranja primero, después rojo y por último negro. Hace mucho calor.

Hay un sonido en el aire que suena extraño y disuasorio a la vez.

—¿Podéis hacer que se calle? —dice una segunda voz.

Parte del ruido, descubre Theo con asombro, sale de él. Debía de estar soñando con su avión, también con la invasión, porque todo lo demás ha desaparecido. Las sacudidas del avión, el chisporroteo de la radio, el rugido feroz del motor. Sin embargo, nota movimiento donde sea que esté ahora, tenues vibraciones del suelo. Los sonidos parecen llegar de fuera, de lejos. Fuera, piensa. Y a continuación: yo estoy dentro. No parece capaz de abrir los ojos. Si extiende los brazos, toca algo sólido y húmedo. El olor le resulta familiar, pero no es el Spitfire; no tiene gasolina en la nariz, ese olor que a menudo permanece en su pelo y en su mono de aviador, que sus manos le

dicen que aún lleva puesto, aunque el tacto es húmedo ¿y qué es ese sabor metálico en la lengua? Oye latir su corazón, ahí está, a punto de salírsele del pecho, es el sonido de algo fuera de control. El aire es húmedo, pero no importa, un calor dentro de él le impide tener frío.

—Chis, Denis, por favor —dice la voz que lo sacó del sueño.

La otra voz replica en tono de pánico:

—Nos van a matar por su culpa.

Theo intenta retroceder, alejarse de las voces, las vibraciones y los sonidos exteriores, pero parece tener la espalda pegada a algo sólido y sus piernas se niegan a moverse.

—¿Quién está ahí? —susurra a la oscuridad.

Se lleva la mano a la cintura, pero su pistola no está.

—Cállate —dice la primera voz, más firme ahora.

Theo cree que es de mujer. Se le ocurre que esto puede no ser un sueño, a pesar de la bruma, de las voces casi irreales. ¿Dónde está? Las voces le recuerdan a casa, a su madre. Se da cuenta de que hablan su lengua. Hablan en francés. Su madre sigue aferrándose furiosa a su lengua materna, las conversaciones en la mesa son en inglés y en francés, con Theo y Tessa alternando entre ambos idiomas. Daría cualquier cosa por estar allí ahora. Discutiendo con Tessa sobre un libro, con su padre dando sus opiniones como si fueran hechos probados y su madre interviniendo con un «*vraiment?*» burlón.

Entonces el dolor lo golpea como fuego y se da manotazos en las piernas.

—Ay, Dios —gime—. Ay, Dios.

No reconoce su propia voz.

—Para, estate quieto —dice la otra voz, que suena distinta, de hombre.

A continuación Theo nota calor en la cara, escozor. Es yodo, reconoce el olor. Intenta apartar la cara, pero se la sujetan con fuerza.

—¿Tessa? —dice, aunque lo sabe, lo sabe. La esperanza no siempre llega acompañada de lógica.

La negrura regresa y se vuelve gris, a continuación aparece una cara de mujer. Tendrá la edad de su madre y sostiene una lámpara de aceite. Lleva el pelo recogido bajo un pañuelo.

—No es más que sangre seca —susurra levantando el trapo ensangrentado para que Theo lo vea.

—*Qu'est-ce qui se passe?* —pregunta este.

Theo mira a su alrededor parpadeando, tratando de respirar a pesar del dolor. La habitación es de ladrillo, sucio de manchas oscuras. Parece un granero, o al menos un edificio anejo de alguna clase. Ve vigas de madera, tejas de un tejado inclinado. Está tumbado en un colchón viejo y raído que parece haber absorbido toda la humedad del aire.

La mujer levanta el quinqué y lo mira con ojos entornados.

—¿No se acuerda?

Theo piensa en el color naranja, seguido de rojo, seguido de negro. En las sacudidas del avión y el hedor en la nariz. En el avión de Barnes estrellándose contra la playa. El calor de esas muertes, piensa.

La mujer sacude la cabeza.

—Tal vez sea mejor así.

El hombre le coge la lámpara y la balancea, proyectando sombras en las paredes. Es mayor que la mujer, más canoso. En la mano que sostiene el quinqué le faltan dos dedos.

—Cayó en nuestro campo, saltó en paracaídas de su avión. Ha quedado destrozado —dice.

Por si Theo no le ha entendido, deja la lámpara en el suelo y representa la caída juntando sus manazas en el momento del impacto.

La mujer lo fulmina con la mirada.

—Hicimos lo que pudimos con su pierna, pero es una fractura fea. Necesita un cirujano que se la recoloque.

Mira a Theo a los ojos para asegurarse de que la comprende. A Theo no le gusta lo que lee en su expresión. Lástima, piensa. Y miedo.

Se toca la pierna con una mueca de dolor y apretando los dientes. Tiene el mono de aviador y los pantalones desgarrados hasta la rodilla, la tela del uniforme empapada de negro y un trapo vendándole la herida. Al palpar la tela se da cuenta de que la herida es grande y está abierta y sólida en el centro. La mujer le tapa la boca con una mano para ahogar su grito.

—Agua —dice Theo cuando lo libera. La mujer se saca una petaca del bolsillo de la chaqueta, se inclina sobre él y le humedece los labios. El whisky le quema la garganta, pero mitiga el dolor—. Más —pide y la mujer asiente.

El hombre chasquea la lengua.

—No lo malgastes con él. Dudo que llegue a mañana. —Menea la cabeza y la lámpara sigue balanceándose—. Tiene la pierna

infectada —le dice a modo de disculpa—. Se la hemos limpiado lo mejor que hemos podido, pero si se le pasa a la sangre…

El hombre tiene aspecto de granjero. Los granjeros entienden de estas cosas.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunta Theo.

La mujer sonríe con paciencia.

—Unos pocos días.

Unos pocos días. Trata de hacer memoria en la negrura, se lleva las manos a ambos lados de la cabeza, que le duele, y entonces aprieta más porque el dolor es la prueba de que sigue allí, resistiendo.

—Aquí… —dice—. Pero dónde…

—*La Normandie* —susurra la mujer.

Hay otra explosión fuera, y otra, y otra más. Sus rescatadores se tiran al suelo, pero Theo está preso en el colchón y se protege la cabeza con las manos. De las vigas caen nubes de polvo. Lo nota en los labios, en la lengua. La mujer se saca una pistola del bolsillo, mientras el hombre va hasta la puerta y se asoma. Theo quiere preguntar si va a morir, pero, cuando se mira la pierna herida, tiene miedo de la respuesta. En un momento así, su padre diría algo profundo. Tessa estaría furiosa y no le daría miedo demostrarlo porque tendría razón. Es injusto. Ya nunca resolverá los problemas que tiene en la cabeza. No volverá a ver a su hermana. Entonces piensa en Yeats: «Todo cambió, cambió por completo».

La mujer lo está mirando con ojos entornados de preocupación. Coge la mano a Theo y se la lleva a un largo tajo que tiene en la sien.

—No es tan grave —dice.

Se sienta a su lado, se saca una cajetilla de tabaco del bolsillo, enciende dos cigarrillos y le da uno a Theo. A este le duele respirar, pero acepta el cigarrillo y tose en el puño cerrado después de la primera calada. La mujer se lleva un dedo a los labios.

—Le harán más daño si lo encuentran —susurra ladeando la cabeza en dirección a la puerta. Se saca la petaca del bolsillo, pero esta vez no le ofrece a Theo—. No sé cuánto tardarán en llegar aquí —dice—. Tampoco si serán amigos o enemigos.

—Parece que están cerca.

—Sí.

—Es posible que me estén buscando a mí —dice Theo y no puede evitar reír porque por los sonidos resulta obvio que no es así, no a estas alturas de la operación. Además, es probable que lo den por muerto.

La mujer le da un apretón suave en el brazo. Theo se echa a llorar, trata de taparse la cara con la mano que tiene libre. Lleva años sin llorar. Nota el calor subirle por el cuello hacia la cara. No puede hacer nada salvo confiar —rezar, piensa—, pero Tessa le diría que no sea tonto. Le diría que es un hipócrita que solo recurre a Dios en los momentos malos.

—Tengo que volver —dice débilmente.

Piensa en la invasión de Francia, en tantos preparativos. A pesar de las heridas y el aturdimiento, quiere cumplir con su papel de liberador. Necesita averiguar si Barnes está vivo. Recuerda otra vez las llamas saliendo de su avión. Pero era un caos, piensa. Quizá consiguió salir sin que yo lo viera. Al fin y al cabo, él ha sobrevivido. Estoy vivo, se dice. Quizá Barnes también.

—No se haga ilusiones —replica el hombre—. Por lo general tenemos nuestros métodos… Vamos a ver, no es la primera persona que nos cae del cielo. Pero tal y como está la cosa ahora mismo, no podemos hacer nada. Escuche todo ese estruendo. Estamos rodeados de alemanes. Confíe en mí, está más seguro aquí.

—Los británicos están teniendo problemas con los tanques enemigos —dice la mujer—. Yo creo que llegarán antes los americanos. Su avión se desvió bastante.

A pesar del dolor, este comentario irrita a Theo.

—Es difícil mantener el rumbo… —respira hondo, por un momento le faltan las palabras en francés— cuando te han arrancado el timón. —Se seca la frente con el dorso de la mano—. Qué calor hace aquí.

—En realidad no tanto. Nada, de hecho. Es plena noche. —La mujer le toca la frente—. Es usted, Denis. Tiene fiebre.

Denis.

—¿Tiene mis documentos? —pregunta Theo y la mujer se los saca del bolsillo y se los deja a su lado.

—Quería saber su nombre —dice.

Otra explosión, otra colisión. La mujer apoya las manos en la pared para no perder el equilibrio.

—Liberación —murmura sombrío el hombre en la puerta.

Un nuevo estallido hace caer las botellas de cristal de un estante y se hacen añicos.

—Deberían irse —dice Theo—. Los dos. Es demasiado peligroso.

Pero interiormente está desesperado por decir: por favor, no me dejen, porque le dan miedo las visiones en su cabeza, que no hacen más que crecer en color e intensidad, y también tiene miedo del final, de enfrentarse a él en soledad.

—Da igual si me quedo o me voy —dice la mujer—. Si los alemanes lo encuentran a usted, estamos muertos. Quizá lo estamos de todas maneras. Si ustedes pierden.

Theo la mira por un instante, a pesar de que le cuesta fijar la vista. También tiene problemas para respirar, como si un peso le oprimiera el pecho, pero no, es el uniforme. Piensa: no, es el miedo. Al cabo dice:

—Me llamo Theo. —Lo pronuncia a la manera francesa, *Théo*, como hace su madre, y siente otra punzada de nostalgia—. Nos dan papeles falsos por si aterrizamos detrás de las líneas enemigas. Así tenemos una identidad falsa mientras intentamos volver a casa. Imagino que ahora mismo habrá en Francia pilotos británicos con nombres falsos tratando de avanzar por territorio enemigo.

—Territorio enemigo —dice la mujer.

Theo trata de incorporarse. El dolor es insoportable.

—Ustedes no son enemigos.

—No sabe nada de nosotros.

—Sé que me están ayudando.

La mujer sonríe, pero su expresión es sombría.

—Puede ser, pero, cuando las personas son capturadas, hablan. No estoy juzgando. Todos decimos que no lo haremos, que mantendremos la boca cerrada hagan lo que hagan, pero, cuando llega el momento de la verdad, hablamos. Es la naturaleza humana, instinto de conservación.

Theo hace una mueca.

—Quizá no llegue ese momento.

—Quizá no. Pero llevamos mucho tiempo viviendo bajo ocupación. Conoce usted Francia, ¿verdad? Habla bien el idioma. Pero Francia

ha cambiado. Quizá ninguno podamos volver atrás.

—Oigo la artillería.

La mujer se pone otro cigarrillo entre los labios.

—Sí.

Otro sonido al otro lado de la ventana. Ambos se vuelven a mirar el cristal.

El hombre vigila en la puerta, tiene la escopeta en una mano y en la otra una cerveza. Theo piensa que debería dormir, pero le resulta todo muy abstracto, como si se hubieran olvidado de él. La cabeza no le da respiro. El naranja, seguido del rojo, seguido del negro.

De lo que está seguro es de que cada vez hace más calor.

—Tessa —dice.

Se le ocurre que tal vez decir su nombre le haga sentir bien, lo ayude. De niños en el colegio presumían de leerse mutuamente los pensamientos. «Somos la misma persona», decía Tessa. No lo son, los últimos años lo han demostrado, pero la frontera entre ambos en ocasiones se desdibuja. La última vez que la vio estaban tumbados de espaldas en el suelo del cuarto de estar de la tía Violet escuchando discos, «O soave fanciulla» de Puccini, apurando el tiempo porque ambos sabían que tardarían en volver a verse. Tessa le había cogido de la mano, igual que hacía antes.

Bajo el calor, la humedad, con los pensamientos agolpándose, empieza a surgir el pánico.

—Tessa —repite Theo.

—No grite —gruñe el hombre.

—¿Es su novia? —pregunta la mujer.

—Es mi hermana.

—Estará en casa, esperándolo.

La mujer se acerca a él, le acaricia la mano y la frente, la ternura ha reemplazado a las formalidades porque —Theo cae en la cuenta en ese momento— puede ser la última cara que vea. Se concentra en una única imagen, el jardín de la casa de su madre en el Loira. A los dos les encantaba. Me desnudaré y me bañaré en el estanque, piensa. Almorzarán ostras. Nota la sal en los labios.

—Está en un cuarto muy oscuro —dice, pero la mujer lo acalla.

—Ese es usted, Theo. Su hermana está en casa.

La distancia se aquieta, piensa Theo; el tiempo se desgaja.

Oye ruido de motores, de vehículos excavando la tierra fuera, de botas pisando al unísono. Hay hombres que gritan y llaman, pero no sabe en qué idioma hablan. Hay un bebé que llora y Theo mira a la mujer, ve cómo cambia la expresión de su cara, se pregunta si será suyo el niño y por qué está aquí y no con él. La mujer se echa a llorar, pero no hay nadie para consolarla, a Theo se le ha olvidado cómo se hace. De tanto en tanto la tierra tiembla y cae más polvo del techo. Pasan horas, pasan minutos, más tarde sabrá que fueron días. El edificio está en llamas, pero no, es Theo el que arde, desfallece en su camastro improvisado y húmedo.

Por fin, ante el latido desbocado de su corazón, la puerta se abre de par en par. La luz entra a raudales. Todos se vuelven hacia ella protegiéndose los ojos con las manos.

Cambridge, septiembre de 1944

19

Theo insiste en coger el tren, más por él que por ellos, aunque es probable que sus padres prefieran recibirlo en casa. ¿Cómo van a ser distintas las cosas si ellos actúan con normalidad? Cambia de postura, necesita mantener la pierna lo más recta posible…, no es que lo necesite, es que no tiene elección. Ha sido afortunado conservándola, o eso dijeron los médicos del hospital de campaña normando, un lugar dejado de la mano de Dios y enviado del cielo. Theo el afortunado, piensa, que no ha perdido la pierna, que no ha muerto con los demás y fue encontrado en el lado amigo. Se recoloca para poder mirar por la ventana, se concentra en el otoño y en el cambio de las estaciones para no tener que pensar en las otras cosas. ¿Por qué se libró? ¿Por qué salvó la vida? ¿Por qué ellos no y él sí? Ellos se precipitaron a las llamas, él no. Su paracaídas se abrió, el de Barnes no. Tantas cosas a merced del destino: el paracaídas, el viento, un aterrizaje que solo le rompió una pierna. Afortunado. Forma la palabra con los labios. Él está en casa, ellos no.

Coge un taxi en la estación —ha insistido en ello— y atraviesa calles de ladrillo amarillo y sin apenas coches, pero con gente por todas partes. Piensa: he ido al infierno y he vuelto, y aquí casi nada ha cambiado. Aunque va preparado, su casa lo coge por sorpresa. Picos de setos de boj esculpidos por su padre y mantenidos desde

entonces de mala gana por un hombre del pueblo cada mes a cambio de unos peniques. Cancela verde, ventanas verdes, los manzanos donde las zorzas reales devoran la cosecha caída cada octubre. Su madre espera en la puerta ocultando sus emociones más intensas bajo un pañuelo.

—*Dieu merci* —dice abrazándolo.

—Hola, maman —responde Theo mordiéndose el labio porque Tessa no lloraría en una situación así.

Mira por encima del hombro de su madre esperando el «Entonces ¿no estás muerto?» de ella, pero lo que hace es ver a su padre bajar las escaleras.

—Dichosos los ojos —dice el padre poniéndole a Theo las manos en los hombros.

Quizá sí hay un cambio, bajo el silencio.

Después de todo, la familiaridad es un consuelo. El suelo de baldosa en que se deslizaban en calcetines de niños —y de no tan niños— para ver cuál llegaba más lejos. Cuadros de artistas que su madre había conocido en su juventud. Qué habrá sido de ellos, se pregunta Theo. Denunciados por degenerados y huidos, o algo peor. Lo único que podemos hacer es cruzar los dedos, había dicho Tessa en una ocasión.

El té se sirve en la salita. Las tazas favoritas de su madre, alegre porcelana esmaltada de rojo y amarillo y los mejores pasteles posibles habida cuenta de las restricciones.

—Pensé que estaría aquí —dice Theo una vez su madre se ha asegurado de que «esos carniceros que son los cirujanos del ejército» no le han estropeado a Theo la pierna para siempre.

Hay un silencio. La madre cierra los ojos.

—La guerra no ha terminado para todo el mundo —dice. Cuando abre los ojos, reflejan estupor y vergüenza—. *Théo, chéri*…, perdóname. No quería decirlo en ese tono.

Theo se encoge de hombros. Está acostumbrado a esquivar las embestidas. No hay razón para que esta mañana sea distinto, por destrozada que tenga la pierna.

—¿Sabemos dónde está? —pregunta—. No recuerdo la última vez que supe de ella.

A Tessa le gusta sorprender, tanto que casi ha perdido la capacidad de hacerlo. Pero Theo tiene que reconocer que lo de unirse al FANY fue un giro de los acontecimientos que no se había esperado.

—¿Te sirvo más té? —pregunta su madre.

De pronto Theo se preocupa.

—Pero si no he dado ni un sorbo.

La madre está concentradísima en su servilleta, se la pasa entre los dedos y hace una bola con ella.

—Anda de acá para allá —dice.

Theo nota algo en la boca del estómago.

—¿Está bien?

El padre arruga el ceño y se levanta, tirando la silla con las prisas por distanciarse de la escena.

—¿Qué pasa? —pregunta Theo.

Su madre le aprieta la mano.

—Nada. Son muchas emociones a la vez para tu padre. Para todos. Qué alegría tenerte en casa por fin. Estábamos preocupadísimos.

—Eso ya lo sé. De verdad que sí. Pero ¿queréis decirme, por favor, lo que está pasando? ¿Dónde está Tessa?

La sensación en su estómago se acompaña ahora de otra en el pecho que ya conoce, porque desde hace unos meses sabe que algo no va bien. Ha estado carcomiéndolo igual que un insecto atacando una viga de madera, solo que se ha esforzado al máximo por no hacer caso. Es la distancia, pensaba; es el silencio; la preocupación es normal.

—Por Dios bendito —murmura el padre.

—Dominic, por favor —dice la madre.

—Adela, tenemos que hacerlo.

Theo sigue la conversación entre sus padres, consciente de que están diciendo en voz alta solo lo imprescindible, esforzándose al máximo por dejarlo fuera.

—Pero ¿cómo? —La madre rompe a llorar.

—Decídmelo —exige Theo con voz tranquila.

Su madre espera que la consuele; Theo lo lee en sus ojos, ve su sorpresa por que no lo haya hecho, la decepción por que no quiera hacerlo. Su madre aún no sabe que está apagado por dentro. Entonces ella asiente con la cabeza y el padre va hasta el secreter, custodio de todo lo considerado importante. Pasaportes, billetes, facturas, cartas. Las cosas aburridas, diría Tessa. El padre saca una carta de entre las páginas de un cuaderno y cierra los ojos. Theo lo ve y también cómo le tiembla la mano al coger el papel. El padre deja la carta en la mesa y camina hasta la ventana.

Theo la coge y lee dos frases mecanografiadas.

—No entiendo —dice.

El padre no se vuelve.

—No pierdas los estribos —pide la madre.

Pero lo hará y lo hace, porque es Theo, no la otra cara de la moneda. Tessa es impulsiva y valiente. Theo es tranquilo, pero en ocasiones colérico. Hoy su reacción es teatral. Se pone en pie y blande la carta.

—¿Qué significa esto? —grita.

No tiene intención de escuchar a su madre. No piensa hacer lo que esta quiere.

La madre es consciente. Lo mira a los ojos.

—No lo sabemos, Théo.

—«Sentimos informarles de que creemos que su hija Tessa Armstrong ha desaparecido detrás de las líneas enemigas en Francia. Hay una investigación en curso y les informaremos en cuanto tengamos noticia de su paradero». —Theo le enseña la carta a su madre—. ¿Qué hacía Tessa en Francia?

Entonces su madre se agita, gesticula y abre mucho los ojos.

—Hay hospitales de campaña ahí…, puestos de evacuación.

—Detrás de las líneas enemigas no. —Theo se vuelve a su padre —. ¿Papá?

El padre está ceniciento.

—No lo sé.

Theo se sienta, pero no, esto no tiene sentido. Se pone de pie otra vez a pesar de que está empezando a dolerle la pierna.

—Ya sabía yo que era imposible. Toda aquella palabrería sobre el FANY y tener una misión en la vida.

—¿Cómo que una misión? —dice la madre.

—¿Habéis preguntado por ahí? —pregunta Theo—. Tenéis que conocer a alguien.

—Nadie nos dice nada.

Su madre le coge la carta, la dobla y la devuelve al secreter.

—Esa carta es de hace un mes —señala Theo—. ¿Cuánto tiempo lleva desaparecida?

Su madre se sienta, retuerce la tela de su falda hasta hacer un nudo. Su padre se pasa una mano por la frente y dice:

—¿Crees que no hemos intentado averiguar algo más?

—Se me olvidaba —dice la madre con evidente deseo de cambiar de tema—. También ha llegado una carta para ti.

Le da un sobre a Theo. Este de inmediato reconoce la letra de su comandante. Sabe de qué se trata. No quiere abrir la carta —sus padres lo están mirando con atención—, pero tampoco soporta esperar un momento más.

—Llegó hace unas semanas. No sabíamos si reenviártela al hospital —dice su madre.

Hace unas semanas. Theo ha pasado un infierno y sus padres tienen la carta desde hace semanas.

Rasga el sobre con el abrecartas de su padre. Lee las escuetas líneas. Se ordena a sí mismo respirar, no delatar nada ante sus atentos padres.

Ahí está, negro sobre blanco. Barnes, muerto. Confirmación. Los británicos no pudieron recuperar su cuerpo de la playa, si es que quedaba cuerpo después de semejante explosión. Theo lo duda. Barnes hecho pedazos. Barnes reducido a nada. La carta dice que no hay pruebas de que el paracaídas se abriera. No hay un solo testigo que pueda proporcionar aunque sea un atisbo de esperanza a la posibilidad de que Barnes haya sobrevivido.

Barnes muerto. Tessa desaparecida.

Pero los quiero, piensa.

Un golpe, otro, y otro más, no le dan tregua.

La madre le coge la mano, preocupada.

—¿Theo? —dice el padre.

Theo dice que necesita tomar un poco el aire, pero lo que quiere es alejarse de sus padres, de las cartas y de las fotografías en la repisa de la chimenea. Tessa recogiendo su título de la Sorbona. Los dos saludando desde las ramas altas de un roble del jardín. Baja por el camino hasta el pueblo tratando de acostumbrarse a caminar con bastón. La gente lo saluda con una inclinación de cabeza, respetuosa. Sí, detrás del duelo —¿es esto el duelo?, se pregunta— está el otro Theo, uniformado y elogiado. ¿Y si le preguntan por Tessa? No se ha informado de cuál es la versión familiar. ¿Está bien o no? ¿En el extranjero o no? *Muerta, igual que Barnes*. Pero lo sabría, ¿no? Si estuviera muerta, él lo sabría, no le cabe la menor duda.

La cabina telefónica está libre. Se acuerda del número, lo que es curioso, puesto que lleva años sin marcarlo.

—Qué bien que contestes tú —le dice al auricular.

De haberlo hecho el padre, habría colgado. Tiene la sensación de estar hablando al pasado, más allá de las fronteras del tiempo.

Hay un largo silencio.

—¿Estás ahí? —pregunta.

—Oí que te habían derribado —dice la voz al otro lado de la línea.

—Sí, pero…

—He estado meses consultando las esquelas de *The Times*. Es ahí donde las publicáis, ¿verdad? ¿En *The Times*?

Theo no se había esperado esto. ¿No pueden saltárselo y pasar a lo siguiente?

—Las he consultado obsesivamente —continúa la voz—. Y tú ni siquiera me has escrito.

Me dijiste que no lo hiciera, piensa Theo.

—¿Puedes venir a buscarme? —pregunta.

—Ven tú aquí.

—No puedo. A ver, puedo, pero solo si me vienes a buscar. Tengo la pierna…

—Ah. Ah, vale, entiendo. ¿Es grave?

—Hay quien dice que he sido afortunado. —Theo carraspea—. Pero no está demasiado bien.

Stephen lo encuentra esperando junto al buzón de correo.

—Buenas —dice cuando abre la portezuela del coche.

Theo tiene una imagen en la cabeza, de Stephen, Tessa y Michael en el autobús camino del colegio; deben de tener unos trece años, aunque el tiempo se borra, los recuerdos se funden unos con otros. Se ríen de algo que ha dicho Theo, algo burlón pero cariñoso. Y en el bosque, donde se reunían después de clase, Stephen trata de liar un cigarrillo con tabaco robado a su padre, pero el tabaco no hace más que salirse del papel y derramarse en la tierra musgosa. Tessa tiene la nariz metida en un libro, Michael mira nervioso a su alrededor, convencido, como siempre, de que los van a descubrir. Stephen enciende el cigarrillo y se lo ofrece primero a Theo. Los dedos de ambos se tocan al pasarse el cigarrillo. Theo siente una descarga eléctrica en la espina dorsal que lo irrita. No quiere estos sentimientos, no los entiende, todavía no.

Recuerda la fascinación que le despertaba la nuca de Stephen asomando del cuello de la camisa, cómo se preguntaba lo que sería rozar ese trozo de piel con los labios.

En cambio, ahora, en el coche, Theo es incapaz de mirar a Stephen como es debido hasta que no llegan al último recodo antes de la granja. Está igual, la granja está igual, como todo lo demás. En el patio hay maquinaria sin usar. El pajar tiene el techo hundido y más musgo que tejas. Allí follaron años atrás, cuando todo era muy distinto. Ahora el mundo ha cambiado y Theo también, en cambio Stephen sigue igual. Las mismas ropas de faena, botas cubiertas de estiércol. Mismo pelo rojo pulcramente cortado. La granja ha conservado a Stephen tal y como era, y, al ser una ocupación exenta del servicio militar, también lo ha protegido de la guerra. Y sin embargo alimentar a un país durante una guerra es una lucha en sí misma, piensa Theo, con sus particulares dificultades. Stephen tiene la edad de Theo, pero parece mayor. Hubo un tiempo en que su relación les parecía algo reprobable, pero quizá ahora sea distinto, dado lo mucho que ha cambiado Theo. Nunca ha hablado de Stephen con Tessa, y quizá eso también influya. Algo que le pertenece solo a él.

—¿Dónde está tu familia? —pregunta Theo.

—Hola, Stephen, ¿cómo te ha tratado la vida estos dos últimos años?

Theo ríe, pero no puede bajar del coche sin esta información. No está de humor para cortesías: «¿Cómo estás, Theo? Y la guerra, la pierna y todo lo demás». Quiere estar a solas con Stephen.

—Han ido a ver a un hombre para hablar de un perro; volverán tarde —dice Stephen dirigiéndose a la puerta de la casa.

Theo baja como puede del viejo coche, apoya el peso en el bastón para ponerse en pie. Se alegra de que Stephen no esté mirando. El aire huele a excremento de caballo, a humo y a heno. El heno siempre le hace pensar en el sexo. Ahora mismo está pensando en el sexo. Tessa se sentiría orgullosa, siempre ha tenido una mente calenturienta.

Stephen se sienta en un sofá raído del atestado cuarto de estar. Piezas de maquinaria grasientas manchan de negro una mesa de roble sin barnizar.

—¿Me das un vaso de agua? —pregunta Theo sentándose a su lado.

—Igual luego.

Stephen le está desabotonando la camisa.

—No he… —Theo ve un trozo de piel de Stephen—. No he venido por eso.

Stephen ríe y le coge el mentón.

—¿Para qué has venido entonces? ¿Para hablar?

—¿Tan difícil es de creer?

—Para eso ya tenías a tus amigos, a tu hermana. Siempre he sabido para qué me querías a mí. —Stephen se gira—. No eres el único que me mira siempre así. Soy consciente de cuáles son mis virtudes. Los tipos de por aquí…

Theo tiene una punzada de remordimiento porque desea a Stephen, pero se avergüenza de ello.

—No me puedo creer que sigas resentido —dice.

—Resentido no. Furioso.

—¿Me lo dices en serio?

—Me diste la patada sin pestañear.

—El trabajo era en Londres, Stephen. Mi trabajo. Nada más.

Theo junta las manos en el regazo para tapar su excitación. Si no puede quedarse aquí y no puede ir a casa, no sabe qué hará. Stephen se lo toma como una señal.

Se sienta a horcajadas encima de Theo, le pone los labios en el cuello, sin besarlo, sin llegar a tocarlo, solo lo bastante para que Theo note su aliento en la piel. Este siente que está haciendo algo malo, igual que en el pasado, pero quizá es lo que busca a fin de cuentas.

A continuación Theo dice:

—Que sepas que me gustas. Nunca he buscado solo sexo.

Como si eso mejorara las cosas.

Después dan un paseo por la granja; el sexo les ha aflojado las extremidades y la lengua.

—Has perdido práctica —dice Stephen para herir a Theo, pero este sabe que no es verdad.

En el establo, las vacas de Jersey asoman sus hocicos finos y elegantes por encima de la partición para comer. Un humilde cerdo de pelaje áspero se pasea entre los dos pilones a ambos lados del corral. Stephen le rasca detrás de la oreja rosada y el animal se tumba de espaldas igual que un perro, feliz.

Theo saca un pitillo de una cajetilla.

—Sí, por favor —dice Stephen—. Gracias por ofrecer.

—Si tú no fumas.

—Tú qué coño sabrás.

Theo le da un cigarrillo.

—¿Cuándo has vuelto? —pregunta Stephen.

Theo da un respingo.

—Hace unas tres horas.

Stephen se agacha sin dejar de rascar al cerdo boca arriba.

—Joder.

—¿Por qué lo dices?

—Pues porque no sé si mis padres serían tan comprensivos. Si los dejara después de estar tanto tiempo fuera para irme con un…

—No lo digas —lo interrumpe Theo.

Stephen se encoge de hombros.

—Bueno.

El dolor en la pierna se le ha extendido al pecho. Pero no, decide, esto es distinto.

—Tessa está desaparecida —dice—. En Francia.

Tarda cinco segundos en relatar todo lo que sabe de la situación de su hermana.

Stephen se queda un rato pensando y, luego, para sorpresa de Theo, se ríe.

—Tu hermana siempre fue muy teatrera, pero esto ya resulta exagerado incluso para ella. —Calla un momento y da una calada a su cigarrillo—. Madre mía, es el fin del mundo y aun así Tessa se las arregla para superarnos a todos.

20

Al día siguiente coge el primer tren a Londres y su madre no deja de protestar en todo el trayecto de casa a la estación. «Si acabas de llegar», gimotea cuando Theo no dice nada. Aunque casi ni ha amanecido, ha encontrado tiempo para peinarse y empolvarse la cara. Para el viaje Theo ha elegido un libro de la biblioteca de sus padres, *Servidumbre humana*, de Tessa, por supuesto, como deja claro su nombre escrito pulcramente en la portadilla. Theo pasa el dedo por la tinta azul. ¿Dónde estás, Tess?

—Necesito buscar trabajo —le explica a su madre con la vista en el suelo porque nunca ha sabido mentir—. Tú misma lo has dicho, la guerra no ha terminado.

—Sí, claro. Después de todo, saltar de un avión en llamas es una nimiedad. Es hora de que empieces a contribuir de verdad.

A petición de Theo, le ha preparado un bocadillo de pasta de cangrejo para el tren. Un hombre con un maletín y un ejemplar del *Telegraph* encajado bajo el brazo sube al vagón. Theo está intentando leer, pero no logra concentrarse en las palabras. El problema es que no puede escapar a sus recuerdos, y dirija a donde dirija sus pensamientos, las sombras irrumpen. No, no son sombras, sino una luz cegadora. Sus manos sueltan el libro. Tiene una hebra suelta en los pantalones y sus dedos juguetean con ella, tiran,

pellizcan. Cuando levanta la vista, el hombre ha dejado de leer el periódico para mirarlo. No le quita ojo, y Theo sabe lo que debe de estar pensando. La juventud de Theo, la ausencia de uniforme, el bastón que añade nuevas posibilidades a la ecuación. Theo ha tenido una buena guerra o una mala, y si es mala al menos se ha terminado.

Londres supone un consuelo por lo distinto. No hay rastro de la homogeneidad de Cambridge, donde los últimos cuatro años no parecen haber dejado huella alguna. En Londres la guerra está por todas partes. Sacos de arena y ventanas oscurecidas, huecos repentinos entre edificios, vivencias grabadas en los rostros de los transeúntes. Theo se detiene delante de unos grandes almacenes y examina su reflejo en los grandes cristales del escaparate. Lo asombra lo mucho que ha cambiado, las arrugas alrededor de los ojos, la línea afilada de sus pómulos.

No era este el futuro que había imaginado.

Petersham Place es una calle de casas de dos plantas encajadas entre embajadas con fachada de estuco y mansiones. Su madre tenía la dirección en su agenda. Qué encantador es que hayan mantenido el contacto, piensa Theo con amargo sarcasmo. Es aún pronto para esta luz repentina. Era de noche y ahora no. La casa está en el centro de la hilera y tiene la puerta pintada de azul. Su intención es llamar, pero no lo hace, tampoco toca el timbre. El cansancio se apodera de él como si fuera dolor, pero quizá es su cuerpo diciéndole que vaya más despacio. Desesperado, cambia el peso de un pie a otro para mantener la sangre circulando y apoya el bastón contra la pared. Los puntos se unen formando una línea en su cabeza; el dolor, la herida, una luz cegadora.

Michael abre la puerta sujetando un maletín delante del cuerpo a modo de escudo. Lleva el uniforme de un profesional, traje de raya diplomática, hecho a medida, caro. En el colegio Michael desarrolló un tic nervioso, siempre estaba tirándose de las mangas de la chaqueta para tapar los puños raídos de sus camisas. Theo lo observa con detenimiento, repara en su calva incipiente y en su cara sin arrugas.

—¿Theo?

Michael da un paso atrás y se lleva una mano al pecho en un gesto de afectación pura.

—En cuanto leí la carta supe que habías tenido algo que ver. —La furia brota enseguida; llevaba tiempo esperando a aflorar a la superficie. Theo acorrala a Michael contra la puerta y lo sujeta con un brazo en su garganta. Su pierna y su cadera se quejan. La había echado de menos, la adrenalina, el corazón martilleándole el pecho. La gente se detiene a mirar e intercambian susurros ocultándose la boca con la mano—. ¿Dónde está?

Michael se queda pálido.

Theo lo empuja con más fuerza.

—¿Dónde está?

Michael traga saliva.

—Theo, no lo sé. Pasa, tómate una copa y charlamos.

—Son las ocho y media de la mañana.

—Pues una taza de té.

Theo piensa un momento y asiente con la cabeza. Recupera su bastón, entra detrás de Michael en un vestíbulo con varias puertas y empapelado que amarillea por efecto del tiempo o del humo.

—Disculpa el desorden —dice Michael—. No tengo servicio.

—Quieres decir que tu madre no viene mucho por aquí.

—¡Ja! No, por desgracia no.

Theo piensa en lo a menudo que Michael dice «¡Ja!» en lugar de reír. Tessa solía burlarse de él, aunque nunca a la cara. Qué dice de Michael, se pregunta, el hecho de que no sea capaz de bajar la guardia para mostrar sus verdaderas emociones. ¿O simplemente es que no tiene sentido del humor?

—Entonces ¿té?

Michael está examinando el contenido de varios armarios como si fuera nuevo allí. El piso desprende cierto aire de abandono. Ropa sin guardar, una fina capa de polvo en los escasos muebles.

—Entiendo que estés disgustado, muchacho, pero lo de la puerta no ha estado bien. Es mi casa, son mis vecinos. No me conviene llamar la atención.

—No me interesan tus juegos de espías —dice Theo, cortante.

No piensa dejarse regañar por su amigo del colegio. El aire de superioridad de Michael lo irrita insoportablemente. ¿No se da cuenta de lo alterado que está?, se pregunta. ¿Su comportamiento en la puerta no ha sido prueba suficiente?

Michael deja una taza de té aguado en la mesa delante de Theo.

—Entiendo que has pasado calamidades.

Theo tensa los hombros, pero no contesta. Calamidades, como si una palabra tan trillada pudiera acercarse siquiera a las cosas que ha visto. Calamidades. Es tan aséptica, tan pulcra, pero quizá es como perciben la realidad los hombres como Michael.

—Volviste de Francia convertido en un héroe —dice Michael.

Theo pestañea. Claramente Michael ignora la realidad de sus experiencias. El dolor, las muertes, la ausencia de esperanza.

—¿Eso dicen? Dios mío.

Michael asiente con la cabeza.

—No sé nada, siento comunicarte, pero, aunque lo supiera, no podría decírtelo.

Theo ríe. Quizá están interpretando una farsa y esto es un teatro.

—Ríete, pero ¿te das cuenta de que podrían juzgarme si te cuento algo?

—Qué importante te crees, joder.

Michael se apoya en la encimera.

—Pues que sepas que estoy preocupadísimo por ella.

—Me dijo que se había unido al FANY —dice Theo—. ¿Era mentira?

—No, es verdad que se unió.

—Entonces ¿qué hacía detrás de las líneas enemigas?

—Ya te he dicho que no puedo… —Michael mira a Theo a los ojos —. Estaba trabajando.

Theo abre la boca para hablar.

—No puedo decirte nada más —añade enseguida Michael.

Pero Theo no piensa rendirse. Tirará de cualquier hilo, por tenue que sea.

—¿Para quién trabajaba?

—Supongo que para las mismas personas para las que trabajamos tú y yo.

Michael da un sorbo de té, parece tranquilo de nuevo. Quizá, piensa Theo, cree que ha pasado lo peor.

—La guerra es una maquinaria con muchísimos componentes — dice Michael.

Theo sabe que está siendo condescendiente, pero aun así no puede evitar preguntar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que tu hermana es excepcionalmente capaz e inteligente, conoce Francia y habla francés casi como una nativa.

Theo se pone de pie y camina con rigidez y apoyado en su bastón por entre montones de libros y residuos que sugieren una vida desordenada. Dostoievski para presumir, sin tocar, toma nota de ello. Ni dibujos ni óleos, nada que delate la personalidad del inquilino. Michael es una concha, piensa, una lapa. Siempre lo ha sido.

—¿Está muerta? —pregunta.

No puede no hacerlo. No sabe qué hará si la respuesta es sí.

Michael baja la cabeza.

—No lo sé. Es posible. No puedo decirte más.

Es como si sonara una alarma dentro de la cabeza de Theo. Es el peor pensamiento posible, la peor realidad.

—Parpadea una vez si está viva y dos si está muerta —dice.

Michael hace una mueca.

—No sabemos nada de ella desde hace mucho tiempo. Puede estar en un campo.

—¿Un campo?

Eso es esperanza y Theo se aferra a ella.

—De prisioneros. Pero es complicado.

—¿Y eso por qué?

—Para empezar, no iba uniformada.

Theo se lleva las manos a la cabeza. Si al menos lograra protegerse del rayo de luz que se cuela por un resquicio en las cortinas de Michael. Si pudiera no estar allí, en esa habitación

desastrada con un hombre que hubo un tiempo al que consideró amigo.

—No entiendo lo que significa eso. ¿Quieres decir…?

—No estoy diciendo nada, Theo.

—Sin uniforme en un país ocupado por el enemigo. Si la han detenido con ropas de civil no la considerarán prisionera de guerra.

—No.

—Pero es voluntaria del FANY.

—Solo de nombre. No tiene un rango. Muy pocas mujeres del FANY lo tienen, de hecho. Significa que no son miembros oficiales del Ejército. Un descuido por nuestra parte, lo reconozco.

—¿Cómo que descuido? —Theo está atónito.

—Se las integró en el FANY para darles una coartada, pero por desgracia significa que Tessa no está protegida por la Convención de Ginebra.

—Entonces, si la han hecho prisionera, la considerarán una espía, sin protección legal de ninguna clase.

A veces es insoportable tener cerebro de abogado. No hay manera de huir de las implicaciones de las palabras de Michael.

—Theo…

—¿Es Tessa una espía?

Nunca me habría ocultado algo así, piensa.

—Escucha, en la guerra no hay nada blanco o ne…

La alarma dentro de la cabeza de Theo vuelve a sonar.

—Vete a tomar por culo.

Michael se eriza.

—Te has vuelto muy soez, querido muchacho.

—Es el resultado de tres años en vuestra puta maquinaria de guerra. ¿Estás…? ¿Están…? Por Dios, ¿hay alguien buscándola?

—No lo sé con seguridad, diría que debe de haber una investigación. Es una situación complicada, como comprenderás. Lo máximo que se puede hacer es confiar.

—Así que confiar —dice Theo sin entonación—. ¿Y en qué crees que debo confiar exactamente, en encontrar a mi hermana o en descubrir qué ha sido de ella?

—Yo que tú confiaría en que los Aliados tomen Francia.

Le sobra energía y no tiene cómo gastarla. Le duele la pierna y también las sienes. Lleva la dirección de Barnes escrita en un papel en el bolsillo. Theo no hace más que tocarla con las puntas de los dedos para asegurarse de que sigue allí, pero no la necesita. Se ha aprendido la dirección de memoria. Una mujer de negro abre la puerta de una casa que es más lujosa de lo que esperaba, en una calle tranquila y apartada de South Kensington.

—¿Señora Barnes? —dice deseando no haber ido, presintiendo que es una equivocación.

La mujer niega con la cabeza y le hace pasar. Es conducido a una sala, sofá mullido de terciopelo verde, butacas rococó con tapizado de rayas. En la repisa de la chimenea hay fotografías. Barnes con chaqué y chistera, sonriendo junto a un caballo de carreras; el jockey está inclinado hacia él y tiene una mano en su hombro. Barnes de niño, con osito de peluche y bloques de construcción. Barnes del brazo de una mujer joven. Theo toca el cristal que protege esta fotografía.

Añorarlo es una sensación muy física. Al igual que con Tessa, es un dolor, un golpe en el pecho que se repite una y otra vez.

Cuando oye un ruido a su espalda, retira los dedos de la fotografía. Asomada a la puerta hay una mujer mayor con el pelo recogido en lo alto de la cabeza.

—¿Sí? —dice.

Theo sonríe instintivamente, a continuación frunce los labios, sin saber qué se espera de él.

—¿Señora Barnes?

La mujer pone mala cara.

—Cliffton-Barnes. ¿Y usted es?

Theo traga saliva, nervioso.

—Theo Armstrong. Volaba con su hijo.

Le tiende la mano, pero la mujer no se la estrecha. Lo mira de arriba abajo y su vista se detiene en el bastón.

—Está herido —dice con tono algo más amable.

Entra y se sienta en el sofá verde.

Theo asiente. Está pensando en el acento de Barnes, que nunca llegó a identificar. Jamás habría adivinado que su mundo era este; no es algo común en las Fuerzas Aéreas, que Theo siempre ha asociado más con la clase media.

—No es grave —dice señalándose la pierna.

Espera que la mujer lo invite a sentarse, pero no es así. Sigue mirándole la pierna.

—Sentí mucho lo de Barnes… Richard —dice Theo cambiando el peso de pie, incómodo—. He estado en el hospital. No lo supe a ciencia cierta hasta…, bueno, hasta después.

La mujer frunce el ceño. Llaman a la puerta y entra una mujer más joven de negro que abre mucho los ojos al ver a Theo. Le coge la mano y la retiene entre las suyas.

—¿Es usted Theo? —pregunta la mujer.

Theo asiente, confuso. Barnes nunca mencionó una hermana y hablaban de todo, ¿o no? Bueno, de casi todo. El tiempo pasado en compañía de Barnes era siempre lo mejor de cada día en la base.

—Ella es Emily —dice la madre de Barnes en voz baja—. La prometida de Richard.

Theo baja la vista y sí, hay un anillo. Es grande y parece antiguo, tiene todo el aspecto de ser una joya de la familia. Suelta despacio la mano.

Emily respira hondo y se apoya en una silla.

—Qué alegría conocerlo por fin —dice.

Theo comprende que ella está al borde del llanto. Si llora no podrá soportarlo.

—Richard me habló de usted en sus cartas. Estaba feliz de tener un amigo como usted. Creo que le hacía más llevadero estar lejos de nosotras. Quizá a usted le ocurría igual. ¿Tomamos el té?

Mira a la madre de Barnes, que hace sonar una campanilla que hay encima de la mesa auxiliar.

Emily señala una butaca, y, cuando Theo se tambalea, le coge el brazo y lo ayuda a sentarse.

Theo está pensando en dedos que se rozan, en las miradas intercambiadas mientras cuchicheaban de noche en sus literas contiguas. Recuerda la última vez que vio a Barnes. «Nos vemos al otro lado».

Golpe tras golpe tras golpe.

—Era un piloto excelente —dice porque no se le ocurre otra cosa.

La madre de Barnes aparta la vista. Emily asiente con la cabeza y expresión valiente.

—Sí —responde—. Lo era, ¿verdad? Es lo que han dicho todos.

Porque es lo que se dice siempre, piensa Theo. Murieron rápido y sin sufrir. Murieron como héroes. No tenían ni idea de qué estaba pasando mientras padecían unas muertes horribles y sangrientas.

La mujer que abrió la puerta entra con la bandeja del té. La deja delante de la madre de Barnes, sirve tres tazas y le da una a Theo.

—Y su hermana, su melliza —dice Emily—. Debe de estar feliz de que haya vuelto sano y salvo.

Theo traga saliva. Deja la taza y sonríe débilmente.

—Sí —contesta.

Barnes le habló de Tessa. Barnes le habló de él.

—¿Cuándo pensaban casarse? —pregunta.

Emily abre la boca para contestar, pero no parece encontrar las palabras.

—La boda se pospuso por esta dichosa guerra —dice la madre de Barnes desde el sofá.

—Pero pronto terminará —se apresura a añadir Emily—. Ahora vamos ganando, ¿verdad, Theo?

Theo asiente con la cabeza. Quiere secundar su optimismo, pero se da cuenta de que es impostado, de que la desesperación asoma por entre las grietas. Se pregunta si Emily se dará cuenta de que también él tiene el corazón hecho pedazos.

—Richard la adoraba —dice, deseoso de dar a Emily lo que quiere y odiándose por ello.

Piensa: cuánto lo deseaba. Pero era algo más, era mucho más; lo amaba y ¿qué se supone que debe hacer ahora con ese amor? ¿Qué hará Emily con el suyo? Es distinto cuando el duelo puede ser conocido y reconocido. Cuando es algo público.

Tiene envidia de ella, comprende. Envidia de que ella pueda amar y llorar de la manera que considere, mientras que su dolor debe ser cauto. Para que te roben el futuro, primero debes poseerlo.

—Debería haber escrito para avisar de mi visita —dice—. No se me ocurrió.

—Quizá sí —dice la señora Cliffton-Barnes.

—Siempre será bienvenido —dice Emily, quien, por supuesto, no tiene derecho a decir algo así, quien es posible que se esté aferrando a esta familia ahora que su vínculo con ella ha desaparecido.

Theo se pone de pie. Es una tortura. Tiene que hacer esfuerzos para no gritar.

—¿No se marchará ya? —dice Emily—. Por favor se lo ruego, quédese. Nos encantaría que nos contara más cosas de Richard de cuando estaba en la base. Usted ha conocido un lado de él que nosotras no conocimos… y…

Se le llenan los ojos de lágrimas y parpadea para ahuyentarlas.

—¿Le pedimos un taxi? —pregunta la madre con tono de compasión.

Theo niega con la cabeza.

—No, no.

—No es molestia.

—Muy amable, pero…

—Claro que sí. Le diré a la doncella que pare uno en la calle. Insisto.

—No hay ni un condenado taxi. Va a tardar un siglo en encontrarlo —salta Emily.

Por un momento se hace el silencio.

—Me las arreglaré perfectamente —dice Theo—. Me despido.

—Muy bien —dice la señora Cliffton-Barnes sin levantarse.

Emily tampoco lo hace. Se mira las manos juntas en el regazo.

—¿Por qué no vuelve otro día? —pregunta en voz baja.

Theo asiente y dice:

—Sí, claro, con mucho gusto.

Pero sabe que no lo hará, que no quiere volver a verlas. Que esto —Barnes, todo ello— es algo que va a tener que guardarse muy dentro, fuera de la vista.

Cambridge, un mes más tarde

21

El agua es como hielo. Le hiere la piel y le inunda los oídos de un zumbido metálico. No hay otro sonido. Theo se arrastra hasta la orilla, se tumba de espaldas para recuperar el aliento sobre la hierba húmeda. Un sol color rojo intenso desaparece detrás del horizonte. Reina el silencio. Solo están la canción de despedida desde los setos vivos, el suave mugido de las vacas en los pastos altos y su propia respiración jadeante.

Stephen se sienta más arriba en la orilla, tiritando, con la chaqueta sobre los hombros. Deberían haber llevado bañador, dicen; ha sido motivo de risa, su falta de preparación. Lo cierto es que el bañador de Theo está dentro de su petate, pero no piensa admitirlo, no quiere estropear el momento ahora que por fin se llevan bien y resulta tan agradable.

—Ven aquí —dice Stephen sin mirarlo.

Guardan silencio cogidos del brazo. Theo nada en el río cada día, le viene bien para su pierna, dice, pero lo que quiere decir es que le viene bien para su cabeza. Tessa y él nadaban siempre, con independencia del tiempo. Tessa se zambullía directamente, de pie, pero Theo siempre entraba en el agua con cautela, esperaba a que su cuerpo se aclimatara poco a poco, centímetro a centímetro.

—¿Crees que te casarás algún día? —pregunta Theo sin mirar a Stephen.

Este no contesta enseguida. Escuchan los cantos de los pájaros en los árboles, las vacas en los prados a su espalda.

Stephen se gira con los ojos entrecerrados.

—Supongo que sí.

—¿Por qué?

—Theo…

—No, en serio. Quiero saberlo.

—Vale. Pues porque es lo que suele pasar. Es lo que hace la gente.

—Incluso si…

—Incluso si, Theo, sí.

Este guarda silencio un momento.

—Yo no creo que pueda.

—¿No?

—Es hipócrita.

—Y lo dices precisamente tú, que eres un libro abierto —dice Stephen.

Ríe para quitar hierro a sus palabras, pero es una risa amarga. Sin alegría.

Theo deja que el silencio se prolongue. Mueve un poco el cuerpo hacia la izquierda y la distancia entre los dos se ensancha.

—Mi padre dijo una vez que este paisaje era parte de su psique —dice clavando los dedos en la tierra, hundiendo las uñas en arena y barro hasta que le duelen. Quizá el masoquismo es un síntoma del duelo, si eso es lo que está experimentando. Quizá siempre ha estado enterrado dentro de él.

Stephen se da la vuelta y tiene briznas de hierba y ramitas pegadas a la piel. Cuando se las quita dejan grabado un dibujo de rayas rojas.

—No me digas —contesta.

La voz de Stephen es monótona y apática, como si la conversación no le interesara.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta al cabo de unos momentos, que Theo está seguro de que ambos han dedicado a interrogar a la madera, la arcilla y el río de los que están hechos sus huesos, a pesar de su indiferencia aparente.

Theo se encoge de hombros.

—¿Qué quieres decir? No estoy haciendo nada.

—Exacto, no haces nada, excepto quejarte. Poner mala cara y estar enfadado… Sí, eso también lo haces mucho.

—Por favor, no empieces.

Theo cierra los ojos con la esperanza de que este pequeño gesto ponga fin a la conversación.

No funciona. Stephen se incorpora y se sienta mirando a Theo.

—¿No decías que la guerra no era más que un paréntesis? ¿Qué pasa con tu título, con esa carrera brillante que siempre decías que ibas a hacer? Tanto esfuerzo y ahora que estás aquí, de vuelta en casa, no lo estás aprovechando.

—Tú no eres el más indicado para hablar —dice Theo y el aire se vuelve glacial. Este nuevo masoquismo debe de ser adictivo, porque Theo insiste, cuando sabe perfectamente que debería parar—. Sigues trabajando en la granja de tu padre, que es justo lo que siempre decías que no harías.

—La gente tiene que comer.

Theo se pasa una brizna de hierba por los labios.

—Además, yo no he tenido las mismas oportunidades que tú, Theo.

—Fuimos al mismo colegio.

—¿Y eso nos convierte en iguales? —La risa de Stephen es incrédula—. En el colegio me decían casi cada día que, si me esforzaba más, podría hacer algo en la vida. No se daban cuenta de que mis obligaciones en la granja no desaparecían por arte de magia solo porque hubiera ganado un puesto entre personas de clase social superior a la mía. Me levantaba al alba para trabajar. Cuando tú te bajabas del autobús feliz y con ganas de empezar el día, yo ya llevaba media jornada en pie. De manera que sí, puede que fuéramos al mismo colegio, pero nuestras circunstancias no podían ser más distintas.

Theo cambia de postura en el duro suelo. Se ha hecho sangre en los dedos y no quiere que Stephen se dé cuenta.

—No lo sabía —dice.

—Nunca preguntaste.

—Mañana vuelvo a Londres, por cierto.

—¿Por algo de Tessa?

—Sí, con mis padres. A ver a esa tal señorita Jones, que escribe unas cartas breves e impenetrables.

—Supongo que no hay noticias.

—Si las hay, la señorita Jones no ha tenido a bien comunicárnoslas.

Lo que Theo no le cuenta a Stephen es que tiene un plan. Va a encontrar a su hermana, está tan seguro de ello como de que la luna es blanca. Lo tiene decidido.

22

La reunión es en un hotel junto a Trafalgar Square. A Theo le gusta mirar la línea del horizonte cuando está en Londres, los parapetos de esos bellos edificios blancos como el mármol contra el cielo azul de fondo.

—¿Estás seguro de que es aquí? —dice la madre, quien sin duda esperaba un edificio del gobierno anodino pero autoritario, uno de esos palacios de Whitehall tan poco atractivos.

Su padre los sigue aturdido. Casi no ha hablado durante el viaje, claro que apenas ha dicho una palabra desde que Theo volvió a casa. El trabajo le proporciona una excusa útil para pasarse horas encerrado en su despacho, pero no engaña a nadie. Su padre no soporta el dolor de Theo y su madre y tampoco quiere compartir el suyo propio. Tessa siempre fue más suya que de la madre, aunque menos que de Theo.

Tessa, piensa este ahora, diría que no es de nadie.

La señorita Jones (no señora, tal y como corrige amablemente el portero a Dominic) los espera en una suite. Las habitaciones son tranquilas y es casi seguro que están todas vacías. No hay pisadas delatoras, ni tintineo de tazas de té.

—Gracias por recibirnos —dice la madre.

La señorita Jones habla con un tono de voz brusco y directo.

—Faltaría más —dice y abre una carpeta de papel manila que tiene encima de la mesa. No les han ofrecido té y Theo presiente que no van a quedarse mucho tiempo—. Estaré encantada de contestar a sus preguntas, pero debo advertirlos de que es mucho lo que ignoramos aún. La situación en Francia, como seguramente saben, es deplorable.

—¿Qué hacía Tessa allí? —pregunta Theo.

—Estaba empleada por nuestra organización para llevar a cabo operaciones encubiertas.

—¿Perdón, cómo dice? —dice el padre—. Ella nos contó que era intérprete.

—No, era conductora —dice la madre.

Theo susurra, furioso:

—Era espía.

Sus padres lo miran conmocionados e incrédulos.

—No, no. Lo siento, pero no —dice la madre—. Eso no es posible.

Y rompe a llorar. El padre sigue mirando a Theo.

—Tessa no…, es… —Respira hondo, da una palmada en la mesa que sobresalta incluso a la impasible señorita Jones—. Es pacifista.

—No, pacifista eres tú. Tessa tiene opiniones propias —dice Theo.

Mira a su padre asimilar estas palabras.

—¿Estás diciendo que lo sabías?

—No, estoy diciendo…

—Por favor. —La madre se frota la sien—. Por favor, parad.

Theo respira hondo y se tranquiliza. Se vuelve hacia la señorita Jones, cuya expresión es cuidadosamente neutral y tiene la mirada fija en la mesa.

—¿En qué clase de operaciones participaba mi hermana?

La señorita Jones frunce los labios.

—Me temo que no puedo…

—Muy bien. ¿Pues cuándo fue vista por última vez?

—Saltó en el oeste de Francia en junio de 1943 y poco después se desplazó al sur.

—¿Cómo que saltó? —pregunta el padre.

—En paracaídas —contesta Theo antes de que a la señorita Jones le dé tiempo a decir nada.

Intenta imaginar a su hermana cayendo del cielo.

—Tenemos una casa en el Loira. Por favor, se lo ruego, ¿han buscado allí? Es un lugar muy querido para Tessa.

—Me temo que no está allí.

La señorita Jones sigue sin levantar la vista. No soporta ver la esperanza de la familia, piensa Theo.

—¿Cuándo tuvieron noticias suyas por última vez? —pregunta.

—En otoño del año pasado.

Por el rabillo del ojo, Theo ve a su padre agachar la cabeza.

—Pero eso es hace mucho —murmura la madre.

—Como decía, el país está en un estado deplorable. A medida que las fuerzas de liberación continúen con sus operaciones, es probable que los agentes vayan reapareciendo…

—¿Cuántos hay desaparecidos? —pregunta Theo.

—No puedo decírselo. Unos cuantos.

La señorita Jones se ha puesto pálida. Es el único cambio apreciable en su compostura en lo que llevan de reunión.

—¿Hay algo que sí pueda decirnos? —pregunta el padre en voz baja.

—Por las comunicaciones que nos han llegado, parece que Tessa ha caído en manos del enemigo.

—*Alors*, está muerta —se limita a decir la madre.

El padre le coge la mano. La señorita Jones frunce el ceño.

—Entiendo que la noticia es preocupante, pero les ruego que no pierdan la esperanza. Tessa ha demostrado una gran fortaleza, a menudo en circunstancias sumamente difíciles. Tienen mi palabra de que haré todo cuanto esté en mi mano para encontrarla.

La señorita Jones tiene ojos de un azul intenso. Theo se sobresalta cuando por fin levanta la vista y los fija en él. Sus padres se levantan para irse.

—Gracias por su tiempo —se despide el padre.

—Os veo fuera —les dice Theo.

La señorita Jones se las arregla para transmitir irritación con exactamente la misma cara con la que lleva desde el principio de la reunión. Inescrutable, piensa Theo; es la palabra que la define.

Espera a que se cierre la puerta.

—¿Está muerta? —pregunta sin entonación. No siente nada.

—Como he dicho, no tenemos motivos para suponer…

—¿Está muerta? —repite Theo.

La voz en su cabeza no es una voz, sino un recuerdo. Tessa ya no está allí.

—No sé si sabe que la preocupaba muchísimo haberle mentido.

Theo ríe, una carcajada sincera que se da cuenta de que sorprende a la señorita Jones. No le da tiempo a disimularlo.

—Señorita Jones, mi hermana hace lo que le viene en gana y sin importarle las consecuencias. ¿Qué están haciendo exactamente para encontrarla?

—Una comisión de inteligencia viajará próximamente a París para investigar los casos de agentes desaparecidos.

—Entonces me gustaría formar parte de ella.

—Me temo que va a ser imposible —responde secamente la señorita Jones—. Como ya he dicho, los mantendré informados en la medida de lo posible.

—Estudié Derecho en Cambridge y trabajé para despachos de cierto renombre después de graduarme. Entiendo las implicaciones legales y los parámetros que hay en juego aquí. Y hablo francés. No tan bien como mi hermana, pero lo suficiente para ser de utilidad.

Pero un título de Cambridge no significará nada para la señorita Jones, y por qué debería, piensa Theo. En situaciones así, o estás dentro o estás fuera, y las familias sin duda están fuera.

—Es muy amable por su parte, de verdad, y lo tendré presente si se presenta la ocasión.

La señorita Jones tiene una sonrisa ensayada, paciente. Coge su pluma, abre otra carpeta y se despide con una inclinación de cabeza.

Deja a sus padres en la estación de Marylebone. El viaje ha sido una equivocación y los tres lo saben. Su madre sujeta un pañuelo empapado en llanto, el padre se ha vuelto de piedra porque no saber calcifica a los que se han quedado atrás.

—¿No vuelves con nosotros? —pregunta la madre.

—Mañana, mañana —contesta Theo antes de cerrar la portezuela del vagón.

Una mujer sale del edificio de Michael justo cuando llega Theo y lo deja entrar. Debe de vivir en uno de los otros apartamentos. ¿Qué

pensará de Michael?, se pregunta Theo. ¿Tiene Michael amigos siquiera? En el piso de Michael, el mismo rayo de luz divide en dos el cuarto de estar. Los libros en ediciones baratas siguen amontonados por la habitación, en el fregadero hay platos sucios. La habitación huele a ocupación, a sudor y a carne humana.

—¡Por el amor de Dios! —dice Michael con un cesto de colada en la mano y parándose en seco en la puerta.

Theo lo mira.

—Estaba abierto.

—Y has entrado como si nada. Había ido a buscar mi colada donde la casera.

—Un comportamiento un poco descuidado para un espía.

—No soy un espía.

Un olor nuevo se suma a los anteriores; el de la ropa limpia de Michael, a lavanda y almidón.

Michael deja el cesto en la mesa de la cocina.

—¿Es una visita de cortesía? ¿Nos tomamos una copa?

—Si quieres…

A Theo le apetecería un whisky y eso que no son más que las tres. Cuenta las copas que se ha tomado en los últimos días hasta que se le terminan los dedos.

—No sabía si iba a encontrarte. ¿No vas nunca a trabajar? —dice.

La sonrisa de Michael es de superioridad. Despierta instintos violentos en Theo.

—No todo el trabajo es de oficina. ¿Cómo están Adela y Dominic?

—¿Tú qué crees?

Michael le da un vaso con whisky.

—¿Y la señorita Jones?

—Tengo la sensación de que ahora sé menos que antes.

Michael sonríe.

—Emmeline, genio y figura.

—¿Por qué no nos dicen nada?

—Porque no saben nada. Al menos nada concreto.

—Dijo que va a ir una comisión a París para investigar a los agentes desaparecidos.

—Ah, ¿sí?

—Quiero ir a París.

—¡Ja! No lo dudo, pero de momento no va a ser posible.

—No, me refiero a que quiero ayudar a encontrar a Tessa. Quiero un trabajo, por eso he venido.

—Pídeselo a la señorita Jones. —Michael se encoge de hombros.

—Ya lo he hecho.

Michael se sienta en el sofá y cruza las piernas.

—Y te dijo que no. Intenta ponerte en su lugar, muchacho. Estás consternado, estás…

—Cualificado. Necesito formar parte de esa operación. Quiero ayudar.

—¿Y lo vas a hacer? ¿O te dedicarás a interrogar a cualquier testigo sobre Tessa, por tenue que sea su relación con ella? ¿Cómo has pensado exactamente separar tu dolor de tus responsabilidades profesionales? ¿Te consideras capaz? Porque yo no creo que pudiera.

Theo suspira.

—¿Y qué hago si no?

—Seguir adelante. Encontrar la manera de vivir tu vida —dice Michael—. Estoy harto de esto.

—Pero es que no es suficiente. No, lo siento, pero estoy decidido. Vas a tener que organizarlo.

—¿Organizar qué exactamente?

Theo se ha puesto a caminar por el estrecho cuarto de estar. Es consciente de la impresión que da, lo sabe por la cara de Michael, de preocupación y alarma.

—Quiero que lo arregles. Que me metas.

Michael parece horrorizado.

—¿Y enfrentarme a Emmeline Jones? ¿Estás loco? Prácticamente lo dirige todo ahora mismo.

Theo ha añadido un nuevo componente a su ser, pero Michael esto aún no lo sabe, no ha percibido hasta qué punto la guerra lo ha cambiado.

—Me importa un comino cómo me consigues un trabajo, pero más te vale intentarlo.

Michael se sienta más recto. La preocupación sigue en su cara, pero ahora es distinta, es preocupación por sí mismo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que se puede formar una buena si esto llega a oídos de la prensa. Mujeres enviadas a territorio enemigo, sin uniforme. ¿Qué hacen allí? Creo que despertaría mucho interés. Creo que el público querrá saber todo lo que ha pasado. —Theo sonríe sin enseñar los dientes—. Si yo fuera tú, no querría ver mi nombre asociado a algo así.

El pub del Soho tiene una apariencia bastante normal. Es normal, decide.

Ha estado ya muchas veces aquí, aunque la última fue hace años. Pide una pinta a gritos y el camarero le lee los labios y acciona el grifo correcto. Theo coge la bebida y sale por una puerta trasera. Está oculta detrás de una cortina y conduce al sótano por unas escaleras con manchas de humedad en las paredes, olor a orín de gato y a moho. Bajarlas no es fácil con el bastón y el vaso de cerveza, pero, cuando por fin llega abajo, llama a la puerta. Esta se abre y aparece una cara conocida, Frank. Frank con su barba, que ahora está más larga, crecida y gris. La guerra lo ha envejecido, igual que a todos los demás. Frank mira a Theo de arriba abajo.

—Hace tiempo que no te veía, pobrecito mío.

Theo recoloca su bastón, se siente cohibido por sus nuevos atributos: el bastón, la cojera, la expresión atormentada. Pero cuando Frank le acaricia la mejilla con ternura, se pregunta si ir por ahí lesionado no tendrá sus ventajas. Dentro, la música está tan alta que la nota en el pecho, como si se lo atravesaran con un gran tambor. Los hombres, pues solo hay hombres, están repartidos por las paredes. Bailan con abandono en la pista, vestidos con camisas de seda y pantalones demasiado apretados. La condensación baja en regueros por las paredes de ladrillo; en el suelo hay charcos de sudor. Todos resbalan y patinan; hay quien dice que no se vive la experiencia a fondo hasta que te das una buena culada delante de todos. ¿Cómo que culada? Michael tiene razón, se ha vuelto un ordinario.

Le echa el ojo a un rubio. Se saludan con gestos de cabeza y encuentran un rincón oscuro…, más oscuro que los demás. Nadie sabe en realidad qué aspecto tiene este local porque nadie se queda en él el tiempo suficiente para que enciendan las luces. Theo no

quiere su copa; ha venido a otra cosa. El rubio sabe a cigarrillos y vino barato. Mete una mano por la bragueta abierta de Theo. Por favor, se oye decir Theo, por favor, por favor, por favor, hasta que llega el momento, lo bastante rápido como para resultar embarazoso. Se saca un pañuelo del bolsillo, se limpia y vuelve al bar.

Fuera en el aire fresco, inspira hasta llenarse los pulmones. No tiene dónde ir, no ha hablado con la tía Violet para quedarse en su casa y no se siente capaz. La idea de pasar la noche rodeado de cosas de Tessa le resulta inconcebible. Insoportable.

—¡Maricón! —le grita un hombre desde el otro lado de la calle.

Theo se detiene tan en seco que casi resulta cómico, un gesto propio de Charlie Chaplin. Exagerado para el público. Le irradian del pecho, estos nuevos mecanismos están ahora entretejidos en su cerebro y su respiración.

—¿Qué me has llamado? —dice.

Es un rugido salido de esta nueva parte animal que tiene. Theo no se reconoce.

El resto es confuso, es sonido, es sensación física de su carne entrando en contacto con otra persona. Theo golpeando con su bastón la cara de un desconocido una y otra vez, pero no tiene ni idea de qué aspecto tiene. Nunca antes ha pegado a nadie. Unas manos en su cuerpo tratan de separarlo. Toma conciencia del silbato de un policía, porque el sonido le da ganas de echar a correr, y sin embargo solo puede cojear, la pierna le arde de manera insoportable. Una vez más se ha librado, ha tenido la suerte de su lado. Al día siguiente, mientras mira su reflejo en el espejo de su dormitorio de infancia, entiende que lo que esperaba de la vida ya

no es posible. Las cosas que ha visto. Cosas que nadie debería ver. Ha cambiado, indudable e irreversiblemente, su lenguaje soez, su ira, su bastón golpeando la cara de un hombre. Ha ido demasiado lejos para volver atrás.

París, 1944

23

Theo abre un ojo, después el otro y reconoce su habitación de la casa de huéspedes. Es consciente de que le apesta el aliento. Le vienen imágenes a la cabeza, es posible que de la noche anterior, pero podrían ser fragmentos de muchas noches: los retazos están, pero faltan las costuras que los unen. Otro recuerdo, está vez muscular, una sensación en la piel. Palpa el espacio que hay entre su cuerpo y la pared, pero solo encuentra sábanas frías y arrugadas. Piensa en una uña recorriendo su espina dorsal, en un puñado de pelo, pero el recuerdo es tan inconexo como el resto. Puede que de la noche anterior, puede que no.

—La chica se ha ido —dice una voz.

Theo mira hacia el pequeño escritorio de su habitación, al que está sentado Michael con el abrigo y el sombrero puestos. Theo ha aprendido por las malas a evitar los movimientos bruscos después de una noche de alcohol, incluso si un intruso lo sobresalta, porque podrían hacerle vomitar.

—¿Qué haces aquí? —pregunta en una voz que no reconoce, pero que es ronca y profunda, y de más edad.

Intenta poner cara de irritación, pero es demasiado temprano para un esfuerzo así.

—Os oí llegar a los dos. Y hace una hora oí pisadas que salían. Las paredes de esta casona parecen de papel.

—¿Qué más has oído? —dice Theo y enseguida se arrepiente.

Quiere recordar la cara del muchacho, pero es un boceto difuso, unos contornos sin facciones. «La chica», piensa. La expresión de Michael es impenetrable. Theo no está seguro de lo que sabe.

—¿Qué haces aquí? —pregunta de nuevo.

Con evidente esfuerzo se incorpora hasta apoyarse en un codo primero y luego en el otro. Le viene una arcada y aprieta los labios y espera a que se le pase.

—Es mejor que respires por la boca —dice Michael. Theo nota sus ojos en su cuerpo, y lo mira deliberadamente a los ojos; Michael se ruboriza y se pone de pie de manera abrupta antes de ir hacia el calentador eléctrico—. Se supone que tienes que encenderlo. Hace un frío de narices. Aquí ya no tienes a mamá para cuidarte, muchacho.

Se inclina y examina el calentador.

—No, por favor… —dice Theo.

Pero es demasiado tarde. Michael enciende el interruptor. La rejilla cambia de color, primero a naranja, después a rojo. Theo tiene otra arcada. Gira la cabeza y se pone a mirar por la ventana, se concentra en la grisura de la mañana. Se da cuenta entonces de que olvidó echar las cortinas y que desde el hotel que hay en la acera contraria habrán visto cómo fue su velada, su silueta y la de otro ser humano. Irrumpen más imágenes, naranjas primero, después rojas y por fin negras, los hombres, los sonidos. Barnes, y el aspecto que debía de tener muerto. Theo cierra los ojos y cuenta hasta diez.

—Theo, ¿te encuentras bien? —dice Michael.

—Sí —murmura este—. ¿Te importa apagar la estufa? Prefiero el frío. Me espabila.

Michael apaga la estufa.

—Quería asegurarme de que llegas a la hora a la oficina —dice mientras vuelve a sentarse—. Puesto que te las has arreglado para colarte en mi comisión de inteligencia, preferiría que no la echaras a perder. Por si no lo sabías, es un trabajo importante.

—Michael…

—¿O es que no quieres saber por qué han desaparecido muchos de nuestros muchachos? Porque yo sí. Yo quiero entender lo que ha ocurrido aquí.

—Pues claro que quiero.

—¿Entonces es que ahora te dedicas a vivir al límite?

Theo apoya la cabeza en las manos, nota cómo le laten las sienes. Se aprieta los párpados hasta que ve motas blancas. Dormir es un lugar aterrador, algo interrumpido por imágenes y sonidos, algunos reales, otros imaginarios. En ocasiones ve a Tessa en sueños que parecen recuerdos. Por ello ha desarrollado un mecanismo de defensa. Trabaja hasta estar exhausto y después bebe hasta perder el conocimiento, hasta que la negrura engulle tanto el paso del tiempo como la irrupción del inconsciente. A veces se despierta sin prueba alguna de lo ocurrido la noche anterior, a veces está solo y otras no.

—¿Están descontentos conmigo? —pregunta.

—Al contrario, opinan que haces un trabajo excepcional. Si no la echas a perder, tienes una gran carrera por delante. Como supondrás, Emmeline Jones está que se sube por las paredes, dado lo mucho que se opuso a tu incorporación.

—Entonces ¿qué…?

—Estoy preocupado por ti —dice Michael—. Estuviste a punto de morir hace pocos meses, por no mencionar todo lo ocurrido desde entonces. No sé si he hecho bien con esta gestión.

—Tampoco te atribuyas el mérito. Sé que estoy aquí solo porque la señorita Jones se opuso vehementemente, y nuestros jefes no pudieron resistirse a la tentación de desautorizar a una mujer tan cercana al poder. En realidad se lo tengo que agradecer a ella.

—Por Dios, hablas igual que Tessa.

Theo hace como que no ha oído nada.

—Además, quiero ayudar.

—Pero no te está ayudando a ti, ¿verdad?

Theo levanta la cabeza confiando en que Michael no se dé cuenta del esfuerzo que le supone.

—Yo no soy lo importante aquí.

En París algunas heridas son más evidentes que otras —las cicatrices de batalla, los agujeros de bala—, pero las miradas clavadas en el suelo es lo que más llama la atención de Theo. Mujeres con ropas coloridas y elegantes, el desafío que supone ir arreglada cuando todo alrededor se desmorona. Personas cocinando en estufas de carbón en balcones porque la electricidad va y viene y muchos ni siquiera tienen. Theo sugiere a Michael ir caminando a la oficina. El aire fresco le llena los pulmones, le llena el cuerpo de sensaciones, y a veces Theo necesita desesperadamente sentir. En los últimos meses ha ido volviéndose poco a poco de hielo y es una sorpresa —agradable— ser consciente de vez en cuando de la sangre que

discurre por su cuerpo, del latir de su corazón, de su polla erecta. De nuevo mira a Michael y se pregunta cuánto sabrá.

Llegan a una plaza donde se está congregando gente.

—Otra vez no —dice Michael.

Se abren paso entre espectadores furiosos para ver bien, sabiendo perfectamente lo que se van a encontrar. Esta vez son dos mujeres. Apenas, piensa Theo; no han debido de cumplir los veinte. Una acuna a un niño lloroso, lo rodea protectora con los brazos arrodillada junto a la otra mujer. Está llorando, en cambio la otra intenta parecer desafiante, pero el temblor de sus labios la delata. Un hombre y una mujer están afeitándoles la cabeza, y el pelo les cae al suelo en mechones. Cada muchacha tiene una única maleta con ella. El gentío grita insultos, a cual más soez. Una mujer de más edad se adelanta y escupe a la cara de una de las muchachas. Esta mantiene los brazos inmóviles y llora mientras la saliva le baja por la mejilla.

—Son unas niñas —susurra Theo.

—Unas niñas idiotas perdidas —dice Michael cogiendo a Theo del codo y sacándolo del corro de gente.

Es una escena que han visto innumerables veces; no necesitan otra. Las cabezas rapadas, los cueros cabelludos sangrando, el desnudarlas a la fuerza. Pintarán el cuerpo a las mujeres con insultos y esvásticas antes de mandarlas Dios sabe dónde, porque ¿quién va a querer acogerlas cuando llevan sus delitos literalmente escritos encima?

—Al parecer en provincias es aún peor —continúa Michael—. Juicios públicos todos los días, tribunales clandestinos. A los colaboracionistas hombres les pegan un tiro.

—Y a las mujeres las humillan.

—¿Estás diciendo que eso es peor?

—Quizá sí. Tienen que vivir con ello.

Michael se muestra desdeñoso.

—La gente es muy radical con estos asuntos. Te enseña que los actos tienen consecuencias.

—Pero supón que esas muchachas no pudieron elegir con quién se acostaban. Supón que sentían que no se podían negar. Resulta plausible, ¿no crees?, dadas las consecuencias, que no tuvieran capacidad de decisión. —Theo mira el gentío. No, piensa, es una turbamulta—. Menudas consecuencias. ¿No deberíamos hacer algo?

Michael ríe.

—La situación ya es bastante delicada.

Se refiere, por supuesto, al general De Gaulle, cabeza del gobierno de la Francia Libre en el exilio, quien, a pesar de haber pasado la guerra confortablemente refugiado en el palacio de St. James, está decidido a perpetuar la idea de que los franceses se salvaron solos, sin ayuda de nadie. En consecuencia, la comisión de inteligencia de Theo se encuentra con que el acceso a las pruebas en París mengua cada día.

—Además, Francia tiene que lidiar con los traidores a su manera —dice Michael.

—¿Eso crees que son esas niñas?

Michael lo mira.

—No tengo ni idea de lo que han hecho, y tú tampoco.

Theo entra por la puerta giratoria del hotel y el chirrido del mecanismo le hace tensarse. Como cada mañana y varias veces al día, inspecciona el vestíbulo en busca de Tessa. Agentes y efectivos

van llegando en cuentagotas, mujeres y hombres rotos, enviados al hotel por las autoridades o la Cruz Roja con relatos estremecedores sobre prisiones, huidas y escapadas por los pelos, eso si pueden hablar, que no es siempre el caso. En la recepción, un hombre demacrado con piel macilenta interroga a gritos a una compañera de Theo, una joven avispada llamada Mabel.

—¿Dónde están? Los desaparecidos. Nuestros camaradas. ¿A dónde se los han llevado los alemanes? ¿Los están buscando siquiera?

—Jesús bendito —dice Theo.

Pero Michael lo empuja hacia el ascensor y guarda silencio.

La comisión de inteligencia a la que está asignado Theo trabaja desde dos habitaciones pequeñas. Están aquí, les han dicho, para deshacer la maraña que es Francia después de la liberación, para encontrar al personal desaparecido que las autoridades británicas infiltraron en las líneas enemigas. Theo reúne información a partir de entrevistas e interrogatorios, prepara expedientes para futuros juicios por crímenes de guerra.

La carpeta de papel manila de esta mañana contiene las notas de una entrevista con un hombre cuyo nombre en clave es Gilbert y el real, Samuel Paul. Paul fue detenido tres días después de aterrizar en Francia. Theo deja el lapicero y lo vuelve a coger. Tres días, piensa. Paul habla de una prisión llamada Fresnes, que ha salido a relucir varias veces en el curso de las entrevistas. Describe las torturas que padeció y Theo apunta las técnicas empleadas, las descripciones de los guardas e interrogadores. Añade la información a un índice que está elaborando poco a poco, un registro de sufrimiento y fracaso abyecto, aunque únicamente recoge lo que

«salió mal» al menos desde el punto de vista de los Aliados, no está seguro de qué ocurrió antes. Paul describe una huida milagrosa de la prisión, una ventana abierta y sin vigilar. Tan milagrosa que suena a inventada. La mujer que lo rescató en Normandía había dicho: «Forma parte de la naturaleza humana, el instinto de conservación».

Entonces Theo piensa en la mujer joven acunando a su hijo ilegítimo, en la saliva que le bajaba por la mejilla.

—Te interrumpo un momento —dice Mabel, la mujer del vestíbulo. Deja una taza de té en la mesa de Theo—. Se me ha ocurrido traerte esto. Últimamente te veo pachucho.

Theo le da las gracias con una inclinación de cabeza.

—¿Te cuesta dormir?

—Estoy bien —responde Theo obligándose a sonreír. Cuando Mabel hace ademán de irse, añade—: ¿Qué ha pasado con el tipo ese de abajo? Parecía muy alterado.

Mabel se toma la pregunta como una invitación para sentarse.

—Lo estaba, pobre hombre. Parecía más muerto que vivo, lo que no es de extrañar después de las cosas por las que ha pasado.

—¿Por qué cosas ha pasado? —pregunta Theo.

Mabel mira hacia la puerta abierta.

—Bueno, yo no estuve en su entrevista…

—No, pero has hablado con él.

Mabel lo mira fijamente.

—No puedo. No tengo permiso.

Es una sensación curiosa, como si hubiera estado conteniendo la respiración y alguien le hubiera dado permiso para dejar de hacerlo. ¿Ha visto a Tessa el hombre del vestíbulo? Quizá trabajó con ella, quizá sabe dónde está. Cuando Mabel se marcha, Theo se levanta y

va hasta la puerta. No hay nadie. Se asoma a la habitación contigua, donde su colega Robert trabaja en una mesa idéntica a la suya.

Robert levanta la vista y a continuación hace algo extraño. Apoya el brazo en la mesa y gira el cuerpo para tapar los papeles que está leyendo igual que un colegial en un examen.

—¿Todo bien, Armstrong? —pregunta.

Theo le sonríe, tenso. Le cuesta mirar a Robert en lugar de a los papeles.

—Salgo un momento. ¿Necesitas alguna cosa?

—No, gracias, amigo —dice Robert sin cambiar de postura.

Theo baja las escaleras de dos en dos, no tiene tiempo de esperar el ascensor. En el vestíbulo, busca entre la gente, pero nada. Sale por la puerta giratoria e inspecciona la calle. De nuevo en el vestíbulo, se salta la cola que hay en la recepción.

—El hombre que estaba aquí antes. Estaba alterado, le… —Hace gestos confiando en representar a alguien agitado—. ¿Sabe dónde ha ido?

El recepcionista entrado en años niega con la cabeza. Theo nota una mano en el hombro. Se vuelve y se encuentra con Michael desencajado.

—Será mejor que vengas conmigo —dice.

24

Theo está delante del número 84 de la avenue Foch, la calle arbolada por la que pasearon Tessa y él años atrás. Los árboles siguen allí, el sol brilla anaranjado por entre las ramas desnudas, el invierno ensucia la acera con hojas y charcos. El edificio es tan elegante como el resto, alto y color crema, con balcones de fino metal curvo y pulcros setos delimitando el perímetro. Su presencia opulenta remite a un poder establecido, arraigado, precisamente el efecto que se busca. Lo buscaba el Sicherheitsdienst o SD, el servicio de contraespionaje de las SS. A menudo se lo mete en el mismo saco que a la Gestapo, la policía secreta cuya función era vigilar el comportamiento de la población alemana —desde luego los agentes a los que Theo ha interrogado participaban sin excepción en ambas organizaciones—, pero son bestias distintas y sin duda la SD es peor.

Theo nunca ha estado en el interior de este edificio, pero lo conoce bien. Su comisión de inteligencia lleva meses rogando al gobierno francés que les dé acceso a él, otra excusa para que De Gaulle exhiba su poder. Puesto que es imperativo recordar varias veces al día a los británicos que su presencia en París es condicional, tienen prohibido entrar en el edificio. Pero hoy el gran General ha decidido que sí pueden.

Michael no logra estarse quieto y no deja de cambiar el peso de una pierna a otra. Le dice a Theo que esté preparado, aunque no es capaz de decir para qué. Es posible que el cuerpo de Tessa esté ahí mismo, piensa Theo; quizá se acabó todo, quizá es el final.

Michael se llena los pulmones de aire y junta las manos.

—Bueno —dice y empuja la puerta.

En el vestíbulo, una escalinata imponente les hace subir la mirada.

Michael habla con voz aguda y apresurada.

—Tienen su propia sala de transmisiones en la segunda planta. Podría ser Baker Street, de tanto como se parece. Hay indicios…

Theo espera, pero a Michael le cuesta continuar.

—¿Indicios de qué?

—Al parecer… interceptaron a… operadores de radio y secuestraron sus aparatos.

Theo traduce mentalmente este lenguaje nuevo que ha tenido que aprender en pocos meses.

—¿Estás diciendo que enviaron mensajes a Londres usando las radios de nuestros agentes? ¿Que los suplantaron?

Michael se sorbe la nariz.

—Exacto.

—¿Lo sabía Londres?

—Se enteró demasiado tarde. Los alemanes fueron lo bastante amables para enviar un mensaje agradeciendo los suministros. Municiones, dinero, personas enviadas directamente a sus manos.

Michael empieza a subir las escaleras y Theo lo sigue.

—Lo llamaron *Funkspiel*, el juego de la radio —dice, pero antes de que a Theo le dé tiempo a intervenir (y tiene mucho que decir sobre

esta revelación extraordinaria), Michael prosigue con la visita guiada —: La cuarta planta la usaba König —dice.

El nudo en el estómago de Theo se tensa. König era el alto mando de la Oficina de Contraespionaje en París. Nadie conoce su paradero y todos lo buscan. Theo toca el pasamanos de la escalera y toma nota del leve y húmedo rastro de sudor en la madera que ha dejado Michael. Se pregunta si subiría Tessa alguna vez estas escaleras.

—¿Y el último piso? —pregunta.

—Más oficinas —responde Michael—. Y celdas.

Theo entiende que allí es donde van, por una última escalera que sube hacia la azotea. Hay dos oficinas vacías, con los cajones de los armarios archivadores y escritorios abiertos. Theo ve los tejados de París por las ventanas de la buhardilla y de pronto siente deseos de huir porque quizá la ignorancia es preferible después de todo, pero Michael le hace señas para que lo siga por un pasillo con habitaciones angostas a ambos lados. Hay un olor extraño, un hedor rancio, metálico. En el techo se entretejen telarañas plateadas.

—He dicho celdas, pero son más bien cámaras de tortura —dice Michael. Apoya la cabeza en el marco de una puerta y cierra los ojos —. Es aquí.

Theo entra en la habitación. Hay barrotes en la claraboya y los postigos están abiertos lo suficiente para que la luz se derrame por el suelo de madera desnuda. Las paredes están cubiertas de palabras inscritas toscamente. Theo tarda un instante en aceptar que se trata de nombres porque esta realidad es demasiado horrible, demasiado cruel. A/S/O Millie Brown, dice una. S/O P. Doyle. 4234 WAAF OFF. 17.12.43 6.1.44, otra. Pasa los dedos por los nombres y

su vista recorre las toscas paredes, el haz de luz y una mancha marrón que hay en el suelo.

La encuentra junto a la ventana, por supuesto. A Tessa le encanta la luz; incluso aquí habrá disfrutado de la vista. Dice: T. Armstrong 7.9.43 6.12.43. Le ha hecho un rabito a la «g», como siempre, piensa Theo mientras pasa el dedo por la última fecha. La cal de las bastas paredes le deja un rastro de polvo en el dedo. Aquí está, piensa. Aquí está su hermana. Algo le oprime la garganta y se da cuenta de que es su propia mano, sus uñas clavadas en la carne. Porque aquí está su hermana, encarcelada por monstruos. Qué te ha pasado, piensa. ¿Cómo ha podido suceder nada de esto?

—Creemos que las fechas corresponden a cuando llegaron y cuando se fueron. Probablemente las escribieron con tenedores —dice Michael en voz baja desde la puerta—. A los pocos infelices que seguían aquí al final los bajaron al patio y les pegaron un tiro. —Se le quiebra un poco la voz—. La pared está toda agujereada.

—¿Y Tessa? —A Theo se le quiebra la voz al nombrarla. Hay otra marca junto a su nombre, dos tes entrelazadas. Y una letra más, B, debajo.

Michael tarda un momento en contestar.

—Lo siento, no lo sabemos. Quería preguntarte por ese símbolo pequeño. ¿Qué significa?

—Dos tes. Así firmábamos cuando éramos pequeños. La be mayúscula no sé qué es.

No puede estar muerta. Theo no lo consentirá.

Coloca las manos a ambos lados del nombre de Tessa y apoya la frente en la pared. Tessa sabía que él iría allí. Entonces de pronto lo inunda, es una ola que rompe sobre su cabeza. Le llena los oídos, la

nariz, la boca; una fuerza que por fin reconoce: es duelo. Cae de rodillas y de sus labios sale un aullido visceral y desgarrador. Tessa está aquí, piensa, y clava las uñas en la pared porque ella hizo lo mismo, ella experimentó esa sensación, notó la cal y la suciedad bajo sus uñas.

—Tessa —se oye a sí mismo decir—. Tessa, Tess, Tee.

Araña la pared, frenético, como si fuera a encontrar en ella una pista del destino de su hermana.

Oye a Michael salir de la habitación, incapaz de soportarlo más. A continuación lo oye llorar desde el pasillo.

Se supone que tenía que volver al trabajo, pero no puede. Al principio se engaña a sí mismo diciendo que camina sin rumbo, enfilando callejuelas lejos de la ancha arteria del boulevard Saint-Germain, porque lo que en realidad le interesa son las calles empedradas y los edificios estrechos. La arquitectura fuera de los caminos trillados. Pero bajo las arenas movedizas de su negación la corriente es fuerte y el bulevar tira de él una y otra vez. Cuando quiere darse cuenta, está delante del antiguo edificio de apartamentos donde vivía Tessa en la rue de l'Odéon, elegido por su proximidad no a una, sino a dos librerías «extraordinarias» (le había dicho Tessa en una carta). Las gruesas puertas de madera le doblan la altura. Theo apoya las palmas abiertas en la madera, pero no siente nada, ni siquiera un parpadeo. Quizá solo puede sentir a Tessa en sus peores momentos. Quizá ya ni siquiera existe.

Theo continúa caminando, pues hay otra dirección desde la que Tessa también le escribía. Siguiendo un mapa interno que no era

consciente de poseer, Theo recorre varias calles hasta detenerse delante de una gran puerta verde. Lee los nombres junto a los timbres hasta encontrar «Langlois» y llama. Suena un portazo, pisadas en la escalera, son fuertes. Se abre la puerta y Theo se encuentra frente a un hombre con pantalón gastado y chaqueta de pana raída.

—*Oui?* —dice mirando a Theo de arriba abajo.

—*Tu es Luc?* —pregunta Theo en voz baja.

El hombre se lleva un dedo sucio de pintura a los labios.

—Dios mío —dice—. ¿Eres Theo?

—Sí. Soy Theo.

—Tenéis los mismos ojos.

—¿Has visto a Tessa? —Theo habla deprisa. No puede no preguntar.

—*Comment?*

Theo menea la cabeza. No sabe por dónde empezar.

—Vamos a beber algo.

Se sientan en una mesa de un bar cerca de allí. Antes de pedir, el hombre, Luc, vacía sus bolsillos encima de la mesa y se palpa los pantalones y la chaqueta para comprobar si se deja algo. Theo mira sus pertenencias junto al azucarero y el salero y el pimentero de loza: un cuaderno maltrecho, un lapicero, cerillas, papel de fumar, unos pocos céntimos.

—Invito yo —dice Theo, y levanta la mano y pide vino tinto.

—Y *pastis* —dice Luc rápido como un reflejo—. Hablas bien francés.

Parece más tranquilo ahora. Quizá porque no tiene que pagar la cuenta, piensa Theo.

—No tan bien como Tessa —responde.

—No, no tan bien como Tessa. —Luc junta las manos y se las acerca a la boca—. ¿Qué le ha pasado? Ha pasado algo, ¿verdad?

Un camarero los interrumpe para dejar cuatro vasos, dos de ellos con *pastis*, una frasca de vino y una botella de agua entre los dos.

—Está desaparecida —dice Theo.

No ve motivo para suavizar la realidad.

Luc ha servido y se está llevando un vaso a los labios. Lo deja y respira para tranquilizarse.

—¿Desaparecida?

—Estaba aquí, trabajando, pero nadie sabe qué ha sido de ella. —Theo se sorprende de lo trivial que suena en voz alta. Sí, está desaparecida, probablemente muerta. ¿No es encantador? ¿No hace un tiempo precioso?

Luc traga saliva.

—¿Tessa estaba aquí, en París?

—No. Bueno, al… —Theo es incapaz de decir la palabra «final»—. Parece que estuvo retenida en París. En realidad no puedo hablar de lo que hacía.

No puede porque no lo sabe.

Luc cierra los ojos y gime. Está un rato callado. Es un momento incómodo, la gente los mira, repara en el sufrimiento de Luc. Pero no lo entienden, piensa Theo. Es mi pérdida, mi sufrimiento.

Por fin Luc levanta la vista y tiene el filo de los ojos encarnado.

—Siempre busco excusas para pasar por su calle, incluso si no me pilla de camino. La conocí cerca de allí, en la Maison des Amis des Livres, la librería…

—Conozco el lugar.

—Mi amigo Ephra hacía una lectura. Parece que hace un siglo de eso.

—Es que hace un siglo.

Theo no está seguro de qué le pasa, de por qué está tan enfadado con este hombre.

Luc sirve a Theo un vaso de vino casi hasta el borde y este tiene que inclinarse para beber sin que se le derrame.

—Mi hermana se disgustó muchísimo cuando cerró la otra librería —dice tratando de ahuyentar el malhumor. No se le va de la cabeza el nombre de Tessa inscrito en la pared.

Luc asiente y el recuerdo le hace sonreír.

—¿Shakespeare & Company? Sí, fue terrible. *Terrible*. Pero es que llevamos años sin poder pensar ni soñar, y las librerías son exactamente para eso. Sitios para soñadores. Sé que dirás que no es lo peor de todo, pero en mi opinión sí lo es. Cinco años de pensamiento preceptivo, de los alemanes diciéndonos qué podemos pensar, decir, qué podemos creer. *Nos croyances*. Ha sido peor que la muerte. A Tessa le habría horrorizado.

—Y así era —dice Theo.

Luc da un respingo y Theo siente una punzada de satisfacción. Qué desfachatez la de este hombre, diciéndole a él lo que pensaría Tessa.

—Quería preguntarte… No sé si lo sabrás. —Luc apura su vaso de vino. De un trago. Como si fuera vodka—. ¿Por qué se fue de París aquella vez? ¿Qué le hice?

Theo da un sorbo a su vino e intenta ordenar sus ideas.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—Es que necesito saber qué pasó. Qué hice mal.

—¿Qué crees tú que pasó?

Luc se encoge de hombros en actitud derrotada.

—No tengo ni idea, por eso te pregunto. Estábamos bien, al menos eso creía yo. Y de un día para otro, no sé, se marchó de mi apartamento, se negaba a hablar conmigo, no contestaba mis cartas. Y de pronto, zas, desapareció. Tengo entendido que se fue con vuestra madre, ¿es eso cierto?

Theo se recuesta en la silla y piensa en aquel verano, en el súbito cambio de planes, en el alegre anuncio de su madre: «Hemos pensado hacer un viaje por Europa mientras aún se puede». Un *grand tour*, el fascismo de cerca. No les pegaba nada a ninguna de las dos. Y todas las cartas que llegaron de Tessa aquel verano tenían matasellos francés. Theo jamás mencionó esta anomalía, pero no la ha olvidado. Es la prueba de un secreto, de que le ocultaban algo.

—Debiste de hacer algo mal —se limita a decir.

Luc levanta las manos.

—Te juro que no.

—Tuviste que hacerlo. De otro modo no tiene sentido. Las personas no cambian sin más, no de esa manera. Piensa, ¿qué pasó la última vez que estuvisteis juntos?

La gente ha empezado a mirarlos, a murmurar con la boca tapada. Yo sería un pésimo espía, piensa Theo, y el pensamiento le hace reír en voz alta. Pero, como no le dice nada a Luc, la risa suena histérica.

—Esto debe de ser muy difícil para ti —dice Luc con voz suave.

Theo quiere clavar las uñas en la escayola áspera y polvorienta y dejarlas ahí. Insiste:

—La última vez que la viste, ¿discutisteis? ¿Estaba Tessa disgustada?

—No, pasamos la tarde juntos y a la mañana siguiente me fui a pasar el fin de semana con mi madre.

Theo da una palmada en la mesa. Al infierno con los otros clientes y con el camarero que está intentando decidir si interviene o no.

—De acuerdo. Entonces debió de pasar algo mientras estabas fuera.

—Posiblemente. Pensaba que tú lo sabrías. Pensaba que te lo contaba todo.

Theo nota el escozor del llanto en los ojos.

—Crees que la conoces mejor que yo, ¿no? —Sabe que debería irse para no dar el espectáculo, pero no puede—. No me lo contaba todo. No me habló de ti, en realidad no. Te mencionó alguna vez en sus cartas, como mucho. Eres pintor, surrealista, solo que no te gusta esa etiqueta, ¿verdad? Sé que os encontraba emocionantes, a ti y a tus amigos. Y ya está, es todo lo que sé de su último año en París, esa es la suma de las partes. No sé por qué no le hice más preguntas. Por qué no fui más curioso.

Luc se reclina en el respaldo de su silla.

—Nunca presumiría de conocerla mejor que tú.

Esta respuesta solemne a los celos infantiles de Theo solo sirve para avergonzarlo más.

—Mi amigo Ephra dijo que algunas mujeres son así, que yo nunca había significado para Tessa lo que significaba ella para mí. Pero yo no lo creo. Creo que significábamos algo el uno para el otro.

Theo mira las manos de Luc encima de la mesa. Están temblando.

—Creí que volvería a verla —continúa Luc—. No me marché con los otros. Pensé: ¿por qué tengo que irme? Esta es mi casa. Peggy Guggenheim, la coleccionista de arte. ¿La conoces?

Theo niega con la cabeza. Se le ha tranquilizado la respiración y se obliga a soltar una carcajada.

—No en persona.

—Consiguió mandar a muchas personas a América. Pero yo soy cabezota. Tessa te lo diría…, te lo dirá. No ha sido fácil. Tuve que esconderme. Al parecer soy un degenerado.

Theo se seca los ojos. Y, puesto que se siente envalentonado a pesar de que casi no ha bebido vino, dice:

—Por eso no te preocupes. Yo también lo soy.

Cambridge, enero de 1945

25

Theo ha desarrollado una serie de mecanismos para afrontar la angustia; «angustia» es la palabra que ha escogido su cerebro para describir este nuevo poder que reina en su cabeza, aunque no es lo bastante grande para su realidad. Su dolor es colosal y lo ensombrece todo.

Ha aparcado el coche algo lejos del camino de entrada porque no quiere que sus padres sepan que ha llegado. Qué extraño se le hace conducir después de meses de ir por ahí cojeando apoyado en un bastón. Ahora no lo necesita tanto, a no ser que esté cansado o tenga que recorrer una larga distancia, pero siempre le quedará una leve cojera. Un recordatorio constante de su paso por la guerra, a la vista de todos.

Respira hondo varias veces y cuenta hasta diez, una rutina que tiene interiorizada. Se pregunta qué pasará si no se resiste, si se rinde y planta cara a lo que sea que le ha acelerado el corazón en ese momento. Tal vez el miedo sea lo que tiene el poder en realidad. Algún día lo dejará ganar, a este dolor, este pánico, solo para comprobarlo. Dejará que se apodere de él y verá qué ocurre.

Su madre acude a abrir la puerta.

—*Mon beau gars* —dice apoyando la cabeza en el pecho de Theo.

Theo la abraza, pero es un gesto maquinal. Tanto lo asusta lo que pueda ocurrir a continuación, las emociones que pueda desatar, que no se da permiso para abrazar a su madre como es debido.

—Hola, maman —dice por fin.

La madre lo suelta y va hacia la cocina, donde Theo ve la silueta de su padre junto al fregadero.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunta la madre sin volver la cabeza.

—Debo regresar a Londres mañana a primera hora. Tengo una última reunión allí y después derecho a París.

—Espero que estés encontrando tiempo para descansar, *Théo*, es importante, en especial después de todo por lo que has pasado. Y, ahora, ¿qué te apetece? ¿Té o café? —La madre junta las manos—. Menta, hay menta en el invernadero. *Théo*, ¿te apetece que nos tomemos una infusión? Está riquísima y fresca.

—Me encantaría, gracias —contesta Theo y la madre va corriendo al invernadero.

Su padre sigue dándole la espalda, lo que significa que Theo puede sentarse renqueando en una silla y sin preocuparlo. Conducir le empeora la pierna, pero nunca lo reconocerá.

—Voy a poner agua a hervir —dice su padre—. Hace muchísimo frío. Una bebida caliente te sentará de maravilla.

—¿Ha estado bebiendo mamá? —pregunta Theo.

El padre se agarra a la esquina del fregadero.

—Por favor, no empieces. Acabas de llegar —responde.

—No son ni las once y apesta a alcohol.

Al oír esto, su padre se vuelve. Theo repara en sus ojeras oscuras, en las manchas y venillas visibles de su nariz.

—Ha sido duro, Theo. Cada uno lo sobrelleva como puede.

—Por supuesto, pero emborracharse a media mañana no es un comportamiento a fomentar.

Theo piensa en sus veladas. Una botella, dos, tres. El alivio cuando los contornos empiezan a difuminarse. Un ruido en la puerta les hace volver la cabeza. Es su madre, con un puñado de menta. Ahora se le nota más aún, el rubor en las mejillas, el pelo despeinado.

—¿Estáis discutiendo? —pregunta.

—No —se apresura a contestar Theo.

—Tengo una jaqueca horrorosa —dice la madre.

El padre le tiende una mano y la ayuda a entrar con delicadeza en la habitación.

—¿Por qué no te echas un rato? Ya le preparo yo la infusión a Theo y te despierto para el almuerzo.

La madre asiente y le dice a Theo:

—¿Me contarás qué tal en París?

Theo nunca la ha visto acceder a algo tan fácilmente. Cuando oye cerrarse la puerta del dormitorio, pregunta:

—¿Con qué frecuencia se pone así?

Pero el padre levanta una mano.

—Necesita distraerse —dice—. Un par de nietos le vendrían bien. ¿Ha habido suerte en París? ¿Has conocido a alguna chica especial?

Theo está sin palabras. Ríe incrédulo porque considera que a estas alturas debería estar eximido de una conversación tan trillada.

—Me temo que no, papá, pero estoy convencido de que anda por ahí, en alguna parte —responde con amargura.

—¿Qué tal la pierna?

El padre sirve dos tazas de infusión de menta y se sienta en la silla enfrente de Theo.

—Casi curada —miente este soplando la infusión—. Las cosas no pintan bien. Me refiero a Tessa.

Se sabe de memoria la frase: «La investigación sigue su curso, pero aún no hay noticias». Michael le había obligado a repetirla tres veces. «No pienso mentir», le había dicho, pero Michael no se había mostrado nada comprensivo. «Va con el puesto», había replicado.

El padre cierra un momento los ojos.

—Pero si no hace más que aparecer gente. Tú mismo lo dijiste.

—Y así es, pero no ella, lo que hace pensar que ya no está en Francia.

—A no ser que esté escondida. A Tessa se le da bien improvisar.

Theo niega con la cabeza.

—No está escondida, papá. La detuvieron.

—Bueno, dijeron que creían que la habían capturado, pero en realidad nadie sabe…

—Yo sí lo sé.

—¿Por qué?

Theo da un sorbo de té.

—Porque sí.

Sabe que está siendo cruel.

—¿Son trucos de mellizos?

—Por el amor de Dios, no. Claro que no.

El padre suspira y se pellizca el puente de la nariz con los dedos pulgar e índice.

—Eso no significa que esté muerta. Y además, si está prisionera en alguna parte, hay reglas, ¿no? La Convención de Ginebra.

—No es tan sencillo. Tessa no iba de uniforme, y, aunque estaba oficialmente en el FANY, en el FANY no hay rangos como tales, no son miembros oficiales de las fuerzas armadas. Lo que quiere decir que, si las capturan, no las consideran prisioneras de guerra. Las protecciones que garantiza la Convención no son necesariamente aplicables.

—Suena a algo que debería haberse pensado antes —dice Dominic —. Estoy orgulloso de ella, por aportar su grano de arena. Por encontrar la forma de hacerlo sin traicionar sus principios.

Theo se queda anonadado con esta afirmación. Años de amargura —la amargura de ser el hijo no predilecto— afloran en la oscuridad. La parejita, piensa, con vuestro club. Está sujetando su taza con demasiada fuerza. Tessa siempre notaba cuando estaba tratando de contenerse. Le ponía una mano sobre la suya; en ocasiones lo tranquilizaba solo con una mirada.

—¿Qué crees que estaba haciendo en Francia? —pregunta—. ¿Intentando hacer ver sus errores a los alemanes mediante el persuasivo poder de la conversación?

Su padre chasquea la lengua, pero no dice nada.

—Puede que usáramos armas distintas, pero no te equivoques, los dos estábamos luchando ahí fuera —continúa Theo—. Los dos vimos violencia, fuimos testigos de ella, participamos de ella y casi con seguridad la infligimos a otros. Me alegra que estés orgulloso, pero la participación de Tessa en la guerra no tenía nada de pasiva, eso te lo aseguro.

Después de estas palabras se quedan callados. Theo se pone de pie tratando de ocultar como puede el esfuerzo que ello le supone y termina de fregar lo que tenía su padre en el fregadero.

—No hago más que acordarme de una cosa de cuando éramos pequeños. Estábamos bañándonos en el Cam contigo en la orilla, leyendo un libro. Jugábamos a ver cuánto tiempo lográbamos contener la respiración debajo del agua.

Le parece estar viéndolo. Tessa disfrutando de flotar de espaldas y sin demasiadas ganas de jugar. Durante un rato flotaron juntos, cogidos de la mano, pero no era suficiente para el siempre inquieto Theo, que sabía que Tessa era incapaz de resistirse a un desafío. Se sumergieron con las narices tapadas y los carrillos inflados. La primera vez ganó Tessa, por supuesto. Le parece estar viéndola, con ojos abiertos de felicidad disfrutando su victoria.

«El mejor de tres», había dicho él. Pero, puesto que estaba enfadado y sabía que Tessa odiaba abrir los ojos debajo del agua, esta vez, cuando se sumergieron, buceó hasta la orilla. En un solo gesto fluido se aupó apoyándose en la tierra húmeda y salió del agua gris y limpia.

El padre había levantado la vista del libro, irritado porque ¿no se daban cuenta de que aquel era su rato de descanso? Theo se había llevado un dedo a los labios y se había agachado detrás del tronco de un sauce llorón. Oyó a Tessa salir a la superficie. Oyó el «Oh» decepcionado que endulzó el momento aún más.

—¿Theo? —llamó Tessa, y, a continuación, apremiante—: ¿Theo?

Desde su escondite, Theo la miró desaparecer otra vez debajo del agua. Cuando reapareció, tenía los ojos muy abiertos por el miedo.

—¡Theo, Theo! —gritó—. ¡Papá, no está Theo!

Theo miró a su padre levantar la cabeza del libro. A Tessa no le dirigió una mirada de enfado.

—Seguro que anda por alguna parte —dijo.

Pero Tessa se puso histérica. Se hundió en el río y reapareció escupiendo y agitada.

—¡No está! —gritó—. ¡No está, papá!

A continuación se echó a llorar. Theo siguió sin moverse. Fue asombrosa su reacción. El padre no tardó en hartarse.

—Ya está bien, Theo —le advirtió mirándolo con irritación.

Tessa siguió su mirada hasta el árbol y Theo se incorporó y saludó tímidamente.

—Era una broma —dijo.

Pero Tessa ya estaba en la orilla, saliendo del agua. Cruzó el barro y la hierba hasta él y lo empujó por los hombros.

—¡Eres un imbécil! —gritó espantando a los pájaros de los árboles —. ¡Creía que estabas muerto!

Aquello parecía una reacción desmesurada incluso para Tessa. Theo se echó a reír, aunque estaba empezando a asustarse.

—¿Cómo has podido hacerme algo así? —exclamó.

—Tranquilízate, haz el favor. Era una broma.

Tessa se fue hacia su padre, quien se había puesto de pie y les tendía las toallas con gesto impaciente.

—Yo nunca te haría algo así —dijo Tessa volviendo la cabeza—. Jamás en la vida.

De vuelta al presente, Theo le da un trapo a su padre y los dos miran por la ventana. El jardín es un mosaico de marrones y verdes apagados. Quiere que su hermana aparezca en este momento, que asome la cabeza por la puerta de la cocina con los ojos brillantes. «¡Te engañé! —diría—. Por fin he conseguido que vuelvas».

La cocina está silenciosa. Un grifo que gotea, un pájaro en el jardín.

—No lo recuerdo en absoluto —dice el padre.

Pasa casi toda la tarde durmiendo. Cuando se despierta ha oscurecido y la casa está en silencio. Una luz amarilla se cuela por debajo de la puerta del cuarto de estar. Theo se sirve un vaso de agua del grifo de la cocina y abre la puerta de la salita, donde su madre está tumbada en el sofá, dormida. En el suelo hay una copa volcada y una mancha de vino tinto en la alfombra, el color borgoña tiñe la lana de escarlata y ocre. En la mesa baja hay una botella vacía y, junto a ella, hay otra casi llena. Theo mira a su madre durante un momento. Quizá sería mejor cerrar la puerta y dejar que duerma la mona. Pero eso equivaldría a cerrar los ojos, el cerebro, a la realidad que ha desembocado en este desastre.

Se arrodilla a su lado y le aparta el pelo de los ojos.

—¿Maman? —susurra—. Maman, hora de irse a la cama.

La madre abre despacio los ojos.

—Creía que eras un sueño —murmura.

—Venga, vamos arriba. A la cama. —Le pasa los brazos por el cuello y la levanta del sofá—. Agárrate o te caes.

Su pierna le arde igual que brasas candentes, pero sigue adelante. La madre pega la cara al cuello de su camisa. Está diciendo algo, una retahíla incomprensible de palabras susurradas. Theo empuja con el codo la puerta del dormitorio de sus padres y deja a su madre en la cama con la mayor delicadeza posible.

—¿Dónde está papá? —pregunta.

—No sé —murmura la madre, en voz tan baja que Theo tiene que inclinarse para oírla—. Trabajando, paseando…, se pasa el día paseando. —Coge la mano a Theo—. ¿Sabes una cosa? A veces pensaba que mientras tu hermana y tú os tuvierais el uno al otro no me necesitaríais. No sabes lo que es eso para una madre ni cuánto significó que acudiera a mí. A mí y a nadie más.

—¿Acudiera a ti para qué? —pregunta enseguida Theo.

Pero es demasiado tarde, su madre ha cerrado los ojos y su respiración vuelve a ser acompasada.

Theo le sube la colcha hasta la barbilla y, recordando sus propias experiencias, deja una papelera junto a la cama. Luego baja, se sienta en el sofá y se bebe el vino que queda directamente de la botella.

París, 1945

26

Cada vez son más los desaparecidos que vuelven, no de escondites en Francia, sino de campos de prisioneros en Alemania a medida que el régimen se desmorona a su alrededor. Aún quedan, les dicen los desaparecidos a Theo y a sus colegas, y les dan nombres y alias que Theo tacha de la lista de la señorita Jones. Los americanos cruzan el Rin y entran en Alemania. Los soviéticos se encuentran un campo de internamiento cerca de una ciudad anodina en Polonia. Miles de prisioneros escuálidos, abandonados; se cree que miles más se dirigen a pie —o, más bien, sus carceleros nazis los obligan a ir— hacia el frente. Luego aparecen más campos y más atrocidades, las fotografías se alojan en el cerebro de Theo junto a los brutales recuerdos de su propio pasado reciente. Weimar —o Buchenwald, como lo llaman en la prensa—, Belsen, Ravensbrück y Dachau. Theo se fija en que Ravensbrück es un campo para mujeres.

La situación deriva en caos. Un día de primavera, Theo llega al hotel y se encuentra el vestíbulo lleno de personas, algunas de aspecto conmocionado, otras furiosas. Cuando se abre paso entre ellas, le tiran de la manga y le suplican que las escuche, que las ayude a volver a sus casas. Ve a Mabel junto al ascensor, pálida y tapándose la boca con la mano. Michael se sube al mostrador de

recepción mientras el anciano conserje le da manotazos en los tobillos y le implora que se baje.

—Por favor, den su nombre a mis colegas aquí en la recepción —dice Michael— y los iremos entrevistando e informando uno a uno. —Cuando el ruido no cesa, insiste en voz más alta—: Queremos ayudarlos, pero para eso tienen que ayudarnos primero a nosotros. Por favor, mantengan la calma y hagan cola en la recepción.

Theo consigue llegar hasta Mabel.

—Los ha traído la Cruz Roja —dice esta—. De los campos. En el patio hay más.

Theo examina el gentío. Mabel le da un apretón en el brazo.

—Iré a buscarte si aparece, te lo prometo.

Theo asiente con la cabeza porque no se atreve a dar las gracias de viva voz. Por esta razón la señorita Jones y Michael lo consideraban «inadecuado» para hacer este trabajo. Lo de «inadecuado» es un eufemismo. «Inapropiado» lo define mejor. «Grotesca dejación de responsabilidad por parte de sus superiores» aún mejor. Theo no debería ser quien encuentre a Tessa. Tiene sentido ahorrar a las familias los detalles de la situación. El general Patton hizo que sacaran fotografías de Buchenwald porque pensó que no había que ocultar al mundo esta verdad, pero quizá debería haberse eliminado la peor parte, los detalles que permanecen. Los barracones atestados. Los cuerpos amontonados, las piernas como palos. Nadie debería ver a sus seres queridos en ese estado. Matará a sus padres, piensa Theo.

—¿Tenemos una lista actualizada de los desaparecidos de Londres? —pregunta.

Mabel asiente.

—La señorita Jones la ha enviado por cable a primera hora.

Marianne e Isabelle, esos eran los alias de Tessa. El personal de Baker Street la conocía por Genevieve. ¿Cómo serían esos papeles que representaba y qué tenían en común con la verdadera identidad de su hermana? En ocasiones Theo se pregunta si la reconocería de aparecer entre esas figuras espectrales de pelo ralo y mejillas hundidas. Theo siempre está pendiente de la puerta de su despacho. Es insoportable, la espera, el no saber, sobre todo ahora que empieza a saberse tanto.

En cuanto sube, recoge una copia de la lista actualizada de la señorita Jones.

—Aquí no hay mujeres —le dice a Michael, quien está concentrado en sus notas tratando de cotejar nombres y descripciones de modo que encajen las piezas—. ¿Qué sentido tiene hacer una lista nueva si sigue dejando fuera a parte de los desaparecidos? ¿De qué le sirve a nadie?

—La petición viene de arriba. Vamos a dar la lista a la Cruz Roja. Si incluimos nombres de mujeres, es probable que se filtre a la prensa. —Michael ni se molesta en levantar la vista—. Mujeres británicas perdidas detrás de las líneas enemigas. Theo, muchacho, imagina las preguntas que nos harían. Sería un escándalo, como bien sabes. Después de todo es el argumento que usaste tú para chantajearme y conseguir este trabajo.

—Desde entonces las cosas han avanzado.

—¿Tú crees?

Theo está indignado. Tarda un momento en ordenar sus pensamientos.

—Es decir: primero negamos a las mujeres un rango militar que les garantice la protección de Ginebra si las hacen prisioneras, cosa que ha sucedido, y a continuación dificultamos en la medida de lo posible que las encuentren si están desaparecidas. ¿Lo he entendido bien?

—Tenemos sus fotografías. Las autoridades no quieren que sus nombres anden circulando por ahí, eso es todo.

—¿Porque salen mal paradas?

—Bueno, es que es así.

Theo no da crédito.

—Y esa es la prioridad, ¿verdad? ¿Así es como han decidido tratar a esas mujeres, las desaparecidas, las que han demostrado una valentía extraordinaria al servicio de su país? Deberíamos estar haciendo todo lo que se encuentre a nuestro alcance para localizarlas, pero no, espera un momento, vamos a fingir que no existen para proteger la reputación de los mandamases de Whitehall. Dime, ¿a ti eso te parece justo? Porque a mí me parece una puñetera vergüenza.

Michael no se inmuta.

—Nosotros no damos las órdenes. Solo las obedecemos.

Encargan a Theo entrevistar a un agente de Francia Libre que ha sido convocado por la comisión de inteligencia porque, según asegura, fue deportado a Buchenwald junto con varios agentes británicos. Esto despierta el escepticismo entre los colegas de Theo, el pensamiento racional rechaza una idea así; es una suerte de excepcionalismo por su parte, el rechazo a creer que el destino atroz

capturado por las imágenes en blanco y negro de Patton pueda ser también el de súbditos británicos. Resulta inaceptable. Varios de los hombres que nombra el agente figuran en la lista de desaparecidos de la señorita Jones y Theo comprueba que el agente de Francia Libre los identifica por sus nombres verdaderos y no por sus alias. Se pregunta si se desmoronaron y revelaron su identidad o si alguien los delató.

—Me llevaron al campo en agosto de 1944 —dice el agente, que se llama Landry.

—¿En qué medio de transporte? —Theo escribe en su cuaderno de notas.

—Un autobús, un tren y después un camión.

—¿Y dónde estuvo antes de eso?

—En una cárcel en París. Fresnes.

—¿Y esos hombres estaban con usted en la cárcel?

—La mayoría sí.

—¿Y viajó con ellos en el tren?

—*Oui*, y también con unas veinte mujeres.

Theo levanta la vista y el hombre asiente con la cabeza. Theo toma nota de este dato y lo subraya. Le tiembla la mano.

—Habían bombardeado la línea férrea y no podíamos seguir. Estuvimos un tiempo parados…

—¿Cuánto?

—Un día más o menos. Luego nos llevaron a un apeadero y nos subieron en dos camiones. Uno para los hombres y otro para las mujeres. Fuimos hasta Châlons-sur-Marne y de ahí cambiamos de camión antes de seguir a Verdún. Pasamos la noche…

—¿Durmieron en Verdún?

El hombre menea la cabeza, incrédulo.

—Monsieur, dudo de que alguien durmiera. Nos llevaron a Metz y estuvimos allí unas cuatro horas. Allí vi otra vez a las mujeres.

Theo abre una carpeta, saca un fajo de fotografías en blanco y negro y se las da a Landry. Este identifica enseguida a los hombres, pero solo recuerda a una de las mujeres. Cuando llega a la fotografía de Tessa, Theo se obliga a apartar la vista para que su expresión no lo delate. Cuando Landry niega con la cabeza y deja la fotografía boca abajo en el montón, Theo teme vomitar, y eso que sabía que las posibilidades eran remotas. El traslado se produjo casi un año después de que Tessa dejara su celda en París.

¿Cómo pueden desaparecer las personas sin más?

—Después ya no vi a ninguna mujer —dice el hombre—. Nos llevaron a la estación de Saarbrücken y de ahí en tren a Weimar. Para entonces íbamos encadenados de cinco en cinco.

Theo saca fuerzas para seguir con el interrogatorio.

—¿Y recuerda la fecha en que llegó a Buchenwald?

—El 16 o el 17 de agosto, creo. Nos dijeron que nos iban a gasear, pero no lo hicieron. Nos quitaron todo lo que llevábamos encima, nos afeitaron la cabeza y nos mandaron a un barracón.

—¿A cuál?

—Barracón número 17.

—Y esos otros hombres, ¿siguen en el campo por lo que usted sabe? —pregunta Theo.

Landry señala con un dedo flaco uno de los nombres, el de un agente inglés llamado Argyle.

—Creo que este sigue vivo.

Otro vuelco al corazón de Theo.

—¿Y los demás?

El hombre niega con la cabeza.

—Había una lista. Catorce nombres. A los hombres los encerraron en el centro del campo.

—Perdón, ¿esto cuándo fue?

—A principios de septiembre de 1944. Primero les pegaron y después los ahorcaron…

Theo lo interrumpe.

—¿Cómo lo sabe?

—No se hablaba de otra cosa. Los ataron a sogas colgadas de ganchos en el techo. No se les partía el cuello, no, eso habría sido demasiado piadoso. Tardaban cinco, diez minutos en morir. Luego quemaban sus cuerpos en el crematorio. En octubre apareció otra lista y a quienes estaban en ella los fusilaron. Fueron valientes, desafiantes incluso, hasta el momento de su muerte.

Theo toma nota de esto. Le gusta aparentar clama, frialdad incluso durante todo este proceso, pero el corazón se le sale del pecho.

—Estas listas… ¿Está sugiriendo que se trataba de órdenes de las autoridades del campo?

Landry señala el techo.

—O de más arriba —dice. Se inclina hacia delante—. Hay una cosa más que debería saber.

—¿Cuál?

—Todos los ingleses a los que conocí estaban convencidos de que había un topo en sus filas. Así que deberían hacer algo al respecto, ¿no le parece? Ese topo, ese traidor, es tan culpable de asesinato como cualquier nazi.

Es ya tarde cuando Mabel aparece en la puerta del despacho de Theo. Lo bastante para que la habitación esté iluminada por el resplandor triangular de su lámpara de mesa.

—Se han ido todos —dice Theo sin levantar la vista. Señala el montón de papeles, informes y notas de interrogatorios encima de la mesa—. Me queda un rato. Márchate si quieres.

—No vengo por eso —dice Mabel y el nerviosismo en su voz hace que Theo deje de escribir—. Ha venido a verte el mayor Crawley. Está aquí al lado.

El oficial a cargo de la comisión de inteligencia.

—¿Está aquí Crawley? —Theo empuja su silla, alarmado—. ¿Por qué no se me ha informado de que estaba en París?

—No lo sabíamos.

Theo despide a Mabel más secamente de lo que había sido su intención. Comprueba su aspecto en el espejo del cuarto de baño, se alisa el pelo y lamenta las reveladoras ojeras grises. Crawley pensará que se dedica a divertirse por las noches.

El mayor, que también era abogado antes de la guerra, saluda a Theo con una inclinación de cabeza cuando entra en la habitación.

—Armstrong, hola, muchacho.

—Señor, no sabía que estaba en París.

—Una visita fugaz. Mantiene a todo el mundo en guardia. Hay que aprovechar bien el tiempo. Se rumorea que cualquier día van a echar el cierre.

Llevan meses diciéndolo. Se hace evidente que las autoridades quieren enterrar el problema de los agentes desaparecidos. Mujeres cuyo rastro se ha perdido detrás de las líneas enemigas, es posible que ejecutadas, es un escándalo que el gobierno no puede

permitirse. Crawley —todos estos hombres, de hecho— quieren esconderlo debajo de la alfombra y no volver a hablar de él. Theo piensa: ¿esto es lo que quieres para ella? Una carpeta con el sello «Desaparecida, dada por muerta» y ausencia de respuestas porque la marea está cambiando.

Crawley hace una seña a Theo para que ocupe la silla frente a la mesa. De manera que es una entrevista, piensa. Desearía haber dispuesto de un momento para poner orden. Hay tazas de té a medio beber en las mesas, papeles sin archivar, plumas preparadas para la mañana siguiente.

—¿Cuándo empezó a ejercer la abogacía? —pregunta Crawley.

Es una pregunta inesperada.

—En 1938 —contesta Theo al cabo de un instante.

—Cielos. En mala hora.

—¿Por qué me lo pregunta, señor?

—Armstrong, ha hecho usted un buen trabajo aquí, y en unas circunstancias extremadamente difíciles.

A Theo se le cae el alma a los pies. Esto le suena a despido, si bien en cierto que nunca ha vivido uno.

—Veo en su expediente que habla usted alemán.

—Algo, sí. Lo estudié en el colegio.

—Escuche, que quede entre usted y yo, pero parece que el secretario de Exteriores ha cambiado de opinión después de la conferencia de San Francisco.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Quiere decir que ha cedido a la presión de los norteamericanos y es probable que haya un proceso judicial. Crímenes de guerra. Crímenes contra la humanidad.

De pronto no parece en absoluto que estén intentando esconder los problemas debajo de la alfombra.

—Como sabe, señor, me parece la manera correcta de proceder —dice Theo.

—Sí, eso he pensado, que se alegraría. Escuche, ha demostrado ser un excelente investigador, Armstrong, y tiene conocimientos de derecho internacional. Si tengo que renunciar a usted, que sea por esto.

Los rumores sobre un posible juicio circulan desde hace meses; más, incluso. Hitler, Goebbels y Himmler están muertos, pero los Aliados están deteniendo a otros altos cargos nazis.

—¿Tiene que renunciar a mí, señor? —pregunta Theo.

Crawley sonríe, pero no contesta a la pregunta.

—Es el juicio de nuestras vidas. Será definitivo para su carrera. Pero escuche, respecto a los otros asuntos, ¿cómo se ha tomado la noticia sobre su hermana? Por su aspecto, diría que muy bien. Lo felicito. Es admirable.

De pronto Theo se queda sin energías y es consciente de entreabrir la boca. En el silencio breve y aturdido que sigue, Crawley se pone colorado y mira repetidas veces a la puerta, pero allí no hay nadie que pueda salvarlo.

—¿No se lo han dicho?

Theo niega con la cabeza. No confía en su voz. Debe de estar muerta. Tessa está muerta. Llorar no es lo que se hace en situaciones así. El estoicismo es una virtud, hay dignidad en ser fuerte, pero quiere poner la habitación patas arriba. Quiere gritar.

Crawley recupera la compostura y carraspea.

—La semana pasada la Cruz Roja suiza recibió a una mujer procedente del campo de mujeres, Ravensbrück, pocos días antes de que lo liberaran los rusos. Dijo que era agente británica y habló de otras mujeres británicas internadas en el campo. Siento decirle que Tessa era una de ellas.

La incomodidad del momento se instala entre los dos. Crawley teme las emociones de Theo, este se da cuenta, así que hace un gran esfuerzo para mantener sus facciones tranquilas y sin expresión. Más tarde comprende que probablemente eso lo hizo parecer frío y no estoico, como había sido su intención. Una vez a solas en el despacho, apoya los dedos en un montón de expedientes. Transcripciones de interrogatorios, notas garabateadas en los márgenes. Tessa puede estar ahí, puede que sea lo único que queda de ella, una observación sobre una barraca, una palabra a vuelapluma.

O puede estar viva.

Theo va a un pequeño bar en el Quartier Latin que mencionó Tessa en una de sus cartas casi una década atrás. Tessa se reiría. Diría: «¿Tú en ese bar?», y tendría razón. Se siente fuera de lugar. El local es oscuro y sin duda pensado para estudiantes, al menos antes de que los alemanes le arrancaran el corazón a la ciudad, inundaran su lenguaje con el suyo, llenaran letreros y escaparates con sus palabras. Luc vive cerca. A veces Theo piensa en llamar a su puerta, pero no lo hace porque empieza a parecerle una violación, desenterrar esos secretos que Tessa se guardó.

—Menuda caminata, no sé si el lugar lo merece —dice Michael sentándose en la banqueta contigua frente a la barra y sobresaltando a Theo.

Este da un sorbo a su whisky.

—¿Me estás siguiendo?

—Pues sí, mira. Estoy preocupadísimo por ti. Podrías invitar a los demás a que vinieran aquí. Les gustaría, sobre todo a Mabel. —Michael hace un gesto al barman, señala el vaso de Theo y levanta dos dedos—. Además, ¿no estás de celebración? El tribunal militar internacional para crímenes de guerra, amigo mío. Vas a tener anécdotas que contar para el resto de tu vida.

—Eso si acepto el trabajo.

—¿Y por qué no ibas a hacerlo?

—Crawley me ha contado lo de Tessa —dice Theo aunque una parte de él no quiere que Michael lo sepa. No quiere que nadie lo sepa. Quiere guardarse la información para él solo, ardiendo en sus pensamientos.

Michael hace una mueca.

—¿Qué parte?

—¿Cómo que qué parte?

El barman les sirve sus bebidas y Theo dobla los nudillos antes de decirle, porque le parece una petición de lo más razonable, que les deje la botella.

—Me dijo que la habían visto en Ravensbrück. ¿Por qué? ¿Qué más sabes tú?

—Una mujer, una de las nuestras, dice que Tessa estuvo un tiempo detenida en la avenue Foch. Eso nos confirma lo que nos contó la propia Tessa cuando escribió en la pared. Es probable que

no signifique nada, pero, por lo que estamos averiguando, se trata de algo inusual. König tendía a trabajar rápido y a enviar a los agentes a otros sitios.

Theo no dice nada.

—Por supuesto, sabemos muy poco de Ravensbrück. Los rusos no están siendo demasiado colaboradores. —Michael ríe con amargura —. No sé si nuestra alianza con el Este va a durar mucho en tiempos de paz.

—Tenemos información sobre Buchenwald, Belsen y Dachau. Sobre las condiciones de los prisioneros en esos campos. Vivos a duras penas. Piel y huesos y llenos de enfermedades.

Michael toma aire.

—No sé por qué te haces esto.

—No espero que lo entiendas, al ser hijo único.

Mira a Michael encajar el golpe.

—Crawley ha accedido por fin a dar los nombres de las mujeres desaparecidas a la Cruz Roja —dice Michael al cabo de unos instantes.

—Bien. Eso significa que su nombre se hará público. No quiero que lo metan en un cajón. Quiero que la encuentren y quiero saber lo que pasó. Hablo en serio, Michael.

—¿Crees que yo…?

—Creo que haces lo que te dicen que hagas. Además, ya he visto las notitas de la señorita Jones a las familias, los eufemismos. No quiero que me ahorren los detalles feos, lo tengo decidido. Y si la encuentran, sea cual sea su estado, quiero ser yo quien la traiga a casa.

Núremberg, 1945

27

La guerra no es más que un paréntesis», había dicho Stephen aquel día en el río, cuando estaban sucios de barro y de ramitas. Theo piensa en ello mientras el autobús avanza despacio por una calle en mal estado, llena de rotos y socavones. Su objetivo era encontrar a su hermana y sin quererlo ha terminado de espectador, tentadoramente cerca de la acción, pero siempre esperando a que alguien le explique lo que ocurre. La verdad ineludible es que no va camino de Núremberg por Tessa y le parece el colmo del egoísmo, poder pasar página mientras ella sigue atrapada dondequiera que esté.

Tiene en qué ocupar sus pensamientos. En Núremberg hay miles de cadáveres debajo de montañas de escombros, o eso dice alguien en el autobús del ejército. París era toda sonrisas tensas y ojos entornados. En Núremberg no se esconde nada, no hay disimulo, la mera escala de los daños lo hace imposible. No bebáis agua del grifo, dice alguien y todos ríen, pero es una risa sombría.

Podría estar en Ravensbrück en cuatro horas. Lo sabe porque lo ha buscado.

La próxima parada en este paseo por la ciudad es el Palacio de Justicia. Los viandantes manifiestan su indignación por la destrucción que trajeron los Aliados en forma de miradas y susurros

furiosos y Theo quiere decirles no, es que no os dais cuenta, la pérdida es mutua y soy yo el que está furioso con vosotros. A estas alturas acepta la situación como una pérdida; incluso si Tessa vuelve, nunca será la misma, no después de lo que habrá visto en los campos. Theo lo sabe porque también él lo ha visto, aunque no de primera mano, sino en fotografías y noticiarios.

Los tanques de Sherman hacen guardia delante del Palacio de Justicia, donde se va a celebrar el juicio. En los pasillos hay materiales de construcción apilados, del tribunal principal llegan ecos de martillazos y taladros. Theo va de un lado a otro intentando orientarse. No hay a quien preguntar y no quiere molestar a los albañiles, antiguos soldados en comisión de servicio que apenas lo miran. Desde un pasillo acristalado, Theo ve un jardín yermo en el que hacen ejercicio varios prisioneros. Está Hermann Göring, está Rudolf Hess, un grupo de guardas estadounidenses los vigila de cerca. Theo frena en seco, incapaz de apartar la mirada.

—Mal asunto, ¿eh? —dice una voz a su espalda—. Piensas en ellos como monstruos hasta que comprendes que lo verdaderamente aterrador es que eran simples hombres. —Theo se gira y el hombre le tiende la mano—. Mayor Page. Trabajo para el Tribunal Militar Internacional. ¿No será usted el capitán de grupo Armstrong?

Theo asiente y estrecha la mano del hombre.

—Bien. Excelente. Lo estaba buscando. Llámeme Jeremy, si le parece. Ya tenemos bastantes formalidades. Y siento el barullo, son los estadounidenses. Están ampliando el tribunal para acomodar al numeroso público.

Theo sabe que debe moverse, pero no logra arrancar la vista de los cristales.

—Es mejor sacárselo de dentro antes de estar en la misma habitación que ellos.

Theo se vuelve de mala gana.

—¿Usted lo ha hecho?

—Sí. Son unas criaturas fascinantemente banales, considerando lo que han hecho. —Coge a Theo por el codo y lo separa de la ventana con suavidad—. ¿Le enseño su despacho? Me temo que está todo un poco manga por hombro. Los procedimientos se han organizado poco menos que sobre la marcha. No digo que estemos improvisando, entiéndame, solo que ninguno hemos hecho algo así antes.

—¿Y cómo están los prisioneros?

Jeremy camina a grandes zancadas y Theo tiene que darse prisa para seguirlo.

—Pues muy a la defensiva, como cabía esperar. No se creen que vayan a tener un juicio justo y por supuesto Stalin ha decretado que son culpables, así que sus razones tienen. Pero, aun así, vamos a demostrarles que se equivocan, ¿le parece? Ah, ya estamos.

Una vez ha presentado a Theo a los demás y le han enseñado su mesa, Jeremy dice crípticamente:

—Me temo que ha tenido mala suerte en su primer día.

—Vaya por Dios —dice Theo mientras se quita la chaqueta y se pregunta qué significará eso.

—Pues sí. Uno de los acusados quiere elevar una petición a los jueces del tribunal. Pasa casi todos los días y no nos lo tomamos necesariamente en serio. ¿Puede ir ahora? Después tenemos una reunión con los jueces donde podrá exponer de qué petición se trata esta vez.

Theo recoge sus cosas, se pone la chaqueta con manos torpes. La pluma se le cae de encima del montón de carpetas, el brazo se le queda encajado en la manga.

—¿Quién es? —dice.

—Ribbentrop.

La prisión del Palacio de Justicia está custodiada por el ejército estadounidense, cuatro hombres corpulentos que miran a Theo —o esa impresión le da a él— con desdén.

—Es usted nuevo —dice el comandante de la prisión cuando llega Theo—. Y joven.

Un pasillo cubierto termina en unas gruesas puertas de acero. El comandante toca una campana y al momento unos guardas abren la puerta, adoptan posición de firmes y hacen el saludo militar. Voy a conocer a Ribbentrop, piensa Theo. Voy a escribir sobre esto. A continuación se pregunta qué haría Tessa, porque Tessa siempre está al otro lado de la luz de sus pensamientos, y decide que ella saborearía una oportunidad así. Mira la prisión, de tres plantas y con una escalera de caracol, puertas con rejas metálicas y guardas patrullando porque los intentos de suicidio son habituales. Theo es conducido hasta una de las puertas, el sargento mayor hace tintinear sus llaves y grita: «¡Apártese de la puerta!». Theo oye pisadas lentas dentro de la celda y cuando ve a Ribbentrop el asco se apodera de él. El ministro de Exteriores del Tercer Reich tiene aspecto desaliñado, está despeinado y con ojos cansados. La celda está tan desordenada como el cuarto de Theo en su alojamiento, con una mesa pequeña cubierta de hojas de papel.

Ribbentrop mira a Theo de arriba abajo con sus penetrantes ojos azules.

—¿Usted es? —pregunta en inglés con marcado acento. Cuando Theo se presenta, Ribbentrop menea la cabeza—. No, me refiero a su título. Es usted inglés, ¿sí?

Theo está desconcertado.

—Soy el capitán de grupo Armstrong.

—¡No, no! —Ribbentrop está furioso—. Su título.

Theo cae en la cuenta de a qué se refiere Ribbentrop, en su momento personaje asiduo al palacio de St. James.

—Me temo que no me encontrará en el Debrett's[1] —dice.

El comandante americano los mira a los dos, en apariencia perplejo ante este misterioso diálogo de las clases altas británicas. Ribbentrop parece abatido y se le encorvan los hombros. Le recuerda a Theo a una rata atrapada en el haz de una linterna. Aunque sabe que debería disfrutar este momento —Tessa sin duda lo haría—, el espectáculo no lo alegra. Tessa dijo una vez de Ribbentrop que era un «pavo real envuelto en una esvástica», pero Theo solo lo encuentra lamentable.

Ribbentrop se sienta en la pequeña silla metálica.

—Cada vez viene alguien distinto y de menor rango. —Hincha el pecho y mira a Theo a los ojos—. Tengo vínculos con la aristocracia británica, para su información.

Pues sí, piensa Theo, un pavo real.

—Me informan de que quiere hacer usted una petición. Si le parece, empezamos.

Ribbentrop se cruza de brazos.

—Quiero ver a mi médico.

Theo mira al director de la prisión.

—¿Está usted enfermo?

Ribbentrop mira a Theo con total desprecio.

—Eso queda entre mi médico y yo, ¿no cree?

—El médico ya lo ha visto a usted. Dice que no le pasa nada —tercia el comandante con una mueca. A continuación se dirige a Theo—: Le está haciendo perder el tiempo, lo siento.

Theo se dispone a decir no, no se preocupe —aunque así sea, es una anécdota para la posteridad—, cuando Ribbentrop interviene.

—Espere —dice. Busca en su mesa hasta encontrar un trozo de papel y se lo tiende con brusquedad a Theo—. Son testigos para mi defensa. Exijo que sean llamados.

A continuación les da la espalda y se niega a decir nada más.

De manera que esa tarde Theo debe exponer la solicitud de Ribbentrop a los jueces que tienen encomendado el juicio más importante de la historia.

—Herr Ribbentrop solicita que su majestad el rey Jorge VI comparezca en el juicio y testifique sobre la «voluntad de paz» del acusado —dice tratando de disimular el nerviosismo en su voz. Ve a Jeremy al fondo de la sala conteniendo las ganas de reír.

Lord Geoffrey Lawrence, el juez británico, frunce sus pobladas cejas y mira con dureza a Theo. Este ve que le tiemblan las comisuras de la boca.

—Me parece que no, capitán Armstrong —es todo lo que dice.

Aunque su trabajo tiene algunos momentos absurdos, es agradable volver a poner en práctica sus conocimientos de leyes. También

ejercita de nuevo otra parte de su cerebro, pues se sorprende a sí mismo aceptando una invitación de sus colegas de ir a tomar una copa cuando termina la jornada. Van al Grand Hotel, uno de los pocos edificios de la ciudad en los que funciona la electricidad. Los estadounidenses han derribado paredes y anexado el edificio contiguo para disponer de más espacio, aunque, a juzgar por su aspecto, no tuvieron que trabajar demasiado. En Núremberg la demolición viene del cielo. Yo habría contribuido, piensa Theo.

En el Salón de Mármol, Theo tamborilea con los dedos en la barra del bar y pide un whisky. Los demás —Jeremy, pasantes y un grupo del Servicio Naval Real de Mujeres— se han sentado en una mesa cubierta de vasos y papeles de fumar. Todos charlan como si estuvieran en un bar en Soho, sobre el tiempo, sobre lo que ponen en los cines. La vida es fina como el papel y está disfrazada de vuelta a la normalidad, pero eso es imposible con los monstruos que salen en los periódicos haciendo gimnasia en el patio.

«¿Estuviste en Normandía?», pregunta Jeremy, y Theo asiente con la cabeza y narra su caída del cielo, se oye describir el hospital de campaña donde le arreglaron la pierna como «condenadamente impresionante». A continuación Jeremy cuenta sus propias anécdotas de la ofensiva contra Alemania y Theo percibe que son demasiado pulcras, sin luces ni sombras; lo mismo que su relato, un lavado de cara. Una mujer, Laura, lo invita a bailar y Theo se escabulle y se señala la pierna cuando ella insiste. La mayoría de los sentados a la mesa forman parejas y se van a la pista de baile y Theo termina al lado de Jeremy. En el espejo que hay en la pared ve el rojo de sus mejillas, por fin un signo de vida. Lo está pasando bien, piensa sorprendido. Disfruta hablando con Jeremy.

—Me parece —dice Jeremy sin mirarlo— que el Salón de Mármol no es lugar para ti.

Pega su pierna a la de Theo debajo de la mesa.

Puesto que ya lo ha vivido, Theo sabe que estas conversaciones pueden tomar dos derroteros. Es una trampa o una invitación y con Jeremy decide que se trata de lo segundo. Quiere decirle no, no sabes lo roto que estoy, porque lo ha disimulado demasiado bien. Al parecer Jeremy no se ha dado cuenta.

El brazo de Jeremy está junto al suyo.

—A mí tampoco me encanta el sitio —dice.

Flota entre los dos. Y qué raro se hace expresarlo con palabras en lugar de con una simple inclinación de cabeza, incluso si no son las palabras exactas, sino un rodeo en dirección a un punto determinado. Un camarero elige ese momento para acercarse a la mesa y preguntar a Theo si por casualidad no es Theo Armstrong y que tiene una llamada en el vestíbulo. Theo piensa que ha debido de hacer algo mal en el despacho. O quizá es su madre, porque, Dios mío, qué insistente es esta mujer, no va a dejar que un detalle tan nimio como la destrucción de una ciudad le impida hablar con su hijo.

—Por el amor de Dios, ¿sabes lo que me ha costado localizarte? —dice la voz al otro lado de la línea telefónica.

Michael. A Theo se le acelera el corazón.

—¿Qué pasa? ¿La habéis encontrado? —pregunta.

Porque se ha estado engañando a sí mismo. No ha pasado página, sigue anclado en el mismo lugar.

—¿Qué? No, perdona. —Theo oye la respiración agitada de Michael como si hubiera hecho un alto en una carrera—. Llevo días

intentando localizarte. La mitad de las veces la línea se corta.

—Bombardeamos la ciudad hasta hacerla añicos y luego esperamos que al día siguiente esté en orden y funcionando. Acaban de instalar la línea telefónica aquí. ¿Qué pasa?

Hay una pausa y ruido estático.

—Es tu padre.

Tiene que haber un límite a lo que se espera que Theo pueda tolerar.

—¿El qué? —dice—. ¿Qué ha pasado?

—Pasar no ha pasado gran cosa, de momento por lo menos. Sabemos de buena tinta que tiene intención de hacer declaraciones a la prensa. Habla con él, ¿de acuerdo? Necesitamos que pare.

Theo apoya la cabeza en la mesa de madera de la recepción y gime.

—¿Qué periódico?

—Esa basura del *Manchester Guardian*. Aunque tampoco es que lo lea nadie.

—Está claro que lo lee gente suficiente para que os preocupe.

—Theo, es un mal momento, la situación es delicada. —Michael hace una pausa—. Quiere hablar de Tessa.

Por supuesto que quiere hablar de Tessa.

—Mi padre hace lo que le da la gana.

—Igual que tú. Igual que hacía Tessa…

—Igual que «hace» Tessa.

La corrección es automática. Hay un nuevo silencio.

—Tu padre tiene que meditar muy bien sobre la situación en que se encuentra.

Cambian el tono y la temperatura de la conversación. Theo levanta la cabeza.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunta enseguida.

—De hecho, dado lo que sabemos de tu hermana, mi opinión es que a los dos os interesa cooperar completamente a partir de ahora —dice Michael—. Creo que los dos sabemos que tenéis secretos que más os vale ocultar.

Theo se queda sin aire. Traga saliva.

—¿Qué es lo que sabéis de mi hermana? —pregunta.

—Hablo en serio, Theo. Detenlo y hazlo ya.

Michael cuelga el teléfono.

Theo maldice, más alto de lo que había sido su intención. Demasiado alto, demasiado bajo, se le ha olvidado cómo se hace para estar tranquilo en compañía de otros, se le ha olvidado lo que significa ser él mismo. Tessa, piensa, cerrando fuerte los ojos como si poseyera el poder de invocarla. Tessa, Tess, Tee. Su ausencia es un grito mudo. Es la pérdida de una extremidad.

Necesita sobreponerse, pero es incapaz de domeñar sus pensamientos. Tu padre tiene que considerar las circunstancias, se dice a sí mismo; es un momento muy delicado. Lo de «dado lo que sabemos de tu hermana» es nuevo, porque ¿qué significa? ¿Qué es lo que saben y no han dicho hasta ahora? ¿Qué ha hecho Tessa? Theo mira hacia el Salón de Mármol, pero es demasiado tarde, es inútil seguir fingiendo normalidad. Se ha estado engañando con esa idea de pasar página. Está atrapado para siempre.

28

Cuando el juicio empieza en noviembre, los fiscales adjuntos tardan dos días en leer en voz alta los cargos contra los acusados en cuatro voces distintas: en inglés primero, y después en ruso, alemán y francés, traducidas en los auriculares del público, que asiente con la cabeza en los momentos pertinentes. Theo no quita ojo a los veintiún hombres en el banquillo en un intento por calibrar sus reacciones, pero aparte de Göring, que sonríe, todos están impasibles, indiferentes. Hess incluso se ha llevado una novela para leer. Theo alarga el cuello intentando ver el título, pero está demasiado lejos.

Fuera del tribunal, el público se agolpa para intentar acceder a la galería que, aunque ampliada, no es lo bastante grande para alojar a todos los ojos que no quieren perderse el espectáculo. Cuando Theo vuelve a la sala después del almuerzo, tiene que esquivar codazos y empujones porque al ser tan joven la gente no se da cuenta de que trabaja en el tribunal. Es entonces cuando la ve entre el gentío.

—¡Señorita Jones! ¿Emmeline? —la llama agitando el brazo.

Sabe que lo ha oído porque se queda quieta y sus ojos miran en su dirección, aunque no a él. Sería imposible acusarla de verlo porque no se permite ir tan lejos, pero la manera en que tensa los hombros no tiene nada de natural. Theo la mira abrirse camino entre

el gentío para huir de él. En la sala del tribunal, cuando la localiza en la galería y la mira, la señorita Jones vuelve la cabeza.

Se lee en voz alta la orden de 1941 de Hitler de destruir Leningrado. Las palabras «no tengo ningún interés en la futura existencia de este gran núcleo poblacional» son sencillas, asépticas, y, sin embargo, cuánta oscuridad sugieren, piensa Theo. La tercera sección de los cargos, la referida a los crímenes de guerra, la lee un francés que ha estado hasta hace poco en un campo de concentración. Con qué serenidad habla, considerando la proximidad de los hombres que lo metieron allí. Los jueces ordenan a los hombres del banquillo que se pongan de pie y así lo hacen y a Theo lo asombra cómo puede un simple movimiento corporal estar tan lleno de arrogancia, de indiferencia. Se pregunta a los hombres cómo se declaran.

—Inocente —dice Göring.

—Inocente —dice Speer.

—Inocente —dice Ribbentrop, el pavo real.

—*Nein* —dice Hess.

Y así veintiuna veces. Theo está allí para proporcionar documentos y llamar a testigos, pasar mensajes, una pequeña pieza en el engranaje. Por fuera es la viva imagen de la compostura, pero interiormente quiere ver a estos hombres ahorcados. Es lo que habría querido Tessa.

En la segunda semana de juicio los estadounidenses proyectan una filmación grabada en una serie de campos de concentración. Nunca ha visto la sala tan concurrida, la gente se agolpa en los bancos, hombres con casco blanco alineados a lo largo de las paredes. Las luces se apagan y comienza la proyección. Un mapa

muestra los campos de concentración repartidos por el continente, un vitíligo de maldad. Theo ha visto fotografías, por supuesto, a estas alturas todos las han visto, pero naturalmente la filmación es peor. Cuerpos amontonados en el suelo de cemento en Ohrdruf y Nordhausen. Los prisioneros, se informa al tribunal, son «esqueletos humanos, demasiado débiles para moverse». En Mauthausen, la cámara recoge la incredulidad en el rostro de un prisionero liberado, su cuerpo desnudo con más huesos que carne, ángulos donde debería haber curvas. Muestra a civiles alemanes haciendo una visita «forzosa» de Buchenwald, sonriendo a la cámara al entrar y más tarde entre montañas de cadáveres, con la sonrisa borrada por la verdad ignorada que los esperaba al final del recorrido. Hay innumerables cuerpos formando altas pilas, distorsiones grotescas de la forma humana, las costillas calcinadas de un prisionero aún visibles dentro de un horno. Dachau es una ciudad con una cámara de gas en el corazón; nunca se usó, le dicen a Theo, pero en la puerta hay ropa colgada de ganchos.

Es demasiado. En la sala cuesta respirar. La gente llora con la cara enterrada en pañuelos; muchas personas están pálidas. Esto no puede ser. Theo no concibe que este haya sido el destino de Tessa, no lo admitirá. No, piensa, me niego. Tiene una arcada. Se tapa la boca con la mano, una alarma dentro de su cabeza le ordena moverse y deprisa. Theo se pone de pie y sus colegas lo miran sin entender y al momento siguiente los distrae un revuelo en la galería, donde una mujer se ha desmayado. Para algunos, las imágenes balbucientes de la pantalla son su realidad reciente en tecnicolor. Son la realidad de Tessa. Theo avanza a tientas entre sus colegas fiscales. Cuando abre la puerta entra un haz de luz blanca en la sala

y la gente vuelve la cabeza un momento antes de fijarla de nuevo en la pantalla. Theo se salta la fila de personas esperando entrar. En uno de los cubículos del baño de caballeros, se arrodilla y vomita en la taza del váter. Oye a un hombre frente a los urinarios a su espalda abrocharse los pantalones, chasquear la lengua asqueado y marcharse. Theo vomita otra vez. Oye abrirse la puerta, pero no se vuelve. Una mano, caldeada por la temperatura en la sala del tribunal, le frota la espalda.

—¿Estás bien?

Theo se limpia la boca con el dorso de la mano.

—Por supuesto que no lo estás —añade Jeremy—. Qué pregunta más tonta.

Theo menea la cabeza. Solo acierta a decir:

—Mi hermana.

El resto lo dice la mirada que intercambian. Jeremy se acuclilla junto a la pared del cubículo.

—Dios mío. ¿Dónde?

—Ravensbrück.

Jeremy se lleva una mano a la boca. Theo lo sabe, también lo siente. Cualquier conexión con las imágenes de la pantalla, por tenue que sea, resulta insoportable.

—No ha vuelto —dice—. Ya tendría que haber vuelto, ¿no crees?

La expresión de Jeremy es mitad lástima, mitad incomodidad.

—No sé. Ya estás al tanto de que los rusos no nos han contado gran cosa de los campos que liberaron. Además, esas condiciones de vida han tenido que afectar a la memoria de las personas. Han olvidado quiénes son y ¿cómo culparlas? Si quieres, podemos hablar

con los rusos de aquí. No sé si podré conseguirte acceso al campo, pero igual sí obtenemos información.

Theo asiente agradecido.

—Por favor, no me digas que no debería estar aquí.

Se sienta al lado de Jeremy y recuesta la cabeza en su hombro, sorprendido por lo natural que le resulta.

—Al contrario, esos hombres deben tener delante a personas como tú precisamente.

Jeremy comprueba que no hay nadie fuera del cubículo y aprieta la mano de Theo.

A Theo lo llaman durante la comparecencia de Göring.

—Ha venido alguien a verte —susurra Max, uno de los secretarios —. Dice que es urgente.

Theo se levanta de mala gana. Ve que Max está encantado de ocupar su asiento.

Emmeline Jones está en el vestíbulo con su uniforme inmaculado de la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina. Me va a sermonear por no haber hablado con mi padre, piensa Theo, puesto que ni lo ha hecho ni tiene intención de hacerlo.

—¿Así que ahora sí me dirige la palabra? —dice.

Por toda respuesta, la señorita Jones pregunta:

—¿Podemos hablar en privado?

Entonces Theo lo sabe, sabe que es el fin. La lleva a su despacho y mueve pilas de informes para que pueda sentarse, pero él se queda de pie.

—Hace unos días —empieza a decir la señorita Jones—, en la prisión de la zona británica interrogué a un miembro de las SS llamado Johann Kraus. Identificó a su hermana en una fotografía y declaró que no solo había estado internada en el campo de concentración de Ravensbrück, sino que en enero de 1945 su nombre figuraba en una lista de personas a ejecutar elaborada por la Gestapo en Berlín.

Theo se derrumba y se deja caer en la silla más cercana. En enero de 1945 él estaba en casa, en Cambridge. Casi desde el principio, llega demasiado tarde.

—Tengo que decírselo a mis padres —dice.

La señorita Jones menea la cabeza.

—Está hecho. Se lo he pedido a Michael.

—Michael —repite Theo, aturdido.

—Me parecía lo indicado. No ha hablado usted con su padre, tal y como se le pidió.

—Tuvo que ser instantáneo, ¿verdad? Quiero decir si la mataron. No sentiría nada.

La señorita Jones vacila.

—No, supongo que no.

—Aunque sabría lo que la esperaba. ¿Dijo este hombre…?

—Kraus.

—Eso. ¿Dijo algo más? Por ejemplo, ¿cómo estuvo Tessa en el campo, en qué condiciones? —Theo mira a la señorita Jones a los ojos. Lleva tanto tiempo ahuyentando el dolor… ¿Dónde se ha ido? No hay nada. Quizá no le queda ya dolor. Qué extraño que algo tan inevitable suponga tal conmoción.

—Sé muy poco. Estuvo en un subcampo, trabajando…

Theo sabe lo que significa eso.

—Trabajos forzados.

La señorita Jones asiente.

—Seguro que intentó formar un sindicato.

—Theo, me temo que hay algo más.

Theo se seca los ojos con el dorso de la mano sin avergonzarse de su súbita emoción.

—Ya sé que me pidió que hablara con él, pero mi padre y yo tenemos cada uno nuestra personalidad, no interferimos el uno con el otro. —Tampoco nos hablamos, piensa. Ni nos demostramos interés—. Me da igual el precio que tenga que pagar yo por eso.

—Su padre no va a hablar con la prensa finalmente.

Theo se sorprende.

—¿De verdad? ¿Cómo lo ha conseguido?

—Precisamente de eso quería hablar con usted. Ha habido una acusación.

Sale del despacho hacia las escaleras, pero no vuelve a la sala del tribunal —aunque sin duda lo estarán esperando—, sino que abandona el Palacio de Justicia por la puerta principal. Busca con la mirada nuevos detalles que añadan luz y sombras a este día, el día en que lo supo. En la calle, grandes excavadoras retiran escombros. Todo es más oscuro, más gris en este mundo recuperado, a pesar del sol. ¿Puede considerarse un mellizo aún? No existe una palabra para describir a una persona que pierde la mitad de su ser. Tessa es sangre de su sangre, pero no la conoce, ya no. ¿Cómo puede? La mujer que le ha descrito Emmeline Jones es una desconocida. No

puede volver a la sala, todavía no. Tiene por delante un camino difícil, sorteando lo peor de la naturaleza humana, la brecha entre lo que fue y lo que es, entre quien ha sido él y quien es: una persona antes completa a la que ahora le falta una mitad.

Londres, 1949

29

Un dedo le abre el párpado. Una voz dice:

—Por lo menos estás vivo.

Theo abre los ojos y ve a Graham mirándolo con brazos en jarras, mejillas contraídas y ojos de preocupación. El hedor húmedo a aguas residuales impregna el apartamento y también a Theo, cuando se huele la axila. Se endereza a medias y se tapa la boca con la mano. Graham se sienta en la cama y suspira exageradamente, un error por su parte. Theo no quiere compasión, y mucho menos de Graham.

Este le coge la mano, le pone una pastilla pequeña blanca en la palma y le cierra los dedos.

—Para que sobrevivas al día —dice y señala con un gesto de la cabeza un vaso de agua en la mesilla.

Theo se traga la pastilla. No pregunta qué es. Le da igual.

—No me digas que vas a trabajar hoy —dice Graham.

—¿Por qué lo preguntas? —responde Theo cortante.

Empieza a buscar su ropa en el revoltijo del suelo y desentierra su traje, hecho una bola arrugada. ¿Dónde fueron anoche, cómo llegó hasta aquí? Se pregunta, no por primera vez, si Graham es su verdadero nombre o solo el que da a sus clientes.

—Porque igual no deberías, nada más. Esta noche te he visto muy mal, no has parado de dar vueltas en la cama. Daba miedo, la verdad.

Theo se siente revivir y también empieza a recordar lo que ha pasado. Tiene la cabeza llena de recuerdos que no desea y con los que no sabe qué hacer. La ambulancia delante de casa de sus padres. El peso del ataúd en el hombro. Los rostros de la gente al entrar en la iglesia. No fue capaz de mirar a su madre.

—No necesito tus consejos —dice—. No somos amigos. —Se pone los pantalones lo más deprisa que puede y se hace un lío con los botones de la camisa—. Trapicheas con drogas. Cada vez que me despierto aquí significa que algo se ha torcido. ¿Te enteras?

Graham sonríe enseñando mucho los dientes. A Theo se le revuelve el estómago.

—Se tuerce muy a menudo, ¿no? —dice Graham y su risa recuerda a clavos arañando una pizarra.

Theo se marcha, se escabulle hacia la puerta, tiene la vista ya en las escaleras, en la salida. Entonces se vuelve, saca unos billetes de su cartera y los deja en la mesilla de noche.

—No esperes volver a verme —dice, lo que hace reír a Graham aún más fuerte.

El pasillo de la casa de vecindad huele claramente a orín. Pasa una mujer mayor y menea la cabeza, mira a Theo de arriba abajo y murmura alguna cosa. Temiéndose lo peor, Theo busca un escaparate y se peina con las manos, se pellizca las mejillas y decide que cualquier signo de vida basta. Es temprano, pero las calles de Kensington están concurridas; Theo tiene que esquivar a personas mientras busca el autobús correcto. Pero, cuando lo encuentra, lo

deja pasar. Está clavado en el sitio intentando descifrar la sensación en su vientre. Para un taxi, las palabras salen de su boca antes de que sea consciente de ellas. Toda la noche dando vueltas, piensa. No duda de que ha hablado en sueños y siempre sobre lo mismo, siempre sobre Tessa.

Theo no ha estado en Petersham Place desde la guerra. Recuerda la primera vez que fue, cuando tenía más metal que hueso en la pierna, después de Normandía. Recuerda vacilar en la acera contraria a la puerta de la casa de Michael, tratando de reunir fuerzas para cruzar la calle y llamar al timbre. Esta vez no hay vacilación. Da tres timbrazos bruscos. Michael abre la puerta vestido para ir a trabajar, sea lo que sea que hace ahora. Es de suponer que más de lo mismo.

—Dios mío —dice sorprendido.

Parece irritado, pero también algo preocupado. Theo se mira el traje arrugado, piensa en la cara que debe de tener y lo entiende. Por lo general le da tiempo a ir a casa a bañarse y cambiarse de ropa, pero hoy no hay disimulo posible.

—¿No me invitas a pasar? —dice—. Sé lo poco que te gusta tener a gente en la puerta. Por lo de dar que hablar a los vecinos y eso.

—Me importa un rábano lo que piensen los vecinos —dice Michael secamente.

Pero se hace a un lado para dejar pasar a Theo.

Ya dentro, le sirve un café cargado y un vaso de agua. Theo se sienta en el sofá respirando hondo y sujetándose los costados. Sin decir palabra, Michael coge una papelera y se la deja a los pies.

—Quizá no quieras oírlo, pero tu madre está preocupadísima por ti —dice Michael. Theo percibe el esfuerzo que está haciendo por

disimular su irritación, que sin embargo delata su boca fruncida—. Te fuiste del convite tras el entierro sin decir palabra. —Michael se sienta en una butaca frente a Theo. Este mantiene la vista baja, sabe que va a recibir una reprimenda—. Aún llevas puesto el traje del funeral. ¿Dónde diablos estabas? ¿O no quiero saberlo?

—Fui a ver a un amigo. —Sabe que Michael no lo va a creer. Theo no tiene amigos, ya no. Lleva años sin hablar con Stephen, ha ahuyentado a todos. Excepto a sanguijuelas como Graham, que le proporcionan lo que necesita —es decir, olvido— cuando lo necesita.

Michael se inclina hacia delante.

—Mira, siento lo de tu padre. Era un buen hombre, un hombre excelente. Lo admiraba. Y es una verdadera desgracia, cuando hace tan poco de lo de Tess. Pero escucha, amigo mío, tienes que sobreponerte.

Theo frunce el ceño, está deseando discutir.

—Casi me parece notar un atisbo de culpa en tu voz, «amigo mío». No me digas que por fin vas a asumir algo de responsabilidad por lo que pasó. Por lo que ha pasado desde entonces. Me refiero a mi padre, porque la pena lo mató, eso lo sabes, ¿verdad? El pobre hombre estaba condenado. Lo que me sorprende es que mi madre siga con nosotros, aunque solo Dios sabe cómo, puesto que se pasa casi todo el día borracha en el sofá.

—Para, Theo.

—Es que no puedo. Quiero hablarte de Tessa.

Michael cierra los ojos.

—He estado escribiendo a Emmeline Jones.

—Ya lo sé.

—El problema es que nunca me contesta. Lo cual es un poco maleducado por su parte, ¿no te parece?

—Ha pasado página.

—Pero yo no. Quiero saber lo que le ocurrió a mi hermana. Quiero los detalles. Quiero cuestionar lo que se ha dicho.

—Los detalles ya los conoces.

—Quiero hablar con ese tipo, el que la acusó.

—Eso no va a ser posible.

—¿Por qué? ¿Está muerto?

Michael se lleva una mano a la boca y se pellizca los labios.

Theo se bebe el vaso de agua con la esperanza de que le arregle el estómago, que de pronto tiene lleno de nudos.

—Tessa no traicionó a nadie, Michael.

—Hubo traidores.

Theo niega con la cabeza.

—Tessa no lo fue.

—Eso no puedes saberlo, no con seguridad. Las pruebas son… convincentes, por decirlo suavemente. Huidas milagrosas, desobediencia de órdenes directas de sus superiores, que el enemigo tuviera información sobre entregas aéreas y operaciones en las que ella participó. Por no hablar de que el SD la retuviera en París durante más tiempo que a nadie. Todo apunta a que estaba colaborando, siento decirlo.

—No —insiste Theo, tranquilo—. Tessa no haría algo así.

Michael se pone de pie bruscamente y sobresalta a Theo.

—¿Cuándo te vas a enterar de una vez? De verdad, ¿tienes alguna idea de lo que te estás jugando? —Michael junta las manos, pero es

un gesto hueco, como todos los suyos—. Por favor te lo ruego, olvídate de este asunto por el bien de todos. Tessa odiaría verte así.

—No me digas lo que pensaría Tessa.

Michael vacila.

—Por lo que me cuentan y a pesar de tu aspecto ahora mismo (estás horrible, por cierto), las cosas te van bastante bien. ¿No es lo que siempre has querido? ¿Una carrera profesional de éxito, el respeto de tus colegas? Sé que Adela está orgullosísima de ti.

—Deja de hablar de mi madre.

—Como quieras. Te voy a ser sincero, entonces. Porque me parece que no me queda otro remedio. Seguir por este camino no te va a traer nada bueno, te lo garantizo.

Theo se pone rígido.

—Eso suena a amenaza.

Michael lo mira.

—Si yo fuera tú, me la tomaría en serio.

Theo se hunde en el sofá. Un sonido, un gemido leve, escapa de su boca. Lleva cuatro años dando vueltas y vueltas a las mismas ideas.

—Sigo buscándola. Por la calle, quiero decir. En todas partes. Todavía espero a que aparezca por la puerta como si no hubiera pasado nada. —Se echa a llorar. Michael se balancea sobre sus talones, parece dudar de si consolarlo o no. A continuación, adopta una expresión extraña que Theo no sabe interpretar. Se sienta a su lado, le pone una mano en el brazo, a continuación en la pierna. Theo se levanta, incapaz de soportar la cercanía, pero Michael lo sigue.

—No es que no quiera ayudar —murmura Michael.

—Pues entonces ayuda, por el amor de Dios —dice Theo colocándose frente a él—. Siempre he pensado que estabas enamorado de ella.

Michael da un paso hacia él.

—Me…

—Dilo. Venga, atrévete. —Le da un empujón en un hombro—. Di que la querías.

—Theo, por favor.

Theo le da otro empujón.

—Dilo. Venga, hazlo. ¿O es que eres un cobarde? Di que la querías.

Michael se ha enfadado. Theo lo lee en sus ojos.

—Siempre os he querido a los dos, eso lo sabes. Te quiero.

Theo se abandona a su furia. No puede evitarlo. Necesita que Michael experimente al menos una décima parte de lo que siente él.

—¿Estás loco? Tienes que estarlo si crees que esto es amor. A mí has estado años torturándome y a Tessa la enviaste a morir.

Michael parece enmudecer.

—Eso no es amor, Michael —dice Theo furioso—. No se le parece ni de lejos, joder. Al contrario, para hacer lo que has hecho, debes de odiarme. Debes de…

—No digas eso —susurra Michael furioso.

Theo le da un nuevo empujón.

—Si nos quisieras…

—Hablo en serio.

—Si nos quisieras de verdad a alguno de los dos, entonces harías todo lo que estuviera en tu poder para acabar con mi sufrimiento. ¡Amor, dices! Vete a tomar por culo con eso del amor.

Michael lo besa en la boca. Theo lo empuja por los hombros todo lo fuerte que puede, hasta que se separan.

Theo se frota los labios y Michael se lleva con suavidad un dedo a los suyos, como si no diera crédito a lo que esos labios acaban de experimentar.

—Eso no… No quiero eso, no de ti. ¿Te enteras? No lo quiero. —Theo se sienta y apoya la cabeza en las manos—. Tú a quien querías era a Tessa. Y mira lo que hiciste, mira lo que has hecho.

Michael niega con la cabeza y se sienta con cuidado en una silla frente a Theo. Guardan silencio unos instantes. A continuación Michael dice, casi en un susurro:

—Conozco a alguien del gabinete del primer ministro. ¿Y si consigo que hablen contigo? ¿Solo para que te expliquen otra vez lo que ya sabemos?

Theo levanta la cara y se seca los ojos en la manga.

—¿De verdad? —pregunta, desconfiado.

—Pero prométeme que después lo dejarás estar. Hablo en serio. Déjalo estar.

Empieza con una carta breve. «Estimado señor Armstrong», dice, y le da las gracias por su interés continuado en la organización para la que trabajaba Tessa. Expone los datos del caso de Tessa, saltó a Francia en paracaídas en tal fecha, se cree que trabajó en tal zona de Francia (¿cómo es que no lo saben con seguridad?), fue detenida hacia tal fecha, estuvo encarcelada entre tal y tal fecha, fue vista por última vez en Ravensbrück y se cree que está muerta. El autor de la carta, un tal sir Peter Jenkins, añade que, debido a un incendio, le

resulta imposible proporcionarle más detalles. Los archivos han sido destruidos. Fin de la historia, piensa Theo. *C'est fini.*

No. Lleva tiempo suficiente en este juego para saber que lo están engañando. Contesta a la carta solicitando una reunión, y, cuando no recibe respuesta, insiste. Cuando sigue sin llegar respuesta, empieza a telefonear a la oficina de sir Peter. En el trabajo Theo es la encarnación misma del éxito prodigioso. Una abultada agenda de clientes en un despacho de prestigio, es un abogado muy solicitado a pesar de su juventud. Por ese lado todo va bien, muy bien incluso. Una cosa al menos funciona como debería. Excepto que en el bolsillo de su traje de Savile Row lleva una petaca con whisky. En el cajón de su mesa guarda pastillas de menta. Theo no se emborracha en el trabajo, no ha llegado a ese extremo, solo bebe lo suficiente para funcionar. Vive solo en un pequeño apartamento junto a Kensington High Street, así que no hay nadie que sea testigo de sus pesadillas ni lo oiga gritar por las noches. Cuando no puede más, recurre a Graham para un alivio medicinal que no se dispensa en farmacias. Theo pasa horas y horas en el apartamento de Graham de las que luego no recuerda nada.

Hasta que Theo no empieza a llamar al Cabinet Office varias veces al día, el misterioso sir Peter no accede a reunirse con él. Theo se asegura de llegar con tiempo de sobra y lo hacen pasar a un despacho pequeño, ni asomo de la magnificencia esperable en un caballero comendador de la Orden del Imperio Británico. Acaricia un papel doblado que lleva en el bolsillo. Una carta de Jeremy que ha llegado esta mañana. Jeremy, que está en Londres y siente mucho la muerte del padre de Theo. Jeremy, al que le encantaría quedar para ponerse al día.

Llevan sin verse desde que Theo dejó Núremberg para asumir su nuevo puesto, a pesar de que se prometieron seguir en contacto. La carta tiene remite; Jeremy no se hospeda lejos del apartamento de Theo. Le ha anotado su número de teléfono al final de la carta. Theo podría llamarlo, ¿verdad? Decir hola no exige un gran esfuerzo. Quizá puedan tomarse una copa, volver a ser amigos. Quizá algo más, explorar ese estremecimiento de posibilidad que siempre ha estado ahí.

Pero no, eso sería una distracción. Jeremy lo distraería. Theo arruga la carta, pero comprueba que no puede tirarla. La alisa contra su muslo y la dobla con cuidado antes de guardársela otra vez en el bolsillo.

Lleva esperando veinte minutos, cuando entra un joven funcionario.

—Disculpe la espera —dice y le tiende una mano—. Soy Andrew Clarke, secretario de sir Peter. Siento decir que ha tenido que salir por un asunto urgente.

Theo frunce el ceño.

—¿No me diga? Qué lástima. Puedo volver otro día, cuando le venga bien.

El hombre sonríe sin enseñar los dientes.

—No es necesario, señor Armstrong. En ausencia de sir Peter, estoy seguro de que podré ayudarlo yo. Veamos qué tenemos aquí…

Abre una carpeta y empieza a leer la sucinta información sobre el reclutamiento de Tessa y el tiempo que pasó en Francia.

—Todo eso ya lo sé —dice Theo—. Lo que quiero ver son las pruebas contra ella.

—Ah, sí. Un asunto desafortunado. Creo que sir Peter le explicó en su carta que los registros correspondientes a esas fechas resultaron destruidos en un incendio. Por suerte no murió nadie.

—Pero sabrán lo que contenían los registros. Tampoco estamos hablando de historia antigua.

—Me temo…

—Muy bien. Entonces quiero hablar con el hombre que acusó a mi hermana.

—Eso tampoco va a ser posible. No tenemos manera de contactar con monsieur Aubert.

Theo levanta la vista.

—¿Aubert?

El funcionario se pone colorado.

—No se sabe nada de él desde la guerra.

—¿Y si llamo a los periódicos?

La sonrisa del hombre se tensa de nuevo.

—Bien, yo no se lo recomiendo.

—No lo dudo, pero tampoco es que me dejen elección, ¿no le parece?

—Señor Armstrong, le aconsejo…

Theo no quiere oír la endeble excusa que sin duda viene a continuación. No va a dormir hasta que sepa qué ha pasado, lo siente en los huesos. No saber es lo que mató a su padre, lo que destrozó a su madre y es la razón de sus pesadillas, de su incapacidad de pensar con claridad. Pero además, tener que fingir cada día que está perfectamente le resulta agotador.

Theo decide que se acabó.

Han pasado dos semanas y Theo no se escabulle a su apartamento para entregarse al olvido de todas las maneras posibles, esta noche no. Lleva en la mano una invitación pintada a mano en rosa y amarillo vibrantes con el nombre del acto en gruesas letras blancas. «Tee». Theo tiene que detenerse en la puerta y reunir valor, deseando haberse llevado la botella de whisky que guarda en el cajón para darse fuerzas. Respira hondo, cuenta hasta tres y empuja la puerta de la galería.

Luc Langlois está en el centro de la sala, de protagonista absoluto. Una multitud formada por periodistas y personas cuyos ademanes exudan dinero se arremolina a su alrededor, intentando llamar su atención y participar en su conversación. Theo agacha la cabeza y sonríe agradecido a un camarero que le sirve una copa de champán. Casi de inmediato lo aborda una mujer americana con pendientes grandes y recargados y labios rojos para ofrecerle un catálogo y consejos de compra. Theo menea la cabeza cortésmente y espera a que un grupo se quite de delante de un lienzo de gran tamaño, un despliegue de colores en pinceladas anchas y resueltas. Las obras son extrañas, abstractas, de acuerdo con la nueva moda. Ninguna se parece a nada, pero quizá de eso se trate. No de lo que se ve, sino de lo que se siente. A Tessa le encantaría. Se lo explicaría de modo que él pudiera entenderlo, le daría sentido.

—*Est-ce que celui-ci vous plaît*? Es interesante que se haya detenido en esta.

Theo se vuelve y ahí está: Luc, con casi el mismo aspecto que tenía en 1944; con algo de barriga, quizá, pero con los ojos más brillantes y la piel menos gris. Theo le tiende la mano y Luc lo abraza. Theo se pone tenso y se pregunta si Luc se dará cuenta de

lo difícil que le resulta tener contacto físico con otra persona últimamente.

—¿Qué tal estás, querido Theo? —dice Luc con una sonrisa de oreja a oreja—. Estás bien, ¿sí? Tienes buen aspecto. —Lo evidente de la mentira que acaba de decir lo enmudece por un momento, pero enseguida se recupera y añade—: Oí que estabas viviendo en Alemania.

—Sí, por espacio de un año. Llevo en casa desde el 47.

—Hicisteis una gran labor llevando a esos hombres ante la justicia. Los obligasteis a rendir cuentas.

Theo objeta.

—Sí, bueno, no estoy seguro de que yo…

—No, no. Nada de modestia. No tratándose de Núremberg. —Luc pasea la vista por la galería—. No estaba seguro de que fueras a venir.

—No estaba seguro de si vendría. Pero te agradezco que me invitaras. Parece que te estás labrando toda una reputación.

Luc hace un gesto desdeñoso hacia los otros invitados que, Theo se da cuenta, los miran celosos.

—No es más que ruido, Theo. Lo que importa de verdad es la obra. Ven, déjame que te la enseñe.

Theo sigue a Luc tratando de no perderse sus rápidos comentarios.

—Normalmente no explico mis cuadros. Qué piensas tú, eso es lo importante. Ahí está la clave. Aunque ya te explicaba mi propósito en mi carta. Es para ella. Todo. Es el principio de nuestra relación, la confusión que sentí cuando se fue, el dolor de nuestro encuentro en

París… Sí, el encuentro contigo, Theo. Tú también estás aquí. Así es como concibo ese momento.

Theo es incapaz de mirar a Luc, pero también le resulta difícil mirar los cuadros, que tienen partes vibrantes y partes oscuras y desasosegantes. Igual que Tessa, piensa. Descubre que si se concentra en la parte inferior de cada lienzo, puede asentir con la cabeza y sonreír e incluso proferir alguna que otra frase pertinente. Al cabo de un rato, Luc lo coge del brazo y lo sitúa delante del último cuadro.

—Y aquí es donde digo adiós. Hace falta valor para ello. Para pasar página. —Luc se muerde el labio—. Durante muchísimo tiempo me pareció algo inconcebible.

Theo mira la pintura, esta vez entera. Es una obra colosal, de casi dos metros de alto y el doble de ancho, pintada en distintos tonos de amarillo cálido. Es un día de verano, piensa. El sol en la piel.

—Adiós —repite con suavidad, pero el pensamiento lo estremece. Su mente se resiste de inmediato a dejar ir. Es entonces cuando Theo comprende que no están solos. Una mujer se ha unido a ellos, lleva el pelo retirado de la cara con una delgada cinta. Tiene una sonrisa franca, inquisitiva y las manos en el vientre embarazado.

—Es mi mujer, Louisa. Louisa, él es el hermano de Tessa, Theo.

—Theo, he oído hablar mucho de usted. Me alegra que pudiera venir —dice la mujer estrechándole la mano.

—¿Mujer? —murmura Theo.

La palabra es como un puñetazo en el estómago; se abraza de manera instintiva. Luc no se ha dado cuenta, está demasiado pendiente de Louisa y de las celebraciones. Le está hablando a Theo sobre su nueva vida en Nueva York. De Louisa y del apartamento en

que viven. Theo no lo escucha. Qué desfachatez la de este hombre, ¿es que no lo entiende? Uno no pasa página después de Tessa. Hay preguntas, sí; infinitas preguntas, y enigmas y misterios que Theo necesita resolver, y las respuestas cada vez se alejan más. Y luego está el tiempo, que no hace más que deslizarse entre sus dedos, y todos cumplen años y el pasado es una línea a lo lejos y la distancia no deja de aumentar. No hay tiempo, quiere decir, quiere gritar. Quiere arrancar los cuadros de las paredes. «¿No sabes lo que dicen de ella? —quiere gritar—. ¿No sabes lo que ha pasado?».

Entonces Luc le está preguntando si se encuentra bien y cuando quiere darse cuenta Theo está en la calle, jadeando y quitándose de encima al que fue amante de su hermana porque no quiere volver a verlo en su vida. Que se vaya de allí con sus cuadros, esos homenajes grotescamente insuficientes a Tessa que existen únicamente para acallar la culpa que siente Luc por haberla olvidado.

Theo intenta sobreponerse. Sabe que necesita lavarse esta experiencia de la cara, así que entra en unos baños públicos cerca de la estación de metro. Dentro solo hay un hombre joven de pie delante de un urinario que mira a Theo y sonríe un momento. Theo saluda con la cabeza y aparta la vista porque a veces estas cosas significan algo y a veces no es lo que quiere. Entonces nota una mano en el hombro y un fuerte cachete en la nuca. Theo cae de rodillas con un grito mientras el hombre joven pregunta: «¿Qué es esto? ¿Qué pasa?», en voz aguda por el pánico. Obligan a Theo a ponerse de pie y se encuentra frente a frente con un agente de policía, quien le coge con un brazo mientras con el otro blande una porra.

—Las personas como tú sois una amenaza —escupe el agente mientras se saca unas esposas del bolsillo—. ¡Largo de aquí! —le grita al joven.

Este se marcha subiéndose la bragueta.

—Por Dios —dice Theo—. Mierda. —Le estalla la cabeza. Todo ocurre muy deprisa—. Esto no… No estábamos —dice, pero el policía ya le ha puesto las esposas.

Sabe que la calle estará concurrida. Tiene colegas que viven en esta zona, gente que conoce de otros despachos; la casa de su jefe está a solo un minuto de donde se encuentra él ahora mismo, esposado. Piensa en Barnes, en Jeremy, en todo el amor que tiene dentro, se acuerda de la carta de Jeremy, aún cuidadosamente doblada en el bolsillo de su chaqueta.

Piensa: mierda.

Cambridge, 1956

30

Brilla el sol en el jardín. Theo está sentado debajo del roble con su gato, Jasper, en la sombra bajo su silla. El único sonido es el canto de los pájaros y el suave murmullo del agua al fondo.

Sus pensamientos están veinte años atrás, corriendo por el césped, esquivando invitados de sus padres y gritando «Corre, corre» a Tessa, quien está tumbada en la hierba sin hacer caso a sus amigas. Ahora se ha puesto de pie y ha echado a correr hacia el árbol y por supuesto llega la primera. Con los brazos en alto, trepa de una rama a otra hasta alcanzar la copa en lo que Theo está seguro de que es su récord. La ve mirándolo desde lo alto con una gran sonrisa. Sí, piensa, yo también te he echado de menos.

—Te traigo limonada, aunque vas a tener que perdonarme, no hay hielo.

Theo vuelve al aquí y al ahora y mira a Jeremy con los ojos entornados por encima de las gafas de sol.

—Estás en las nubes. —Jeremy sonríe, pero su cara es de preocupación.

—La verdad es que sí.

Theo siente que ha sido descubierto. En ocasiones sus recuerdos son tan vívidos que parecen estar ocurriendo a su alrededor.

—Me encanta verte sentado al sol. Con esta luz estás todavía más guapo.

Theo mira a Jeremy con detenimiento. El presente disipa el pasado, que se disuelve temporalmente en un segundo plano. La felicidad es una sensación cálida en el pecho que debe obligarse a aceptar porque durante mucho tiempo ha tenido miedo de sentir cualquier cosa. La insensibilidad era una bendición. La insensibilidad era el objetivo.

La relación entre ambos ocurrió poco a poco y después de repente. Una amistad que creció con los años hasta que un día se convirtió en algo más. Cuando Theo quiso darse cuenta, ya había ocurrido. Quizá no habría aceptado que el amor llegara de ninguna otra manera.

—No vas a terminar de corregir nunca si te pasas la tarde mirando la copa de ese árbol.

—Desde ese árbol —dice Theo— se ven muchísimas cosas. Se ve Cambridge. Las agujas de la facultad de mi padre. Tessa y yo agitábamos una bandera roja desde las ramas altas para avisarle de que era la hora de cenar. Por supuesto él no la veía, pero siempre nos decía que sí.

Jeremy asiente con la cabeza. No es la primera vez que Theo le cuenta esto.

—Hacíamos carreras para ver quién llegaba antes a la copa.

—He pensado que hoy podríamos cenar fuera —dice Jeremy abruptamente—. Han abierto un italiano nuevo. Por lo visto está muy bien.

Theo da golpecitos con su pluma en el montón de trabajos para corregir y Jeremy suspira.

—Cariño, pasamos muy poco tiempo juntos. Tenemos que aprovechar al máximo los fines de semana.

—Tú eres el que se pasa el día viajando.

Theo se arrepiente de estas palabras en cuanto las dice. Le debe mucho a Jeremy. Como mínimo, le debe algo más que comentarios mordaces.

—Sí, bueno. Alguien tiene que pagar todo esto.

Es como una sacudida oírle decir esto a Jeremy en voz alta. Por lo común no aluden de forma explícita a las estrecheces económicas de Theo.

—Perdóname —dice este—. No quiero discutir.

Jeremy hace una mueca, pero tarda un momento en contestar.

—No debería haber dicho nada.

—Por supuesto que sí. Quiero que seamos sinceros el uno con el otro.

—Quieres que… —Jeremy menea la cabeza—. Me preocupo por ti.

—Pues no hace falta.

—Tengo la sensación de que estás aquí solo a medias. No estoy seguro de que esta casa te siente bien. Igual deberías venderla. A tu madre no le importaría. De hecho, creo que le encantaría librarse de ella.

—¿De qué estás hablando?

Tampoco es que vaya a menudo. Últimamente es un refugio de fin de semana, una casa de vacaciones más que otra cosa. No da crédito a que Jeremy quiera desembarazarse de algo así.

—Pero ¿te sienta bien? Estar aquí, rodeado de…

Theo ataja la conversación; es territorio minado. Tierra de nadie.

—Dejemos el tema.

—Entiendo que te resulte incómodo. Pero Tessa está por todas partes. No has tocado su habitación. Su impermeable sigue colgado en el zaguán de abajo, por el amor de Dios.

Theo se revuelve en su asiento.

—Casi no vengo. Los dos estamos muy ocupados. Tendría que pasar más tiempo en Londres. Es donde hay más trabajo y, como tú bien dices, no puedes pagarlo todo…

—En realidad no he dicho eso.

—Y tú te vuelves a La Haya, ¿cuándo? ¿Mañana o pasado mañana?

Jeremy trabaja de lunes a viernes llevando a déspotas a juicio. Theo no entiende cómo soporta escuchar historias de horror una semana sí y otra también. Ya hicimos nuestra parte, piensa. Vimos a esos cabrones ahorcados. Un nazi detrás de otro con el cuello partido. Es un sonido que oye en sueños, el chasquido espantoso de un cuello quebrándose. Theo ha desarrollado un catálogo de pesadillas. En ocasiones está en su Spitfire mirando a Barnes morir abrasado una y otra vez. En ocasiones ve a su hermana en un cuarto oscuro o está de vuelta en Núremberg escuchando los testimonios de quienes padecieron lo peor de la humanidad mientras su cerebro dibuja imágenes para ilustrar sus palabras.

—Primero voy a Bruselas para un par de reuniones —contesta Jeremy—. Deberías venir conmigo. Una escapada de ciudad, siempre hablamos de hacerlo. A los vecinos no les importa cuidarnos los gatos.

Theo ahuyenta la imagen de la soga.

—Ahora mismo no es buen momento. Hay mucho trabajo en la universidad.

—Podríamos pasar por París. Visitar a tu madre.

Theo da un respingo.

—Esa no es mi idea de unas vacaciones, la verdad. Escucha, me apetece quedarme aquí. ¿A ti no? Desde luego no quiero perder el poco tiempo que nos queda de estar juntos guardando… —Traga saliva. En ocasiones hasta le duele decir su nombre—. Las cosas de Tessa en bolsas de basura.

Theo sabe que está siendo manipulador, dando la vuelta al argumento de Jeremy y usándolo en beneficio propio.

Jeremy suspira hondo.

—Creo que no estarás en paz hasta que no averigües lo que fue de tu hermana.

Theo empuja el montón de trabajos que tiene delante y Jasper sale corriendo de debajo de su silla. Tierra de nadie.

—Ya te he dicho que no quiero hablar del tema.

—Y yo no sé cómo va a funcionar lo nuestro si te pasas casi todo el día soñando despierto con el pasado. Yo estoy aquí, Theo. Ahora. Esta es nuestra vida y podría ser estupenda si tú quisieras. Después de todo lo que hemos visto, de todo por lo que pasaste cuando te detuvieron, ¿no quieres aprovechar al máximo lo que te queda?

—Por favor…

—Han pasado diez años. Tu hermana está muerta.

Theo tiene un escalofrío.

—Probablemente muerta, pero…

—No, Theo. Está muerta.

—Pero si acepto eso, entonces…

No llores, se dice.

—¿Entonces qué?

Theo no puede contestar. Niega con la cabeza y parpadea. Que aún tenga lágrimas para su hermana después de tantos años es algo que lo deja sin respiración.

El tono de Jeremy se ha suavizado. Se arrodilla junto a la silla de Theo.

—¿Es porque si aceptas su muerte tendrás que aceptar también todo lo demás? Porque no creo que nadie pueda juzgar a Tessa, no por lo que pueda haber hecho o dejado de hacer en unas circunstancias de lo más desesperadas. No era una nazi. No era malvada de corazón. Estaba intentando sobrevivir. Es el instinto humano más fuerte que tenemos.

No, no. Theo se niega a tener esta conversación.

—Cariño, debes de estar aburridísimo de mí —dice obligándose a adoptar un tono despreocupado y mirando a su alrededor para comprobar que no hay vecinos asomados a la valla antes de coger la mano de Jeremy.

Pero Jeremy no se arredra.

—Quiero que vuelvas al psiquiatra. Creo que te ayudará.

Por el amor de Dios, piensa Theo. El psiquiatra con sus interminables y condenadas teorías. Pero dice:

—Por supuesto que sí. Prometo estar mejor.

Lleva tres meses sin probar el alcohol. ¿Eso no cuenta? ¿No es consciente Jeremy del esfuerzo que le supone? Quizá no confía en que dure y no le falta razón, porque antes nunca ha durado.

—¿Sabes qué? He cambiado de opinión. Vamos a cenar fuera esta noche.

Jeremy contrae un poco los labios. No parece convencido.

—Entonces te dejo corregir. Así luego no tenemos que correr.

Theo mira los trabajos desperdigados por la hierba.

—Ya lo termino en el tren el lunes por la mañana. No me llevará mucho tiempo. Estos dichosos estudiantes escriben todos lo mismo.

El amor por la enseñanza llegará con el tiempo, está seguro. Solo necesita tener paciencia.

—Voy a llamar para reservar mesa.

Theo asiente y mira sonriendo la espalda de Jeremy hasta que oye cerrarse la puerta trasera. Después vuelve a mirar el árbol con los ojos entornados por el sol y la mano a modo de visera. Tessa le devuelve la mirada.

Sé que no cambiaste de bando, piensa. Y no quiero descansar si eso significa decirte adiós. Solo necesito disimularlo mejor.

Tessa asiente con la cabeza. Siempre le ha comprendido mejor que nadie.

TERCERA PARTE

Edie

Londres, 2003

31

Edie se baja del tren en Kew Bridge. Tiene que caminar más, pero le gusta mirar las mansiones que flanquean las calles de esta parte de la ciudad, imaginar las vidas que se desarrollan dentro. Hace bueno. Edie se quita los cascos y durante el momento que sus oídos tardan en acostumbrarse solo oye su respiración, tranquila y acompasada. A continuación el tráfico, niños jugando en algún jardín. Un avión cruza el cielo rugiendo, seguido de otro, y otro más. La belleza de Kew atrapada bajo una autopista aérea.

Cuando llega, después de enseñar su carnet al guarda de seguridad y de dejar casi todas sus pertenencias en el cuarto de taquillas, entrega su solicitud al archivero del mostrador principal. Después de tanto tiempo sigue sintiendo la misma emoción cada vez que aparecen las carpetas de cartulina en su taquilla de puerta de cristal. Hoy ha venido a consultar los expedientes del personal; cada uno está pulcramente atado con cinta o cordel y tiene un único nombre escrito en la tapa. El tema de su tesis doctoral no deja de cambiar, pero sabe que estará relacionado con las mujeres de la Dirección de Operaciones Especiales, la SOE en sus siglas en inglés. Se siente transportada a su infancia, cuando pasaba los sábados con su abuela viendo películas en blanco y negro (de niña, Edie creía que el mundo entero antes de ella había sido en blanco y negro

hasta que un día, como en la escena de *El mago de Oz*, se volvió de tecnicolor). La película preferida de su abuela era *Agente secreto SZ*, en la que Virginia McKenna como Violette Szabo recorre Francia en una misión encubierta para terminar muriendo en un Ravensbrück de aspecto sumamente aseado. En su familia existe la leyenda de que el abuelo de Edie participó en la Resistencia francesa a pesar de tener solo dieciséis años cuando estalló la guerra. «Así eran las cosas —decía su abuela asintiendo ante el televisor—, así fue su vida», claro que lo mismo decía cuando veían la serie cómica *¨Allo ¨Allo!* Y aquí está Edie, quince años después, igual de fascinada por estas historias, y en especial por aquellas mujeres a quienes la guerra empujó a situaciones extraordinarias. A menudo se pregunta si arriesgaría su vida por el bien de otros y decide que celebra no tener que hacer esa elección, algo que, reconoce, es una excusa bastante pobre.

Edie coge la primera carpeta del montón. Tiene la sensación de que estas agentes son ya viejas amigas suyas, a pesar de que es difícil conocerlas por estos expedientes, que recogen únicamente información básica, quizá algún apunte sobre su reclutamiento y formación, algún que otro informe si tiene suerte. Se supone que las partes interesantes, en el caso de que existieran, se perdieron en un misterioso incendio al final de la guerra. Por supuesto hay libros, innumerables a estas alturas, que parecen historias sacadas del tebeo juvenil de aventuras *Boys´ Own*. Pero Edie quiere saberlo todo, no solo las partes heroicas.

Le quita la cinta azul a una carpeta. Tessa Armstrong. No hay películas sobre Tessa y solo aparece mencionada de pasada en los libros. A Edie le extraña que se ensalce a las otras treinta y ocho

mujeres que cruzaron las líneas enemigas en Francia y se deje a una fuera. El primer documento de la carpeta es un breve resumen de la entrevista de reclutamiento de Tessa. La recomendó para el servicio un agente del MI6 cuyo nombre no figura. Simon Joyce, aunque impresionado por las habilidades lingüísticas de la entrevistada, encontró que su actitud era «algo beligerante» y escribió: «La señorita Armstrong tiene tendencia a perder los estribos cuando se le lleva la contraria». Sí, suena beligerante, piensa Edie. O quizá cultivaba una sana indiferencia hacia la autoridad, como cualquier mujer con dos dedos de frente en la Dirección de Operaciones Especiales. A continuación hay un resumen de la instrucción de Tessa en una serie de casas de campo, y, aunque su rendimiento parece bueno, muchos de los instructores están molestos por tener que adiestrar a mujeres; consideran que es una tarea indigna de ellos y bastante inútil. Tessa «tuvo un rendimiento correcto» en la formación física. Tenía excelente puntería, era cauta, «bastante valiente» pero «pésima paracaidista». Edie la comprende perfectamente, nunca ha tenido ganas de saltar de un avión.

La carpeta incluye información sorprendentemente detallada. «Raro», escribe en su cuaderno, y subraya la pregunta «¿por qué?». Tessa fue recomendada para la Cruz de San Jorge en 1945, pero la solicitud fue retirada. ¿Por qué, escribe Edie en su cuaderno, no querían rendirle homenaje? Quizá su familia no deseaba la publicidad. Quizá querían llorarla en la intimidad. Hay un informe manuscrito de un fin de semana en Manchester, un simulacro de misión, en la pulcra caligrafía de Tessa.

Me dispuse a buscar habitación. La primera casa de huéspedes, en Albion Street, la descarté enseguida por el carácter entrometido de la casera. La

> casa siguiente tenía lo que me pareció una vía de escape inadecuada en caso de que me descubrieran. Por fin alquilé un cuarto en una casa adosada en Medlock Street. Está en la parte trasera y en la planta baja, con una ventana que da a un pequeño jardín, desde el que se accede con facilidad a los jardines de ambos lados y a un callejón trasero que sale a una carretera. La casera dijo sin necesidad de preguntarle que «no le importaba lo que hiciera mientras no la molestara», lo que resultó ser cierto.

Edie apoya la espalda en el respaldo de su silla y sonríe porque un atisbo así a los pensamientos de estas mujeres es algo muy poco habitual. Son nombres en un papel, recuerdos evocados por aquellos que las conocieron, hombres por lo común. Siente una conexión con Tessa a través de estas palabras escritas de su puño y letra mucho mayor de la que experimentó al ver su fotografía en el Imperial War Museum. Edie retrocede a las primeras páginas del expediente, la información básica. Tessa Camille Armstrong, nacida y criada en Cambridge, educada en París. El padre fue un académico de ideas políticas «cuestionables», que Tessa compartía. Su madre era francesa. Tenía un hermano mellizo que estudió en Cambridge, un abogado que sirvió como piloto durante la guerra. Muy bonito, piensa Edie. Muy fino todo. A Tessa le preocupaba mentir a su hermano, a juzgar por una nota garabateada junto al nombre de este. ¿Cedería a la preocupación y le contaría la verdad?, se pregunta Edie, porque sin duda muchos agentes terminaron delatándose.

Saca un fajo de folios de una carpeta en el primero de los cuales alguien ha anotado: «OPINIONES CONFLICTIVAS?», y, a continuación, subrayado para dar más énfasis: «ES MARXISTA ESTA PERSONA????». Edie sigue leyendo. El documento parece ser una

redacción escolar de Tessa Armstrong. Edie suma con los dedos y calcula que Tessa debía de tener dieciséis años cuando la escribió. En ella dice:

> En el sistema educativo inglés, como demuestra este mismo colegio, se enseña a los niños a venerar la autoridad y enorgullecerse de seguir las reglas, se los adoctrina con una sensación de «falsa conciencia de clase» según la cual deben respetar a sus «superiores» por el estatus que les confiere una sociedad capitalista y no por los méritos que puedan poseer.

Edie resopla, sorprendida. Un par de investigadoras la miran, un hombre menea la cabeza como si la falta de decoro de Edie lo ofendiera. Edie cierra la boca y sigue leyendo:

> Como Marx, Gramsci creía que la educación puede ser una herramienta eficaz de cambio…

Una joven de clase media y escuela preparatoria (al menos eso se deduce del expediente de Tessa) citando a Gramsci. Edie siente una simpatía instantánea. Al final de la redacción, el profesor de Tessa ha escrito en letras de gran tamaño: «Venga a verme enseguida, Armstrong». Me pregunto qué problemas le acarreó, piensa Edie. Claramente lo bastante grandes para que el colegio conservara la redacción y la entregara a las autoridades como prueba de las ideas izquierdistas y problemáticas de Tessa.

Al final del expediente Edie encuentra cuatro páginas mecanografiadas de mensajes enviados por Tessa a Baker Street por mediación de un operador de radio cuyo nombre en clave es PHOTO. Genevieve, el nombre en clave de Tessa para Baker Street, está

escrito en la parte superior y debajo figura el mismo mensaje enviado varias veces en un mismo día: «LUNA MALA EST». Alguien ha escrito en rojo un gran signo de interrogación en la parte superior de la hoja. *Luna mala est,* piensa Edie. Hay mala luna. Mira fijamente el mensaje, como si así pudiera descifrarlo. Debe de referirse a una entrega aérea, ¿quizá tuvieron que cancelarla por el mal tiempo? Edie anota la fecha con la esperanza de que coincida con una operación abortada. Pero no puede dejar de mirar la hoja. Son muchísimas transmisiones. El operador tuvo que arriesgarse de manera considerable para repetir tantas veces el mensaje. Fuera lo que fuera, debía de ser urgente. Edie da golpecitos en su cuaderno con el lápiz. Un buen investigador, dice su tutora, Charlotte, siempre detecta un rastro. Cuando devuelve los mensajes a la carpeta, cae un trozo de papel en la mesa. Tiene bordes irregulares como si lo hubieran arrancado de una libreta. En él Tessa ha escrito la firma de Marianne Bonaly varias veces en tinta azul, claramente intentando perfeccionarla, memorizarla. En la esquina inferior derecha hay una huella algo emborronada.

Edie sostiene el papel a la luz. Ahí estás, piensa. Hola, Tessa.

El problema, descubre, es que, aunque muchos agentes y miembros de la SOE siguen vivos, ninguno quiere hablar con ella. «No se me permite hablar de eso» es la respuesta habitual y, a pesar de la insistencia de Edie —¡Los archivos de la Dirección de Operaciones Especiales se han desclasificado! ¡La noticia ha salido en todos los periódicos! ¡Por no mencionar los innumerables libros publicados!—, no convence a ninguno. Le cuelgan el teléfono. Sus cartas y correos

electrónicos no reciben contestación. «Por favor, no me llame más», le dicen antiguos agentes, a lo que Edie quiere objetar: pero si hizo usted algo maravilloso, sirvió a su país, ¡acepte un poco de reconocimiento! ¿Qué se les ha inculcado a lo largo de los años que tanto les preocupa? ¿O es solo que tienen un secreto y no quieren divulgarlo?

Un día en el despacho de su directora de tesis se lamenta de que no avanza. Si nadie quiere hablar con ella, tendrá que cambiar de tema; al fin y al cabo una tesis como esta —redactada relativamente poco después de los acontecimientos en cuestión— no puede escribirse basándose solo en fuentes secundarias. Edie necesita testimonios personales. Quiere hacer sus propias preguntas, a su manera.

—¿Cree que es porque… ya sabe? —dice Edie.

Charlotte la mira sin comprender.

—¿Porque qué?

—Porque no soy del entorno adecuado —dice—. Me lo notan en la voz.

Su directora de tesis frunce el ceño.

—¿Clasismo?

—Ajá.

—Estás en un programa de doctorado de prestigio, Edie. Que se te note. Haces las preguntas que haces por una buena razón.

¿Y cómo hago para que se me note?, piensa Edie. ¿Habrá instrucciones escritas? A juzgar por su acento, Edie está segura de que Charlotte nunca se ha enfrentado a ese problema.

—Pero te entiendo. Es un mundo muy cerrado, necesitas un contacto —dice Charlotte.

—Ya lo sé, el problema es que no conozco a nadie.

Charlotte tiene una idea brillante. Una colega del departamento de historia tiene una amiga casada con un funcionario cuya madre hizo algo dentro de la SOE, está convencida. ¿Quizá quiera hablar?

Edie pestañea tratando de asimilar los grados de separación entre una persona y otra.

—Qué emocionante —dice—. Tener a un familiar que participó en algo así.

Charlotte, de más edad, sonríe.

—Si eres un determinado tipo de persona de determinada edad y estudiaste en un determinado tipo de colegio, seguro que tus padres hicieron algo importante durante la guerra, o conocieron a alguien que lo hizo. Es lo que tienen los apellidos compuestos. Se relacionan entre ellos.

Me acaba de dar la razón, piensa Edie.

Charlotte escribe una dirección de correo en su ordenador y promete decirle algo.

Edie se va a la biblioteca sintiéndose animada aunque atascada, porque ¿cuánto tiempo llevará esto? Un grupo de mujeres a las que conoce superficialmente del programa de doctorado están en una mesa con libros delante y apuntes por todas partes. Todas han estudiado en esta universidad. Edie es la intrusa.

—Hola —dice una sin mucho entusiasmo.

—¿Os importa que me siente aquí? —Edie se siente insegura. Si quisieran que se sentara, la habrían invitado a hacerlo—. Bueno, no hace falta. Si estáis muy concentradas no quiero interrumpiros ni nada de eso.

—Siéntate —dice otra—. Creo que nos vamos a ir enseguida.

—Ah, vale. Gracias —responde Edie.

Le hacen sitio y Edie saca sus notas, pero le cuesta concentrarse. Las otras están saturadas después de un día investigando y se han puesto a susurrar, a intercambiar chismes sobre los estudiantes de grado en los seminarios que dan, sobre dos profesores que están convencidas de que tienen una aventura y sobre la película que van a ver esa noche.

—Tiene muy buena pinta —interviene Edie—. Tengo ganas de verla.

Las chicas asienten con la cabeza y sonríen.

—Ya te contaremos qué tal —dice una.

Con un suspiro, Edie empieza a escribir notas preparatorias para el día siguiente, cuando se reunirá con una antigua administrativa de la SOE, una tal señora Andrews, la única, de hecho, que ha accedido a verla. Apunta preguntas, ideas abstractas tratando de decidir por dónde quiere llevar la entrevista, qué quiere saber exactamente.

El Club de las Fuerzas Especiales es igual que cualquier edificio de apartamentos de lujo de Knightsbridge, pero ¿qué otra cosa se puede esperar de un club para espías, para personas habituadas a deslizarse inadvertidas por entre los pliegues de la vida? Dentro, un hombre de traje le indica a Edie que deje su chaqueta en un guardarropa con un letrero que dice: «De capa y espada».

—Muy ingenioso —comenta Edie.

La expresión del hombre da a entender que cada persona que llega dice lo mismo.

—La señora Andrews está en el salón —indica, señalando una habitación junto al vestíbulo con elegantes butacas de terciopelo formando un semicírculo frente a una chimenea.

La señora Andrews está sentada mirando la puerta abierta, de modo que ha visto entrar a Edie. Es una mujer de aspecto imponente, con pelo canoso cardado en un peinado que a Edie le recuerda a Margaret Thatcher.

Edie extiende una mano y la señora Andrews la mira antes de dignarse a un contacto mínimo, un breve roce de dedos.

—Muchas gracias por reunirse conmigo —dice Edie sacando su libreta y su bolígrafo del bolso—. Como sabe, estoy investigando…

—Tengo hambre, ¿y usted? —la interrumpe la mujer mayor—. He pensado que podíamos almorzar.

—Sí, muy bien. Excelente —contesta Edie pensando en el sándwich de huevo y en las patatas fritas sabor queso y cebolla que ha devorado no hace ni veinte minutos—. ¿Hay restaurante en…?

—Por supuesto que hay restaurante. Es un club. Pero antes quiero hacerle una pregunta. ¿Ha leído la novela *Agent Femme*?

Esto descoloca a Edie. Pues claro que la ha leído, como todo el mundo. Es un libro superventas.

La señora Andrews asiente con la cabeza.

—Me lo imaginaba. Ha hecho salir a investigadores de hasta debajo de las piedras. Dígame, ¿qué le pareció?

Edie vacila porque no logra interpretar la expresión de la señora Andrews. Es posible que haya asesorado para la novela. Que uno de los personajes esté basado en ella.

—Bueno, a ver —dice Edie, levantando las manos en gesto de rendición—. Superficialmente, es un relato fiel de la historia de la

SOE…, al menos de la sección francesa. Pero, bueno, espero que esto no la escandalice, pero me pareció malísima. Valoro que intentara explorar el tratamiento sexista que se daba a las mujeres en Whitehall…

—Bueno, creo que comprobará que eso ocurría a todos los niveles.

—Sí, y aun así la novela termina siendo completamente misógina en su retrato de los personajes principales.

Hay un silencio. Un ceño fruncido.

—Siga —dice la señora Andrews.

—A ver, las agentes se pasan media novela llorando y teniendo que ser rescatadas por sus colegas varones y la otra mitad haciendo que mueran personas por culpa de su estúpido comportamiento.

Edie no está segura de si ha pasado la prueba o si la señora Andrews ha decidido que no merece la pena seguir hablando del tema. Tal vez no debería haber mencionado la misoginia; tal vez la señora Andrews no lo ha visto de esa manera. En ocasiones Edie piensa que su principal talento en la vida es dudar de sí misma. La señora Andrews le hace un gesto para que la siga al piso de arriba, al restaurante, que está al final de una escalera de caracol. En las paredes hay caras de personas que Edie creía conocer bien hasta estar en presencia de alguien que las conoció en persona.

—Esta es Violette —dice la señora Andrews—. Diana, Noor, France Antelme…

No son personajes en una novela, son personas que hicieron cosas extraordinarias, valerosas. Algunas sobrevivieron, otras no. En lo alto de la pared, tan cerca del techo que es difícil verla, cuelga la fotografía sepia de Tessa Armstrong que Edie ya conoce.

El comedor está vacío excepto por tres estadounidenses, con el hombre en el centro, vestido con chaqueta azul y boina y contando anécdotas de la guerra. Edie comprende que los miembros del club se sienten cómodos aquí con su pasado. Quizá piensan que solo puedes comprenderlo si lo viviste, piensa. Quizá por eso nadie quiere hablar conmigo; soy una extraña.

—Tomaremos el pescado —le dice la señora Andrews al camarero y añade con un susurro teatral dirigido a Edie—: Es lo único que merece la pena. Es una estudiante —dice en voz alta—, así que tendré que pagar yo.

Edie está pidiendo un vaso de agua al camarero y negando con la cabeza a la señora Andrews al mismo tiempo.

—No, no —se apresura a decir—. No se me ocurriría dejarla pagar.

Revisa mentalmente el contenido de su monedero y la cifra con el signo menos delante de su extracto bancario.

—Debería empezar con sus preguntas —dice la señora Andrews, aparentemente deseosa de pasar a otro tema una vez resuelto el más acuciante—. Así nos las quitamos de en medio antes de que nos traigan la comida. No me gusta hablar mientras como.

Edie sonríe agradecida al camarero cuando le trae el vaso de agua.

—Me encantaría que me hablara de su trabajo en el cuarto de comunicaciones de Baker Street. Debía de ser apasionante recibir noticias de los agentes en el extranjero.

Edie hace la pregunta con tono despreocupado, pero el cambio de actitud de la señora Andrews es instantáneo.

—No estoy autorizada para hablar de eso —dice paseando la vista por el comedor.

—No pasa nada, ya es información de dominio público —replica Edie asintiendo con la cabeza para dar énfasis a sus palabras.

La señora Andrews no parece convencida, pero dice:

—Además, yo no recibía los mensajes directamente, primero iban a la base de operaciones para que los descifraran.

—¿Se refiere al MI6?

—¿Quién le ha dicho eso?

Edie adopta lo que espera sea una sonrisa paciente.

—Sale en varios libros. No se preocupe, no es ningún secreto. Pero, en cualquier caso, podemos pasar a otro tema. ¿Recuerda algún mensaje en concreto?

—Pues no exactamente. Verá, yo no tenía que leerlos, solo asegurarme de que llegaban a las personas indicadas. —La mujer parece pensárselo mejor y añade—: Supongo que sí era emocionante, cuando la maquinita se ponía en marcha y entraba un mensaje. Cada agente desplegado tenía una hora estipulada a la que debía ponerse en contacto y a veces, si se retrasaba mucho, y hablo de días, era un alivio inmenso cuando su distintivo, su nombre en clave, aparecía en el tablero.

Llega el camarero y les deja dos platos. Trucha arcoíris, patatas nuevas y hortalizas al vapor.

—¿Tenía ocasión de conocer a los agentes antes de que se fueran a Europa? —pregunta Edie.

—No, nunca. No pasaban por Baker Street. Todo discurría por otros cauces, por motivos de seguridad. Tengo que dejar de hablar —dice mirando su comida.

—Entonces ¿no conoció a Tessa Armstrong?

La señora Andrews suspira.

—No, no la conocí.

—¿Pero anotó mensajes suyos?

—Enviados por mediación de otros, supongo. Era agente de enlace, así que no mandaba mensajes directamente.

Edie saca un papel de su cuaderno. Es una fotocopia de los mensajes que encontró en el expediente de Tessa. «Hay mala luna».

—Me interesa mucho Tessa. No hay casi nada escrito sobre ella y sin embargo su expediente contenía información de lo más interesante, como esta, y…

—No sé por qué me pregunta por ella. —La señora Andrews mira su plato enfadada, es evidente que quiere comer—. Ya le he dicho que no la conocí y que no sé nada del tema.

—¿Qué tema?

La mujer emite un pequeño resoplido de impaciencia.

—No pienso decirle nada, ya se lo advertí. No estoy autorizada para hablar de ello.

—¿Le pasó algo a Tessa? —insiste Edie consciente de estar poniendo a prueba la paciencia de su entrevistada.

—Supongo que le pasarían muchísimas cosas, pero las desconozco por completo.

Edie se queda pensativa un momento.

—De acuerdo, está bien. Pero volviendo al mensaje, *Luna mala est.* Significa «Hay mala luna».

—Sé lo que significa.

Edie asiente y procura sonreír.

—Me interesa saber cómo se recibió un mensaje como este en el cuarto de comunicaciones. Además de la frecuencia de las transmisiones (porque el operador de radio se arriesgó muchísimo),

lo que le pregunto es si causó alarma y, en caso afirmativo, ¿qué ocurrió? ¿Recuerda cuándo llegaron esos mensajes?

La señora Andrews niega con la cabeza.

—Yo no intervenía en cosas así. Solo entregaba los mensajes.

Edie prueba con otro enfoque.

—Bien. De acuerdo. Pero ¿era normal que agentes en el terreno enviaran mensajes como este a modo de advertencia?

La señora Andrews se mete un trozo de pescado pulcramente pinchado con el tenedor en la boca y mastica despacio. Edie no puede evitar insistir.

—Ya solo la frecuencia hace que parezca un aviso, ¿no cree?

La señora Andrews parece tomar una determinación y deja los cubiertos en la mesa.

—Armstrong era lista, eso lo reconozco. Se ve en su fotografía, fíjese en sus ojos. Hubo una discusión, creo, cuando la colgaron aquí, pero la señorita Jones insistió. Tiene mucha influencia la señorita Jones.

Edie trata de seguirle el ritmo y toma notas mientras se le enfría la comida.

—¿Se refiere a Emmeline Jones?

La señora Andrews dice que sí con la cabeza.

—¿Por qué había gente en contra de que se colgara la fotografía de Tessa?

—Bueno, no estoy muy enterada. Solo sé lo que he oído.

—Pues me da la sensación de que está sugiriendo algo.

La señora Andrews se pone colorada.

—Ah, ¿sí? Quizá está viendo más de lo que hay.

—¿Eso cree?

—O quizá es que no me corresponde a mí contar nada. Debería preguntarle a su hermano.

—¿El hermano de Tessa? —Edie busca en su cuaderno—. Se refiere a… ¿Theo Armstrong?

—Ese mismo. Un tipo dudoso, si quiere que le dé mi opinión. Al menos eso se decía de él. Estaba metido hasta el cuello.

—¿En qué?

La señora Andrews sonríe y coge su cuchillo y su tenedor. Edie está casi convencida de que está disfrutando de esto.

—Ya se lo he dicho. No tengo ni idea.

32

Edie corre a casa a tiempo de recibir a su amiga Hellie, que ha venido de Leeds para investigar en el Imperial War Museum. Su tema de investigación tiene que ver con la Resistencia francesa y a menudo intercambian información de utilidad. Quedan en la estación de metro de Elephant and Castle y Edie abraza a Hellie con más fuerza de la que había sido su intención porque, Dios mío, cuánto ha echado de menos a sus amigas.

Diez minutos después de entrar en casa, están bailando en la cocina al ritmo de The White Stripes mientras un pollo se dora en una cazuela. En los seis meses que lleva Edie viviendo en esta casa adosada ha debido de hablar con sus compañeras de piso unas diez veces exceptuando «hola» y «buenas noches» porque esas son cosas que se dicen por obligación. Hacer el doctorado es una actividad solitaria, su directora de tesis se lo había advertido y tenía razón, pero esto es Londres y Edie había dado por hecho que conocería a gente, porque así funcionan las cosas en Londres, ¿no? Personas llegadas de fuera forjando juntas su camino.

—Joder, creo que el hermano está en la guía de teléfonos —dice Edie dejando de bailar para buscar con el dedo los números del listín hasta llegar a Armstrong, TD, que podría ser él.

Ha despejado un trozo de mesa entre tazas sucias y suplementos de periódico del sábado, a pesar de que es miércoles.

Hellie se gira con una cuchara de madera en la mano.

—Pues evidentemente tienes que llamarlo.

—Evidentemente —dice Edie—. Aunque, por otro lado, parece un poco agresivo llamar así a un señor mayor de buenas a primeras.

—Me apuesto lo que quieras a que estará encantado de hablar. A estos señores mayores les chifla contar batallitas sobre lo que hicieron en la guerra.

—Sobre lo que hizo su hermana —la corrige Edie.

—Eso también. —Hellie mira a su alrededor, repentinamente preocupada—. Qué silencio hay aquí, Edie. ¿Dónde están tus compañeras de piso?

—Trabajando, supongo. —Edie no quiere reconocer que casi ni se conocen—. Pero mejor, ¿no? Es como en los viejos tiempos.

Se levanta para dar la vuelta al pollo y añade el beicon. Hellie le aprieta el brazo.

—Esa cocina-discoteca.

Edie saca una botella de vino de la nevera y sirve dos copas.

—Ya te digo.

—Entonces, este buen señor, este Theo… —dice Hellie—. Lo vas a llamar, ¿no? Porque no haces más que hablar de su hermana. Tiene pinta de que hay algo que investigar.

—Tessa. Tiene algo de luchadora, al menos sobre el papel. Parece alguien con chispa. Pero casi no se la menciona en los libros que he leído sobre la SOE. Y la mujer con la que hablé en el Club de las Fuerzas Especiales me dio a entender que hay algo turbio en ella.

—Pues llámalo. Igual averiguas lo que pasó.

A la mañana siguiente, Edie marca el número de teléfono.

—¿Sí? —dice una voz.

Suena ronca y anciana. Hace pensar a Edie en vino tinto y cigarrillos.

—Hola —dice.

He encontrado un vínculo tangible, piensa.

La puerta principal de la casa de Theo Armstrong está pintada de un azul cerúleo que en este día concreto hace juego con el cielo. Es la primera vez que Edie va a Finsbury Park, con su amplia avenida central, sus fruterías y sus peluquerías afrocaribeñas.

Theo Armstrong vive en la planta baja de una elegante casa eduardiana. Junto a la puerta hay macetas con tierra que le dan cierto aire de abandono. Edie reúne fuerzas para llamar y repasa todo lo que ha averiguado sobre este hombre en la última semana, que es poco. Antes de jubilarse dio clases en una universidad del norte de Londres, a pesar de ser abogado, según el expediente de Tessa. No parece haber publicado demasiado durante su carrera académica y a Edie la sorprende comprobar que figura en el equipo legal de los juicios de Núremberg.

Edie inspira profundamente y llama a la puerta. Es probable que Armstrong se espere una académica seria, cerebral, cosa que ella es consciente de no ser. Se abre la puerta y ahí está, pelo gris, arrugas profundas alrededor de los ojos. La mira sorprendido, como si no la hubiera oído llamar y no se esperara encontrarla ahí.

—Hola —dice Edie—. Espero no llegar demasiado pronto.

En la expresión de Theo no hay rastro de calidez ni de hospitalidad. De hecho, parece abatido.

—Es usted la primera —señala—. Me refiero a que ningún investigador se ha puesto en contacto conmigo desde que desclasificaron los archivos.

Estas palabras son un regalo para cualquier estudiante de doctorado. Edie sonríe, pero empieza a sentirse tensa y un poco incómoda porque Armstrong sigue mirándola con esa expresión extraña, triste. Está decidiendo si invitarme o no a entrar, piensa Edie; me va a dar con la puerta en las narices. Por fin parece que un hemisferio cerebral se impone y Armstrong da un paso atrás y le hace un gesto a Edie para que entre. La casa es austera, con suelos, paredes y techos blancos, pero intercalados con pequeños estallidos de color. Alfombras gruesas en el suelo; cuadros, tanto abstractos como surrealistas, en las paredes.

—Me gustan sus cuadros —dice Edie.

—No son más que reproducciones baratas y carteles. —Hay un largo silencio—. Debería ofrecerle un té. ¿Tomará una taza?

Edie acepta y trata de ponerse cómoda en un sofá, aunque se siente de todo menos cómoda. En la mesa de centro hay dispuestos varios libros —Lee Miller, Robert Mapplethorpe, Sonia Delaunay—, pero es en la cómoda donde se encuentran las fotografías de familia y ahí están, Tessa y Theo de niños sentados en las ramas de un árbol de gran tamaño. Tessa vestida para una fiesta con alas de ángel sujetas a la espalda y una corona en la cabeza.

Theo vuelve con té en una bandeja y, cuando ve que Tessa está mirando las fotografías, se tensa un poco. Edie se fija en que cojea ligeramente.

—Tiene una casa muy bonita —dice horrorizada de su falta de originalidad.

Theo mira a su alrededor con indiferencia.

—No está mal, supongo. Llevo muchos años aquí.

Está añadiendo leche al té y ofrece azúcar a Edie, que esta rechaza con un gesto de cabeza. Para su sorpresa, Theo se saca un dictáfono del bolsillo, pulsa «grabar» y lo deja en la mesa baja.

—Me parece lo más indicado —dice.

Edie repasa su lista de preguntas con la punta de un bolígrafo. Después del dictáfono y de la solemnidad de Theo, le resultan muy poco pertinentes.

—¿Su tesis va a tratar únicamente de mi hermana? No recuerdo los detalles.

—No, es más sobre cómo mujeres como su hermana subvirtieron los roles de género establecidos. No sé si conoce usted el concepto de performatividad de género…

Theo se encoge de hombros.

—No es mi campo.

—Ya. Bueno. De acuerdo.

—¿Cómo llegó a ese tema? ¿No es usted demasiado joven para que le interese la guerra?

—Bueno, no considero que sea algo tan lejano…, quiero decir que en términos relativos no lo es. Pero mi abuelo estuvo en la Resistencia francesa, y…

—Pero ¿estuvo de verdad o decía que había estado? —Theo resopla—. Porque ahora parece que todos y cada uno de los franceses estuvieron en la Resistencia y le aseguro que no fue así ni mucho menos.

Esto descoloca a Edie. ¿Por qué ha aceptado la entrevista este señor?

—Bueno. No estoy segura. Es lo que decía. Encontramos unos documentos en el desván cuando murió y…, en fin, lo cierto es que le resultaba difícil hablar de ello.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Era socialista. Sindicalista. Siempre defendiendo a las personas. Siempre intentando ayudar.

Ve que Theo se ablanda un poco, un atisbo de sonrisa —¿o es culpa?— atraviesa sus facciones.

—Sí, bueno…. —Theo sofoca en el puño una tos—. Bien por él.

—Pero volviendo al tema que nos ocupa. Hice mi trabajo de máster sobre las mujeres de la Resistencia, lo que me llevó a investigar a las agentes de la Dirección de Operaciones Especiales. Aunque siempre me había fascinado el tema. *Agente secreto SZ…*

Theo resopla otra vez.

—Una película de Hollywood.

—Sí. Bueno, no, es inglesa. A ver, para ser sincera, ni siquiera sé con seguridad si voy a poder incluir a Tess…, a su hermana…

—Se llamaba Tessa.

—Es verdad, sí, perdón. Tessa. —Por el amor de Dios, tranquilízate, se dice Edie—. Se ha escrito muy poco sobre ella.

—¿Así que ha venido aquí para rellenar los huecos?

—Me gustaría. La gente debería saber lo que hizo.

—¿Cómo dice?

Edie quiere desaparecer detrás de los cojines. Por un momento Theo parece furioso.

—Creo que lo que hicieron estas mujeres fue extraordinario, y que debería rendírseles homenaje por ello. También a su hermana.

Theo se reclina en su butaca y cruza las piernas. Lleva zapatillas de cuero de aspecto gastado, pero caro.

—¿Y quién es usted para decidir eso? ¿Qué le da derecho a decir lo que debe divulgarse y lo que debe mantenerse en secreto?

Edie arruga el ceño.

—¿Por qué tiene que haber nada secreto?

Quizá Theo no quiere que su hermana le haga sombra. Cuando frunce los labios le recuerda a Edie a su padre antes de perder los estribos.

—No era mi intención disgustarle —dice.

Entonces Theo suspira con todo el cuerpo. Edie ve cómo el suspiro lo recorre. Como no sabe dónde mirar, finge admirar los cuadros de las paredes, en especial las piezas de autores cuyos nombres reconoce de la Tate Modern. Y se pregunta dónde está el valor de algo así, del reconocimiento sin interpretación. Theo la sobresalta cuando se inclina hacia delante y le sirve más té, aunque Edie casi no ha bebido.

—El caso es que estoy a favor de la transparencia, de la asunción de responsabilidades; para mí es cuestión de principios —dice con voz más suave—. Pero cuando te toca tan de cerca es difícil. Éramos mellizos, ¿lo sabía?

Edie da un sorbo de té y asiente.

—¿Supo usted que se había ido a Francia?

—No hasta después. Yo estaba en la RAF. Mis padres algo sabían, es posible que más de lo que estaban dispuestos a reconocer. —

Habla despacio, como si midiera el efecto que va a tener cada una de sus palabras—. A mí nunca me lo habría reconocido.

Edie empieza a tomar notas, pero se interrumpe cuando ve que incomoda a Theo.

—¿Por qué dice eso?

—Bueno, para empezar le dije que no hiciera ninguna tontería.

—¿Cree que por eso se fue a Francia? ¿Por llevar la contraria?

Theo se reclina en su butaca; salta a la vista que la pregunta le causa dolor.

—No, creo que se aburría. Tessa era listísima y merecía algo más que ser una secretaria. Ella también lo sabía, sabía que podía hacer mucho más. Ojalá me hubiera dado cuenta de ello…, aunque creo que sí lo hice. Supongo que lo que quiero decir es que ojalá la hubiera tomado en serio. —Carraspea—. No pretendo ser opaco, estoy intentado averiguar qué sabe usted.

—No sé nada.

—Pero ha estado preguntando por ahí, ¿verdad? Creo que su interés por Tessa obedece a una razón concreta.

Parece muy preocupado. Edie tiene ganas de recoger sus cosas y dejarle disfrutar a solas de sus cuadros baratos y sus zapatillas caras.

—Nadie me ha contado nada —dice.

Theo levanta una ceja.

—¿Nadie?

Edie vacila.

—Hubo una mujer —dice y suspira—. Pero en realidad no me contó nada. No creo que supiera gran cosa excepto rumores y chismes, y tenía demasiado miedo para contarlo. Se mostró

desconfiada desde el principio, pero, en cuanto mencioné a su hermana, empezó con evasivas. Y se enfadó.

Theo parece reflexionar un momento y dice:

—Debe de pensar que soy un hipócrita integral. Presumiendo de principios.

Edie abre la boca y la cierra. No está segura de que estén teniendo la misma conversación.

—Supongo que tengo curiosidad por saber por qué se pasó a Tessa por alto.

Theo asiente con la cabeza. Parece muy cansado, como si llevara años sin dormir bien. Luego suspira y dice:

—La razón de lo impreciso de la información sobre la misión de Tessa en particular y de la ausencia de reconocimiento es que lo contrario habría incomodado muchísimo al gobierno. Mandar a mujeres así detrás de las líneas enemigas fue algo muy grave. La prensa se mostró muy crítica cuando salió a la luz.

Edie está tomando notas sin importarle ya si a Theo le molesta o no.

—¿Qué es lo que habría incomodado tanto al gobierno?

—Aunque nunca se expuso en un tribunal, aunque nunca se dio la oportunidad a nadie de cuestionar las pruebas, el gobierno británico considera que mi hermana fue una traidora.

Edie casi oye su corazón latir en el silencio que sigue. Levanta la vista despacio.

—Pero… ¿cómo se ha podido mantener en secreto una cosa así?

Theo la mira con una sonrisa tensa.

—Pues resulta que muy fácilmente. Claro que había personas muy importantes a las que no les interesaba que se supiera y créame que

se tomaron muchas molestias para asegurarse de que así fuera. La inocencia, o la culpabilidad, de Tessa no parecían importar; la idea de que una mujer británica traicionara a su país era tan inaceptable, tan escandalosa (y que hubiera mujeres detrás de las líneas enemigas ya era un escándalo de por sí) que ni siquiera consideraron la posibilidad de que fuera inocente. De manera que sí, enterraron las pruebas para proteger a las personas que la habían reclutado sin tener en cuenta ni a Tessa ni su sacrificio al servicio de su país. Mi hermana murió por ellos, y así es como se lo pagan.

33

Edie se siente cada vez más protectora respecto a Tessa. En sus entrevistas de investigación suelen ocurrir dos cosas: o bien los entrevistados acusan enseguida a Tessa, liberados por fin de sus lazos con el pasado en cuanto se enteran de que Edie está al tanto de las sospechas, o bien se cierran en banda y reciben el resto de las preguntas con un silencio obstinado. Con el tiempo Edie aprende a esperar al final de la entrevista para sacar a Tessa a relucir. Sabe que algo no encaja. Ninguno de quienes acusan a Tessa tiene detalles de lo ocurrido; es todo superficial, es «la expresión de sus ojos», como si esto por sí solo fuera motivo de sospecha.

Dos semanas después de su reunión con Theo en su piso, Edie coge un tren a Cambridge y después un taxi hasta «la campiña», como lo llama Theo por teléfono, uno de esos vecindarios que la hace desear haberse arreglado más. Theo abre la puerta y la hace pasar a la casa, que por fuera tiene aspecto elegante, pero por dentro desprende un aire destartalado, rancio. En el cuarto de estar no le ofrece sentarse ni tampoco se sienta él. Se quedan de pie en extremos opuestos de la habitación. Es incómodo, las acusaciones sobre su hermana flotan entre los dos.

—¿Es aquí donde creció? Es muy bonita —dice Edie tratando de romper el hielo—. Parece una de esas casas de profesores

universitarios que salen en las películas.

Theo ríe y rompe la tensión.

—Quiere decir que parece un decorado, supongo. Pero sí, aquí pasé mi infancia, que fue feliz. Mi madre me la dejó en herencia al morir. Probablemente debería haberla vendido. Desde luego necesitaba el dinero.

Edie decide tomar la iniciativa y se sienta en una butaca con pinta de haber sufrido cincuenta años de luz de sol y zarpas de gato.

Theo parece pensativo.

—En realidad es una casa familiar, un lugar en el que crecer y después dejar atrás. Pero, cuando llegó el momento, fui incapaz. Últimamente paso más tiempo aquí que en Londres en realidad, y me alegro de tenerla. Ya sé que hablo como un pobre carcamal, pero no lo soy. —Cambia el peso del cuerpo de una pierna a otra—. Lo que sí estoy siendo es maleducado. Déjeme servirle algo de beber.

La lleva al jardín, aunque Edie está loca por explorar la casa, que a simple vista parece un laberinto de pasillos y habitaciones pequeñas. Hay estanterías con adornos y baratijas y casi todo está recubierto de una fina capa de polvo y telarañas; no parece tanto un decorado de película como un lugar salido de una novela de Dickens. Es la clase de casa en la que Edie siempre habría querido crecer, aunque ahora que es adulta comprende que el adosado de la década de 1960 en que vivía su familia tenía su propia personalidad. Líneas rectas y modernidad, y no suficiente espacio para almacenaje. Un estilo de vida nuevo para la clase trabajadora.

Se sientan en un banco bajo un enorme roble y beben limonada. El jardín desciende hacia el río, donde una barquita de madera

cabecea junto a un embarcadero. Una mujer con un gorro azul de goma cruza nadando a rítmicas brazadas y con la vista al frente, ajena a las dos personas que la observan.

—Qué tranquilo es esto —dice Edie—. Qué maravilla crecer aquí.

—Dentro de un minuto habrá cincuenta barcas llenas de estudiantes, no se preocupe.

—¿Vive usted solo? —pregunta Edie entre sorbo y sorbo de limonada. Es un impulso que no puede reprimir, la necesidad de saber más, de entrometerse.

—Ahora sí. Viví mucho tiempo con un hombre encantador llamado Jeremy, pero murió el año pasado. —Theo vacila y mira el agua—. Él vivía aquí con los gatos y yo en Londres, y por supuesto así tuvo que ser durante un tiempo, pero lo llevábamos bien.

—¿Tuvo que ser así porque era ilegal?

Puede que sea ya legal, piensa, pero Edie es hija del Artículo 28. Nada de promover ni enseñar la homosexualidad en los colegios, por decreto gubernamental. En consecuencia había crecido pensando que nadie en su colegio era gay, algo estadísticamente imposible, sin duda.

Theo asiente con la cabeza.

—De puertas afuera, Jeremy era mi inquilino, nada más.

—Lo siento —dice Edie.

Theo le quita importancia con un gesto.

—¿Y usted? ¿Era su novio quien me cogió el teléfono?

Edie se siente avergonzada.

—No, un compañero de piso. No los conozco mucho. La casa no funciona así.

—¿No? Pues qué pena.

—Hice el grado y el máster en el norte. Casi todos mis amigos siguen allí. No conozco a casi nadie en Londres. A veces pienso que debería haberme quedado donde estaba. Por lo de más vale malo conocido y esas cosas.

—Una mujer que se ha cansado de Londres… —Theo se interrumpe—. Dios, qué viejo soy —dice, pero se está riendo, lo que hace pensar a Edie que puede hacer lo mismo—. Lo que pasa es que no ha encontrado aún su sitio. A veces los árboles nos impiden ver el bosque.

—Igual es eso.

Al cabo de un rato, la invita a entrar en la casa. Sin prisa, tomándose tiempo para enseñarle los cuadros, el despacho de su padre, el escritorio de su madre. No tiene ganas de empezar lo que sea esto. Hace a Edie preguntas inocuas sobre su infancia, sobre sus compañeros de piso, algo que ha provocado, comprende esta, su propio exceso de curiosidad.

Cuando a Theo se le acaban los temas de conversación, la lleva a un dormitorio amplio en el desván. Hay baúles de cuero y cajas de madera y de cartón amontonadas.

—Bueno, pues todo esto es Tessa —dice.

Tessa, embalada y cubierta de polvo y cadáveres de araña. Theo abre el primer baúl, lleno de ropa doblada cuidadosamente y envuelta en papel tisú.

—Supongo que la gente se pondría ahora estas cosas. Lo de las modas es muy curioso.

Le tiemblan las manos. A Edie se le pone un nudo en la garganta. Es por lo cuidadosamente que están hechas las cajas, a pesar de las telarañas. Es porque sigan allí, después de tanto tiempo.

Otra de las cajas está llena de cuadernos y postales, y hay otra más con octavillas del partido Laborista. Theo saca un archivador de plástico.

—Tenga, esto le va a interesar. Están algunas de las cartas que me escribió. Por supuesto las escritas después de mayo de 1943 son inventadas, es decir, las dejó escritas antes de irse a Francia. Siempre me preguntaba por qué sonaban tan raras. Porque no hablaban de nada que no fueran sus propias (y luego resultó que falsas) experiencias y jamás sobre algo que le hubiera escrito yo, sobre todo después de que me hirieran. Deduje que mis cartas no le llegaban. Visto en retrospectiva, es absurda la facilidad con la que encontraba explicación a cosas que no la tenían.

Le enseña varios libros, todos manoseados, con los lomos rotos y los pliegos bien separados.

—Tenía buen gusto —dice Edie.

—Tessa era una lectora voraz. En las vacaciones de verano leía un libro al día.

Edie está hojeando una primera edición gastada de *Perséfone*, de Ephra Laurent. En los márgenes hay anotaciones y dibujos.

—Guau. ¿Sabía que está firmado?

—Ah, ¿sí? —Theo coge el libro y lo estudia—. Tessa se movió en unos círculos interesantes cuando estuvo en París.

—Debe de costar un dineral. —Edie mira a Theo—. No estoy sugiriendo que lo venda.

—Tessa tuvo una relación con un amigo suyo. Luc Langlois.

—¿El pintor? Hubo una exposición de su obra en la Whitechapel Gallery el año pasado.

—Sí, me acuerdo. Al final no fui. Una tontería, la verdad. Estuve con él varias veces después de la guerra. Por entonces hizo otra exposición en Londres, inspirada en Tessa. A esa sí fui.

Se queda mirando el libro, absorto en sus pensamientos.

—¿Lo ha conservado todo? —pregunta Edie.

—Fue mi madre. Mi padre murió a finales de los cuarenta. Creo que para mi madre fue demasiado, primero Tessa y luego mi padre. Terminó por mudarse a París y dejar todo atrás, lo que probablemente le resultó más fácil, para ser sincero.

—¿Y usted?

—Mi estado mental cuando terminó la guerra no era bueno. —Theo respira hondo—. Cuando nos quedamos con la casa…, estuve mucho tiempo sin poder venir, era incapaz. A Jeremy no le parecía sano que viviéramos aquí, pero yo era incapaz de… separarme de ella.

Mientras habla, aplasta con la mano la ropa envuelta en papel blanco.

Edie se arrodilla a su lado.

—Si esto le resulta demasiado duro… —dice.

Su tesis ni siquiera es sobre Tessa y aquí está, torturando a un hombre mayor en duelo.

—¿Sigue hablando de ella con personas? —pregunta Theo.

—Con algunas. La mayoría no quiere ni tocar el tema.

—¿Y las que sí?

Edie resopla y hace reír a Theo.

—Entiendo. Sí. Cabría pensar que la indignación se habría disipado después de tanto tiempo, pero al contrario, se enquista. En cierto sentido por eso guardo estas cosas. Esta es mi Tessa, mía solo. Ah,

y ella odiaría lo de «mi Tessa». Si algo he aprendido es que el cerebro humano tiene una enorme capacidad para la autoprotección. Se blinda y solo deja pasar lo que puede tolerar. Perdone, debe de pensar que no digo más que tonterías.

—Cuando dice «mi Tessa», ¿lo hace en oposición a Tessa la agente de enlace, a Marianne?

Theo niega con la cabeza, pensativo.

—Diría que no conocí a Marianne, pero lo que quiero decir es que tengo la sensación de no conocer a la Tessa de los últimos años. Podría llamarlo cambio, pero era algo más profundo; no podía ser de otro modo, dada la relación tan estrecha que teníamos. Lo pasé mal cuando se fue a París a la universidad, pero seguimos adelante, lo superamos, nos hacíamos visitas. Nos escribimos una cantidad inimaginable de cartas y luego, en su último año…, no sé, es difícil de explicar, pero todo cambió. Se distanció de mí de forma deliberada. Se cerró en banda. Era como si quisiera ocultarme una parte de ella. Incluso cambió su manera de hablar.

—¿A qué se refiere?

—A sus reacciones apáticas, comedidas. Su reserva. Hasta que no empecé a observar ese comportamiento en mí mismo, y, créame, tardé décadas, no caí en la cuenta.

—¿De qué?

—De que estaba traumatizada. A mi hermana tuvo que ocurrirle algo terrible. Fue necesario que empezáramos a entender cómo afecta una situación traumática al cerebro para interpretar mis síntomas. Pero para Tessa era demasiado tarde.

Edie guarda el libro de Ephra Laurent en su caja de cartón.

—¿Qué fue lo que la traumatizó?

—No tengo ni la más remota idea. Nunca me lo contó.

Edie duda y a continuación se lanza.

—Theo, ¿usted piensa que Tessa fue una traidora?

Theo cierra un momento los ojos.

—No, jamás.

—¿Jamás?

—No.

—Entonces ¿por qué lo creen otros?

—Supongo que hay pruebas que lo sugieren.

—¿Qué pruebas?

—Bueno, tenía la esperanza de que usted pudiera buscarlas por mí.

Theo prepara un almuerzo, ensalada de queso feta con un aliño que bate en un cuenco de cerámica. Comen en la terraza mientras barcas con estudiantes pasan flotando río abajo. En el jardín hay canteros de alhelís y setos de boj esculpidos artísticamente. Hablan midiendo muy bien las palabras. Theo pregunta a Edie por su familia; ella le pregunta por su carrera académica.

—Mi familia es muy normal —dice.

Theo resopla.

—Eso no existe.

—¿No?

—Hay un espectro, desde luego, pero todas las familias son complejas.

—¿Quiere decir que están un poco chifladas? Estoy de acuerdo. Pero la mía probablemente es aburrida.

—Pero es que la gente no se da cuenta de que lo aburrido es bueno. —Edie levanta las cejas y Theo añade—: Hágame caso, no es bueno vivir tiempos interesantes. Todo el mundo sabe que no es más que un eufemismo para «un puto horror».

—El expediente de Tessa dice que era usted abogado. ¿Qué le hizo dejar el derecho? —pregunta Tessa entre sorbo y sorbo de limonada.

Se sorprende al ver el cambio en la expresión de Theo, que se pone a mirar el río retorciéndose las manos.

—Bueno —dice—, tuve un encontronazo con las fuerzas del orden y todo se complicó.

Edie espera a que se explique mejor, pero Theo no lo hace. En lugar de ello hablan de los juicios de Núremberg. Que algo así les resulte el tema de conversación más fácil dice mucho de la naturaleza de la reunión. No vuelven a mencionar las cajas de cartón del piso de arriba, los libros firmados o la vida truncada hasta que no terminan de comer.

—Quiero preguntarle algo —dice Theo—. Si no supo de las sospechas sobre Tessa hasta que no empezó a investigar, ¿qué fue lo que despertó su interés por ella?

Edie es consciente de estar escogiendo sus palabras con cuidado. Debe de ser contagioso.

—Le va a sonar raro, pero fueron dos cosas. La redacción que escribió en el colegio y la huella de tinta en el papel en el que practicaba su nueva firma. Fue como si estuviera allí conmigo y eso no me había pasado con ningún otro expediente. Y luego por supuesto los mensajes por radio. De todos los expedientes de

personal, el suyo era el único que contenía la voz real de la persona que representaba.

Theo se quita las gafas y parpadea con la luz del sol.

—¿Qué mensajes de radio?

Parece tan perplejo que Edie va a buscar su carpeta al recibidor. Le da los mensajes fotocopiados.

—*Luna mala est* —lee Theo en voz baja.

—Significa «Hay mala luna». ¿Lo había visto alguna vez?

Theo no aparta la vista del papel.

—No. —Ríe, aunque su expresión no es alegre—. Lo del latín es muy de Tessa.

—Pensaba que habría visto su expediente antes de que lo desclasificaran.

—Y lo vi.

Edie le quita importancia.

—Bueno, es solo una hoja. Es fácil pasarla por alto. Igual estaba pegada a otra, o metida…

Theo parece ofendido.

—Le aseguro que mi revisión del contenido del expediente fue meticulosa. No pasé nada por alto.

Hay otro breve silencio.

—¿Está diciendo que alguien puso eso en el expediente después de desclasificarlo?

—Evidentemente —contesta Theo—. Antes no estaba y ahora sí.

—Pero ¿quién? ¿Y por qué?

—No tengo ni idea —dice Theo. Edie casi puede ver los pensamientos formándose detrás de sus párpados. Formándose

antes de ser descartados y formándose otra vez, reconsiderados—. Pero sé quién puede tenerla.

La casa es de estilo Artes y Oficios y está rodeada de cuidados céspedes y setos. Edie no puede evitar exclamar «¡Guau!» cuando Theo aparca en el camino de grava.

—A Michael le ha ido muy bien en la vida —dice.

—No me puedo creer que lo conozca. Es que nunca lo habría imaginado. *Agent Femme* es tan…

Theo arquea las cejas.

—¿Qué?

Edie se muerde el labio temiendo ir a meter la pata.

—Todas las personas a las que he entrevistado odian esa novela —añade enseguida.

—¿De verdad? —Theo está sonriendo y por primera vez parece sincero—. Y usted ¿qué opina?

—Estoy de acuerdo con ellas. A ver, los personajes femeninos no pasan un día sin que alguien muera por su culpa, la mayoría han ido a la guerra a buscar marido, algo que es obscenamente insultante para las agentes de carne y hueso. —Edie no puede evitar preguntar —: ¿Por qué? ¿A usted qué le parece?

Theo se tapa la boca como si fuera a decir algo que no debe.

—Creo que es una auténtica basura. Pero ha pagado esta casa y le ha asegurado una vida agradable, me parece.

Edie mira por la ventanilla del coche.

—Desde luego. Igual debería dedicarme a escribir novelas. ¿De qué lo conoce?

—De hace mucho: el colegio, la universidad, después los servicios de inteligencia durante una breve temporada. —Edie ve que Theo cierra los ojos un instante—. Casi tenía la sensación de que me seguía, pero imagino que él podría decir lo mismo de mí.

Un jardinero está intentando domeñar un rosal para que trepe por la fachada de la casa.

—¿Por qué piensa que sabrá lo que pasó con el expediente de Tessa? —pregunta Edie.

—Michael siempre se interesó por mi hermana. Fue quien la reclutó. A veces me pregunto si el libro no es su manera de intentar expiar su culpa por lo que pasó. —Nota el escepticismo de Edie y dice—: Todas esas mujeres que necesitan ser rescatadas y que al final son rescatadas. Cada vez que se meten en un lío o cometen una equivocación.

—Algo que les ocurre a menudo.

—Desde luego, pero siempre hay un hombre (y ese hombre es sin duda Michael, pronto al rescate) que las salva. Es Michael salvando a Tessa una y otra vez. Creo que se siente fatal por lo ocurrido, y con razón. Pero ¿qué tal si se lo preguntamos a él? Como mínimo será una experiencia interesante.

—¿Por qué lo dice?

—Porque llevo décadas sin hablar con él.

Les abre la puerta una mujer. Lleva el pelo en una melena corta y cuidada y sujeto por una cinta de terciopelo.

—¿Sí? —dice mirándolos de arriba abajo.

—¿Está Michael…? —empieza a preguntar Theo.

Pero la mujer ya ha echado a andar por un pasillo enmoquetado de color crema y diciendo:

—¡Mike, Mike! ¡La puerta!

Theo cambia el peso de una pierna a otra.

—Siempre podemos volver al coche —sugiere Edie.

Theo menea la cabeza.

—Demasiado tarde.

Un hombre de pelo gris y gafas pequeñas y redondas encajadas en la nariz aparece al final del pasillo.

—Madre mía —dice con voz engolada y poco natural antes de taparse la boca.

—Hola, Michael —saluda Theo.

Edie repara en lo mucho que le cuesta cruzar el umbral.

Michael los conduce a un cuarto de estar decorado del mismo color blanco roto que el pasillo. Le recuerda a Edie a un reportaje de las revistas *Country Living* de su madre. De niña tomaba prestados mentalmente objetos de las fotografías —una alfombra, un sofá, una lámpara— para conformar su fantasía de la casa adulta perfecta y ahora está sentada en una.

—Tiene una casa preciosa —dice por si alguno de los dos le está leyendo el pensamiento.

—¿Quién es? —pregunta Michael a Theo, lo que indigna a Edie porque ¿no acaba de demostrar que cuenta con voz propia? Comprueba que Michael tiene el irritante hábito de inclinar la cabeza hacia delante cuando mira a las personas de modo que las gafas se deslicen por su nariz antes de ajustárselas.

—Soy Edie —dice únicamente.

Theo le dedica una mirada tranquilizadora y Edie piensa en lo agradable que resulta que ya sean capaces de comunicarse a base de miradas y gestos.

—Es una investigadora, se está documentando sobre Tessa —dice Theo.

Antes de que Michael pueda contestar, la mujer de la cinta en el pelo vuelve con una bandeja con té y galletas.

—Es mi mujer, Mary —dice Michael a Theo.

Theo le estrecha la mano a la mujer.

—Sí, oí que te habías casado —contesta y Edie comprueba sorprendida que Michael se ruboriza.

—Os dejo solos —dice Mary.

Edie sonríe, pero la mujer no la mira.

—¿Qué tal la jubilación? ¿Te has aburrido ya? —pregunta Michael a Theo—. He oído que vas mucho a la casa.

—Estoy bien, Michael.

Michael vacila.

—También me enteré de lo de Jeremy —dice—. Lo siento.

—¿De verdad? —responde Theo y lo afilado de su tono sorprende a Edie. Mira a Michael revolverse incómodo—. Bueno, pues gracias.

—Es interesante que hayáis venido precisamente hoy. Acabo de enterarme de que la BBC va a adaptar *Agent Femme*. —Michael se sube las gafas y Edie siente un escalofrío de irritación en los hombros—. Por supuesto, me han pedido escribir el guion.

—Qué maravilla —dice Edie y Theo le dedica otra de sus miradas.

Theo se saca los mensajes fotocopiados del bolsillo, desdobla el papel y se lo da a Michael, quien lo mira sin leerlo al parecer.

—Son mensajes enviados por radio en nombre de Tessa —explica Theo—. Pero tú ya los conocías, ¿verdad?

Michael sonríe con una expresión de superioridad tal que Edie siente impulsos violentos.

—En latín, muy de ella —dice y Edie nota cómo Theo se tensa.

—¿Los metiste tú en la carpeta después de que la desclasificaran? —pregunta Theo.

—¿Por qué iba a hacer yo algo así?

—Para que alguien como yo los viera —dice Edie.

Michael se encoge de hombros pero sin dejar de sonreír.

—Es una teoría, supongo, pero que siento no poder confirmar.

Edie hace caso omiso.

—¿Qué quiere decir lo de «Hay mala luna»? —pregunta y por fin Michael se digna a mirarla desde detrás de sus gafas mal colocadas.

—Usted es la investigadora. —Le da el papel—. ¿Qué cree que significa?

Edie reprime el impulso de cerrar los puños. Mira a Theo y le divierte comprobar que tiene las manos entrelazadas con fuerza, como si librara una batalla parecida.

—Evidentemente es una advertencia —dice Edie.

—Interesante. ¿Por qué «evidentemente»?

—Por la repetición. Transmite sensación de urgencia.

—¿Cómo sabe que la repetición no era algo habitual?

—No lo sé. No me he encontrado ningún otro mensaje aún. Pero parece poco probable, dado lo peligroso que era transmitir. Sin duda los operadores de radio querían terminar cuanto antes y hacerlo el menor número de veces posible.

—Sabe de lo que habla —le dice Michael a Theo.

—Sin duda, pero tú eres el experto. Por eso hemos venido —replica Theo.

Edie se da cuenta de que este comentario complace a Michael.

Michael coge el papel y lo examina. O simula hacerlo… Todos sus gestos desprenden teatralidad.

—Podría estar hablando del tiempo. La luna era crucial en las entregas aéreas… de personas, armas, suministros… O…

Arquea las cejas.

—¿Sí? —dice Theo.

—Bueno, no es más que una hipótesis, pero ¿podría referirse a una persona?

—¿Por qué lo dice? —pregunta Edie mientras piensa: «Lo sabe, sabe perfectamente lo que significa».

—Me pregunto si está en clave —dice Michael despacio como si fuera algo que se le estuviera ocurriendo en ese momento—. Me pregunto si «*Luna mala est*» se refiere a una persona.

—¿A quién? —pregunta Theo.

—¿Cómo diablos lo voy a saber? Y aunque lo supiera, para serte sincero, la situación de Tessa sigue siendo una patata caliente en determinados círculos y preferiría no asociarme a ella. No, creo que lo mejor que podéis hacer es consultar de nuevo los archivos de personal de inteligencia. Nombres en clave de agentes, apodos, esas cosas.

Edie piensa en el montón de carpetas en su mesa del Archivo Nacional. De repente no le resulta tan atractivo.

—O… —dice Michael.

Theo se da golpecitos en las piernas con los puños.

—¿O? —preguntan Theo y Edie a la vez.

—Bueno, se me ocurre alguien que puede saberlo.

—¿Quién? —dice Edie.

Theo niega con la cabeza.

—Se refiere a Emmeline Jones.

—Exacto. Una mujer con memoria fotográfica. Seguro que os da respuestas.

—No ha contestado a ninguna de mis cartas —dice Edie.

Michael sonríe otra vez.

—Estoy seguro de que con usted no querrá hablar, pero le garantizo que con él sí. —Señala a Theo con la cabeza y añade en voz baja—. La culpa puede ser una motivación verdaderamente asombrosa.

34

Se decide todo en una breve conversación telefónica. Theo en su despacho, encorvado sobre su mesa con una mano en la sien. Edie tiene que irse a casa, la frecuencia de los trenes es menor cuanto más tarde, pero no quiere dejarlo solo. La visita a Michael lo ha extenuado, salta a la vista. En el viaje de vuelta apenas ha dicho palabra.

Theo cuelga el teléfono y Edie lo oye tomar aire profundamente varias veces.

—Theo, ¿está…?

Theo levanta la cabeza bruscamente.

—Ya está organizado. El próximo sábado con Emmeline. —Vacila —. Debería habértelo consultado antes de decir que sí.

—No, no, no pasa nada. Me viene bien. Muchas gracias por organizarlo.

Edie se pregunta qué otros planes debería tener. ¿Salir a tomar algo, a cenar con amigos, ir de visita a alguna casa quizá? No recuerda la última vez que hizo algo así.

—¿Preparo algo de cena? —dice Theo—. ¿Comes pescado?

Edie mira el reloj de pared.

—Sí como pescado, el problema…

—Tienes que irte. Claro, por supuesto. Te llevo a la estación.

Edie está agotada. Podría tumbarse ahora mismo y quedarse dormida.

—No es que no quiera cenar aquí, pero los trenes…

—Sí, sí, por supuesto. Aunque estás invitada a quedarte.

Edie frunce el ceño. Son casi las siete.

—¿A dormir?

—No quería sugerir nada inapropiado.

—Huy, tampoco se me habría ocurrido.

Avergonzada, Edie se lleva una mano al pecho hasta que se da cuenta de que Theo sonríe, le está tomando el pelo.

—Entonces ¿quieres quedarte? Podemos preparar lo de Emmeline y seguir hablando sobre Tessa. Me gustaría. Mañana te puedo llevar a la estación.

Edie quiere seguir hablando sobre Tessa. Pone los brazos en jarras, es su postura cuando necesita pensar.

—¿Se encuentra bien, Theo? No estoy obligándolo a hacer esto, ¿verdad? Me refiero a desenterrar el pasado.

Theo sonríe, pero es una sonrisa demasiado radiante para tranquilizar a Edie.

—Es hora de desenterrar, soy consciente.

Edie prepara verduras al vapor mientras Theo hornea bacalao con limón y eneldo. Huele delicioso, a restaurante fino y vacaciones en el Mediterráneo todo en uno.

—Hoy ha debido de ser un día difícil, con lo de Michael —dice Edie cuando están sentados en el comedor, otra habitación más llena de libros, esta vez formando montones en el suelo.

—Supongo que sí. No ha cambiado. Bueno, miento. Está más presuntuoso quizá. Tessa no podía ni verlo.

Edie ríe, aunque no sabe bien por qué.

—¿Y eso?

—Tessa le gustaba y no lo disimulaba, algo que siempre ponía a mi hermana en contra de un hombre. A decir verdad, creo que estaba bastante enamorado de los dos, o quizá de la idea de los dos. Verás, Michael era hijo único. Envidiaba nuestro vínculo. A veces pienso que quería ser la tercera persona en nuestra relación, pero es que con los hermanos mellizos solo hay sitio para dos. Tessa no se fiaba de él. Tessa actuaba mucho por instinto y su instinto la hacía desconfiar de Michael. Y su instinto resultó acertado. Todos sabemos lo que le ocurrió cuando bajó la guardia.

—¿Culpa a Michael?

A Edie le apetece una copa de vino, pero Theo solo bebe agua. Antes en la cocina abrió un armario buscando un plato y estaba lleno de botellas de agua mineral.

Theo guarda silencio unos momentos.

—Durante mucho tiempo sí. Culpaba a todos y a cualquiera porque era incapaz de asumir mi propia responsabilidad. Estar tan cerca de los verdaderos perpetradores en Núremberg fue… —Hace una mueca—. Me gustaría decir catártico, pero no es así; me hizo sentir peor porque los encontré patéticos. Toda esa pérdida, esa destrucción, la crueldad de que es capaz la humanidad, todo por lo que pasamos… ¿Y por qué? Porque aquellos hombrecillos pusilánimes, porque eso es lo que me parecieron: pequeños, habían dado rienda suelta a los peores instintos de la humanidad. Me convertí en lo que se conoce por un joven airado.

—Lo que le pasó a su hermana no fue culpa de usted —dice Edie —. Tessa tenía opinión y voluntad propias.

—Sí, pero yo debería haber sabido qué se traía entre manos. Debería haber confiado en mí y quizá, si yo hubiera sido más sincero con ella, lo habría hecho.

—¿Sincero sobre qué?

Theo traga la comida que tiene en la boca.

—Sobre mí.

Ríe, es un sonido hueco.

—La sabiduría llega con la edad. Con la edad y con la renuncia a determinados malos hábitos, con trabajar menos.

—¿Habla de cuando se hizo profesor?

Theo deja su tenedor.

—Perdón —dice Edie—. No era mi intención ser cotilla.

—No pasa nada. —Theo menea la cabeza. Da un gran sorbo de agua—. Es que fue… una cosa que ocurrió. —Tose y Edie ve el rubor que le sube por el cuello—. Pocos años después de la guerra me detuvieron. En un urinario público, con otro hombre. A él no lo detuvieron, por cierto, el policía lo dejó marchar. Claro que no habíamos hecho nada —añade enseguida— y no íbamos a hacerlo. Pero un agente me había seguido hasta allí y creyó ver algo en la mirada que nos cruzamos el hombre y yo.

—¿En la mirada?

—Sí, a menudo no hacía falta más. No me condenaron. Un juez me amonestó y me tuvieron encerrado unos días para meterme el miedo en el cuerpo y luego me soltaron. Jeremy me ayudó; de hecho fue lo que nos hizo recuperar el contacto. Habíamos trabajado juntos en Núremberg.

Va hasta la repisa de la chimenea y coge una fotografía enmarcada. Es de él con otro hombre de pelo entrecano, cogidos del

brazo en el jardín. Se miran y sonríen.

—Nuestra relación fue una consecuencia deliciosa y totalmente inesperada de mi detención. Así que supongo que en muchos sentidos tuve suerte… —Suspira—. Pero me hizo difícil seguir en mi profesión. La gente habla, como suele decirse. Así que, a falta de otras opciones, me hice profesor universitario. Que de hecho es una gran profesión. La de mi padre, para más señas.

—Theo, es horrible. Tener que pasar por eso unido a todo lo demás. Madre mía.

Theo se encoge de hombros.

—Desde luego nunca vi la enseñanza como una pérdida de categoría, aunque hubo quien sí lo hizo. Pero una carrera profesional absorbente puede enmascarar muchas cosas desagradables. Yo estaba hecho un desastre. El problema es que termina por aflorar. Lo impregna todo un trauma así.

—¿Cómo…? —Edie hace una mueca—. Estoy siendo una entrometida, perdón.

—No pasa nada. Básicamente en forma de mal comportamiento. Durante una temporada no fui una persona agradable.

—¿Y qué cambió?

—Una terapia larga, exhaustiva y muy cara, ventaja añadida de vivir con un abogado extremadamente exitoso. Y Jeremy y yo también nos aficionamos al yoga y los cánticos, a madrugar, esas cosas.

Edie se tapa la boca para disimular su risa.

—¿Es usted un yogui?

—Me gusta hacer el saludo al sol por la mañana, sí. Por ahí debe de haber unos cuantos libros sobre meditación, si quieres echarles

un vistazo. —Señala los libros en el suelo—. Esos son todos de Jeremy. Quería que los donara, pero, como puedes ver, no se me da muy bien deshacerme de pertenencias. De nada en realidad.

—Es increíble, todo por lo que ha pasado —dice Edie—. Parece demasiado para una sola persona. Es asombroso que haya sobrevivido tan bien como lo ha hecho.

Theo está arrodillado en el suelo. Abre un libro, lee una dedicatoria y sonríe.

—Eso es algo que no se elige —contesta.

—Ya lo sé, pero me preocupa estar sacándolo todo a relucir otra vez.

—Eso ya lo has dicho. Y escucha, es una herida que no se cerró. No hay un solo día en que no piense en lo que fue de mi hermana. Simplemente he aprendido a fingir que he pasado página. —Sonríe —. Tengo unas herramientas de gestión de las emociones muy efectivas porque mi querido Jeremy las pagó a precio de oro.

Calla un momento.

—Deberíamos hablar de Emmeline —dice Edie en voz baja.

—Eso sí que ha sido raro.

—¿El qué?

Edie se sienta en el suelo al lado de Theo y este empieza a pasarle libros con títulos como *El yoga revelado* o *Psico-yoga.*

—Es la primera vez que hablo con Emmeline desde…, déjame pensar…, sí, probablemente desde 1946.

Edie deja el libro que tiene en la mano.

—Un momento, ¿qué? No fue esa la impresión que saqué de su conversación.

—Bueno, Emmeline y yo somos ante todo unos profesionales.

—Pero Michael dijo que accedería a verme si usted se lo pedía. Di por hecho que eran amigos.

—Creo que Michael se refería a nuestra despedida, que no fue demasiado cordial. Después de todo, acababan de acusar a mi hermana de traición.

—Dios mío, Theo. Esto es demasiado. Iré a verla yo sola.

Theo niega con la cabeza.

—De ninguna manera. Además, quiero hacerle unas cuantas preguntas.

Edie está tentada de ir corriendo a buscar el cuaderno que tiene en la mochila.

—Así que Emmeline es quien acusó a Tessa de traición.

—Creo que la acusación vino de más arriba. Emmeline fue solo la portavoz.

—Pero ¿ella lo creía?

—¿Quién sabe? Las personas como Emmeline llegan a donde llegó ella sabiendo muy bien cuándo hablar y cuándo callar. Claro que tampoco puedo enfadarme demasiado con ella.

—¿Por qué no?

—Porque creo que cuando cierra los ojos de noche los pensamientos sobre lo que fue de estas mujeres tienen que torturarla. Una responsabilidad así te destroza. Decidas o no admitirlo, te destruye.

Ha pasado una semana y Theo espera en la puerta en su Morris desvencijado. Edie coge su cuaderno y su dictáfono. Tomás, uno de sus compañeros de piso, está fregando los platos. La noche anterior

llevó un amigo y Edie pensó en unirse a ellos si se quedaban en la cocina. Saludaría directamente y se apuntaría a la velada. Pero cenaron en la habitación. Edie oyó la película que estaban viendo desde el otro lado de la pared.

—Me voy —dice y Tomás la mira casi perplejo antes de decir adiós con una mano enguantada en goma color rosa.

Edie cierra la puerta al salir y apoya la espalda y las manos en la fría madera. Solo quiere que alguien le pregunte qué tal el día. Una conversación que no sea en la caja de un supermercado. Theo la mira desde el coche, pero le da igual.

—¡Buenos días! —dice Theo cuando Edie sube al vehículo—. Llegaremos a Sussex en un par de horas. Cruza los dedos para que el coche aguante.

Edie acaba de cerrar la portezuela y lo mira alarmada.

—¿Puede no hacerlo?

—Pues claro. Míralo, por Dios. En fin, esperemos que Emmeline no se muera antes de que lleguemos.

—¿Cómo?

—Vamos a ver, tiene más de noventa años. Sería muy propio de ella morirse solo para fastidiarnos.

El coche tarda siglos en salir de Londres. Theo coge la M25 y empieza a adelantar a un vehículo detrás de otro. Edie se sujeta al asiento con ambas manos.

—No quiero ser una pesada, pero ¿podría ir un poco más despacio?

—Pero de qué hablas, si conduzco fenomenal.

—No digo que no.

—Además, este coche siempre tiembla así.

A partir de ahí guardan silencio. Edie hace una pequeña exclamación de alegría cuando aparecen las primeras colinas. Siempre le ha gustado el campo, pero donde creció ella es muy distinto. Picos escarpados y cascadas. Sussex es más abierto, pero también más verde y fresco, a pesar de las carreteras principales que atraviesan antiguos cultivos y de los coches y la gente que llenan calles y aceras. En los campos hay tractores que arrastran maquinaria pesada en un sentido y otro. Cosechadoras-trilladoras llenan de trigo contenedores metálicos. Los ciclos de la tierra, el ciclo de las estaciones.

Llevan ya dos horas de viaje y Theo sigue al volante tamborileando con los dedos una canción desconocida. Han aparcado en el aparcamiento de un pueblo y una plaza con tiendas locales y cafés los separa de la casita de Emmeline Jones, que ven desde el coche. Edie la imagina mirándolos furiosa desde la ventana. Se la imagina como alguien a quien no le gusta que la hagan esperar.

—Me pregunto qué aspecto tendrá —dice Theo mirando hacia la casa—. No creo que esté tal y como yo la recuerdo, ¿verdad? Supongo que ella podría decir lo mismo de mí.

Edie mira a Theo, después a la casa y de nuevo a Theo.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dice.

—Es algo que pienso mucho de Tessa. A ver, pienso en ella todo el tiempo. Siempre tengo su cara en mis pensamientos. Pero, si apareciera de pronto, me pregunto cómo habría cambiado. Me pregunto cómo ha alterado el tiempo mi imagen de ella sin que me haya dado siquiera cuenta. ¿Sigo recordando sus ojos, su nariz, su boca, o hay un desajuste?

—No lo sé, Theo.

—No, claro. Por supuesto que no. Para ti solo es una fotografía.

—Eso no es verdad. —El ambiente en el coche se ha vuelto opresivo. Edie quiere bajar la ventanilla y respirar aire puro, pero le preocupa que la portezuela se desencaje—. Theo, creo que deberíamos entrar.

Theo cruza la calle despacio aunque Edie sabe que tiene más energía que ella. Parece reacio a tocar el timbre, así que lo hace ella. Emmeline tarda un rato en abrir, pero la ven llegar por el cristal esmerilado, una forma que va convirtiéndose en la silueta irregular de una persona. La oyen descorrer cerrojos. Uno, dos, tres.

—Por Dios, ¿qué guarda aquí? ¿Las joyas de la Corona? —dice Theo.

Emmeline abre la puerta y lo mira con dureza.

—No, pero me gusta sentirme segura.

Theo, cosa rara, guarda silencio.

—Así que ha venido —dice Emmeline—. Ha tardado mucho más de lo que esperaba.

—Intenté venir antes —replica Theo—. Le escribí, ¿se acuerda?

Emmeline frunce los labios. Se separa de la puerta y la siguen. La casa tiene techos bajos y una chimenea de obra ocupa casi la mitad del cuarto de estar. Las paredes están bastante desnudas, con un cuadro al óleo y varias fotografías sepia enmarcadas por toda decoración. La habitación huele a algo agradable que recuerda a Edie a cuando hacía saquitos de olor con su abuela en Navidad, piel de naranja atravesada con clavos.

Emmeline desaparece en una cocina estrecha y dice:

—Voy a hacer té. No tengo otra cosa, es eso o agua.

Theo mira a Edie con una ceja arqueada.

—Nos encantará tomar un té, gracias —responde.

Emmeline vuelve cinco minutos después con una bandeja llena de cosas. Theo hace ademán de cogérsela, pero ella bufa como un gato.

—Hay galletas, pero yo no las como, así que no sé si estarán buenas. Suele venir una chica, pero por supuesto es su día libre. ¿Qué hacéis de pie? Haced el favor de sentaros, qué comportamiento tan extraño.

Emmeline deja la bandeja en una mesa baja y se sienta en una butaca como para demostrar cómo se hace. Sirve tres tazas de té, las distribuye y mira a Edie.

—Me han llamado para hablarme de ti.

Oh, cielos, piensa Edie.

—Me han dicho que eres un incordio.

—Emmeline —tercia Theo.

—No, es verdad —reconoce Edie cogiendo una galleta—. He sido un poco pesada.

—Será mejor que vayamos al grano. No tengo mucho tiempo —dice Emmeline.

—¿Tiene otro compromiso? —pregunta Theo.

—No, pero sí noventa y cuatro años, y no quiero pasarme el tiempo que me queda haciendo esto. —Emmeline saca un cigarrillo de una funda de piel—. Además, no sé qué voy a contaros. Lo de tu hermana pasó hace sesenta años.

—Estoy seguro de que lo recuerda como si hubiera sido ayer —dice Theo.

—He estado oyendo sus entrevistas en el archivo sonoro del Imperial War Museum —añade Edie—. Son fascinantes. Su contribución…

—No, no. No sigas por ahí. No me gusta que me hagan la pelota —la interrumpe Emmeline.

Sin embargo parece complacida. Theo mira a Edie, que saca el papel de su cuaderno.

—Queremos preguntarle por estos mensajes —dice.

Emmeline se queda muy callada. Edie tiene la sensación de que no es una mujer que se altere con facilidad.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunta.

—Del expediente de Tessa.

—No puede ser.

—Sí, Emmeline —dice Theo con voz amable.

—¿Qué significa? —pregunta Edie.

Emmeline expulsa un fino hilo de humo.

—No tengo ni idea. Hace más de medio siglo de eso y recibíamos miles de mensajes por radio.

—Por supuesto. Pero nos preguntábamos si podría ayudarnos a descifrar el código. Concretamente, ¿«*Luna mala est*» se refiere a una persona? —pregunta Edie.

Emmeline parece desconcertada.

—¿Por qué dices eso?

Edie se encoge de hombros.

—No es más que una pregunta —responde mientras piensa: la luna es una persona.

Emmeline guarda silencio unos momentos. Mira el fuego arder en la chimenea a pesar de que fuera hace calor.

—¿Crees que Tessa era una traidora? —pregunta a Theo.

—No —contesta este.

—¿Lo creíste alguna vez?

Theo vacila.

—No.

Emmeline reflexiona un momento.

—Había muchos indicios, eso lo sabes. Tu hermana estuvo un tiempo escondida. Se le ordenó volver a Inglaterra, pero lo que hizo fue irse al sur. No me parecieron acciones de una persona inocente, y eso fue antes de que nos llegaran las acusaciones, claro. Las redes con las que había interactuado fueron descubiertas en cuanto la detuvieron. Los alemanes tuvieron que sacar la información de alguna parte.

Theo parece estar buscando la respuesta correcta.

—Si era una espía, ¿por qué la mandaron al campo de concentración?

—Quizá ya no les era útil. Los nazis no se caracterizaban precisamente por su lealtad. —Emmeline da una calada a su cigarrillo—. Aquel día en Núremberg recibiste la noticia con mucha calma.

Theo se mira las manos, abiertas sobre los muslos.

—No podía someter a mis padres a aquello. Al escarnio.

—¿A ellos o a ti mismo?

—A ellos —dice Theo, pero después de pensar un momento.

—¿Y crees que cambió las cosas? ¿Que no se hiciera nunca público?

Edie se pregunta si Emmeline se ha olvidado de su presencia.

Theo niega con la cabeza.

—No, los mató igual.

La expresión de Theo está cambiando, ahora está llena de dolor; Edie es testigo. Es el peso del pasado, piensa. Nunca podrá dejarlo atrás, no del todo.

Emmeline apaga el pitillo en un cenicero esmaltado lleno de cenizas y saca inmediatamente otro.

—Se llamaba Paul Aubert —dice.

Edie mira a Theo, quien no aparta los ojos de Emmeline. Tiene la respiración acelerada, y Edie ve que le tiembla la mano.

—Perdón, ¿es la persona a la que se refieren los mensajes de Tessa? —dice Edie y Emmeline asiente.

—Ella lo conocía como Jean. Coincidieron en el terreno, aunque, si la memoria no me engaña, hicieron instrucción juntos en Inglaterra una breve temporada. Lo apodaban «la Luna» por su físico. Una mata de pelo blanco y cara grande y redonda, como una luna llena.

Emmeline da impresión de ir a añadir algo, pero se recuesta en su butaca. Por un momento ninguno habla. Edie oye un autobús frenar en la calle. Oye gente bajarse, charlando, me alegro de verte, sí, el tiempo está cambiando.

—¿Quién era? —pregunta.

—Era nuestro hombre en el terreno, organizaba las entregas aéreas, las recepciones, esas cosas, en el Loira y más tarde, cuando aumentaron nuestros efectivos, también más al sur.

—¿Por qué querría mandar Tessa un mensaje sobre él? —pregunta Edie.

—La verdad es que no lo sé.

—«Hay mala luna». Era una advertencia —dice Edie.

—Puede ser —contesta Emmeline.

—Paul Aubert es el hombre que acusó a mi hermana de traición —señala Theo pellizcándose la tela de los pantalones.

—¿Cómo? —dice Edie. Se vuelve hacia Emmeline. Se siente como la espectadora de un partido de tenis—. ¿Es eso cierto?

Emmeline ha cerrado los ojos, pero asiente con la cabeza.

—Joder —exclama Edie y Emmeline abre los ojos inmediatamente —. Perdón.

Theo se levanta y empieza a caminar por la habitación.

—¿Qué pasó cuando llegaron los mensajes? ¿Qué hicieron en Baker Street?

—No pasó nada. La entrega aérea de aquella noche, que Tessa y su operador de radio querían cancelar, no se canceló. Siguió adelante.

Theo se sienta y se lleva los brazos a la cabeza.

—No pasó nada —repite.

—¿Y cómo fue la entrega? —pregunta Edie.

Emmeline suspira.

—Hubo una emboscada. Todos los que participaron fueron detenidos. —Theo baja las manos y Emmeline se apresura a añadir —: Ya había habido una investigación, conducida por tu amigo Crawley, precisamente. Aubert salió limpio.

—¿Que ya había habido…? —Theo no termina la frase.

—¿Quiere decir que ya había habido acusaciones contra Aubert antes de que llegaran esos mensajes? —pregunta Edie.

—Había… reservas —dice Emmeline—. Durante un tiempo se pensó que Aubert había muerto en una entrega. Reapareció en Londres un tiempo después y aquello despertó sospechas. Se lo investigó a fondo y…

—¿No se encontraron pruebas? —pregunta Theo.

—No se consideraron convincentes.

—¿Por quién?

Emmeline vacila, y a continuación dice:

—Por el director de nuestra sección, Ronald Stenwick.

—¿Y había alguna conexión entre estos dos hombres? —pregunta Theo.

—¿Qué quieres decir? Aubert era un agente asignado a la sección de Stenwick, le…

—¿Quién lo reclutó?

Edie conoce la respuesta.

—Stenwick —dice consultando su cuaderno—. Aubert aparece mencionado en la autobiografía de Stenwick. Sabía que había oído el nombre en alguna parte. Eran amigos de antes de la guerra.

Emmeline frunce los labios.

—Creo que trabajaron juntos en Francia.

—Jesús bendito —dice Theo.

—Eso solo demuestra que Stenwick podía responder de la integridad de Aubert.

—Sí, a pesar de todos los indicios en contra. Qué lástima que nadie hiciera lo mismo por mi hermana. Qué lástima que yo…

Theo se interrumpe y baja la vista.

—Aubert sobrevivió, ¿verdad? —pregunta Edie.

Emmeline asiente con la cabeza.

—Así que pudo decir lo que le dio la gana. —Theo está furioso—. ¿Le creyó?

—No me correspondía a mí juzgar algo así —contesta Emmeline con firmeza.

—Dijo que había pruebas concretas contra mi hermana. Que eran condenatorias —dice Theo—. ¿Qué pruebas había más allá de las acusaciones de Aubert?

—Ya te lo he dicho. Estuvo un tiempo escondida. Desobedeció una orden directa de volver a Inglaterra. Aparte de eso, la verdad es que la palabra de Aubert fue suficiente. —Emmeline da una larga calada a su cigarrillo—. Creo que es lo que los políticos de ahora llaman «la percepción pública». La prensa nos tenía en el punto de mira. Todas esas mujeres desaparecidas. Ese espantoso padre de Violette Szabo yéndose de la lengua en Fleet Street. Y tu padre tampoco ayudó. No podíamos arriesgarnos a una larga investigación de una agente fuera de control detrás de las líneas enemigas.

—Así que enterraron la historia—dice Theo.

Emmeline asiente. Parece desafiante, dice Edie, pero no poderosa. Parece pequeña.

—La enterramos.

35

Londres está en pleno veranillo. Edie nota el calor del pavimento a través de sus sandalias. Los autobuses que pasan tienen los cristales empañados e imagina lo incómodo que debe de ser, el calor del motor, el agobio de todos esos cuerpos apretujados. No corre aire. Una mujer junto a un quiosco de prensa se lleva un polo con su envoltorio a la frente y cierra los ojos con expresión de placer. Edie tiene la cabeza llena de cosas que querría estar haciendo: zambullirse en el Ladies' Pond, nadar en el lago Serpentine con la boca bien cerrada para que no entre lo que pueda haber en el agua. Pero lo que hace es pasear entre puestos de mercado y peluquerías, dejando atrás pubs cuya clientela se acuclilla en la acera y bebe pintas en vasos de plástico.

—Me muero de envidia —dice Hellie en el teléfono desde Leeds—. A ver, aquí hace bueno, pero tampoco un calor como de España.

—Te lo cambio. En España, calor es demasiado calor. Hellie, tengo dudas sobre esto.

—¿A qué te refieres?

—¿No sería mejor dejar tranquilo a Theo? ¿No le he despertado ya demasiados recuerdos desenterrando este asunto?

—Yo lo que creo es que si te vas a perder mi fin de semana de cumpleaños para irte a Berlín, lo mínimo que puedes hacer es

hablarlo con Theo.

Edie hace una mueca.

—Ah, ya entiendo. O sea, que me estás animando a que lo vea como un castigo. Vale.

Ha pasado un mes desde que Edie habló con Theo por última vez. «Te llamo», habían sido las últimas palabras de este gritadas por la ventanilla bajada del coche, pero no lo había hecho y a Edie no le había parecido conveniente presionarlo, aunque había estado a punto de marcar su número muchas veces. Había decidido escribirle una carta, pero eso tampoco lo había hecho, dada su propensión a tener ideas y no ponerlas en práctica.

—Hellie, estoy nerviosa, lo digo en serio.

—No tienes motivo. Te va a ir muy bien. Es un hombre agradable, ¿no?

—Es encantador.

—Pues más a mi favor.

Edie cuelga y llama al timbre. Ve la silueta de Theo a través del cristal, cómo se detiene al reconocerla. Abre la puerta con una sonrisa, pero Edie se da cuenta de que es forzada. Theo la invita a pasar al jardín con un gesto.

—¿Cómo sabías que estaba en Londres? —dice un momento después cuando vuelve de la cocina con dos vasos de zumo de naranja, con los cubitos de hielo tintineando contra el cristal.

Edie reprime el impuso de coger uno y ponérselo en la sien.

—Decidí arriesgarme —dice.

Theo no la mira a la cara.

—Estaba a punto de coger el coche para volver a…

—Como hacía tiempo que no sabía nada de usted…

Theo se arrellana en su silla. Es un jardín agradable, un patio pequeño diseñado para alguien sin tiempo para ocuparse más que de unas cuantas macetas. Pero es fresco y tiene una gran sombrilla que da sombra, lo que hace pensar a Edie que tal vez se quede allí toda la tarde, le guste o no a Theo.

—La verdad es que he estado trabajando mucho —prosigue—. El otro día mi directora de tesis me sonrió, un acontecimiento histórico.

Theo cierra los ojos y no dice nada.

—Sé que es difícil —continúa Edie atropellándose con las palabras —. Lo entiendo, de verdad. Pero tengo que contarle una cosa: he cambiado el tema de mi tesis. Ahora se va a centrar en Tessa y quería decírselo en persona.

Theo asiente con la cabeza.

—Me parece lógico, después de lo que has averiguado hasta ahora.

—Lo segundo que quería contarle es que he estado hablando con muchas personas. Exagentes, antiguos miembros de la Resistencia francesa. Y cada vez que mencionaba a Paul Aubert, la atmósfera cambiaba. Muchas personas que tenían sospechas sobre él juran y perjuran habérselas comunicado a Londres en su momento. Un hombre que había estado encarcelado en París dijo que los oficiales nazis llegaron a nombrar a Aubert y que aun así los británicos no se lo tomaron en serio. Theo, sabían que era un traidor, pero Stenwick se negaba a creerlo. A pesar de que les advirtieron en repetidas ocasiones sobre Aubert, no hicieron nada. Nada en absoluto. Y permitieron que dejara a su hermana a los pies de los caballos.

Theo parece derrotado mientras Edie espera a que asimile sus palabras. Quizá es el efecto de la angustia en las personas. Te chupa

la vitalidad como si fuera un parásito.

—Diría que parece evidente que las autoridades británicas eligieron una versión de los hechos frente a la otra.

Esto no es suficiente. Edie quiere que Theo comprenda su indignación y la comparta porque él tiene aún más derecho a sentirla.

—Un encubrimiento a nivel institucional —dice.

—Eso es una acusación muy grave, Edie.

—Aubert incriminó a Tessa y, como el comportamiento de esta había generado algunas dudas, lo creyeron. Si es que lo hemos oído contar varias veces y siempre es lo mismo: «Tessa se libró por los pelos», «Tessa escapó de milagro». Pero igual fue así, se libró por los pelos y fue más lista que el enemigo. En ocasiones ocurre. Quizá estuvo un tiempo escondida porque comprendió que la organización estaba corrompida. Vamos a ver, Theo, ¡eso destrozó la reputación de su hermana!

Theo bebe; deja el vaso en un posavasos y se demora en el gesto.

—Solo dentro de un pequeño círculo. Nunca se la denunció públicamente. Había demasiadas carreras profesionales en juego para eso.

Edie no entiende por qué Theo se muestra tan razonable.

—Buscando tapar su propia traición, Aubert negó a Tessa el reconocimiento póstumo que merecía —dice—. Si fuera mi hermana, no sé si me quedaría tan tranquila viendo cómo le roban el lugar que le corresponde en la historia, pero bueno.

Theo se eriza.

—Bueno, no estoy seguro de si…

—¿Y por qué aceptaron esa versión las autoridades? —insiste Edie —. Pues porque a esas alturas ya estaban recibiendo críticas por enviar a mujeres detrás de las líneas enemigas y no querían dar munición al enemigo. Porque se les había advertido, repetidas veces, de que tenían un topo y no hicieron nada en absoluto. ¿Y cuánta gente murió por su inacción? Además, habían cometido otro error, ¿verdad? Aubert había sido reclutado por el mandamás, que no quería que nadie supiera que su agente había salido rana. ¡Hubo muertos! Es un escándalo.

Se ha puesto de pie y gesticula indignada y Theo se echa a reír.

—Me gusta esta faceta tuya. Esta seguridad. ¿Dónde la tenías escondida?

—Igual la hace salir usted. Usted y Tessa.

—No te quites mérito. Te lo advierto, vas a pisar más de un callo si te dedicas a escribir cosas así.

—No son mi gente. No tengo nada que perder.

Theo la mira y espera. Edie se pregunta si se trata de una de sus carísimas técnicas de afrontamiento, esperar a que baje la intensidad del momento, respirar, respirar, respirar.

—No es que no esté enfadado —dice por fin Theo—. Por supuesto que lo estoy. Llevo enfadado mucho tiempo. Esto es…, esto es verdaderamente difícil para mí, Edie.

Cuando Theo habla por fin, las palabras salen a tal velocidad que Edie se pregunta cuánto tiempo lleva esperando para decirlas, esperando a alguien que las escuche.

—Pero la verdad es que, a pesar de conocer a mi hermana mejor que nadie, cuando oí por primera vez las acusaciones dudé de su

inocencia. Dudé de ella. De mi inquebrantablemente leal y apasionadamente antifascista hermana.

Cuando Edie abre la boca para protestar, Theo levanta la mano.

—Ya lo sé, Edie. Créeme que lo sé. La cuestión es que las personas hacen cosas inexplicables durante una guerra. Harán lo inconcebible si creen que con ello salvarán su vida o la de sus seres queridos. Pero yo conocía a Tessa mejor que nadie. Y debería haber luchado por ella, por la verdad, por la Tessa que yo conocía, con independencia de lo que hubiera hecho o dejado de hacer. Y, si hubiera luchado, quizá ahora no habría este ridículo signo de interrogación asociado a su nombre. Se la celebraría por su valentía y se la honraría por su contribución a la guerra, por las cosas tan asombrosas que hizo.

—Pero incluso si hubiera hecho preguntas, incluso si hubiera defendido a Tessa, no hay garantías de que hubiera descubierto la verdad, sobre todo teniendo en cuenta con quién trataba —dice Edie.

—Es que sí hice preguntas —replica Theo en voz baja mientras se saca un pañuelo del bolsillo.

Edie comprende que está llorando y le toca un brazo.

—Theo, no… —Pero no puede evitar hacer la pregunta—. ¿Qué quiere decir?

—Después de la guerra. Fue una época difícil, mi padre acababa de morir y… yo lo estaba pasando mal. Pensé que si lograba resolver esto, si conseguía limpiar el nombre de Tessa, quizá… —Se tapa la cara con las manos—. Quizá mi vida no sería un desastre. Quizá mi madre se pondría bien y yo sería…, no sé, Edie, mejor persona. Feliz incluso.

—Theo, ¿con quién habló?

—Casi todas las personas a las que conocía habían dejado el ejército. Michael me puso en contacto con alguien del Cabinet Office…

—Michael.

—Sí. Nadie quería decirme nada…, en cualquier caso, nada nuevo. Pero yo me negaba a darle carpetazo al asunto. Igual que tú ahora. Seguía haciendo preguntas y, cuanto más insistía, más me convencía de que había algo raro. A veces esas cosas se intuyen, ¿no crees? Supongo que por esa misma época fue cuando empezaron a seguirme.

—¿Cómo?

—Llámalo paranoia, si quieres. Delirios de borracho, porque eso era yo entonces. Tenía un trabajo nuevo, en un despacho, y solo Dios sabe cómo conseguía llevar una vida normal. Ahora que lo pienso, lo hacía a duras penas. Fue entonces cuando ocurrió, el incidente en los baños.

Edie lo mira con la boca abierta.

—¿Quiere decir que cree…? ¿Está diciendo que fue una encerrona?

—No lo creo, Edie. Lo sé. Cuando me sacaron después de días en el calabozo temiéndome lo peor, no me interrogó el agente que me había detenido, sino dos tipos trajeados. Agentes secretos, supongo, aunque dudo que lo sepa nunca con seguridad. Me dijeron que estaba tocando las narices, que las cosas irían a peor si seguía haciendo preguntas a personas que tenían cuestiones mucho más importantes de las que ocuparse y que ya estaba bien.

Sigue llorando. Edie mira las lágrimas bajarle por la cara y se pregunta durante cuántos años las ha reprimido.

—Es difícil explicar cómo eran las cosas entonces a alguien de tu edad. El miedo que daba amar de una forma que no solo estaba mal vista, sino que se consideraba delito. Por amor de Dios, mira lo que le hicieron a Alan Turing, el hombre que ganó la guerra y lo castraron.

—¿Qué hizo usted? —pregunta Edie.

—Hice lo que me ordenaron. Elegí dejarlo estar antes que la cárcel, antes que cualquier horrible procedimiento médico al que quisieran someter a mis llamados instintos. Elegí ser un cobarde. Y aun así lo perdí todo, excepto a Jeremy. —Asiente con la cabeza—. No siempre fue fácil, pero nos teníamos el uno al otro. Eso no pudieron quitármelo. Nuestra relación, la felicidad que tuvimos, fue una especie de desafío.

Edie intenta hablar, pero no encuentra palabras. Así que se echa a llorar. Theo le aprieta el brazo. Cuando Edie se tranquiliza, Theo sigue hablando.

—He estado años…, años, Edie, furiosísimo con mi hermana. Por el dolor que sus decisiones, unas decisiones que no se molestó en comunicarme, causaron a mis padres, a mí, a las personas que dejó atrás. Me sentía totalmente culpable por eso. Por mi ira y… —vacila —, y también por el hecho de que nunca fui capaz de vencer por completo mis dudas sobre la conducta de Tessa. La sospecha de que podía haberse pasado al otro bando siempre estaba ahí. De que era tan culpable como decían.

Durante un momento los dos guardan silencio.

—Esto es algo que nunca había reconocido hasta ahora —dice Theo.

—Son unos sentimientos perfectamente comprensibles —contesta Edie con amabilidad.

—Pero ¿se merecía ella mis dudas, mi ira? No estoy seguro. Y si hubiera seguido adelante, si hubiera insistido, entonces tú no estarías aquí ahora. Quizá todo esto se sabría ya. Quizá si yo hubiera sido más valiente…

—¿Desde el calabozo? ¡Venga ya! No tuvo elección.

Edie respira hondo mientras Theo se enjuga los ojos.

—Theo, he vuelto a hablar con Emmeline Jones. Si voy a escribir sobre Tessa, entonces necesito saber lo que le ocurrió cuando la capturaron.

Theo levanta las cejas.

—¿Y qué tal fue?

—Fatal. Me dijo que ya había dicho todo lo que tenía que decir al respecto y que no había más. De manera que volví al principio, volví a mis notas. Luego releí los libros y fui apuntando los nombres de todas las personas conectadas a la SOE, aunque fuera de forma indirecta, e intenté seguir el rastro de lo ocurrido.

—¿Y?

—Y se me ocurrió que tal vez la clave aquí no esté en las personas que enviaron a Tessa a Francia, las cuales, al parecer, se han inventado toda una serie de razones para insistir en su versión de los hechos. No, quizá la clave esté en las personas que la descubrieron allí.

Theo levanta la vista.

—Las personas que… ¿Qué quieres decir?

—Los oficiales alemanes que la capturaron en París.

—Pero la mayoría están…

—Muertos, sí. O desaparecidos. Al menos los hombres. Lo que deja a las mujeres que trabajaban para ellos. Las secretarias. Las archiveras. Theo, eran mujeres muy jóvenes, algunas casi adolescentes. Muchas siguen vivas.

—Es posible, pero no sé cómo vas a localizarlas. Y dudo que vayan a admitir haber tenido un pasado así ahora mismo.

—Sí, bueno. Por suerte las transcripciones de los juicios de Núremberg han resultado ser minuciosas y fructíferas. Hubo un nombre en concreto que me llamó la atención, el de una mujer llamada Gerta Müller.

Theo se ha puesto a asentir con la cabeza. Le brillan los ojos.

—Sí, por supuesto. Trabajaba para Hans König, jefe del SD en París. Era su secretaria.

Edie sonríe. Es extrañamente conmovedor lo intacto que parece conservar Theo este recuerdo.

—Los fiscales de Núremberg probablemente sacaron su nombre de las investigaciones que hizo usted en París.

Pero Theo es demasiado modesto para aceptar esto y murmura algo sobre los otros miembros de su equipo, el esfuerzo colectivo. Theo se frota los ojos, apoya la espalda en el respaldo de la silla y levanta la vista. Edie hace lo mismo. Los dos miran un avión dibujar una línea blanca en el cielo.

—Visité el cuartel general de König en la avenue Foch cuando estuve en París al terminar la guerra —dice Theo—. Vi el nombre de Tessa escrito en la pared de una celda. Estuve en el despacho de

esa mujer, es probable que tocara su escritorio. Pero ¿qué te hace pensar que pueda tener información específica sobre Tessa?

—La he localizado —responde Edie—. He hablado con ella. Emmeline Jones la entrevistó después de la guerra cuando investigaba las agentes desaparecidas. No fue fácil, mi alemán no es bueno y ella habla muy poco inglés. Pero, Theo, se acuerda de su hermana.

Theo calla un momento y a continuación responde:

—König habló, cuando por fin lo detuvieron. No tenía gran cosa que decir de Tessa, solo que la había interrogado. Lo siento, Edie, pero dudo de que esta mujer vaya a decirte nada que no sepamos ya.

—Creo que merece la pena hacer el viaje.

—¿A Alemania?

—Sí —dice Edie—. Müller prefiere hablar en persona. Usted podría ser mi traductor, desde luego lo necesito. ¿Y por qué no? Me ha dicho que nunca llegó a saber gran cosa acerca del tiempo que Tessa pasó en prisión. No puedo ni imaginar lo duro que debe de ser no saber eso, como tampoco lo que le ocurrió en Ravensbrück. —Edie toca con delicadeza una mano a Theo—. Yo no creo que su hermana hiciera nada malo y voy a intentar demostrarlo. Y sé lo que esto significa para usted. He visto lo importante que es. Creo que no va a estar en paz hasta que no averigüemos qué ocurrió realmente hace todos esos años. Por favor, venga conmigo.

Sobre sus cabezas, el avión sigue trazando una raya blanca en el inmenso azul.

36

Edie está en los baños del aeropuerto de Gatwick pellizcándose las mejillas y echándose agua fría en la cara para no verse tan pálida. Nunca ha sido madrugadora y se nota, pero es el vuelo más barato que ha encontrado y no quería dejarse invitar por Theo, quien fue lo bastante elegante como para no insistir.

Le llega una notificación al teléfono. Lo abre y lee el mensaje. Es una mujer de la universidad; unos cuantos van a ir luego a tomar algo y quiere invitar a Edie. «Me dicen que estás avanzando mucho con tu investigación, tienes ojiplático a todo el departamento», añade la mujer.

Edie contesta enseguida con el corazón acelerado: «Estoy fuera, ¡pero para la próxima contad conmigo!».

Tomar algo. Con colegas. Escribe a Hellie: «¡POR FIN TENGO VIDA SOCIAL!».

Una mujer le da un codazo para hacerse sitio delante del espejo. Lleva un abultado neceser con maquillaje y procede a colocar productos en la superficie barata y práctica del lavabo. Edie coge su maleta con ruedas y sale al concurrido vestíbulo de salidas, donde Theo está sentado con los hombros rectos en una silla de metal. Cuando Edie se acerca, lo ve sacarse un pequeño blíster del bolsillo, sin duda recortado de uno más grande, meterse dos pastillas en la

boca y tragárselas con el agua de la botella del menú de Boots que le ha comprado Edie. Un sándwich de pollo no es un desayuno, dijo Theo, pero ha sido su única queja en una mañana en la que no han faltado motivos.

—¿Le duele la cabeza? —pregunta Edie cuando su maleta choca con las sillas metálicas y Theo hace una mueca de dolor—. Están embarcando, deberíamos ir para allá, odio las colas.

—No tienes paciencia. No pienso ir hasta que no esté preparado —dice Theo cortante.

En el silencio sorprendido que sigue, una voz metálica dice por megafonía: «Hay un niño solo en Pret a Manger. ¿Ha perdido alguien uno?».

Theo suspira.

—Vamos allá.

Se da una palmada en los muslos, se levanta y echa a andar hacia la puerta de embarque que no es. Edie reprime el impulso de cogerlo por los hombros y situarlo en la dirección correcta. Por supuesto, hay cola. Dos colas, de hecho. Una para las personas que han pagado un poco más por el privilegio de competir en la primera carrera por un asiento y otra para los demás.

Es un milagro que encuentren asientos contiguos, aunque, al ver las pupilas cada vez más contraídas de Theo, Edie duda de si sentirse agradecida.

—Derribaron mi avión el día D —comunica Theo a su vecina de asiento, una joven con auriculares en las orejas a modo de escudos. Las filas de asientos cercanas guardan silencio—. Por eso no soporto volar.

—Theo —dice enseguida Edie—, ¿derribaron su avión?

Theo asiente con los ojos muy abiertos.

—Atravesé un granero, menos mal que llevaba paracaídas. Sobreviví, pero un hombre maravilloso llamado Barnes no. Dios, cómo lo quería. Era guapo por dentro y por fuera. A veces me pregunto qué fue de él. Me refiero al paracaídas. Todas esas novias francesas vestidas de seda británica. También pienso en el paracaídas de Tessa. —Hace un gesto con la cabeza—. Esa es para ti. Con lo mucho que te gustan las preguntas. Debería obligarte a localizar a la mujer en Normandía.

—¿Qué mujer?

Edie está disfrutando de esta versión colocada de Theo.

—Mi salvadora. Ya estará muerta. Ojalá hubiera vuelto y le hubiera contado lo de Tess. Seguro que tenía respuestas, era muy sabia.

Para cuando despegan, Theo está dormido.

En Berlín sigue grogui. Cogen un taxi al hotel, que eligió él después de sorprender a Edie mirando la web de un albergue juvenil. Soy muy mayor para eso, había dicho. Pero el hotel que ha elegido no es lujoso, el precio ha sido escogido teniendo en cuenta el poder adquisitivo de Edie, otra muestra de consideración cortés pero tácita para con sus circunstancias. Dejan el equipaje y Theo pide un taxi que los lleva a un restaurante de sushi en Mitte que «le encantaba a Jeremy». Poco a poco sale de la bruma de la medicación y su expresión es más animada.

Edie no ha probado nunca el sushi y, aunque le da repelús, deja que Theo pida por los dos.

—En mi casa éramos muy tradicionales con la comida —dice—. Y yo sigo siéndolo. Es una cosa bastante británica, imagino, no sentir la necesidad de salir de la zona de confort.

—¿Crees que es algo británico?

—De clase, entonces. Estoy casi segura de que en mi familia nadie ha probado el sushi. La comida china igual sí, porque hay un restaurante de comida para llevar al lado de casa de mi padre. Cuando era pequeña nos parecía el colmo del exotismo.

—Tu familia tiene que estar muy orgullosa.

—¿Por qué?

Theo levanta la vista de la carta.

—Bueno…

—Son cosas que se dicen, ¿no? Yo no sé si mi familia está orgullosa de mí. Desconcertada desde luego. Soy el primer miembro que va a la universidad. Son casi todos muy gregarios y, en cambio, yo soy callada y me gustan los libros. Para ser sincera, creo que me consideran un poco presuntuosa por las elecciones que he hecho.

Theo deja su carta en la mesa.

—Qué horror.

—Es lo que hay.

—Me cuesta creer que no te vean como eres en realidad.

—Uf. No sé si quiero saber algo así.

—Al contrario, a mí no se me ocurre nadie mejor con quien hacer esto. Deberías tener más fe en ti misma, Edie. Pasas tanto tiempo dudando que no ves tu talento.

Edie nota calor en las mejillas.

—Por Dios, Theo.

—Bueno, tampoco es para tanto. Es lo que opino y punto.

Edie asiente con la cabeza.

—Gracias de todas maneras.

Aparece una camarera impaciente por tomarles nota y pasar a la mesa siguiente. Theo recita una serie de artículos de la carta en rápido alemán.

—Habla muy bien —dice Edie cuando se va la camarera.

—Estudié alemán en el colegio y por supuesto viví una temporada en Núremberg. Llegué a amar este país, aunque durante un tiempo no fue así. Durante un tiempo lo odié.

—Lógico, considerando las circunstancias. ¿Viene mucho?

—¿A Berlín? No tanto como antes. A Jeremy le encantaba. A Núremberg no vuelvo. ¿Tú habías estado en Alemania? ¿No? Pues deberías volver. Te gustaría mucho el museo de la Bauhaus, es estupendo. Y el museo de la Stasi es extraordinario. Igual nos da tiempo a ir. Tengo entendido que la gente joven sale por Kreuzberg, hay bares raros y bebidas de colores. Me disculparás si no te acompaño.

Vuelve la camarera y les pone delante una bandeja alargada de madera con rollos de sushi dispuestos de forma ordenada.

—¿Llegó a visitar Ravensbrück?

Por toda respuesta, Theo se mete un rollo de salmón en la boca y le muestra a Edie cómo coger los palillos. A esta se le cae tres veces el rollo antes de conseguir metérselo en la boca.

—No puedes pedir cuchillo y tenedor —dice Theo—. No puedes. —Menea la cabeza—. Contestando a tu pregunta, estuve en Ravensbrück con mi madre y sigue siendo una de las experiencias más espantosas de mi vida. Es un sitio muy tranquilo, en el sentido de que nunca hay demasiada gente. Pero también en el sentido de

estancado, como las trincheras del Frente Occidental, verde y mudo. Los pájaros no cantan. Además, ella no está allí; no la Tessa que yo conocí. Una mujer que estuvo encarcelada por poco tiempo con Tessa (recuérdame que te dé el nombre) contó a la Cruz Roja que mi hermana estaba muy deprimida en el campo, muy abatida. No sé por qué, pero eso empeora las cosas.

El sushi frío le baja a Edie por la garganta. Es al mismo tiempo repulsivo y delicioso y la asombra comprobar que ambas cosas puedan coexistir.

—¿Por qué las empeora?

—Porque mi hermana siempre tuvo un ánimo, un espíritu de lucha inquebrantables. Y, en cuanto oí esas palabras, supe que la habían destruido.

La casa de Gerta Müller, en un barrio residencial a las afueras de Berlín, es pequeña y está atestada. Al entrar los llevan por una habitación con las cortinas echadas. En las estanterías hay porcelana, los respaldos de las butacas tienen fundas de encaje. Está prístina e intacta, una habitación para cuando hay invitados de postín.

No es el caso. A ellos los conducen a la cocina, un espacio largo y angosto con una chimenea al fondo, una mesa de madera en el centro y una pequeña cocina en el otro lado. La mesa está cubierta de un grueso hule que se le pega a Edie a los codos y de fuentes de pasteles de una variedad de colores, suficientes para dar de comer a veinte personas. Müller guarda un bastidor en el que lleva bordada media escena de *Pocahontas*, de Disney. En el tren, Edie ha

informado a Theo del pasado de esta mujer, al menos de los hitos principales. König era amigo de su familia. Empezó a trabajar para él con diecisiete años y viajó con él a medida que ascendía en las filas del partido Nazi hasta terminar en París.

—Coman, coman —dice Gerta Müller en alemán señalando los pasteles.

Edie mira a Theo y este asiente con la cabeza. Los pasteles son contundentes y están rellenos de nata montada. Gerta Müller vuelve con una cafetera de porcelana y se sienta en el banco contrario. Edie deja su dictáfono en la mesa para poder transcribir más tarde la conversación si es necesario.

—De manera que se cierra el círculo —dice Gerta Müller con voz suave—. Por fin la verdad va a ser desenterrada.

—Dice que se va a saber la verdad—traduce Theo—. Que se va a desenterrar. —Resopla—. ¡Desenterrada dice!

—No está obligada a hablar con nosotros —responde Edie despacio haciendo caso omiso de la mirada penetrante de Theo—. No se sienta presionada. Dígaselo, Theo.

Theo habla en alemán, demasiado deprisa para que Edie lo entienda. Confía en que haya traducido lo que le ha pedido.

—¿Le cuenta a la gente lo que hacía durante la guerra? —pregunta Theo y le traduce la pregunta a Edie, quien lo mira con reproche.

Gerta Müller se encoge de hombros.

—Era secretaria.

Sirve café en tres tacitas y, sin preguntar antes, una crema espesa de una jarrita. A Edie se le revuelve el estómago.

—Coman más pasteles.

—Me han dicho que quizá tenga usted información sobre mi hermana, Tessa Armstrong.

Edie adivina la impaciencia de Theo en pequeños movimientos de su cuerpo, tics en los dedos y los pies.

—*Ja, ja* —dice la anciana.

—¿Y no pudo dársela a las autoridades de los Aliados terminada la guerra? Sabemos que fue usted entrevistada.

Theo hace la pregunta en alemán y a continuación en inglés para Edie, quien sigue la conversación a duras penas.

—Hable despacio —dice—, así lo entenderé.

Gerta Müller bufa.

—Casi ni me interrogaron. Yo no les interesaba, no era más que una secretaria. No sabía nada.

—Entonces ¿por qué estamos aquí?

—Porque los conocí. A los capturados. Los oía hablar entre ellos. Leí sus interrogatorios. Pasé a máquina las notas de König. Estuve allí.

—¿Estaba en la oficina de la quinta planta, junto a las celdas?

Edie percibe el filo en la voz de Theo. Gerta Müller parece sorprendida.

—Lo estaba, *ja.* ¿Conoce el sitio?

—Sí, estuve poco después de que destruyeran ustedes todos los documentos. De acuerdo, cuéntenos.

Edie le pone un brazo en el hombro, pero Theo no la mira.

—Para eso hemos venido, ¿no? —Se dirige de nuevo a Gerta Müller—. ¿Le cuenta usted a la gente que fue una nazi?

—¡Theo! —dice Edie, avergonzada porque esa palabra se entiende en todos los idiomas.

—Su hermana también estaba furiosa. Era como un cable pelado, siempre echando chispas. Muchos de sus cómplices evaluaron la situación y decidieron negociar para sobrevivir. Pero su hermana era indómita.

—Mucha gente piensa que era una agente doble. Una traidora —dice Edie—. Cuénteselo, Theo.

La mujer parece atónita.

—¿Tessa Armstrong? *Nein, nein*. De ninguna manera, era demasiado obstinada para eso.

—De ninguna manera —repite Theo.

Tarda un momento en sobreponerse. Qué sentirá, se pregunta Edie, al oír descrita la inocencia de su hermana de manera tan clara.

—König hizo todo lo posible por convencer a su hermana de que traicionara a su organización, de que trabajara para nosotros, pero ella se negó. Hablaba mucho de sus principios. König la admiraba por ello, creo. Pero le gustaba sembrar la duda entre sus prisioneros, era una táctica. Los empujaba a hablar, a enemistarse entre sí.

—Los enemistaba entre sí —dice Theo y parece asqueado.

—Simulaba ser el más razonable de los presentes y a menudo lo conseguía.

Edie no puede seguir comiendo pasteles. Ni siquiera por educación.

—¿Y cree que le hizo eso a Tessa? ¿Hizo creer a los demás que no era de fiar? —pregunta Theo.

—Quizá, o se aprovechó de algo que ya estaba ahí. Era otra de sus costumbres. Así que quizá Tessa le fue de utilidad aunque se negara a hablar. —Gerta Müller simula cerrarse los labios con una

cremallera para dejar claro a Edie lo que quiere decir—. Desde luego la retuvo más tiempo que a la mayoría.

Theo se come otro pastel. Edie no comprende cómo soporta su dulzor. Quizá es que necesita tener las manos ocupadas.

—¿Por qué cree que lo hizo? —pregunta y Theo traduce.

—Al principio por su conexión con Agnès Roue. Estaba causando muchos problemas. El SD estaba desesperado por localizarla. Eso hizo muy vulnerable a Tessa.

Edie da un respingo.

—¿Ha dicho Agnès Roue? ¿Está diciendo que Tessa estaba relacionada con Agnès Roue?

Mira a Theo, incrédula.

—¿La mujer de la Resistencia? —pregunta este.

—Sí, ¡es una leyenda! Consiguió sacar a escondidas a muchos judíos de Francia, ocultó a los que no pudo sacar y prácticamente dirigió sola una de las redes de la Resistencia.

Theo mira a Gerta Müller.

—Perdone, ¿cuál era la relación de Tessa con esta extraordinaria mujer?

—Se decía que había acogido a su hermana después de que se escapara, al poco de llegar a Francia —contesta Müller, vacilante—. Causó mucha indignación que Tessa lograra algo así. Estaba detenida y consiguió salir andando de la comisaría. ¡Inaudito! Pero lo oí de boca del propio König.

Theo traduce sus palabras al inglés.

—¿Y por eso creía la gente que se había pasado al otro bando? ¿Porque era inaudito? —dice Edie.

El rumor había calado, tal y como sospechaba.

La anciana asiente con la cabeza cuando Theo traduce.

—No hubo ningún trato. Ningún cambio de bando. Estoy segura.

—¿Tessa escapó? —pregunta Theo.

Edie ve cómo esboza una sonrisa de orgullo y se le rompe el corazón.

Müller asiente de nuevo.

—*Ja*, y luego Agnès Roue la escondió y la envió al sur con unos contactos suyos.

—De manera que Tessa sí estuvo escondida —dice Edie tomando notas apresuradas en su cuaderno—. Agnès Roue la estaba ayudando. ¡No me lo puedo creer!

Theo dice con voz temblorosa:

—Todos estos años esta mujer estaba aquí y podía haberle preguntado qué ocurrió. Podría habérselo preguntado directamente. La verdad estaba aquí, a solo un viaje en avión.

Se lleva una mano a la boca.

—Theo, ¿dónde envió Agnès Roue a Tessa? —pregunta Edie apremiante—. ¿Dónde se alojó?

Theo traduce la pregunta.

—En una granja en el sur, creo. No sé más. Los capturaron lejos de allí, en el Loira.

Edie está escribiendo lo que traduce Theo lo más deprisa que puede. Es asombroso, piensa, que siga habiendo tanto desconocimiento, tanta verdad oculta.

—La detuvieron en casa de su abuela, ¿verdad? —dice.

Theo asiente, pero sin dejar de mirar a Gerta Müller.

—Ha dicho «los capturaron». ¿Quiere decir que Tessa no estaba sola?

Habla con voz calmada, pero Edie nota que está temblando.

—Creo que estaba con alguien de su grupo. Pero a él no lo retuvieron mucho tiempo en la avenue Foch.

—Ha dicho que su conexión con Agnès Roue fue la razón primera del interés de König en Tessa. ¿Por qué la retuvo tanto tiempo en la avenue Foch?

Gerta Müller tensa los labios en una sonrisa.

—Era un buen hombre —dice.

Cuando mira a Theo mientras traduce, Edie ve su cara de incredulidad.

—Tenía hijas —dice Gerta Müller.

—*Und?*

—Y creo que las veía reflejadas en su hermana. Quería ayudarla.

—Pero no lo hizo, ¿verdad? —dice Theo—. La mandó a la muerte. —Se inclina hacia delante con los ojos encendidos de furia. Se le olvida hablar en alemán y las palabras le salen en inglés—. Y como nadie me contó nunca lo que había sido de mi hermana, en cualquier caso no a ciencia cierta, mi imaginación ha estado sesenta años imaginando su muerte de mil maneras posibles. ¿Se hace idea de lo que es eso para una persona? ¿Tener esa imagen cada vez que cierra los ojos?

Gerta Müller empieza a agitar los brazos.

—König era un buen hombre, bueno y honrado. No es tan sencillo, no es todo blanco o negro, nunca lo es. Él y yo solo queríamos hacer lo correcto.

Theo lleva a Edie a un bar donde pide una cerveza de un inexplicable color verde neón para ella y un agua con gas para él. Se le va la vista detrás de copas de vino y bebidas alcohólicas que llevan camareras con camisetas cortas y pantalones holgados. Edie quiere decirle: tómate una copa, te la has ganado, pero no puede porque la realidad es justo lo contrario, lo que se ha ganado es su sobriedad y lo único que quiere es que Theo esté bien pero es evidente que no es así. Así que se entrega a su misión actual y se concentra en su teléfono mientras Theo mira el alcohol y a la gente que pasa. Una camarera deja dos cuencos de patatas fritas y salchichas en la mesa porque Theo ha cedido a la turista que hay en Edie. Esta se da cuenta del esfuerzo que le supone. Las sonrisas pacientes, la vacilación antes de dar un bocado. No se imagina lo que debe de ser para él esta experiencia, esta fragmentación entre lo que sabía y lo que le contaron, esta brecha entre ambas cosas que se hace más grande con cada nueva conversación desenterrada del pasado. De camino al bar le había mostrado secuelas de la guerra en la ciudad, todavía presentes, aunque enmascaradas. Agujeros de bala, heridas de metralla en edificios. No es solo el pasado en general, es el pasado de Theo. Su teléfono pita y Edie lo abre.

Es una noticia increíblemente buena.

—Dios mío, la he localizado —dice.

Theo deja de masticar.

—¿A quién?

—A Agnès Roue. Tengo su número de teléfono. Vive en París.

—Pero ¿cómo?

—Le mandé un mensaje a mi amiga Hellie. La Resistencia francesa es su especialidad, así que pensé que no perdía nada intentándolo. Resulta que conoce a alguien que entrevistó a Roue en el pasado. ¿La llamamos?

—¿Deberíamos?

—¿No quiere?

Theo coge el teléfono que le tiende Edie y se lo devuelve enseguida.

—No sé usar estos trastos. ¿Me ayudas?

Edie marca el número y le da a «llamar». Después de dos timbrazos, contesta un hombre. Edie sube el volumen, se sienta lo más cerca posible de Theo y sostiene el teléfono entra las cabezas de ambos.

—Hola, ¿podría hablar con Agnès Roue, por favor? —dice en un francés vacilante.

Hay un largo silencio.

—¿Quién la llama? —dice el hombre en inglés.

—Me llamo Edie. Soy investigadora académica. Estoy documentándome sobre Tessa Armstrong, una agente de la…

Se oye un ruido ahogado al otro lado de la línea, pero no han colgado. Edie decide seguir hablando.

—Acabamos de conocer una información que nos lleva a pensar que existió una conexión entre Tessa y Agnès. Y nos gustaría mucho hacerle unas preguntas, si fuera posible.

Hay una pausa.

—Agnès está en una residencia —dice la voz—. Estamos vaciando su apartamento. Lo siento, normalmente pedimos que las entrevistas se soliciten por medio de su abogado.

Edie mira a Theo consternada.

—Sentimos mucho las molestias —dice Theo—. Ya no lo importunamos más, pero ¿podría darnos el teléfono de su abogado?

Edie oye al hombre respirar.

—Perdón, no entiendo muy bien. ¿Con quién hablo? —dice.

—Le pido disculpas, igual hemos llamado en mal momento. Deberíamos… —empieza a decir Theo, pero Edie niega con la cabeza furiosamente.

—Consiga el teléfono —susurra.

—¿Pero quién es usted? —pregunta el hombre.

—Soy el hermano de Tessa. Estoy ayudando a Edie con su investigación.

Otro silencio.

—Estamos intentando completar las lagunas en la historia de Tessa —dice Edie—. Por muchas y complicadas razones, parece que nunca se ha contado entera.

—Usted es Theo —dice el hombre.

Lo pronuncia a la francesa: *Théo.*

Theo se queda muy callado. Edie le da un codazo, pero parece incapaz de hablar.

—Debería venir a París, si puede —dice el hombre—. Estoy ordenando los papeles de Agnès, es posible que haya algo… Y estoy seguro de que ella querrá conocerle.

—¿Quién es usted? —pregunta Theo en voz baja.

—Soy el hermano de Agnès —dice el hombre—. Me llamo Gabriel.

Theo

Berlín, 2003

37

Algunas cosas no cambian nunca. Una que no ha cambiado es que, cada vez que Theo siente ansiedad, desaparece en el pasado. Durante mucho tiempo eso significó refugiarse en su infancia. En ese vínculo entre mellizos que solo ellos comprendían. En ruiseñores, lenguajes inventados y tener siempre a alguien, siempre. Desde la muerte de Jeremy, Theo ha empezado a refugiarse en el pasado que compartió con él.

Se está acomodando en su asiento en el avión, el primer vuelo a París para el que encontraron billetes. Esta vez se siente menos nervioso, el viaje tiene bastante de distracción, supone, impulsado como está por la urgencia y un propósito concreto. Ese tal Gabriel esperándolos en su destino. Edie a su lado, ya roncando suavemente. Theo no comprende cómo es capaz de dormir, si hasta él oye el sonido metálico de la música de sus auriculares.

Pum, pum, pum.

Theo cierra los ojos. Tiene una lista ordenada de recuerdos que le gusta revisitar, tan pulcramente conservados porque Jeremy, siempre fanático de la organización, se los legó.

El diagnóstico de Jeremy los pilló por sorpresa, como ocurre siempre con el cáncer. Durante mucho tiempo ni siquiera pareció estar enfermo, a pesar de lo que decían los médicos. La grave

prognosis, la tristeza de la sala de espera del hospital y todas esas pruebas interminables. Antes casi de ser conscientes de la magnitud de lo que ocurría, ir a Londres empezó a ser un esfuerzo excesivo, lo mismo que cuidar del jardín, o leer. Cuando Theo quiso darse cuenta, el hospital había enviado una cama, un armatoste, para el cuarto de estar porque Jeremy ya no podía subir escaleras.

Theo hacía guardia; los gatos también, enroscados a los pies de la cama de hospital. El médico fue generoso con la morfina y Jeremy podía pasar horas durmiendo y despertar solo para tomar un poco de sopa, lo único que era capaz de tragar y que Theo le daba a cucharadas. Revisitaron un montón de lecturas predilectas. *La señora Dalloway, Cumbres borrascosas, Maurice, Anna Karénina*. Theo leía y Jeremy intervenía de cuando en cuando porque se sabía de memoria pasajes enteros.

—Te sorprendí —dijo una tarde—. La primera vez que te besé.

Theo le apretó la mano.

—Creí que había perdido mi oportunidad.

—Estuviste a punto. Me aburrí de esperar a que te abalanzaras.

En el avión, Theo sonríe. Estaban en el jardín en Cambridge, plantando un árbol a petición de la madre de Theo, que estaba hundido hasta las rodillas en un agujero de tierra y con una pala en la mano.

—La jardinería no es lo tuyo, ¿verdad? —preguntó Jeremy apagando el cigarrillo en la hierba para ayudar a Theo a salir del hoyo.

—No sé para qué coño quiere que plante nada; no hace más que decir que se marcha a vivir a París.

Theo miró hacia la casa, pero no había ni rastro de su madre.

Theo cogió un lado del cepellón y Jeremy el otro, Theo resbaló en el barro al primer «arriba» y cayó de culo. Con el ímpetu, Jeremy salió despedido. Terminaron tumbados juntos y riendo tanto que Theo se quedó sin aliento. Fue entonces cuando ocurrió. Jeremy se aseguró de que nadie miraba y besó con suavidad a Theo en los labios.

Theo no ha olvidado la sensación de los labios de Jeremy en los suyos.

Luego está la vez aquella que pasaron seis semanas en el norte de África y se gastaron el equivalente al PIB de un país pequeño en el zoco. Alfombras, cerámica y especias. Los quince días en Grecia en 1963, cuando la piel de Jeremy adquirió un maravilloso tono marrón dorado con el sol. Las horas interminables que pasaban charlando en el jardín de Cambridge.

Incluso en las malas épocas, se tenían el uno al otro.

—La verdad es que mi vida ha sido preciosa —dijo Jeremy un día hacia el final—. A pesar de los altibajos.

Poco después dejó de hablar; el silencio que se apoderó de la casa lo rompería Edie un año más tarde.

—Me salvaste, que lo sepas —le dijo Theo a Jeremy el último día.

Cada vez que la oscuridad lo acechaba, Jeremy lo liberaba. Lo ayudaba a recuperarse y le daba una razón para seguir adelante.

Cincuenta años. Cincuenta años son toda una vida. Cincuenta años de amor es una suerte.

París

38

Theo se da cuenta de que está irritando a Edie.

—No podemos presentarnos con las manos vacías —dice.

Pero es incapaz de decidirse. Edie señala una bonita caja azul llena de *macarons* de colores.

—Estos, por favor.

—No estoy seguro…

—Si no, vamos a llegar tarde. ¿Y eso no es de mala educación? ¿Es mejor o peor que presentarse sin un regalo?

Agnès Roue vive en un edificio de apartamentos color crema del Marais con un grueso portón de roble. Theo remolonea, señala librerías que podrían interesar a Edie, pero ella está impaciente por llegar.

—Tercer piso; hay un ascensor; las escaleras son un espanto —dice una voz grave por el telefonillo.

La puerta se abre y Edie hace entrar a Theo. Este quiere pedirle que vaya más despacio; esta es mi historia, no la tuya; pero cede; se deja llevar por ella porque a estas alturas se conoce. Si de él dependiera, no harían nada.

—Hola, soy Gabriel —saluda un hombre cuando salen del ascensor.

Debe de tener la edad de Theo, pero mejor llevada, con un traje caro y un corte de pelo favorecedor. Jeremy siempre le suplicaba que vistiera mejor, pero a Theo le daba igual, le da igual. Da igual, dice en voz baja, y Edie lo mira extrañada. Se presentan y el hombre les da las gracias cortésmente por los *macarons* en un excelente inglés. El apartamento es diáfano y está desordenado, con papeles por todas partes.

Una mujer de unos cincuenta años se asoma de un dormitorio y saluda con la mano.

—Es Eliana, mi sobrina —la presenta Gabriel.

—Voy a empezar con la ropa —dice la mujer—. Están ustedes en su casa.

—Disculpen el desorden —añade Gabriel—. Mi hermana está impaciente por que le ordenemos sus papeles.

—¿Qué tal está? —pregunta Edie.

—Frágil, pero de cabeza estupenda. Quiere escribir un libro y, conociendo a Agnès, es exactamente lo que hará.

Les sirve una tacita de café solo a cada uno y se sienta frente a ellos con las piernas cruzadas.

—Qué raro se me hace tenerlo por fin delante —comenta mirando a Theo a la cara.

Theo parece algo desconcertado. Edie se huele una historia, así que saca cuaderno y bolígrafo.

—Nos encantaría saber más cosas sobre usted —dice.

—¿Sobre mí? Ah, bueno, pues no sé muy bien qué contar. Estoy jubilado, por supuesto. Pero enseñé literatura y periodismo en distintas universidades durante muchos años. —Hace un gesto con la cabeza a Theo—. Profesor universitario, como su padre, creo.

Theo deja su taza con tal energía que el café se derrama y moja un ejemplar doblado de *Libération*. Se apresura a disculparse, pero Gabriel le quita importancia.

—No pasa nada. No es más que un periódico.

Edie los observa a los dos. Por un momento Theo siente envidia de su inocencia, de su sorpresa ante cada giro de los acontecimientos. Piensa: me alegro de que esté aquí. Que no se me olvide decírselo.

—¿Conoció usted a Tessa? —pregunta Edie.

Gabriel baja la cabeza un poco.

—No sabía cuánto les habían contado ellos. Por nuestra conversación telefónica me di cuenta de que no sabían quién soy.

—¿Quiénes son ellos? —pregunta Edie a la vez que Theo dice: «¿Quién es usted?».

—Como saben, mi hermana Agnès conoció a Isabelle…, Tessa, lo siento, siempre pienso en ella como Isabelle. El caso es que mi hermana la acogió poco después de que llegara a Francia. Tessa no estaba bien. La policía le había pegado al poco de llegar, pero escapó…

—Sí. ¿Cómo escapó exactamente? —pregunta Edie con el bolígrafo preparado.

—Los miembros de la Resistencia locales tenían un topo, aunque entonces no lo sabíamos con seguridad. Eran muy pocos los policías de nuestra parte, la mayoría recibió a los alemanes con los brazos abiertos, pero alguno había. Cada uno teníamos nuestra propia idea de lo que significaba trabajar «por Francia».

—Y esta persona, este policía ¿ayudó a Tessa a escapar?

—Se lo pusieron fácil y Tessa aprovechó la ocasión. Dudo de que la hubieran capturado si la vecina de su abuela no nos hubiera delatado.

Theo está boquiabierto.

—No se referirá a madame Daunay.

Gabriel asiente con la cabeza.

—Por Dios, si mi familia estuvo pagando a esa mujer para que cuidara la casa hasta que se murió. Siempre negó saber que Tessa había estado en la casa. —Menea la cabeza—. Decía ser de la Resistencia —añade y Gabriel ríe, pero es una risa seca y cruel.

—Un momento, entonces ¿estaba usted con Tessa cuando la detuvieron? —pregunta Edie.

—Creo que tiene que empezar por el principio —dice Theo.

Tantos años, tantos y madame Daunay nunca dijo una palabra.

—Tessa llegó hasta Agnès —explica Gabriel—. Para entonces los británicos prácticamente la habían dejado en la estacada. No se creían que hubiera escapado. Fue una masacre, por cierto, lo que ocurrió en la zona de aterrizaje cuando llegó a Francia. No hay otra palabra para describirlo. Los exterminaron a todos.

—Pero ¿cómo escapó Tessa?

—Saltó demasiado tarde. Vaciló, odiaba tirarse en paracaídas. Tengo la sensación de que se pondría furiosa si supiera que les estoy contando esto.

Theo mira atónito a Gabriel.

—¿Está diciendo que saltó fuera de zona y se salvó?

—Exacto. Agnès ya me había ayudado a mí a escapar a una granja al sur y mandó allí a Tessa también. Había una red de la SOE operando cerca y Agnès los convenció de que dieran una

oportunidad a Tessa. La palabra de Agnès tenía valor con independencia de lo que opinara el cuartel general británico. En el terreno las cosas eran distintas. Un caos. No creo que los del cuartel general llegaran a comprenderlo.

—Su hermana parece una persona maravillosa —le dice Edie a Gabriel.

Este suspira y se retira el pelo de la cara. Theo y Edie ven a la vez los números que lleva tatuados en la muñeca.

—Es extraordinaria —responde Gabriel—. No nos la merecemos.

—¿La red la dirigía un hombre con el alias de Victor? —pregunta Theo.

—Sí, me caía bien, pero era ambicioso. Eso a veces resultaba útil, pero otras significaba que se precipitaba.

—¿Dónde estaba la granja? —pregunta Edie.

—A las afueras de Saint-Martin-d'Ardèche —dice Gabriel—. Sigue allí, sigue siendo de la misma familia, aunque imagino que ahora resulta más rentable como alquiler vacacional que como granja. Eran amigos de mis abuelos. —Vacila—. Igual puedo acompañarlos a verla. Me gustaría, aunque el granero donde nos reuníamos se derrumbó hace mucho. Yo volvía cada año. En realidad no tenía elección. —De pronto se interrumpe—. Tengo que enseñarles una cosa.

Sus mocasines golpean el suelo de parquet cuando entra en el dormitorio. Lo oyen hablar en voz baja con Eliana.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Edie.

—¿Por qué no hice esas preguntas? —dice Theo—. ¿Por qué lo acepté todo sin más?

Piensa: porque era un cobarde, esa es la razón. Tiene que sobreponerse. No quiere llorar delante de un desconocido. Se muerde el labio, intenta controlar la respiración. Edie le pone una mano en el brazo y Theo le da una palmadita de agradecimiento.

Vuelve Gabriel y deja unas fotografías en blanco y negro en la mesa.

—La verdad es que fue una insensatez, dado que estábamos escondiéndonos. Supongo que necesitábamos una prueba de nuestra realidad. Me sorprendió muchísimo encontrar el carrete cuando volví. Mis libros, todo, la familia lo conservó hasta que volví al terminar la guerra. El carrete lo habían enterrado en el huerto.

Theo coge una fotografía. Es de su hermana, con suéter y pantalón y una ametralladora colgando del hombro. Lleva el pelo corto a la altura de la barbilla y recogido bajo una boina negra.

—Dios mío—dice Theo—. El pelo.

Querida Tessa, ojalá hubiera conocido esta versión tuya, piensa.

Gabriel ríe.

—Agnès se lo cortó. Me sorprendió cuando vi su fotografía en el Imperial War Museum en Londres con esa melena larga ondulada.

Hay más fotografías. De Tessa en la espaciosa cocina de una granja, trabajando una masa con los puños. Tiene harina en la nariz y se está riendo. De Tessa y Gabriel juntos tumbados en la hierba. Theo nota una sensación extraña en el pecho. Tiene ganas de reír, porque ver a su hermana amasando pan es más sorprendente que la ametralladora, pero lo que hace es echarse a llorar.

—Erais amantes —dice.

Gabriel tose. Edie deja el bolígrafo.

—¿Lo eran? —pregunta.

—La quería —es todo lo que dice Gabriel.

—Por eso estabais juntos en casa de mi abuela —añade Theo.

—Debes saber que intenté localizarte después de la guerra. Probé a contactar la Oficina de Guerra británica, pero nadie me devolvió la llamada. Cuando por fin conseguí hablar con alguien por teléfono, me dijeron que el caso de Tessa estaba cerrado, que se la daba por muerta. No querían saber. Yo no era británico, era de la Resistencia francesa y creo que para entonces estaban hartos de nosotros. Les dije que quería hablar contigo, había leído que estabas en Alemania y me ofrecí a ir a Núremberg si hacía falta. Pero me dijeron que no, que alguien se pondría en contacto contigo de mi parte.

Theo sigue mirando las fotografías de su hermana. De Tessa como nunca la conoció: el pelo corto, la ametralladora. Nunca se había parado a pensar en lo mucho que se había alejado de la imagen que tenía de ella.

—No me dijeron nada.

—A mí en cambio me dijeron que no querías hablar conmigo. Que tú y tu familia estabais muy afectados y queríais que os dejaran tranquilos. Y eso hice. Te dejé tranquilo y siempre me he arrepentido. Muchas veces he estado a punto de llamarte y al final me eché atrás. Supuse que era demasiado tarde, que ya lo sabrías todo. La verdad es que tardé mucho tiempo en ser capaz de nada después de la guerra.

—¿Qué le pasó? —pregunta Edie.

—Mauthausen, después Dachau —dice Gabriel.

Sonríe y Theo sabe por qué. A veces es la única defensa contra el pasado.

—Por algún motivo, König no me relacionó con Agnès. De haberlo hecho, supongo que habría sido peor. Hoy lo llamamos síndrome de estrés postraumático, pero entonces te decían que te tomaras otra copa.

Theo asiente porque sabe de qué está hablando.

—¿Qué diría ella si nos viera juntos? —pregunta Gabriel.

—Seguro que estaría encantada —dice Edie.

—Se reiría —responde Theo—. Y nos diría que no habláramos de ella a sus espaldas.

Son las estaciones cambiando el color de las colinas. Es la rueda que gira, la insignificancia del tiempo. Han pasado sesenta años y Tessa sigue creando lazos y vínculos.

Gabriel se da una palmada en la pierna.

—No me lo puedo creer, casi se me olvida preguntar esto, pero tengo que saberlo. ¿Llegasteis a encontrar a la niña?

Theo ha cogido la primera fotografía de Tessa. Ve que, detrás del sepia, le brillan los ojos. Se recuerda a sí mismo a través de esta imagen: mismos ojos, misma nariz, misma boca. Prácticamente la misma persona, excepto las raíces que se hundieron en la tierra. La imagina ahora sonriéndole, protegiéndose los ojos del sol mientras él cruza el jardín a su encuentro.

Entonces asimila las palabras de Gabriel y lo mira.

—¿Qué niña? —pregunta.

Gabriel tarda unos instantes en responder. Se pone pálido.

—¿Niña? —dice Edie con una mueca de desconcierto.

—Ah —dice Gabriel.

Theo nota el corazón martilleándole el pecho, golpeándole las costillas. No es el momento de tener un infarto, se dice, y ordena a

su cuerpo que se porte bien.

—¿Qué niña? —repite aparentando naturalidad.

—Creo que debería hacer más café —dice Gabriel—. ¿O preferís un té?

Edie y Theo asienten con la cabeza, incapaces de hablar.

Aparece Eliana a su espalda. Es una mujer de corta estatura con rizos grises recogidos en una coleta.

—*Je m'en occupe* —dice sonriendo a Edie y saludando con la cabeza a Theo mientras recoge las tazas.

—Dios —dice Gabriel.

—Dilo de una vez. —Theo se está impacientando.

—Theo —lo reconviene Edie en voz baja.

Gabriel sigue blanco como el papel.

—¿Tu hermana nunca te contó…?

—Evidentemente no.

Gabriel suspira en lo que Theo interpreta como un intento por serenarse.

—Tessa tuvo una hija, una niña a la que llamó Béatrice.

Theo ve mentalmente las toscas letras arañadas en la pared de la celda de Tessa.

Dos tes y una be.

Theo, Tessa *y Béatrice*.

—¿Cómo? —dice Edie con los ojos como platos—. ¿Es en serio?

Theo ve que Eliana deja de preparar el té, se ha detenido con una cuchara sobre la tetera humeante.

—Edie, ¿qué tal si le enseño unos papeles de Agnès? —dice Eliana —. Tengo entendido que es investigadora. Igual le interesan.

Edie mira insegura a Theo y este asiente con la cabeza. Eliana deja la tetera en la mesa y las dos mujeres entran en el dormitorio.

—*Théo* —dice Gabriel.

—Por favor, sigue.

Theo no tiene intención de ser brusco, pero no puede evitarlo.

—Tu madre organizó la adopción de la niña. Tessa solo pasó unos pocos días con ella, en casa de su abuela, creo.

Tessa dio a luz en casa de su abuela. A Theo le cuesta trabajo asimilar esta información.

—¿Cuándo fue todo esto? —pregunta.

Gabriel parece desolado. Theo quiere encogerse de hombros y decir: no pasa nada, estoy bien, no te preocupes. Pero no puede. No sería verdad.

—Creo que durante su último año en la Sorbona.

Pues claro. Theo cierra los ojos. Ahí está. La respuesta que lleva buscando desde 1938. Lo que los separó hace todos esos años. La Tessa de antes, la Tessa que vino después y entre las dos, una hija.

Béatrice.

El silencio entre su madre y Tessa. La tensión que el propio Theo notaba en su madre y que nunca alcanzó a comprender. Las piezas encajan. La luz que se interponía entre los dos. El puzle se aparece ante sus ojos, casi completo.

—Dios mío, Tee, ojalá me lo hubieras contado —dice hablando al pasado. Podría haber ayudado. La habría ayudado. Habría apoyado a su hermana en todo lo que hubiera necesitado—. ¿Entiendo que el padre era Luc Langlois?

Pero Luc no le había mencionado nada de esto. Luc había estado tan desconcertado como Theo por el comportamiento de Tessa.

Gabriel niega con la cabeza.

—¿No? ¿Luc no?

—Era el escritor, Ephra Laurent.

A Gabriel se le ensombrece el semblante.

Theo recuerda el libro con la cubierta verde envuelto en papel blanco en el baúl de Tessa. Tarda un momento en reaccionar.

—No tenía ni idea de que hubieran estado juntos.

Le da vueltas la cabeza. ¿Qué más cosas le ocultó Tessa?

—No lo estuvieron. El encuentro fue… no consensuado.

—¿Fue…? ¿Me estás diciendo…?

—Aquel hombre violó a tu hermana. Béatrice nació de una violación. Tessa no quería darla en adopción, creo que nunca se perdonó haberlo hecho. *Théo*, lo siento.

Una nueva puerta se abre en la mente de Theo. El cambio operado en Tessa cobra un nuevo significado.

Un hombre violó a mi hermana, piensa, y no me lo contó. Theo se echa a llorar, no puede evitarlo, busca su pañuelo en el bolsillo.

—Tessa te quería más que a nada —dice Gabriel—. Seguro que quería protegerte de esto.

—¿Sigue vivo Laurent?

Theo repara en que Gabriel le está mirando los puños, que tiene cerrados.

—Murió en los ochenta. Para entonces era un escritor casi olvidado, aunque últimamente sus novelas son objeto de cierto culto.

Theo lo sabe. Hace poco Radio 4 emitió un programa sobre él.

—Lo más probable es que Tessa no te lo contara porque le daba vergüenza. Eran otros tiempos. Era otro mundo.

—Tessa no tenía nada de que avergonzarse.

Theo lo dice con vehemencia, aunque sabe que Gabriel opina igual que él.

Piensa: pues claro que tenías que ir a Francia, Tess. Tu hija estaba allí.

Su sobrina. Béatrice.

Al menos ahora lo sé, piensa. Pero, de haber sido distintas las cosas, de haber ocurrido de otra manera, si Tessa hubiera confiado en él y recurrido a él en lugar de a su madre… Y si hubiera sabido todo esto. *Y si, y si, y si…*

Más de sesenta años de oscuridad. Por fin la luz baña el pasado.

Cuando vuelven al hotel, es tarde. Edie camina muy rígida por el pasillo e intenta disimular un bostezo con la mano. Aun así, se detiene en la puerta y susurra un «¿está bien?» a Theo, quien asiente con la cabeza por toda respuesta.

—Esto no tiene por qué ser el final, supongo que lo sabe.

—¿Qué quieres decir?

—La niña. Béatrice. Puede estar por ahí en alguna parte. Podemos intentar localizarla. Siempre hay maneras.

—No sabría por dónde empezar.

—Ya, pero a mí se me ocurren algunas ideas.

Theo vacila.

—¿Me ayudarías?

Edie le da un suave codazo.

—No tiene ni que preguntarlo.

—Sí —dice Theo.

No es el final, sino un principio.

—Está decidido, entonces.

Edie se gira para entrar, pero Theo la retiene con una mano en el hombro.

—Quiero darte las gracias. Nada de esto habría sido posible sin ti. —Tose, cohibido—. Me has devuelto a mi hermana.

Solo en su habitación, abre las ventanas acristaladas y sale al balcón. Con las manos en la barandilla de hierro, mira la calle a sus pies. La noche es clara, el aire sigue siendo cálido. Nota una sensación nueva en los huesos. Se llama liberarse del pasado, piensa. Su pasado, el pasado de los dos. No saber había sido como un hilo del que tirar, pero la verdad es una conexión.

—Béatrice —dice en voz alta.

CUARTA PARTE

Tessa

Ravensbrück, 1945

39

«La esperanza es esa cosa alada».

El recuento es a las cuatro de la mañana en la Appellplatz. Pasan horas y horas y horas, pero el tiempo aquí no es nada, es granos de arena, un agujero sin fondo negro como boca de lobo. El invierno en Alemania es muy frío. Una mujer de su fila susurra: «Estate quieta», pero Tessa no puede evitarlo, tirita, le castañetean los dientes. El castañeteo de dientes resuena mil veces en las filas perfectamente formadas de personas. No te caigas, espera tu turno, no te caigas, piensan todas a una. El camino entre los barracones está flanqueado de chopos. Se le cae uno de los botones de su delgada chaqueta, el hilo se ha roto. Rueda por el suelo y una guarda, la mujer con labios finos y un perrillo que siempre está ladrando, lo recoge y se lo mete en el bolsillo. En ocasiones son las crueldades pequeñas y mezquinas lo que más sorprende.

—¿Existe un segundo —pregunta Tessa en voz alta— antes de morir, entre el golpe y la negrura, en que la realidad se impone y comprendes lo que va a ser de ti?

Las compañeras de barracón le dicen que se calle y que no sea macabra. Llegó mi hora, es lo que quizá piensen las personas en el suelo en ese segundo fugaz, durante su último atisbo no del infierno,

no de una pesadilla, sino de la conclusión lógica de todo lo que ha ocurrido antes.

—Pensadlo —dice Tessa. Ella piensa en ello cada noche. La conclusión lógica a palabras y a hiel, a enfrentamiento, a ira, y antes la hacía estremecer, pero ahora también la enfurece—. Piensa en lo que ocurre —le dice a su compañera de litera— cuando la moral se deja de lado.

En el barracón duerme en una cama de paja. El calor escasea en invierno, pero dos cuerpos apretados en un catre bastan para atraer a los piojos. Picazón es una palabra que cobra aquí un significado real. Piel, pelo, ojos, ronchas en la piel, rasca pica rasca pica.

La compañera de cama de Tessa, Nanette, le aprieta la mano, pero el gesto provoca que se le abra una llaga que rezuma sangre y pus en la paja. Los piojos comerán bien esta noche, dice Tessa, y Nanette ríe, no porque sea divertido, sino porque consuela hablar de algo que no sea la muerte aunque sea un momento, incluso si ese algo son piojos.

La mayoría de las veces se pierde en sus propios pensamientos. Theo flotando boca arriba en el río con los brazos abiertos. Gabriel en el granero aquella noche. La sensación cuando ardió la fábrica de armamento. A veces piensa en sábanas de lino y rayos de sol danzarines. La habitación de la casa de su abuela a la que no pudo resistirse a entrar meses atrás con Gabriel. El dormitorio estaba igual pero algo era distinto, la luz era otra, había sombras donde en aquel día de 1938 no había habido ninguna.

A veces desaparece en las partes feas de su pasado. En ocasiones no logra ahuyentar esos ojos negros crueles de sus pensamientos. Entonces lo ve, lo siente, porque Ephra Laurent es un «lo». Sabía

que estaba sola aquel fin de semana en París. Se lo había dicho el propio Luc. «Llámalo por teléfono si necesitas algo», había dicho cuando se iba a ver a su madre en Chartres. A veces se corta el agua o una ventana se atasca. Pero no te preocupes, no temas, tienes a Ephra si hace falta. Era posible incluso, había dicho Luc, que Ephra se pasara por allí para comprobar que Tessa estaba bien.

—Una copita —dijo cuando se pasó—. Ya que estamos los dos solos.

Tessa había accedido porque pensó que así se iría antes. A pesar de que le daba escalofríos. A pesar de que recordaba con toda claridad la sensación de sus uñas clavándosele en la cintura el día que se conocieron. A pesar de, a pesar de, a pesar de… Lo dejó entrar y eso fue lo único que importó, *después.*

La sujetó por las muñecas mientras hizo lo que hizo, le tapó la cara con un cojín y la obligó a abrir las piernas en el sofá de Luc. Tessa giró la cara antes de que llegara el cojín, así al menos pudo respirar. Veía la cocina americana de Luc, la botella de vino abierta en la encimera, los platos sucios apilados. Tomó nota de cada detalle de la escena mientras él hacía lo que hacía.

Sus compañeras de barracón piensan que la liberación está a la vuelta de la esquina. El rey Jorge no lo tolerará, dicen. Que traten así a súbditas británicas. Los rusos están a punto de cruzar el río Óder. («La esperanza es esa cosa alada», escribió Emily Dickinson). Nanette aprieta la mano de Tessa cada noche antes de sumirse en un sueño inquieto y entrecortado. Un sueño se convierte en otro. Hay más claridad, detrás de los párpados cerrados de Tessa, hay diez dedos en las manos y otros diez en los pies. Dices nombres en sueños, le dice Nanette. ¿Quién es Theo? ¿Quién es Gabriel? ¿Quién

es Béatrice? Béatrice es como la llamé, dice Tessa sonriendo, porque de haber hecho esto durante la instrucción, de haber hablado en sueños, no estaría allí. Le habrían asignado otra misión, sería otra persona.

Solo en una ocasión se permite preguntarse si, de haber confesado en su celda de París, de haber traicionado a sus colegas en el río y dado a König lo que quería, habría sido otro su destino.

Y si, y si, y si…

Silencia el pensamiento. Lo extingue como si fuera un fósforo entre sus dedos.

El bloque de castigo del campo tiene dos pisos de celdas idénticas. No se le permite estar recta ni sentarse. Si extiende las manos en la oscuridad como boca de lobo, toca las paredes. Esto le despierta un recuerdo doble, muscular y mental. El viaje desde París hasta el campo de tránsito de Saarbrücken con una argolla alrededor de las muñecas, otra alrededor de los tobillos y una cadena entre ambas. Las anillas de metal se le clavan en la carne y le ensangrientan las piernas. No puede ponerse recta.

Cada día durante tres días seguidos un hombre la saca a rastras de la celda de castigo y le mete la cabeza debajo de un chorro de agua helada una y otra vez. Por lo general esto no se lo hacen a las mujeres británicas, quizá la creen francesa. Quizá simplemente piensan que se lo merece. Le pitan los oídos, siente un dolor intenso, y pánico. La lucha por la vida es instintiva, da igual lo que pueda querer la mente.

Fuera del campo hay pinares y un lago. A veces el perfume de las agujas de pino atraviesa el hedor.

En Saarbrücken, mientras esperan al tren de transportar ganado que las llevará al campo, las mujeres tenían que pelearse por sobras de comida. Tessa decidió que prefería morir de hambre, pero el hambre pronto se convirtió en ansia, después en dolor, y cuando quiso darse cuenta se había unido a las demás, tirando del pelo, arañando, y todo por un mendrugo de pan mohoso.

Se niega a fabricar munición, ese es el problema, la causa de que termine en una celda de castigo. Otras mujeres también se niegan. «No mataremos a nuestros hermanos». Pero donde ellas dicen «nuestros» Tessa quiere decir «mi». Theo en una caja en el cielo. Tessa en una caja sin ventanas. Otro problema es que conoce sus derechos. «Soy prisionera de guerra», dice, y ellos ríen o le dan la espalda.

La caja negra mata a la cosa con alas y no hay vuelta atrás.

—Muy bien —dice por fin un hombre—, pues entonces nos construirás una carretera.

Gabriel estaba en la cárcel de tránsito de París. Le había dicho cosas sin hablar, pero el cerebro de Tessa no fue capaz de entender nada porque lo único que quería en ese momento era abrazarlo. Sombras púrpura alrededor de los ojos, la boca, una contusión en la nariz. Recuerda el granero, labios húmedos no rotos, no púrpura, sino del color correcto. «Aguanta», le había dicho ella moviendo los labios. «¿Dónde vamos?», había preguntado alguien.

La había hecho de viva voz en casa de su abuela, su gran confesión, mientras Gabriel la escuchaba en silencio. Durante un instante había parecido horrorizado; Tessa se había dado cuenta. Había tardado un minuto en disimularlo.

Aquella fue la primera vez que sus labios pronunciaron las palabras: «Hace unos años tuve una hija y la di en adopción». Qué sencillo decirlo en voz alta.

Fue una mañana, dijo, imaginando luz de sol en las sábanas amarillas de su abuela y un cielo fruncido azul blanquecino fuera. El montón de paños ensangrentados en el suelo. Si cierra los ojos, aún puede ver a la comadrona, su gesto de desaprobación cuando Tessa cogió a la niña en brazos. Su madre de espaldas, incapaz de mirarla a los ojos. El calor de la pequeña contra su pecho, mamando por primera vez. He cambiado de opinión, dijo, pero no había vuelta atrás, su madre no quiso ni oír hablar del asunto. No hay un padre, dijo su madre como si eso lo decidiera todo, pero lo había, lo hay. Ve su rostro con total claridad.

Los terrones de tierra helada no se dejan aplanar en la nieve, pero seguid, no paréis, dicen. La carretera que las mujeres no logran construir queda muy lejos del campo. De hecho, está en otro campo distinto, donde el barracón tiene una estufa. Hay una rebanada de pan para catorce mujeres. A estas alturas Tessa sabe que eso es mucho. Una rebanada, catorce mujeres, unas pocas cucharadas de sopa de piel de algo, patata, remolacha, no preguntes, da lo mismo. Una mujer, francesa, que lleva la P mayúscula de «presa política» dentro de un triángulo rojo en el brazo, renuncia un día a intentar

aplanar terrones de tierra y echa a correr campo a través. Los guardas le disparan por la espalda, algo que sin duda ella sabía que harían, y la tiran a una zanja no sin antes desnudarla. Siempre hay nuevas incorporaciones a las que vestir.

Mientras Tessa trabaja, piensa en culpa. Lo que le importa a ella, pero no importó a nadie más, incluido Ephra Laurent, es que dijo no. Siguió diciendo no, pero dio igual porque él estaba decidido y no había más que hablar. Y a pesar de haber dicho no, terminó siendo culpa suya. «No deberías haber sido amable con él si no querías que se aprovechara de ti», fue el comentario de su madre.

Gabriel fue el primero en poner en palabras lo que hizo Ephra. Un delito, dijo que era.

Los hombres las llaman una mañana después del recuento. Las mujeres inglesas tienen que volver al campo principal, dicen, donde las demás esperan con sus ojos hundidos y los «no te caigas» susurrados y la guarda del perro que no para de ladrar. Tessa sabe lo que esto significa, pero las demás enseguida empiezan a hablar de que si liberación esto y por fin lo otro. Los rusos. De la chimenea del crematorio sale un humo blanco y espeso.

La mujer del perro no está. Pero sí los oficiales. Os veré ahorcados, piensa Tessa, mientras el comandante lee la sentencia, pero entonces cae en la cuenta de que no será así. Hay cuatro mujeres formando una fila y dos se echan a llorar. Ninguna suplica y Tessa lo celebra. De rodillas, dice otro hombre. El aire está lleno de humo. Tessa coge la mano de Nanette y se la aprieta y nadie se lo

impide. Un hombre la obliga a bajar la cabeza, pero Tessa lo rechaza. Mira a la luz, es solo un atisbo, una última ojeada.

Piensa en su hermano, y en ella de joven, sin terminar de formar. Los mellizos, las dos tes. Flotando boca arriba en el río con los brazos abiertos.

Nota de la autora

Treinta y nueve mujeres británicas cruzaron detrás de las líneas enemigas en la Francia ocupada durante la Segunda Guerra Mundial. Dieciséis lo pagaron con la vida. Igual que muchos autores que escriben ficción sobre este periodo, me he nutrido de hechos reales. Es verídico que los alemanes gastaron «bromas radiofónicas» con los aparatos de agentes capturados y que la sección francesa de la SOE quebrantó sus normas de seguridad al señalárselo a un agente y solicitarle su contraseña de seguridad, lo que los condenó a él y a sus compañeros. La negativa de las autoridades británicas a aceptar lo que había ocurrido condujo a una extensa infiltración de redes en Francia con armas, dinero y efectivos que fueron a parar directamente a manos enemigas. Es cierto que agentes capturados inscribieron sus nombres en las paredes de las celdas de la avenue Foch. Los británicos se negaron a divulgar los nombres de las mujeres desaparecidas a la Cruz Roja, al menos al principio, para no llamar la atención sobre el hecho de que se había enviado a mujeres detrás de las líneas enemigas. Se rumorea que el saboteador francés Robert de La Rochefoucauld bombardeó una fábrica de municiones con explosivos plásticos escondidos dentro de rebanadas de pan francés. Cuando era estudiante, leí el testimonio de una mujer francesa de la Resistencia que logró escapar de la *gendarmerie*

fingiendo que una herida causada por una paliza era una simple hemorragia nasal. Aunque leí el testimonio con las cejas arqueadas —igual que Edie, añadiendo un signo de interrogación a las notas—, no es la descripción más fantasiosa de una huida que me he encontrado.

Los expedientes de las mujeres que se infiltraron en líneas enemigas en Francia se pueden consultar en los Archivos Nacionales en Kew. En el expediente de Noor Inayat Khan hay un papel en el que practicó firmas con su alias. Aunque los personajes de esta novela son inventados, varios se inspiran lejanamente en personas reales y sus testimonios están, en gran parte, recogidos en el maravilloso archivo sonoro del Imperial War Museum.

Estoy en deuda con antiguos miembros de la SOE que hablaron conmigo mientras investigaba este tema. En concreto con la señora Blair y su hijo, Ian, que me invitaron a un delicioso almuerzo en el Special Forces Club en Londres, y que recuerdo como la antítesis del que tuvo Edie con la señora Andrews. También estoy en deuda con los numerosos trabajos de investigación sobre el tema. Me gustaría mencionar especialmente los valiosos escritos de Ron Kedward sobre la Resistencia en la Francia rural y los extraordinarios libros de Sarah Helm *A Life in Secrets* e *If This Is a Woman.* También *Violette Szabo*, de Susan Ottoway, *Sisters in the Resistance*, de Margaret Collins Weitz, y los tres libros de Jean Overton Fuller, *Madeleine*, *Déricourt: The Chequered Spy* y *The German Penetration of SOE: France 1941–44*. La experiencia de Theo en Núremberg se inspira en parte en *Nuremberg*, de Airey Neave (y sí, Neave tuvo que preguntar a los jueces del tribunal si Ribbentrop podía llamar a testigos de la familia real y la aristocracia británicas). *The Nuremberg Trials: The Nazis*

and Their Crimes Against Humanity, de Paul Roland, y *Eyewitnesses at Nuremberg*, de Hilary Gaskin, también me fueron muy útiles. Gracias al personal de Manh- und Gedenkstätte Ravensbrück por contestar a mis preguntas con tanta paciencia. El campo es hoy un centro conmemorativo y, como todos los campos, hay que verlo para comprender. Los barracones han desaparecido, quedan de ellos hendiduras en la tierra igual que tumbas poco profundas. Las ruinas de la fábrica de Siemens donde se obligaba a las prisioneras a ensamblar armas para la compañía se pierden entre los pinares.

Y por último debo mencionar a la corresponsal de guerra Lee Miller, cuyos viscerales testimonios gráficos de la Europa liberada me acompañarán toda mi vida.

Agradecimientos

La expresión «hace falta un pueblo» define a la perfección cómo se gestó esta novela. Me siento muy afortunada por haber traído un libro al mundo rodeada de las mejores personas.

Gracias a mi maravillosa agente Susan Armstrong, por tu ayuda y tu amabilidad. No podía haber aspirado a una guía mejor en este viaje. Estoy en deuda con Catriona Paget y todo el equipo de C&W. Gracias también a Gráinne Fox y Lily Dolin de United Talent Agency por sus desvelos en Estados Unidos.

Tengo una deuda enorme con Suzie Dooré y con Beth Coates, Jabin Ali y todos en The Borough Press por apoyar este libro. A Pamela Dorman, Lara Hinchberger, Marie Michels, Natalie Grant y los equipos en Pamela Dorman Books y Penguin Random House, gracias por creer en mí. Sois el mejor equipo editorial. Juntos habéis transformado mi novela varias veces, moldeando mis palabras con tanta inteligencia y cariño hasta convertirla en algo que no habría podido ni soñar. Gracias también a Amber Burlinson por tu acertada edición y a todos los que han participado en la producción del libro.

Gracias a todos los editores y traductores de otros países.

Estoy profundamente agradecida a Anna South por ver algo en un primer borrador y animarme a seguir. Gracias también a Gillian Stern

por tu entusiasmo y tu generosidad y por presentarme a la mejor agente que hay allí.

Mi cariño y mi agradecimiento a mi familia (en especial a mi padre, con sus conocimientos enciclopédicos de historia militar) y a mis maravillosos amigos. Gracias especiales a Holly Dawson, mi primera lectora, y a Richard, Christine, Penny, Gudrun y Julian por vuestro incansable apoyo.

A mi familia de Farleys. Kerry, Antony, Ami, Kate, Lance, Sophie, Tom, Elaine y Tracy, y todo el personal en los Lee Miller Archives y en Farleys House & Gallery, gracias por animarme desde el principio y por tranquilizarme durante mis múltiples ataques de histeria. Ha significado mucho para mí.

A mi profesor de lengua y literatura, Dave Claricoates. Dudo de que entonces fueras consciente, pero tu apoyo me orientó hacia este camino. Gracias.

Y, por último, gracias a Antony, Arthur y Polly. Por todo. «El amor que tengo por la vida que tengo es vuestro y solo vuestro» (del poema en código de Leo Marks para la agente de la SOE Violette Szabo).



Cambridge, 1942. Tessa y Teo se lo cuentan todo —al fin y al cabo, son gemelos—, pero, desde el verano que pasó estudiando en Francia, Tessa no ha vuelto a ser la misma. Y antes de que Theo pueda averiguar qué le ocurre, es reclutado por la RAF y debe marcharse al frente.

Decidida a forjar su propio destino, Tessa se une a la Dirección de Operaciones Especiales, que introduce agentes en la Francia ocupada. Será un trabajo peligroso y no puede contárselo a nadie, pero Francia es el origen de su mayor amor… y de su secreto más oscuro. Tessa tiene múltiples razones para querer regresar.

Dos años más tarde, solo uno de ellos vuelve a casa.

Escrita con una intensidad y belleza arrolladoras, *La luz entre los dos* es una historia de coraje y sacrificio, de dos hermanos separados por la guerra pero con un vínculo indestructible, y del amor que florece en los lugares más inesperados.

«Magistralmente escrita».
The Independent

«Un debut maravilloso que te atrapa desde la primera página».
The Times

«Absolutamente deslumbrante».
Kate Quinn

Lori Inglis Hall tiene un máster en Historia por Goldsmiths, de la Universidad de Londres, y trabaja como investigadora y gestora de derechos del legado de la fotógrafa Lee Miller. Anteriormente, pasó una década trabajando en política en la Cámara de los Comunes. Vive en Sussex con su familia y una cantidad desmesurada de libros. Esta es su primera novela.



Título original: *The Shock of the Light*

Primera edición: junio de 2026

© 2026, Irene Nortes
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Elizabeth Yaffe / Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Agence Roger Viollet / Grange - Christina Reich Photography / Getty Images - Mark Meredith / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-35-4

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

[1] Guía de la nobleza británica publicada por primera vez en Londres en 1802 por John Debrett con el título *Peerage of England, Scotland, and Ireland*. *(N. de la T.)*.

Índice

La luz entre los dos

Prólogo

Primera parte. Tessa

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

Segunda parte. Theo

- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Tercera parte. Edie
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Cuarta parte. Tessa
Capítulo 39
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Lori Inglis Hall
Créditos
Nota